

Cuando ~~fuimos~~ somos nosotros

MARÍA VIQUEIRA



Copyright

EDICIONES KIWI, 2024

www.grupoedicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, febrero 2024

© 2024 Maria Viqueira

© 2024 Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

¿Sabes ese vértigo que se nota en las tripas cuando tienes un mal presentimiento? Sin lógica ni motivo, tu cuerpo percibe que algo terrible va a suceder, aunque tu mente todavía no lo sepa.

Justo de esa manera me llevo sintiendo todo el día. Incluso lo he anotado en mi agenda personal:

02 de octubre; se masca la tragedia.

La culpa es mía por dejarme convencer por Skylar. Sé perfectamente cómo me ha hecho el lío: ha recurrido al chantaje emocional, como siempre que quiere conseguir algo. Y yo me he dejado engañar, como siempre que no tengo ganas de discutir.

Así que, aquí estamos, preparándonos en mi casa.

—¿Puedes dejar de hacer drama? —bufa Sky, a la quinta vez que protesto—. Vamos a una fiesta en el piso de enfrente, Chelsea. Ni que fuese el fin del mundo.

Me llama por mi nombre completo en lugar de decir solo Ce, lo que es una buena pista de lo mucho que se ha cansado de escucharme.

—Sigo sin entender por qué tenemos que ir —continúo quejándome, sin deseos de ceder—. Soy *team* señora Evans. Me gustaba cuando vivía ahí. No quiero conocer a quien sea que haya comprado esa casa ahora. Ha pasado muy poco tiempo, y podría considerarse traición. Además, acaba de mudarse y ya está montando una fiesta. Me gusta la tranquilidad. Asúmelo.

Me fulmina con la mirada antes de coger el *eyeliner* y maquillarme un ojo.

Por un momento, temo que vaya a atacarme con la punta, pero se contiene. Por si acaso, Rocket se sube al sofá para protegerme. Adopté al gato hace dos años, después de que Mia me convenciese de que necesitaba compañía. Ha sido fácil encariñarme de esta bola gris y blanca, pues respeta mi independencia tanto como yo la suya.

—La señora Evans la ha espichado, y ya no puedes ser de su *team*. Tampoco creo que se vaya a sentir traicionada desde el Más Allá. A mí también me da pena, porque la apreciaba mucho, pero tenía ciento nueve años. Créeme, esa mujer ha disfrutado de su vida. Seguro que incluso ha acudido a fiestas de este tipo. Vivía en un ático fabuloso, así que es normal que alguien lo haya comprado. Alguien que no tiene por qué ser un enemigo de tu recién adquirida fachada de amante de la tranquilidad.

—No es tan reciente —murmuro y me cruzo de brazos.

—Supongo que la fiesta de la semana pasada no cuenta, ni la de hace diez días —continúa con su alegato. No sé cómo puede seguir maquillándose como si nada; yo ya me hubiera hecho un estropicio—. Lo que te decía, quejica, es que no tiene por qué ser un enemigo de la tranquilidad. Quizá solo quiera conocer a sus nuevos vecinos.

No digo nada más; sería malgastar saliva. Sky siempre consigue salirse con la suya.

—Además, yo sí quiero conocer a quienquiera que viva ahí —admite mientras me sopla en la cara para secar antes el maquillaje—. Esa casa es impresionante, y me muero de ganas de verla.

Mi edificio, un rascacielos de cincuenta y ocho plantas situado en pleno corazón de San Francisco, solo tiene dos áticos. Uno es mío, y el otro pertenecía a la adorable señora Evans, que falleció hace tres meses por causas naturales. Aunque, como dice Sky, con esa edad lo natural

era que falleciera.

Sea quien sea el nuevo propietario, sé que no va a ser igual.

Skyler ha hecho sus investigaciones previas. Ha descartado que tenga hijos pequeños y que sean personas mayores, puesto que organiza una fiesta nocturna. Hasta ahí su faceta de Enola Holmes.

Yo solo quería que la vivienda quedase más tiempo vacía para aprovechar la terraza, y ahora tendré que ingeniármelas para continuar haciéndolo.

—Vamos, que ya llegamos bien —dice mi amiga un rato después.

Ha sido idea de ella ir tarde a una fiesta que está a cinco segundos de camino. Literalmente: Solo los desesperados son puntuales. Es uno de sus lemas.

Yo soy del equipo desesperados, pero es que odio la impuntualidad.

—Vas genial. No te preocupes por eso —me anima—. Yo también, por supuesto. Vamos a romper la noche.

Pongo los ojos en blanco y ella se ríe.

Sky está espectacular, con un vestido corto y despampanante de color azul; su larga melena rubia llena de ondas peinadas por un lado del hombro y una mirada ahumada que hace de sus ojos marrones algo hipnótico.

Yo voy más modesta, pues el *look* que me ha sugerido ella —otro vestidazo— me ha parecido demasiado para una fiesta a la que ni siquiera quiero ir. He escogido una falda oscura y un top verde. Llevo la melena, larga y morena, recogida en una coleta alta, y un maquillaje más sutil, que no destaca demasiado mis ojos color tierra.

Cruzamos el rellano en un par de segundos. Giro el anillo que llevo siempre en el dedo anular de la mano derecha, señal de que estoy nerviosa.

Sigo con esa sensación en las tripas cuando Sky llama un par de veces a la puerta.

No tardan en abrirnos y, de pronto, siento cómo el corazón se me paraliza un instante. Después bombea dos veces, en un tiempo en el que solo cabe un latido, y continúa así, a la carrera y desbocado.

Reconozco al hombre que nos abre. Llevo años sin verlo. Tantos, que parece que pertenecen a un pasado de otra persona y no al mío propio.

De hecho, así es.

Marqué mi vida con una gran barrera que dividió el tiempo en *antes* y *después* de esa época.

Nuestras miradas se encuentran y se reconocen, y veo la confusión en sus ojos verdes antes de dar paso a una sonrisa alegre.

—¡Chels! ¡No me puedo creer que estés aquí! —exclama y se acerca para darme un abrazo.

El gesto me pilla tan desprevenida, que se lo devuelvo de forma torpe. No por él, sino porque ese mal presentimiento no deja de crecer.

—¡Nate! —saludo por fin, cuando consigo recuperarme del *shock* inicial—. ¿Qué haces tú aquí? ¡No me digas que eres el nuevo propietario!

—¿Yo? Qué más quisiera. La casa la ha comprado...

Dejo de escuchar, porque en ese preciso instante aparece él. El desconcierto que llevo sintiendo desde esta mañana crece y se convierte en una carga pesada en el estómago.

«¿Lo notas, Chels? El vértigo siempre anuncia algo increíble», suena una voz en mi cabeza que ignora a conciencia. La destierro al *antes*, como todo lo que tiene que ver con él.

Maldigo mi cuerpo y mis tripas, porque un mal presentimiento no hace justicia al hecho de toparme de nuevo con Miles, con la última persona que desearía ver en todo el maldito mundo.

Claro que, siendo justas, nada podría haberme preparado para ello.

Intento dar la vuelta y encerrarme de nuevo en mi casa. Son solo cinco segundos hasta la puerta que me pondría a salvo, pero no tengo tiempo de hacerlo.

Como si me hubiera olido, Miles se gira hacia mí y me descubre.

Hay algo distinto cuando nuestras miradas se cruzan. Cuando chocan en medio de una sala atestada de gente y, aun así, consiguen aislarse y centrarse tan solo la una en la otra. Es como si nada más existiera. Solo nosotros.

Me fijo en sus ojos, de ese tono de azul que parece el lienzo de un cielo o un mar revuelto, que ahora reflejan sorpresa, aunque la esconde enseguida. En su pelo castaño y cuidadosamente despeinado, en su mandíbula cuadrada y su barba de pocos días, en ese gesto serio, evaluativo. Ojalá no siguiese igual de guapo, ya que hubiera sido un detalle por su parte.

Al menos, tiene la decencia de no sonreír después de lo que me hizo.

Viste unos vaqueros desgastados y una camiseta básica de manga larga, que oculta todos sus tatuajes. Tatuajes que conozco muy bien. Incluso reconozco los trazados de uno nuevo, que sube desde el hombro hasta el cuello.

—¿Quién es ese?

Rompo el contacto visual cuando escucho la pregunta de mi amiga, que se ha debido de percatar de todo.

Por suerte, él no se acerca, sino que se queda hablando con un par de invitados.

—Se llama Miles —responde Nate—. Él es el dueño de este ático, no yo.

—¿Miles? ¿Tu Miles? —exclama sorprendida y en un tono que sobrepasa por mucho el nivel de decibelios que implica la intimidad.

«Sí, Sky, mi Miles. ¿Podrías, por favor, disimular un poquito delante de su mejor amigo? Gracias».

—No sé de qué Miles hablas —respondo, en cambio.

—Pues vas a tener que saberlo, porque vives justo detrás de esa puerta de ahí —continúa Sky, mi antigua mejor amiga. Ninguna mejor amiga, que se precie, me atacaría de esta manera, así que ha perdido sus derechos.

—¿Vives en el otro ático? —inquieta Nate y echa una ojeada hacia atrás, hacia Miles.

—Desde hace dos años, sí.

—Vaya. Qué... casualidad —comenta, aunque no parece creerlo en absoluto—. Ven, anda. Hace años que no nos vemos, Chels. Vamos a tener que ponernos al día. Te he echado mucho de menos —admite y tira de mí para darme un nuevo abrazo.

Me dejo hacer y, al final, termino por abrazarlo también.

Siento algo cálido recorriéndome el cuerpo. Es una sensación increíble volver a abrazar a Nate Cooper.

Noto una mirada clavada en nosotros, una que escuece demasiado, pero la ignoro.

Nate y yo estuvimos muy unidos, al margen de lo que pasase con Miles. Dejamos de vernos después de la ruptura. No fue problema de confianza, sino de espacio, de necesitar cosas diferentes. Perder a Miles, me llevó a perder todo lo que tenía *antes*.

—¿Me presentas a tu acompañante? —pregunta tras separarse. Mira a Skylar con una sonrisa que conozco muy bien: su sonrisa seductora.

Genial, sencillamente genial.

—Su acompañante no necesita que la presenten —suelta ella con otra sonrisa igual que la de Nate—. Soy Skylar Turner, pero mis amigos me llaman Sky.

—¿Y cómo quieres que te llame yo?

—Vamos a esperar a ver qué tal va la noche y ya lo decidiremos mañana, cuando amanezcamos juntos.

Nate me dedica una mirada de sorpresa; una que quiere decir algo tipo: ¿de dónde has sacado a una chica como esta?

—¿Te importa si te hago un *spoiler*? —cuestiona él y vuelve a dibujar esa sonrisa seductora—. Te invito a una copa, Sky. Así tendrás algo que beber mientras te hago el *tour* por la casa de mi amigo. Espera a ver el dormitorio. Tiene una cama enorme.

—Ya veremos, Nate. Ya veremos —responde y le guiña un ojo. Después, une mi brazo con el de ella y tira de mí, dando por finalizada la conversación—. Vamos a por unas bebidas, y quizá nos veamos luego por ahí —dice con la cabeza girada para dedicarle una última mirada—. Hay que dejarlos con ganas, porque así mantienen el interés —murmura entonces, para que solo yo la oiga.

Soltamos una carcajada y nos encaminamos hacia la barra donde se encuentran las botellas.

—No sé si me apetece beber, Sky. Creo que debería irme a casa —dejo caer.

—¿Por qué? ¿Por Miles? —trata de adivinar—. Creía que hacía años que lo tenías superado, que ya no te importaba nada, que lo habías dejado atrás.

Noto su tono irónico, pero lo ignoro a conciencia.

Le he repetido tantas veces esas mismas palabras, que no me sorprende que ahora las utilice en mi contra.

Pero es que era así.

Pensaba que Miles era un capítulo de mi vida muerto y enterrado. Como un libro que detestas y lo relegas al último rincón de tu estantería para no tener que volver a encontrarte con él. Hasta que lo he visto de nuevo y ese rencor ha vuelto a resurgir. No debería sentir rencor, ni odio, sino una reconfortante indiferencia.

—No vamos a irnos, Ce —afirma Sky—. Vamos a quedarnos y a pasárnoslo bien. ¿Sabes por qué? —Niego con la cabeza, incapaz de articular palabra todavía—. Para restregarle lo bien que te va y lo mucho que se ha perdido. Es un capullo, pero tú eres genial y tu vida es fabulosa. Es hora de que lamente haberte dejado ir.

Esbozo una pequeña sonrisa y decido perdonarla. Sí que es mi mejor amiga.

Skylar prepara los cubatas mientras yo me fijo en la casa, en las diferencias con respecto a la mía. Ya no queda nada del estilo clásico y anticuado de la señora Evans. El piso ha sido reformado y ni siquiera parece el mismo. Miles le ha dado un toque más... personal. Lo reconozco en esos detalles que sé que son propios de él. La cocina de fogones, porque odia la inducción. Las paredes en tonos grises, como fiel enemigo de cualquier color. Las cuatro guitarras eléctricas colgadas en una pared del salón que son un recordatorio de su vida. Hay gente tomándose fotografías junto a esos instrumentos, como si fuesen un monumento famoso. Dada la trayectoria de Wandering Souls, probablemente lo sean.

—Toma, bebe —me ordena Sky y me tiende un vaso. Doy un pequeño trago para probarlo, pero lo ha preparado bien. Dulce y con poco alcohol, como a mí me gusta—. Te lo he puesto más suave que de costumbre, porque las dos sabemos que no tomas buenas decisiones cuando bebes.

Eso tampoco puedo discutirse. El alcohol me lleva a decir y realizar locuras. Esas locuras con Miles cerca podrían convertirse en auténticos desastres.

Siento un escalofrío recorriéndome la espalda antes de notar cómo alguien se sitúa detrás de mí. Sé de quién se trata sin necesidad de girarme.

—Buenas noches, Chels —me saluda una voz ronca, rasgada, que se asemeja más bien a un susurro.

Vale, ahora es cuando necesito esa indiferencia de la que hablaba antes.

—Soy Chelsea para ti —respondo cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, sin esa conexión que hemos compartido antes—. Hace mucho tiempo que perdiste el derecho de llamarme así.

Veo el dolor atravesar sus ojos azules. Un instante, solo uno, antes de sonreír otra vez.

—Fui yo quien te puso el apodo, por lo que no puedo perder ese derecho —replica, en cambio.

Me quedo en silencio, mirándolo.

Él hace lo mismo, solo que su expresión es diferente. Está evaluando los daños; yo estoy escondiéndolos.

Este es nuestro primer encuentro en cinco años.

En este tiempo he imaginado varias veces cómo sería este momento, si llegaba a producirse. En ninguno de esos escenarios era mi nuevo vecino.

Decido que, por ahora, es mejor una retirada.

Me vuelvo hacia Sky para escaparme con ella y descubro que ha desaparecido. La muy desgraciada ha pensado que necesitaba una charla a solas con Miles y ha hecho una bomba de humo.

Vuelvo a revocar sus derechos: nuestra amistad fue bonita mientras duró, pero ya está, tiene que morir.

—Te veo muy bien —insiste Miles, que parece tener ganas de iniciar una conversación.

Una conversación que no estoy respondiendo.

Sin embargo, ya que Sky se ha ido y que él está aquí, decido no escapar. Afrontarlo como una persona adulta. Doy un trago a mi copa. Pequeño, porque sigo queriendo evitar el desastre.

—¿Por qué has comprado esta casa, Miles? ¿Ha sido casualidad o estás intentando joderme un poco más?

Adiós, indiferencia.

—Estaba buscando un ático y encontré esta oferta. No pretendo joderte, Chelsea. Esa nunca fue mi intención. —Mi nombre completo en sus labios suena mal, extraño. Como si no fuese su auténtica voz, porque esta nunca lo dijo de esa manera—. Solo intento... huir.

—Tienes suerte. Huir siempre fue tu especialidad —espeto y me giro dispuesta a irme.

—Lo sé —admite antes y, cuando mi mirada me traiciona para buscar la de él, me sorprende verlo con los ojos fijos en el suelo. Miles Stones no es de los que agacha la cabeza. Nunca. Ni de los que admite derrotas—. Solo que ahora lo estoy haciendo al revés. Intento huir de vuelta. Salir de un mundo falso en el que nunca debí haber entrado y correr hacia lo que es real.

No quiero sus explicaciones.

Miles y yo no somos amigos. Si quiere desahogarse, tiene una treintena de personas en esta casa más dispuestas a escucharlo que yo. Tiene a todo el maldito mundo a sus pies.

Así que, me alejo sin añadir nada, dando otro trago de mi copa.

Busco a Skylar con la mirada, pero no la encuentro. Debe de estar haciendo ese *tour* privado que va a terminar en la cama.

No puedo culparla. Nate es guapo, muy guapo. Quizá no tanto como Miles, pero, sin duda, hubiese sido una mejor opción en el pasado.

Solo que, en ese pasado, fue Miles quien quiso ligar conmigo en aquel bar en el que estuve dos años trabajando como camarera.

En ese pasado, fue Miles quien me enamoró.

En ese pasado, fue Miles quien me destrozó.

Capítulo 2

Recuerdo esa noche como si hubiese sucedido ayer.

Era un jueves poco concurrido. Aun así, Camille y yo no dábamos abasto.

Ambas, detrás de la barra del Deep Barrel, nos movíamos a un ritmo casi frenético.

Yo tenía dieciocho años y estaba llena de energía y vitalidad.

Llegaron hacia el final de la noche. Cuatro chicos jóvenes, todos guapos, felices y eufóricos. Venían de un bolo que había salido bien. En esa época, tener veinte personas de público y que disfrutaran de sus *covers* era un subidón para ellos.

Yo no conocía de nada su grupo, pero su alegría era contagiosa.

—¿Nos pones una ronda de cervezas y otra de chupitos de tequila? —me pidió uno en la barra. Por aquel entonces, no llegaba a imaginar lo unida que terminaría estando a Nate Cooper—. Y otra para vosotras, yo invito.

—No podemos beber mientras trabajamos —informé.

—¿Ni un poquito? —insistió y esbozó una sonrisa. No fue la seductora, sino otra más inocente, más aniñada. Una que acostumbraba a enseñar cuando quería salirse con la suya—. Hoy hemos triunfado y queremos celebrarlo con todo el mundo.

—¿Qué os ha pasado hoy? —me interesé mientras servía las cervezas.

A veces, esas preguntas eran parte de mi trabajo. Mostrarme simpática con los clientes, incitarlos a gastar más.

En esa ocasión, mi curiosidad era genuina. Estaban tan felices, que deseaba conocer los motivos.

—Es el primer bolo que llenamos la sala. El *pub* donde lo hemos hecho nos ha ofrecido otra fecha y vamos a repetir. ¡Quieren incluso pagarnos!

—¿No os han pagado esta vez?

—Solo en cerveza. Nos han cedido un local y con eso es suficiente. Aún estamos haciéndonos un nombre, pero terminaremos por tenerlo. Nosotros somos buenos, y él es increíble.

Seguí la dirección que señalaba y me encontré con Miles. Me fijé en sus ojos azules sacados de un libro de fantasía, en esa sonrisa hipnótica, en su brazo musculoso y repleto de tatuajes. Se estaba riendo con sus amigos mientras jugaban una partida de billar y esperaban las cervezas.

Me quedé prendada más tiempo del que debía, porque el chico al que atendía me llamó la atención.

—Sí, ese es justamente el efecto que provoca —comentó con una sonrisa—. Y eso que ni siquiera lo has escuchado cantar.

—¿Cómo os llamáis? —pregunté, aunque en realidad lo que quería saber era: ¿cómo se llama?

—Wandering Souls. Yo soy Nate, por cierto.

—Chelsea.

Para mi sorpresa, Nate apoyó las manos en la barra, tomó impulso y me dio un beso en la mejilla para finalizar la presentación.

—Perdona, ha sido un arrebató —se disculpó de inmediato.

Se notaba todavía la adrenalina corriendo por sus venas.

Sonreí para quitarle importancia. No me había sentido invadida, ni acosada.

Tendí las cervezas y los chupitos hacia él, y ensanché la sonrisa.

—Invita la casa —informé.

—No es necesario, puedo...

—Sé que no es necesario, pero quiero hacerlo. Por el éxito de Wandering Souls.

—¿A qué hora cerráis?

Miré el reloj que descansaba en la pared, enorme y con números azules y luminosos.

—En media hora —me percaté. La noche se me había pasado volando—. Vais a tener que celebrarlo rápido.

—No será rápido —contradijo con una sonrisa—. Dentro de treinta minutos ya no estarás trabajando. Lo celebraremos entonces —dijo y me guiñó un ojo.

Uno de sus amigos se acercó para ayudarlo a llevar las bebidas y Nate se sumó a la celebración.

Volví a buscar a Miles y lo descubrí con la mirada clavada en mí. Alzó su botellín, bebió un trago de cerveza y me guiñó un ojo. «Gracias», leí en sus labios.

—Tía, están buenísimos —comentó Camille a mi lado.

No éramos íntimas, pero trabajábamos juntas y era lo más cercano que tenía a una amiga, exceptuando a mi hermana Mia.

—No están nada mal, no.

Al final, fueron cuarenta minutos más. El resto de los clientes abandonaron el local, pero Camille y yo nos acercamos a la banda.

—Cerráis, ¿no? —comentó otro de ellos, que más tarde descubriría que se trataba de Beau, el batería.

—Solo para clientes que no van a hacerse famosos —bromeé—. Para vosotros, el bar se queda disponible.

No quise cortar la fiesta. Hablé con Josh, el encargado de seguridad, y le dije que me hacía cargo.

Camille sirvió las siguientes cervezas y chupitos, pero esta vez para todos.

—¡Por Wandering Souls! —exclamé mientras alzaba el tequila.

—¡Y por Miles Stones, el cabrón que nos llevará a la fama! —gritó Nate.

Miré a Miles.

Él negó con la cabeza y dibujó una pequeña sonrisa, cohibido por las palabras de su amigo. Parecía como si de verdad no las creyera.

Todos nos bebimos el primer chupito, y los dos que siguieron detrás.

Wandering Souls estaba formado por Jeremiah, Nate, Beau y Miles, cuatro jóvenes entusiastas.

Nos presentamos formalmente. Nos dimos un beso en la mejilla.

Cuando llegó el turno de Miles, colocó la mano en mi cadera y apretó con suavidad. Sus labios también fueron suaves y los posó más cerca de la comisura que de la mejilla.

Al separarnos, me di cuenta de que no dejábamos de mirarnos.

No os voy a engañar, no es que me enamorara en ese momento, pero Miles Stones era atractivo, *muy* atractivo. Y esa noche, con la felicidad y el ego subidos, tenía un aura que atraía mucho más.

Camille volvió a encender la música, a un volumen mucho menos elevado, pero suficiente para nosotros, ahora que el bar no estaba repleto de voces. Sonaba alguna emisora de rock y nos

movíamos a su son.

Bailé con Nate y, cuando la canción llegaba a su fin, Miles me cogió de la mano y se acercó a mí. El alcohol fluía por nuestras venas, casi tanto como las risas.

—Me encanta esta canción. Baila conmigo —me pidió.

Solté una carcajada.

—Has venido antes de que terminara la anterior, ni siquiera sabes cuál suena —lo acusé.

No fue en serio, claro que no. Estaba más que encantada de bailar con él.

Camille hacía lo mismo con Nate, mientras los otros chicos bebían y hablaban entre ellos.

—Claro que sé qué canción suena —me aseguró. Tuvo que esperar unos segundos antes de reconocerla y responder—: *Say you won't let go* —dijo al final entre risas—. ¿Lo ves? Sabía que me encantaba.

Volví a reírme y bailé con él.

Miles cantaba estrofas sueltas; algunas veces con su boca tan pegada a mi oído que me provocaba escalofríos.

Entendía a Nate. Vaya, si lo entendía.

Miles tenía la voz más jodidamente sexi de todo el maldito planeta.

Después de escuchar los sonidos que producía, el silencio dejó de tener sentido, y yo me quedé ahí, atrapada en esos labios, pensando en si besaría igual que cantaba.

Bailamos durante un rato más. Tanto, que Jeremiah y Beau se retiraron.

Los siguieron Nate y Camille, solo que ellos no se fueron del bar, solo buscaron un rincón más íntimo.

Miles y yo hablamos sin cesar. Me dijo que tenía veinte años, que su sueño era triunfar en el rock, que Nate era como un hermano para él, que adoraba la pizza, los perros y la nieve. Sus manos a veces me acariciaban los brazos o la espalda, y yo respondía rozándolo con mis dedos, disfrutando del tacto de su piel, de ese juego inocente que se anticipa al deseo, porque no nos atrevíamos a dar un paso más, pero nos estábamos tanteando para ver cómo reaccionaba el otro.

Ambos dejamos de movernos a la vez cuando la música se detuvo.

Lo que no dejamos fue de mirarnos.

Había tanta intensidad en nuestros ojos, que incluso quemaba.

Estábamos cerca de la mesa de billar. Lo recuerdo porque Miles dio un paso hacia mí, y después otro, y de pronto la noté en mi espalda.

—Se ha terminado la música —comenté, casi aturdida. ¿Fue el tequila? ¿Fue la mirada de Miles? No puedo asegurarlo. Quizá, una mezcla de ambos.

—La música nunca se termina mientras estás con un cantante —murmuré, de nuevo esa voz ronca.

—¿Tenéis vuestras propias canciones o hacéis *covers*? —curioseé, tratando de sobrevivir a la intensidad de ese azul que me abrasaba.

—Solemos interpretar canciones conocidas de otros grupos, pero también compongo. A veces, colamos alguna en un bolo, para ver qué acogida tiene.

—Cántame una de esas.

—¿Una de las mías?

Por primera vez en la noche, lo vi nervioso.

—Quiero saber qué tiene Miles Stones para ofrecer —aseguré con una sonrisa.

Él me correspondió el gesto.

—Eres peligrosa —soltó de pronto.

—¿Peligrosa?

Pero no respondió. Apoyó las manos en la mesa de billar, una a cada lado de mi cuerpo. Terminé casi sentada encima del tablero, recostada un poco hacia atrás. Miles se acercó, me rozó la mejilla con los labios y los dejó muy cerca de mi oído.

Entonces, empezó a cantar.

Su voz era rasgada y ronca, muy ronca. Casi parecía un susurro.

—*I met her in a bar, she is bright, I'm dark. She makes me feel like I was a star. It's only been two hours, but I can't help looking at her lips, and think that kissing her would be like breathing again after feeling how she suffocated me.*

Sabía que la estaba improvisando para mí en ese preciso instante.

Su voz me erizó la piel y se me metió dentro. Mis latidos se dispararon a un ritmo frenético. Intenté reaccionar, pero lo único que me salió fue una carcajada temblorosa.

—¿Eso es todo lo que puedes componer, Stones? —Me reí, utilizando su apellido, incapaz de decir nada más, de admitir nada más. Esa era mi forma de esquivar la intensidad del momento.

—Chels, Chels... —murmuró y se separó de mi oído para volver a mirarme—. No seas demasiado exigente, he tomado mucho alcohol.

Fue la primera vez que me llamó así. Después de ese momento, nunca volvió a utilizar mi nombre completo. Nadie de Wandering Souls lo hizo, a decir verdad.

—Así que el alcohol inhibe tus facultades. Creía que a los artistas os ayudaba.

—No inhibe *todas* mis facultades —comentó y esbozó una sonrisa canalla—. Además, no es el alcohol lo único que me distrae.

Sus ojos bajaron a mis labios y se quedaron ahí varios segundos, hasta que subieron de nuevo y se encontraron con los míos.

Tuve que tragar saliva, despacio.

—¿Qué más te distrae? —pregunté. Conocía la respuesta, notaba la tensión entre nosotros, pero quería escucharla de todos modos.

—Digamos que esta pierna de aquí —dijo, mientras la cogía entre sus manos y la ponía a un lado de su cuerpo para poder aproximarse más—. Y esta también. —Hizo lo mismo con la otra. Yo seguía sentada sobre la mesa de billar, ahora con él entre mis piernas. No nos estábamos tocando de un modo obsceno, ni un roce siquiera, pero cada vez me excitaba más. Miles no solo era atractivo, era tan hipnótico que necesitaba sentir mucho más—. Por no hablar de estos labios de...

Acompañó sus palabras con una suave caricia de los dedos en mi labio inferior.

Y ya está. Fue más de lo que pude soportar.

Llevé mis manos a su nuca y lo atraje hacia mí con tanta fuerza que nuestras bocas chocaron.

Solté una carcajada y él un gruñido.

Su lengua enseguida se abrió camino y me di cuenta de que Miles Stones besaba como cantaba: de una forma jodidamente sexi.

Bajé las manos hasta su trasero y lo apreté contra mí.

Necesitaba notar más de él. Estaba tan excitado, tan duro, que vaya si lo noté. Se le escapó otro gemido, esta vez más ronco, más profundo, más gutural.

—Joder, Chels... Si sigues así no voy a poder parar.

—¿Te parece que quiero parar? —pregunté en su oído.

—Sabía que eras peligrosa.

Lo atraje hacia mí. Llevé los labios a su cuello y comencé a besarlo de nuevo.

Eso lo terminó de enloquecer.

Miles me besó en la boca, en el cuello, en la clavícula... Bajó la tela de mi escote y continuó su recorrido por mis pechos. Se metió uno en la boca y fui yo quien jadeó esa vez. Noté cómo una mano se perdía bajo mi vestido, buscando darme más placer. Apartó mi ropa interior y me acarició, frotando con la presión justa, con el ritmo perfecto.

Me recosté un poco hacia atrás, sin dejar de gemir. Apenas podía creerme lo rápido que estaba pasando todo, lo mucho que me había encendido.

Abrí los ojos un instante y me topé de lleno con la mirada de Miles, tan azul, tan cristalina, tan caliente en ese instante.

Nos quedamos así, mirándonos, mientras él conseguía que me corriese en apenas un par de minutos.

—Joder —dijo Miles cuando notó mi orgasmo, como si eso le hubiera excitado todavía más.

—Eso debería decirlo yo... —bromeé casi sin voz y me incorporé un poco. Llevé las manos hacia su pecho para acariciarlo y fui descendiendo, pero me detuvo antes—. ¿Qué pasa?

—No quiero terminar así.

—¿Y qué quieres?

—Quiero follarte encima de esta mesa de billar.

Me miró un momento, esperando mi respuesta.

Asentí con una sonrisa y me mordí el labio inferior. Yo también lo quería.

Sacó un preservativo de su cartera y se lo colocó enseguida. Me empujó de vuelta hacia atrás, se hizo hueco entre mis piernas y entró de una sola embestida. Estaba tan húmeda, que no le costó trabajo. Tuvo que esperar un instante y recobrar el aliento antes de comenzar a moverse.

Comprobé también que Miles follaba como besaba, como cantaba.

Nos acariciamos, nos besamos, nos respiramos, nos corrimos.

No tuvo nada de romántico, ni se pareció en nada a hacer el amor, pero fue justo eso lo que empezó esa noche: nuestra particular historia de amor.

Terminamos exhaustos, ambos apoyados sobre la mesa de billar mientras recuperábamos el aliento.

Nate y Camille aparecieron poco después.

—¡Perdón! —dijo ella—. ¡Teníamos que salir, pero ya nos vamos!

Corrieron hacia la salida y nosotros nos reímos.

—Así que, esta es la forma en la que Wandering Souls celebra sus éxitos —comenté. No sé por qué lo hice. Supongo que quería comprobar si había sido una más o si significaba otra cosa.

—Espero que no —respondió serio—. El próximo bolo no es hasta el viernes que viene y yo quiero repetir contigo todos los días hasta entonces.

Y repetimos durante más de dos años, pero hace demasiado tiempo de aquello.

Saco todo eso de mi cabeza, dejo la copa a medias sobre la mesa de cristal del comedor y huyo hacia mi casa.

El nudo del estómago aprieta un poco, pero voy a deshacerlo.

Miles desapareció de mi vida hace cinco años. Ya no siento nada por él, pero detesto la idea de que vaya a ser mi vecino.

«¿Ves cómo no soy *una* dramas, Sky?».

Capítulo 3

Sky y yo nos conocimos por una de esas casualidades geniales que tiene la vida.

Yo estaba en la cola del aseo en una discoteca, ella apareció con más necesidad que paciencia. La dejé pasar, me invitó a una copa para agradecérmelo, que nos convenció para vernos otro día... Y aquí estamos: cuatro años después se ha convertido en mi mejor amiga. Quizá porque tenemos una conexión única.

Creo que ha sido eso lo que nos ha llevado a escribirnos a la vez, para quedar en nuestro lugar especial. Ahora tenemos que ir con más cuidado, pero no vamos a renunciar a él.

Se presenta en mi casa cerca del atardecer, con una botella de lambrusco en la mano.

—¿Subimos? —pregunta, sin llegar a entrar.

—Calla, no lo digas tan alto —murmuro—. La señora Evans no se enteraba de nada, pero ahora... Mejor ir con cuidado. Vigila.

—¿Qué quieres que vigile? Si se abre la puerta, se abre. No puedo controlarlo.

Tiene razón, claro. Eso es lo que me preocupa: el escaso margen de maniobra del que disponemos. El acceso para subir a la terraza está a la izquierda, en el pasillo. La casa de Miles está a unos metros escasos y, si sale o entra en este instante, nos pillaré de pleno.

Controlo la puerta, porque está cerrada con llave. Además, he añadido una cinta de seguridad que baliza el paso. No es la misma, pero similar a las que utilizan para marcar la zona de un crimen.

Es una larga historia.

Abro con mi copia y pasamos. Vuelvo a colocar la cinta para que no se note nada, cierro con llave y subimos los escalones que quedan.

Creo que este es mi lugar favorito de todo San Francisco; quizá, también, por lo que hemos construido Sky y yo aquí arriba.

En un principio, el uso de esta terraza era algo común, pero pronto observamos que nadie la utilizaba, y nos pareció un desperdicio que casi doscientos metros, con unas vistas espectaculares de la ciudad, se malgastaran de esa forma. Así que decidimos aprovecharlos.

Empecé con algo sencillo y lo convertí en mi huerto particular. Aquí crecen decenas de vegetales que utilizo para mis platos, además de plantas aromáticas.

Después, a Sky se le ocurrió comprar una mesa y unas sillas, para poder cenar aquí arriba. Luego, un sofá, unos cojines para tirarlos al suelo y ver las estrellas tumbadas.

Cerramos el paso, inventando mil excusas para que nadie invadiera nuestro espacio.

Normalmente, nadie subía, pero no queríamos arriesgarnos.

Fuimos improvisando según las necesidades.

Cuando nos quisimos dar cuenta, teníamos también una nevera, una barbacoa, un armario para el menaje, un columpio y, lo mejor de todo, un *jacuzzi*. Tuvimos que consultar los planos del edificio y a un ingeniero para saber si aguantaría el peso del agua.

Fue sencillo subir todo, porque fingimos que era para mi casa.

La pobre señora Evans nunca se enteró de nada.

—Somos unos genios —comenta Sky una vez arriba, cerca de la barandilla de cristal.

Desde aquí, puedo ver el océano Pacífico, la bahía de San Francisco y el Golden Gate. Si sabes dónde mirar, incluso se ve la isla de Alcatraz, pequeña, y a lo lejos. Siempre y cuando no

haya niebla, que es algo difícil en esta ciudad.

—Eso tengo que concedértelo —admito.

—Ven, vamos a brindar.

Skyler saca dos copas, las llena hasta arriba con el lambrusco que ha traído y me acerca una.

—Te lo tiraste —suelto de pronto, y dejo escapar una carcajada—. Vamos a brindar por eso, ¿verdad?

—Te juro, Ce, que fueron los mejores polvos de mi vida. —Suspira y se deja caer en el sofá.

—No hace falta que me lo jures, te creo.

Sus ojos se abren sorprendidos y me mira.

—¿Tú y Nate...?

—¿Qué? ¡Por Dios, Sky, no digas esas cosas! ¡Claro que no! —exclamo y me río—. Es solo que conozco su fama. Te he hablado de él. Nate fue como un hermano, y nunca lo miré de ese modo.

—Ya, claro, perdona. Hubiera sido raro, porque tú salías con su mejor amigo. ¿Qué tal eso, por cierto? ¿Cómo fue reencontrarte con el famoso Miles Stones?

—Nunca te perdonaré que te largaras y me dejaras a solas con él —aseguro, aunque no lo digo en serio.

—Las tiritas hay que arrancarlas de cuajo. Estábamos en su casa, y ya os habíais visto. Necesitabais una conversación —afirma, como si fuese obvio—. Y yo no iba a estar presente. Me quité del medio para hacerte un favor.

—Y el favor te lo llevaste tú —bromeo.

Sky se ríe y la imito.

—Vale, sí, tienes razón. Pero lo hice por ti. De verdad, creí que te vendría bien. ¿Cómo fue?

—Fue... raro. No se han revuelto sentimientos ni nada de eso, si es lo que estás pensando. Es solo que lo nuestro terminó hace tiempo y no terminó bien. No me apetece tener que verlo todos los días.

—Y nosotras que pensábamos que por fin nos habríamos librado de él... Pero bueno, lo seguiremos evitando. Lo hemos hecho hasta ahora.

Sky alarga la mano para estrechar la mía con cariño.

Asiento, sin estar muy convencida, y doy un pequeño sorbo.

Sky me conoció después de la ruptura, pero me encontró tan hecha polvo, que la ha vivido conmigo, como si siempre hubiera estado ahí. Sabe lo mal que lo pasé, y lo mucho que me costó salir de ese pozo oscuro en el que me había metido, porque olvidar a una persona que te ha dejado, cuando aún estabas enamorada, es un proceso largo y complicado.

Requiere de voluntad y fortaleza, pero también de tiempo y distancia.

Pero, olvidar a una persona que además es una estrella en todo el maldito país..., eso sí que es una auténtica mierda.

Nunca hubo esa distancia, porque Miles nunca desapareció del todo.

Su voz estaba presente en cada bar y discoteca que reproducía sus canciones, en las radios de los taxis y de las peluquerías.

Su cara aparecía en los carteles de la calle, en todas las televisiones, en las revistas del corazón.

«¿Quién ha conquistado el corazón de Miles Stones? Descúbrelo en la página cuarenta y dos».

Spoiler: en la página cuarenta y dos no estaba yo.

Y, a veces, cuando parecía estar a salvo, eran mis propios conocidos los que hablaban de él. Incluso los desconocidos.

Porque, durante un tiempo, Miles Stones y Wandering Souls fue de lo único de lo que se habló en toda la ciudad de San Francisco.

Hace unos meses anunció su retirada, mientras estaba en la cumbre de la fama. Iban a tomarse un descanso durante un tiempo indefinido.

Para entonces, ya no era el Miles que yo había conocido. Tampoco sentía nada por él.

Aun así, supuso un respiro no tener que seguir lidiando con su omnipresencia.

Y ahora es mi jodido vecino.

—Antes has dicho polvos, Sky —digo de pronto, porque no me apetece seguir hablando de Miles—. ¿Polvos? ¿Repetisteis?

—Tres veces —responde, y se lleva las manos a la cara para taparse los ojos, como si sintiera vergüenza, aunque sabemos que no es así.

—Bueno, me alegra que alguien disfrutara de la noche, al menos.

—He pensado en volver a quedar con él... —empieza y me mira, esperando mi reacción—. Si te parece bien, claro.

—¿Por qué iba a parecerme mal?

—Porque es el mejor amigo de Miles y quizá sea raro para ti.

Vale, eso no lo he pensado, desde luego. Sin embargo, no veo peligro en que se lleen. Conozco a Sky y conozco a Nate. Ninguno de los dos se presta a relaciones serias, y cerradas.

—Si quieres tirártelo, adelante.

Se levanta de un salto y se lanza a abrazarme, de forma tan brusca, que acaba derramando el contenido de las dos copas.

Nos reímos por su torpeza, pero así es ella, celebrando con efusividad que va a tener más sexo.

—Me dijo que le gustaría quedar contigo un día —me informa después, cuando ya estamos sentadas de nuevo—. Habla muy bien de ti. Se nota que te tiene mucho aprecio.

—Y yo a él —admito. Quizá llevemos años sin hablar, pero nunca lo guardé rencor por elegir a Miles. Él era su mejor amigo, y la catástrofe no dejó medias tintas. Era un bando u otro. Yo tampoco se lo puse fácil, porque cortar con Miles supuso cortar con todo lo que tenía relación con él—. Dale mi número si quieres, y hablaremos por ahí.

Sky se levanta para rellenar las copas, pero tarda en regresar.

Cuando me giro hacia ella, veo que se está quitando la ropa.

—Vamos a bañarnos —me dice—. Quiero ver el atardecer desde el *jacuzzi*. Tenemos muchas cosas que celebrar.

Se queda desnuda y entra en el agua.

Yo la imito.

Cojo la copa cuando me la tiende y me siento a su lado, ambas mirando hacia la puesta de sol. Estamos en octubre, pero este son el tipo de locuras que puedo hacer con Sky. El agua está caliente y tenemos una estufa de butano cerca del agua para no congelarnos al salir, y eso también ayuda.

—¿Por qué vamos a brindar ahora? —pregunto con curiosidad.

—Por cerrar un capítulo. Sé que solo ves el lado negativo, pero no es malo que Miles sea tu vecino. Ahora puedes demostrarle que no significa nada. Él eligió la fama por encima de ti, pero

¿sabes qué? Que fue él quien perdió, Ce. Mírate. Tu carrera no tiene nada que envidiar a la de él. Tienes veintiséis años y una maldita estrella Michelin. Eres fuerte, valiente e independiente. Además, estás buenísima, joder. Eres una mujer tan espectacular que va a lamentar su decisión. Te lo prometo.

Sky alza su copa para brindar y yo la imito, porque suena realmente bien.

Me gusta creer en ese tipo de karma que dicen que devuelve el daño que te hacen, y Miles forma parte del pasado, pero, no voy a mentir, no me importaría que ese karma se lo devolviera un poco. Que sufriera, aunque sea una ínfima parte de lo que sufrí yo, porque eso ya le dolería.

Le dolería demasiado.

Capítulo 4

Mi hermana Mia tiene el don de la oportunidad.

Recibo su videollamada semanal cuando tengo las manos manchadas de salsa de frutos rojos. Me limpio en un paño con rapidez y la acepto.

—¡Buenos días! —exclama con un énfasis impropio para ser tan temprano. Ella reside en Chicago y, a menudo, olvido las dos horas de diferencia horaria que separan mi ciudad de la de ella—. Chelsea Adams, dime, por favor, que lo que veo en la cámara no es real.

—¿Qué ves en la cámara?

—Que allí son todavía las nueve de la mañana y ya tienes toda la cocina empantanada porque estás cocinando.

—Me gusta cocinar temprano. Tengo mejores ideas —afirmo, aunque eso no es del todo cierto. La verdad es que hace mucho tiempo que no tengo buenas ideas, pero eso no pienso admitirlo ante nadie. Ni siquiera a mi hermana.

—Estás enferma —dice al final—. ¡Audrey, ven a saludar a la tita!

Dejo de remover la salsa y miro a la cámara cuando veo aparecer a mi sobrina.

Audrey tiene cinco años y es una réplica de Mia en miniatura, con su pelo rubio y sus ojos marrones y despiertos. Es una suerte que se parezca ella, pues es madre soltera. El padre salió de un banco de esperma. Mi hermana siempre tuvo claro que quería tener un bebé y se bastaba ella sola.

Sé que es más duro de lo que deja ver. Sobre todo al principio, cuando en estas mismas videollamadas, aparecía con unas ojeras hasta el suelo y cara de no haber dormido en días.

Nunca me pidió ayuda, aunque hice todo lo que pude, teniendo en cuenta que vivimos en distintos estados.

Ambas somos un poco parecidas en ese sentido. Nos cuesta apoyarnos en los demás, aun si esos demás es nuestra única hermana. También tenemos problemas para expresar nuestras emociones. Consecuencias de tener unos padres de mierda.

Por suerte, Mia ya ha recuperado la vitalidad que la caracteriza.

—¡Hola, Yey-yey! —saludo a la pequeña. Fue el mote cariñoso que le puse porque, al principio, cuando aún estaba aprendiendo a hablar, decía justo eso cuando las visitaba.

Ella me llama del mismo modo.

Audrey coge el móvil y se lo acerca tanto a la cara que tengo una visión en primer plano de su nariz.

—¡Hola! —exclama ella—. ¡Te has manchado la cara de lila!

—Estoy cocinando algo muy rico.

—¿Puedo probarlo?

—Claro, cuando vengáis te haré un millón de platos que te gusten.

—Me gusta el chocolate y las fresas —informa con una sonrisa, como si no conociese a la perfección sus escasos gustos culinarios—. Pero Yey-yey, no hace falta que sean un millón. No sé si podría comer tanto.

—Por supuesto que no podrías —niega Mia a su lado.

—Comeremos más cuando mamá no se entere. —No soy un ejemplo para educar a mi sobrina, pero nos vemos muy poco, así que mi misión es consentirla.

—¿Puedo ver a Rocket? ¿Me ha echado de menos?

—Vamos a buscarlo.

Rocket está durmiendo en el sofá, como casi siempre.

Lo enfoco para que lo vea, pero respetando su sueño.

Hablo un rato con la pequeña, hasta que se aburre del móvil, lo deja caer al sofá y se va a jugar a algún sitio. Audrey es muy así: de vivir el momento sin importar nada más.

Espero unos segundos y veo aparecer la cara de mi hermana esta vez.

—Chelsea, sé que no me vas a hacer caso, pero igualmente te lo diré.

—Dispara.

—El día de descanso en el trabajo sirve para eso, ¿sabes? Para descansar —señala la evidencia—. Quizá deberías hacerlo.

—Solo cocinaré por la mañana.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Mia asiente, conforme. Pese a todos nuestros defectos, somos personas de palabra.

Escucho un ruido detrás y un pequeño grito agudo y sé, sin verlo, que Audrey ha liado algo en el salón.

Mi hermana suelta otro grito y la videollamada se corta justo cuando advierto que, efectivamente, a mi sobrina se le ha caído una bandeja con un plato y un vaso al suelo.

Me río sin poder evitarlo, porque esa niña ha heredado la torpeza de su madre.

Después, dejo el móvil en silencio para no tener más interrupciones y vuelvo al caos que es mi cocina.

En el restaurante suelo tener todo ordenado. Me pone nerviosa un espacio de trabajo sin recoger. Aquí, sin embargo, solo cocino, sin detenerme en nada más.

No lo disfruto, como solía hacer antes.

Al contrario, noto un nudo en el pecho con cada plato nuevo que pruebo y no es espectacular. Quiero un sabor que me explote en la boca, que me haga gemir de placer y cerrar los ojos para conservar la sensación que me provoque durante unos segundos más.

Por eso, cocino todos mis días libres; incluso cuando solo estoy unas horas fuera del restaurante. Me agobia no crear nada nuevo, y me agobia aún más esta permanente sensación de fracaso.

Siempre me ha gustado mi profesión. Siempre. Desde que tenía seis años y Mia ocho, y me colaba en la cocina de mis progenitores cuando ellos no estaban, para prepararnos la comida y la cena.

Con el tiempo, esa pasión creció.

Mientras era pequeña, miraba vídeos para aprender nuevas recetas. Años después, utilizaba el dinero que ganaba trabajando para pagarme cursos de cocina que mejoraran mis conocimientos o viajando para descubrir otras gastronomías.

No todo fue académico.

Puedes aprender recetas, métodos y técnicas. Sin embargo, siempre hay algo innato.

Un instinto que te lleva a inventar nuevos platos, nuevas combinaciones de sabores.

Mi instinto es brillante. No solo lo digo yo, sino que una estrella Michelin, y miles de reseñas positivas en la página del restaurante donde dirijo la cocina lo avalan.

¿El problema? Ese instinto parece estar muerto. Muerto, quizá sea exagerado, pero está dormido.

Desde que gané esa estrella hace ya un año, el menú sigue siendo exactamente el mismo. No he incorporado ningún plato nuevo y los clientes habituales me lo han comentado en más de una ocasión.

Pasé mucho tiempo diseñando una carta en sintonía que encajara a la perfección. Si algo funciona, ¿por qué cambiarlo? Es la excusa de la que me valgo en público.

En privado, sin embargo, tengo toda la cocina empantanada y ni un solo plato que salvar.

Suelto un pequeño grito de impotencia y recojo todo.

Hoy tampoco va a ser el día que cree algo nuevo.

Capítulo 5

La cocina es una vocación.

En otro caso, no pasaría todo el santo día encerrada en El Laboratorio, el restaurante en el que trabajo. Mi jornada suele ser de diez horas, aunque no siempre se respeta el horario.

Max, el dueño, es un auténtico gilipollas, pero me paga bien, y, por eso, puedo llevar la vida que llevo.

Termino tan cansada, que solo puedo pensar en dormir.

—Vamos a ir a tomar algo, ¿te apuntas? —me dice Luca.

—Hoy no —respondo—. Estoy agotada.

—Nos vemos mañana, entonces.

Me despido de todos y pongo rumbo a mi casa.

A veces hacemos eso: cenamos algo rápido y salimos por ahí, cuando cierra el restaurante. Quizá esté feo, pero nunca se lo decimos a Max. De todos modos, él tampoco pasa todos los días por aquí. El Laboratorio solo es uno más de los once restaurantes que tiene.

A Luca, sin embargo, lo considero un buen amigo. Nos conocíamos antes de entrar aquí.

Cuando Max me propuso llevar su cocina, acepté con la condición de que contratase a Luca también. Él estaba parado en ese momento, pero no fue solo por eso. Si yo soy la mejor cocinera de la costa oeste, él es el mejor sumiller de todo el país.

Vuelvo a mi piso en bicicleta, como siempre. Tengo coche, pero raras veces lo uso. No me gusta nada conducir, pero, en cambio, los pedales... Adoro descargar energía al salir, porque llego a casa con la mente despejada y mucho más tranquila que si tuviera que enfrentarme al agobiante tráfico de la ciudad.

La dejo abajo, en el aparcamiento acondicionado para ellas.

Estoy esperando a que llegue el ascensor cuando un perro enorme se lanza hacia mí para saludarme.

Me aparto hacia atrás con rapidez. No soporto este contacto avasallador.

—Perdona, normalmente no hace eso —dice una voz.

Cómo no, un perro tan molesto tenía que ser de él.

—Seguiría sin hacerlo si lo llevases atado —apunto y señalo la evidencia—, como, de hecho, estipula la ley de cómo deben pasear los perros.

—Kurt va atado por la calle. Lo suelto para entrar.

Siento un pinchazo directo en el pecho al escuchar el nombre, pero lo ignoro.

Me fijo en que Miles guarda las distancias, pese a que me mira de una forma tan penetrante que la siento casi íntima.

—Podrías valorar hacerlo al llegar a tu casa.

—No —suelta en el acto. Algo atraviesa sus ojos. Es algo parecido al dolor, aunque no lo entiendo en absoluto. No estoy sugiriendo ninguna locura—. Puedo subir en el siguiente turno, si prefieres, aunque espero que no sea necesario.

—¿Por qué lo esperas?

—Porque vamos a vernos mucho, Chels. Ahora somos vecinos.

No respondo, solo aparto la mirada y me dedico a esperar el ascensor.

Miles entra conmigo, con Kurt a su lado. No lo ata, pero lo sostiene del collar para que no

se acerque de nuevo a mí.

No es que odie los perros, ni mucho menos. De hecho, él tenía perro cuando salimos. Kurt es diferente. Eso me hace pensar que Vader ya no está, porque no es a él a quien está paseando.

Solo odio todo lo que tiene que ver con Miles.

La estrategia de la indiferencia no va conmigo, se ve.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice apenas unos segundos después, como si le molestase el silencio.

—Vas a hacerla igualmente —replico sin mirarlo.

—He visto que hay una terraza accesible desde el ático, pero la puerta está cerrada y balizada con cinta para no entrar —empieza. Siento sus ojos azules clavados en mí y los ignoro a conciencia. Justo esto era lo que temía, que preguntase por *mi* terraza—. Hablé con la señora Jones, que me dio una explicación bastante vaga y me dijo que tú sabías más, que a ella la informabas tú.

Carraspeo un poco y me giro por fin para enfrentarme a él.

—La señora Jones está informada, pero me temo que con la presidencia lleva demasiadas cosas encima, y se las va olvidando. La terraza no es solo para los dueños de los áticos, sino para todos los habitantes del edificio. Sin embargo, está cerrada temporalmente. Los muros exteriores se agrietaron en un pequeño huracán de hace años y el ingeniero tomó esa medida hasta que estuvieran reparados.

—Tengo entendido que ya se repararon —deja caer Miles.

—Estoy intentando explicártelo desde el principio —respondo con calma—. El caso es que esas reformas se retrasaron varias veces y, al final, tardaron siete meses en hacer un trabajo que proyectaron en tres semanas. Cuando volvimos a subir, resultó que una bandada de halcones peregrinos había anidado ahí. Son aves protegidas por el estado de California y los muy cabrones precintaron la terraza hasta que se fuesen. No nos dejan utilizarla, porque somos peligrosos para los pájaros.

—Así que, no te gustan los pájaros, no te gustan los perros... ¿Qué te ha pasado, Chels? Antes amabas los animales.

—Me gustan los animales. Lo que no me gusta es que invadan mi espacio.

Justo en ese instante, la puerta del ascensor se abre y casi me precipito fuera, sin esperar a que termine. Meto la llave en mi puerta y abro sin despedirme siquiera.

—Buenas noches, Chels —dice a mi espalda.

Cierro y paso con prisa.

Maldigo a Miles, a Kurt y a todos los hombres del mundo.

Va a ser mi vecino igualmente, lo quiera o no. Tengo que aprender a lidiar con ello, pero tampoco sé cómo hacerlo.

¿Cómo se lidia con un pasado que te ha costado tanto dejar atrás?

Capítulo 6

Las fiestas de Max son las únicas celebraciones a las que me aburre acudir.

Tenemos que hacerlo igualmente, porque es el jefe. También, porque, según dice él, se trata de nuestro restaurante. El Laboratorio es nuestro o no, según para qué se trate y lo que quiera exigirnos.

La celebración de hoy tiene un sentido: es el tercer aniversario de apertura del restaurante. Ha reservado la azotea de un edificio y hemos preparado un *catering* frío durante todo el día. Nos ha llevado más de ocho horas, pero todavía nos ha exigido ponernos de etiqueta y acudir al evento, con más de cien personas.

—Pienso comerme todos los canapés de salmón —afirma Luca a mi lado.

Va especialmente guapo esta noche, con un traje en dos colores. El pantalón es negro y la chaqueta granate. Parece lisa, pero, al acercarse, se notan los grabados de varias rosas grandes. Discretos, pero atrevidos.

Mi vestido azul de cóctel es sencillo a su lado.

Caminamos por la azotea, contemplándolo todo, con él cogido de mi brazo, y comiendo cada vez que podemos. Trabajamos en una cocina, pero casi no hemos probado bocado en todo el día.

—Yo prefiero los de queso —aclaro y cojo uno para llevármelo a la boca.

—Mientras nos dejen beber y comer a gusto, estas fiestas no están tan mal.

—Mientras no aparezca...

Luca me da un pequeño pisotón y me callo justo antes de que vea a Max ante nosotros.

Max Levine roza los cuarenta años. Es atractivo, y lo sabe. También es ambicioso y no entiende los límites profesionales y personales, solo que eso no parece saberlo.

—Estás preciosa esta noche, Chelsea —me dice con una sonrisa que intenta ser encantadora. Lleva su mano a mi espalda y la acaricia con suavidad, en una zona descubierta donde no hay tela, sino piel.

—Gracias —respondo con una sonrisa forzada.

Me remuevo de forma sutil para apartarme, sin dejar de sonreír. Sigue siendo mi jefe y no sé cómo enfrentar este tipo de situaciones.

—Yo también estoy precioso, ¿verdad? —pregunta Luca con una sonrisa radiante, sin dejar de mirar a Max.

Nuestro jefe se gira hacia él, como si acabase de reparar en su presencia.

—Por supuesto —contesta de forma cortés—. ¿Qué tal? ¿Estáis disfrutando de la velada?

—La verdad, estamos algo cansados después de todo el día cocinando —afirma Luca con sinceridad—, pero es una fiesta estupenda.

—Disfruta, Luca. Pocas veces tienes la oportunidad de acudir a un evento así —replica, quizá demasiado mordaz—. Tengo que seguir saludando invitados. Luca, Chelsea... —dice y hace un gesto con la cabeza. Después, me mira solo a mí y añade—: Espero volver a verte esta noche.

—De verdad, es repugnante —comenta mi amigo una vez nos quedamos a solas—. Esto tiene que ser denunciado de alguna manera.

—¿El qué? ¿Que me tire los trastos en estas fiestas? Lo dudo, Luca. Además, ¿a quién iba a

quejarme? Él es el jefe. Es su restaurante.

—Ya me ocuparé yo de que no vuelvas a verlo esta noche —asegura con firmeza—. ¿Dónde está Skylar? Llega ya media hora tarde.

—No querrá parecer desesperada... —comento con una sonrisa, sabiendo lo que piensa mi amiga de la puntualidad.

Aparece un rato después, con un vestido plateado que resalta toda su figura. Sin embargo, no es su escote pronunciado lo que me llama la atención, sino el hecho de que no viene sola.

A Sky la hemos invitado nosotros, pues ella no es parte del restaurante, y, por supuesto, no entraría en la prestigiosa lista de Max. Parece que ella se ha tomado la libertad de comentárselo a Nate.

—Hola, chicos —nos saluda Sky al llegar a nosotros—. Espero que no os importe que se lo haya dicho.

Frunzo el ceño. No me molesta que Nate esté aquí, pero no es el tipo de relación que pensaba que tendrían.

—Me dijo que estarías y me pareció un momento tan bueno como cualquier otro para hablar contigo —comenta él mientras me saluda.

—Voy a por unas copas —anuncia Sky—. Luca, ven conmigo —ordena.

—Yo ya tengo la copa llena —protesta el aludido.

—No he preguntado —dice, y lo coge del brazo para que la acompañe.

Nate y yo nos miramos con una sonrisa. Mi amiga, sutil, lo que se dice sutil, tampoco es.

—Así que vais en serio... —empiezo. No es una acusación, solo tengo curiosidad.

—No sé si diría tanto —repite Nate—. Tengo que admitir que Sky me llama la atención. Está un poco loca.

—¿Loca en qué sentido?

—¿Recuerdas la noche de la fiesta, por ejemplo? Terminamos acostándonos en uno de los dormitorios de Miles. Tengo una estrategia para ligar, lo sabes, pero Sky se saltó todos los pasos y...

Suelto una carcajada que lo interrumpe. Nate me mira con interés.

—No está loca en ese sentido, Nate. Lo que pasa es que tú estás acostumbrado a ser un seductor que se lleva a las chicas a la cama, y Sky fue la que te lo hizo a ti. Por eso, te ha pillado desprevenido, porque ha sido capaz de cazar al cazador.

Él me mira, como valorando mis palabras.

—Pues sí, creo que fue justo eso —admite y se ríe también—. El caso es que a ambos nos gustó lo suficiente como para repetir.

—Y como para venir juntos a una fiesta.

—Sí, eso también. Acabamos de conocernos, Chels. Ya veremos adónde lleva esto —comenta y hace un gesto con las manos, restándole importancia—. ¿Qué tal estás? Hace años que no sé nada de ti. Sky me dio tu número, pero prefería hablar en persona. No sé, se me hace menos raro.

—Lo cierto es que estoy bastante bien —admito con sinceridad—. Ya sabes dónde vivo. No tengo pareja, pero sí amigos. Soy jefa de cocina de El Laboratorio. La verdad es que soy feliz.

—Te vi en la prensa, cuando te dieron la estrella Michelin. Salimos a celebrarlo, ¿sabes? Toda la banda. Nos comimos una pizza en tu honor. —Nate se ríe, pero mi carcajada se queda atascada en la garganta. Eso fue hace un año. ¿Miles lo celebró también?—. No me sorprendió. Sabía que tarde o temprano sería tuya. La mereces.

Por fin reacciono y sonrío en agradecimiento.

Lo cierto es que Nate fue un poco mi conejillo de indias mientras estaba aprendiendo a cocinar mejor. Probaba mis platos, incluyendo creaciones que resultaron ser desastres absolutos. No fue de gran ayuda, la verdad. Para Nate, cualquier cosa que hiciese yo, era un manjar. Nunca fue muy objetivo.

—Enhorabuena —dice al final.

—Gracias. ¿Tú qué tal? ¿A qué te dedicas ahora?

—Por ahora no hago mucho, la verdad —admite y noto un tono triste en su voz—. Miles llevaba mucho tiempo diciendo que quería dejar Wandering Souls, pero creo que no me di cuenta de lo que de verdad significaría hasta que lo hizo público. Disolvimos el grupo, claro. No quiero tocar en ningún otro, porque no sería lo mismo. Así que, estoy buscando algo que me guste para dedicarme a ello. El dinero por ahora no es problema, pero sí necesito ocupar mi tiempo. Me gustaría invertir en algún negocio, ser responsable.

—¿Miles os dejó tirados? —pregunto sin ocultar mi asombro.

No sé si debería sorprenderme.

A mí me dejó porque decidió apostar por el grupo, por su carrera musical. Y, aunque doliese, pues también lo entendía. Pero, si tampoco se quedó con ellos, el sacrificio no merece la pena. Quizá solo fue una excusa, quizá la única realidad sea que Miles Stones es incapaz de comprometerse con nada ni con nadie.

—No, no nos dejó tirados. Ya no podía más, Chels. Tienes que entenderlo. La prensa, los *fans*... Es un mundo muy cruel. Aguantó más por nosotros, por mí, pero Miles lo necesitaba. Lo estaba pasando realmente mal. Creo que todos, en realidad, aunque no nos hubiéramos dado cuenta. Fueron años muy intensos.

—¿Y Beau y Jeremiah? ¿Cómo se lo tomaron? ¿Qué es de ellos?

—También les vino bien. Beau está casado, y ahora tiene una hija. Viven en Florida, porque ella es de allí.

—¿De veras? —pregunto con un nudo en el pecho. Me alegro por él, no es eso. Lo que me aprieta en la garganta es saber que me he perdido esos momentos tan importantes.

—Fue una boda íntima. Se casaron de penalti, porque a Claire le hacía ilusión. Hailey es preciosa; ha salido a Claire. Jeremiah trabaja en la televisión, donde sigue tocando el teclado. Ahora vive en Nueva York, aunque ha pasado unos meses en Londres.

—Me alegro por ellos. Es bonito saber que les va bien.

—Puedo darte sus números, por si quieres hablar con ellos en algún momento.

—Claro —asiento, aunque no sé si los usaré. No sabría ni cómo empezar la conversación tantos años después—. ¿No echáis de menos la fama?

—No es tan buena como la gente cree.

—Ser una estrella de rock supongo que merece la pena.

—Había veces que sí... Las veces que incluía al rock. ¿Las partes que solo incluía la fama? Esas eran las que fallaban.

Sky y Luca aparecen en ese momento, con una copa para ellos y otra para nosotros.

—¿De qué hablabais? —pregunta mi amiga.

—De la fama.

—¡Por la fama! —propone Sky un brindis, ajena a que Nate se quejaba justamente de eso—. Y que Chelsea la consiga pronto, como mejor cocinera de San Francisco.

Yo me río, pero el resto levanta sus copas con una sonrisa en la cara.

Me doy cuenta en sus expresiones de que lo creen de verdad y eso me borra la risa de golpe. Si ellos supieran que no soy capaz ni de crear un plato nuevo... Pero no digo nada. Solo alzo mi copa para brindar con ellos.

—¡Y porque no volvamos a ver a Max esta noche! —susurra Luca muy bajito.

Esta vez sí reímos, y brindamos, y empezamos una noche que ha mejorado mucho con la aparición de la pareja, pero, sobre todo, con la desaparición de mi jefe.

Capítulo 7

A pesar de ser celebraciones de trabajo, las fiestas de Max siempre terminan muy tarde. No las pasamos sobrios, porque sería insoportable.

Nadie quiere irse el primero.

Max siempre lo anota y luego lo deja caer en el restaurante acompañado de un: esta semana tienes que salir un par de horas más tarde todos los días, que hace falta apoyo.

Así que, aquí estamos los cuatro, con una nueva copa en las manos y todavía poniéndonos al día.

Me ha gustado reencontrarme con Nate. Solo por eso, tengo que admitir que esta fiesta no está tan mal.

—Dirán lo que quieran, pero eso no es solo sexo —comenta Luca en un momento en el que la pareja está bailando—. Ahí hay algo más.

—¿Tú qué sabrás? Déjalos.

—¿Sobre amigos con derechos? Sé mucho, Ce —replica como si fuese obvio—. O nos intentan engañar a nosotros, o se intentan engañar a sí mismos. Míralos, pero si son monísimos —añade con la vista puesta en ellos.

—Sí que lo son —coincido y los miro también.

Y luego maldigo, porque esto no es lo que esperaba de ellos.

—Ese hombre no te quita el ojo de encima —afirma mi amigo un poco después—. Ese, el del traje azul.

Sigo la dirección que me indica.

El hombre me está mirando ya y esboza una pequeña sonrisa, cuando nuestros ojos se encuentran. Es atractivo. Alto, rubio, mandíbula cuadrada.

Sonrío también, levantando solo la comisura izquierda de la boca, y me giro de nuevo hacia Luca.

—Tengo que admitir que te odio un poco, lo tenía fichado para mí —continúa.

—Todavía puedes intentarlo, quizá sea bi.

—Lo que sea, pero se ha fijado en ti, y no en mí. No soy segundo plato de nadie. No te preocupes por mí, he fichado a otros seis más.

Suelto una carcajada y me imita.

—No estaba preocupada, Luca. Sé que no supondría un problema para ti.

—¿Quieres bailar tú también? —pregunta de pronto.

—Pero si tú nunca bailas.

—Por ti, cariño, podría hacer cualquier cosa.

Sonrío, porque sé que es sincero. Luca es gay, pero creo que si fuera hetero, tendríamos exactamente la misma relación, con los mismos comentarios, y tampoco nos gustaríamos.

Somos amigos, pero amigos de los de verdad. Nos queremos, aunque sea otro tipo de amor. Luca forma parte de la familia que he elegido y, la verdad, no podría haberla elegido mejor.

No tengo tiempo de responder, pues el hombre de azul se acerca a nuestra mesa y nos saluda a ambos.

—Buenas noches —responde Luca. Me da un codazo al ver que yo no he dicho nada y carraspea, como si así pudiera disimular un golpe que casi me tira del taburete.

—Buenas noches.

—Estaba ahí, bebiendo una copa e intentando armarme de valor para acercarme a conocerte —suelta el hombre del traje azul con sinceridad—. Y he dicho ahora... Ahora es el momento.

—¿Por qué es el momento?

—Porque por fin me has mirado y me has sonreído. Me ha parecido una buena señal.

Siento un pequeño retortijón en el pecho, pero lo ignoro. No soy muy amiga de las señales.

—Ha sido perfecta —interviene Luca—. Yo tengo que ir a coger una copa, ahora vuelvo. ¿Lo ves? Otra señal.

Mi amigo se va para dejarnos a solas y yo me guardo la reprimenda para cuando vuelva.

—Me llamo Robert, por cierto.

—Yo soy Chelsea.

—Encantado. —Se acerca para darme un beso en la mejilla y, al hacerlo, el olor de su colonia me golpea de lleno. Huele de maravilla—. ¿Qué tal la fiesta?

—Bien, entretenida. ¿Cómo lo pasas tú?

—Ahora mejor —responde con una sonrisa encantadora.

Charlamos un poco más. Una conversación amena, muy diferente al habitual acoso de Max.

La música que suena de fondo cambia y comienza a sonar *Look at me*, uno de los grandes éxitos de Wandering Souls. No me apetece quedarme a escucharlo, así que tengo que disculparme.

—No intento huir, pero necesito ir al aseo —aseguro con franqueza, pues también es verdad.

Robert se ríe y asiente.

—Es una urgencia que puedo entender. Espero verte más tarde por aquí.

Dejo mi copa sobre la mesa alta y echo una rápida ojeada para ver que Max se encuentra lejos. No sería la primera vez que me aborda en el pasillo del baño y tengo que quitármelo de encima.

Me avergüenza un poco admitirlo. Tengo veintiséis años, una carrera en alza, una estrella Michelin. Me independicé de mis padres a los dieciséis, aunque, en realidad, podría decirse que lo hice al nacer. Y, sin embargo, todavía no sé bien cómo reaccionar cuando Max me acosa, sin que eso afecte a mi desarrollo profesional, pero dejando claro que no me interesa.

Sé que no es problema mío, que es suyo. Solo digo que me gustaría saber actuar de otro modo en lugar de quedarme bloqueada y sonreír.

No tardo demasiado.

El tiempo necesario para vaciar la vejiga, asearme y comprobar que mi maquillaje sigue intacto. He elegido un *look* natural porque, pese a todo, sigue siendo una fiesta de trabajo.

Han sido unos pocos minutos y, aun así, cuando salgo, está Max, apoyado en la pared del pasillo, esperándome.

Debía de estar pendiente de mí, porque de otro modo ni siquiera se hubiera dado cuenta.

Noto cómo se me encoge el estómago, pero trato de acallar la sensación para no decir algo que me cueste mi puesto.

—¿Qué tal lo estás pasando? —pregunta como si nada.

Me fijo en su pose, que intenta ser sexi. En su mirada, en su tono de voz. Lo cierto es que Max es un hombre atractivo físicamente, pero pierde toda cualidad positiva con su actitud y su personalidad. Conocer los límites es algo indispensable en una relación, y está claro que no le importa en absoluto esa línea roja que traspasa con tanta facilidad.

—Bien, gracias —respondo de forma escueta.

¿Eso debería ser suficiente, no? Quiero decir, cualquier persona captaría el tono y la incomodidad. Cualquier persona menos Max.

Doy un paso para volver hacia la fiesta, hacia Luca y mis amigos, pero Max está taponando la salida, no sé si de forma intencionada o no. Juego con el anillo del anular, nerviosa, alerta.

—Apenas hemos tenido tiempo para hablar esta noche. ¿Te apetece hacerlo ahora? No aquí, claro. Podemos volver a la terraza, o a un sitio más privado —deja caer.

—Le debo un baile a Luca. Me está esperando.

—La noche todavía es larga, podéis bailar más tarde —sugiere.

—Mira, Max, tengo que...

—Vamos, Chelsea, no seas así —dice y da otro paso hacia mí—. Solo te estoy pidiendo hablar. No tienes que...

—Ah, estás aquí —suelta una voz masculina detrás de Max—. Te estaba buscando.

Miro hacia la persona que ha hablado y el corazón se me encoge con más fuerza cuando veo a Miles. No sé qué hace él en esta fiesta, ni cuándo ha llegado, pero sus ojos están fijos en mí, llenos de una rabia que centellea.

Por un momento, me olvido de quién es él, de quién soy yo y de lo mucho que lo detesto.

No debería aferrarme a nadie, sino plantarme por mí misma. La teoría la conozco, pero es la práctica lo que me falla. Por eso, no me atrevo a estallar contra mi jefe: una persona que tiene mi vida en sus manos, y prefiero tomar la solución más cobarde.

Sonrío a Miles, la sonrisa falsa y artificial, pero espero que no se note.

Max se gira también. Su expresión se transforma. Los ojos se oscurecen, y la mandíbula se tensa.

—Perdona, me he entretenido un poco —suelto al final, mirando a Miles de un modo tan agradable que nunca creí posible.

—No te robo más tiempo, Chelsea —comenta Max—. Nos vemos el lunes en El Laboratorio.

—Claro, nos vemos allí.

—¿Estás bien? —me pregunta Miles una vez nos quedamos a solas.

Seguimos en el pasillo hacia el aseo, refugiados por la penumbra que hay aquí.

Tengo la espalda apoyada en la pared y él está delante de mí, observándome.

No quiero hacerlo, pero mis ojos me traicionan y me fijo en él. En lo bien que le queda la camisa oscura y la americana gris, o ese pelo castaño que despeina a conciencia.

Miles no sonrío, sino que me mira preocupado, enfadado. Creo que ha presenciado toda la escena y, al contrario que mi jefe, él sí ha notado mi incomodidad. También mi cobardía.

—Eh... —Al ver que no contesto, que bajo la mirada hacia el suelo, lleva los dedos a mi barbilla y me levanta la cabeza con suavidad para obligarme a mirarlo—. Chels..., ¿estás bien? ¿Te ha hecho algo? Porque si es así te juro que...

—No, no —me apresuro a negar. De pronto, recuerdo quién es y recobro la compostura. Aparto la cabeza para deshacerme de su contacto, pues Miles no tiene ningún derecho a tocarme—. No necesitaba que me salvaran —respondo a la defensiva.

—Lo sé. Sé que puedes tú sola, que no te gusta que te ayuden, pero no podía ver cómo te trataba y quedarme de brazos cruzados. ¿Quién era ese hombre? —pregunta, preocupado.

—Nadie que tenga que importarte —aseguro—. Gracias por tu ayuda, Miles. Tengo que volver a la fiesta.

—No tienes que volver si no te apetece. Podemos...

No sé qué va a decir, porque ya no lo escucho.

Emprendo el camino de vuelta hacia mi mesa, buscando con la mirada a Luca, a Skylar o a Nate. Ninguno de los tres está a la vista.

Noto cómo Miles me sigue, así que acelero el paso.

Me cruzo con Max, que se gira hacia mí al ver que regreso sola. ¡Joder! ¿Es que no puedo estar tranquila?

Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Por eso, cuando veo a Robert en medio de la pista de baile, me acerco directa a él.

—No has huido —bromea con una sonrisa. Después se fija en mi gesto y se pone más serio—. ¿Todo bien?

—¿Puedo besarte? —pregunto sin rodeos—. Porque es algo que quiero hacer, pero si tienes pareja o...

—Estoy soltero —asegura con rapidez.

Antes de que se acerque cualquiera de los dos, le planto un beso.

Robert lleva las manos a mi espalda, me pega más a él y me devuelve el gesto. Y sí, puede que me sirva para librarme de dos incordios a la vez, pero también disfruto de las sensaciones que me despierta besar a Robert.

—¿Te apetece bailar un poco? —pregunta cuando nos separamos.

—Me encantaría —respondo con una sonrisa que intenta esconder que todavía estoy temblando un poco.

No pienso en Miles, ni en Max, aunque de vez en cuando siento sus miradas clavadas en mí.

Luca por fin aparece, pero se limita a guiñarme un ojo de lejos.

Después de tres canciones, dejamos de bailar. Vamos juntos hacia un extremo, donde la barandilla separa de una caída de más de ochenta metros. Apoyo las manos en el cristal y, al hacerlo, la manga del vestido deja a la vista mis muñecas. Robert se fija en el tatuaje que queda al descubierto y lo acaricia con sus dedos.

—*The sign* —lee en voz alta—. ¿Qué quiere decir?

—Que cualquier momento es bueno para conseguir lo que te propongas —respondo.

Esas dos palabras están tatuadas en un sitio muy visible, pero ahora mismo no quiero pensar en ellas, así que bajo la manga para ocultarlas de nuevo.

—Vale, no quiero preguntarlo porque es obvio que intentas huir de ello, pero tengo que hacerlo, lo siento —me dice con una mirada seria—. ¿El hombre que no te quita el ojo de encima es Miles Stones, el cantante de rock?

Me giro hacia donde está señalando Robert y confirmo que, efectivamente, Miles me está observando.

—Quizá te esté mirando a ti —bromeo, haciendo que se ría.

—¿Quieres que nos vayamos de esta fiesta?

—¿Qué propones?

—No voy a engañarte. Me pareces una mujer muy atractiva e interesante. Me encantaría terminar la noche contigo, en un sitio más privado. No sé qué tienes con los dos hombres, de los que es más que obvio que intentas huir, pero tampoco me importa; incluso si uno de esos dos hombres es el mismísimo Miles Stones. Creo que podemos conocernos un poco más y pasarlo bien. Si te gusta lo que descubras, veremos dónde nos lleva esto. Si no te gusta, al menos te habrás librado de ellos. No intento decir que no tengas otras formas de hacerlo, claro. Solo que

esa es mi oferta.

Mi sonrisa se ensancha al escucharlo.

Me gustan este tipo de conversaciones a la hora de ligar: claras, concisas, sin margen de error en la interpretación. Carecen de sentimientos y de profundidad, pero no es eso lo que busco.

—Vamos a tu casa.

Tiendo una mano hacia él y nos encaminamos a la salida.

Veo a Luca en la mesa de antes, que alza su copa hacia mí y da un pequeño sorbo.

Reprimo la carcajada y le devuelvo un guiño.

Sky y Nate no están a la vista. Supongo que se han perdido para compartir su amor en un sitio más privado.

Robert me besa, y ni siquiera me fijo en si están o no están mirando Max y Miles. Esto es lo que necesito ahora. Desde hace un tiempo, en realidad. No busco relaciones serias, ni siquiera relaciones cortas. Solo quiero conocer a hombres de forma puntual, disfrutar de una noche de sexo y ya está. Sin más contacto, ni falsas promesas.



Es justo lo que consigo.

Nos acostamos en su casa, pues nunca llevo a nadie a la mía. Soy un poco paranoica y no me gusta que sepan dónde vivo.

No me quedo después de terminar.

Me visto, me despido de él con un beso y vuelvo a mi ático.

Robert no trata de detenerme en ningún momento.

Él esperaba de mí, lo mismo que yo de él.

Es lo bueno del sexo con desconocidos.

A veces es decepcionante, sí, pero no son tantos casos. Unas cuantas caricias, un polvo sin compromiso y cero consecuencias. No hay peligro a nivel sentimental ni emocional. Es solo físico.

Llego a mi edificio cerca de las seis de la mañana, con el maquillaje casi intacto. Mientras espero el ascensor, aprovecho para mandar un mensaje por el grupo que tengo con Luca y Skylar. Solo cuento lo bien que ha ido y que ya estoy en casa.

Estoy a punto de entrar en el ascensor cuando un perro viene corriendo hacia mí.

—¡Kurt, para! —grita su dueño.

Me giro despacio para toparme con Miles. Lleva un pantalón corto y una camiseta de deporte. Está sudado e imagino que viene de correr. Solo él encontraría ganas para una carrera después de regresar de una fiesta.

Yo solo puedo pensar en dormir.

La camiseta se le pega al torso y le queda bien. *Demasiado* bien. Resalta el bronceado de su piel y sus bíceps tatuados. Tengo la cabeza un poco embotada por los efectos residuales del alcohol, y por eso tardo más de la cuenta en apartar la mirada.

—¿Sigues sin atarlo?

—No voy a atarlo, Chels —responde muy serio—. Veo que la noche ha terminado bien.

—No puedo quejarme.

El ascensor se abre en ese instante.

Miles pasa al interior, seguido de Kurt. Detiene la puerta antes de que se cierre y me mira un instante.

—¿No subes? —pregunta con curiosidad.

—Esperaré al siguiente.

Veó cómo sus ojos azules se oscurecen un poco y niega con la cabeza, despacio, como si no terminase de creérselo.

—Como quieras.

Las puertas se cierran por fin y espero a que empiece a subir para tocar de nuevo el botón. Hay cuatro elevadores, no creo que lleve demasiado tiempo.

Han pasado años y supongo que podría ser más madura, pero lo cierto es que no me sale serlo. No quiero coincidir con Miles, y menos en una noche como hoy.

Sin embargo, cuando llego arriba es justo lo que sucede.

Kurt no está. Ha debido de dejarlo dentro de su casa. Miles tiene la espalda apoyada en su puerta, con una rodilla flexionada y los brazos cruzados a la altura del pecho. Evito mirarlo más de lo necesario, pues ese pelo castaño revuelto por el sudor y la camiseta pegada a cada músculo de su cuerpo me trae a la cabeza unos recuerdos que no quiero recuperar. Unos recuerdos en los que el sudor no se debía a ningún tipo de deporte.

—¿Me estás esperando? —pregunto al salir del ascensor.

No me pasa por alto el repaso que me dedica él, de arriba abajo. Llevo un vestido espectacular, pero imagino que mi aspecto era mejor al salir anoche que ahora, después de toda la noche fuera.

—Eres tú la que ha decidido evitarme a toda costa, no yo.

—No parece haber forma posible de evitarte, *Mister Lover* —replico.

Utilizo su apodo; ese que le puso la radio y sus *fans*. Muy apropiado, la verdad. Wandering Souls se hizo famoso por sus temas románticos y Miles Stones compuso todos y cada uno de ellos. A veces, también lo llamaban el Taylor Swift masculino. Cada vez que salía o rompía con una pareja, escribía una canción para ella. O un disco, según cómo de intenso hubiera sido su romance.

Las que me escribió a mí quedaron en una maqueta que retiraron del mercado y casi nadie llegó a escuchar. Supongo que no fui digna de aparecer en su discografía de verdad, porque estuve antes de la fama.

A Allyson Walker, la chica por la que me sustituyó, le dedicó un disco entero. *Next to me* fue, de hecho, la canción que catapultó a la banda al estrellato. Salió apenas unos meses después de nuestra ruptura. Así que, a un corazón lo bastante hecho trizas como para que las grietas fueran irreparables, y a la dificultad de olvidar a alguien a quien todavía sigues amando, se sumó el hecho de que ese alguien presumiera de su nuevo amor en todas partes.

En todas las malditas partes del mundo.

Y que todas esas malditas partes estuvieran encantadas con el romance más popular de la ciudad.

Miles no va a decirme ahora si puedo evitarlo o no, después de lo que me ha costado llegar hasta aquí.

—¿Y eso por qué lo dices? —inquiérese él.

—Porque llevas cinco puñeteros años sonando en todas las radios, Miles. Es imposible que no lo sepas. La gente hablaba de ti. De hecho, todavía sigue haciéndolo. Y, cuando por fin te retiras y parece que vas a desaparecer, te plantas frente a mi casa para vivir aquí, y vienes a las fiestas a las que yo voy. ¿Cómo diablos va a ser posible evitarte?

Miles descruza los brazos y los deja caer. Me mira, y creo atisbar pena en el azul de sus ojos.

Estoy a punto de espetarle algo, cuando se adelanta:

—Sí, supongo que tienes razón. No te lo puse nada fácil.

—No, no lo hiciste —admito—. Por suerte, ahora sí es sencillo.

—Espera, Chels. Creo que tenemos pendiente una conver...

—Adiós, Miles.

Entro en mi casa y cierro a mi espalda, sin darle tiempo a terminar la frase siquiera.

Me desvisto de camino a la cama. Dejo la ropa y los zapatos tirados en el suelo, pero no me importa. Mañana los recogeré, y me ducharé, y me desmaquillaré, y haré todas esas cosas que debería hacer ahora, pero no me apetece.

Ahora solo quiero cerrar los ojos y descansar.

Descansar también de Miles.

Sin embargo, es justamente con él con quien sueño.

Capítulo 8

Aquella noche me encontraba en una cervecería cutre cerca del parque Golden State. Wandering Souls había actuado hacía apenas una hora, pero habían acudido a mi llamada de crisis. Así que, ahí estábamos, en el camerino que le dejaban a la banda, que no era más que el cuarto de limpieza.

Habían pasado dos meses desde que aparecieran por el Deep Barrel y, desde entonces, nos habíamos hecho amigos. Celebraban allí los éxitos de sus bolos. También ahogaban las penas cuando no salían como esperaban.

Dejar el bar abierto para ellos y beber cerveza se había convertido en una especie de tradición que había terminado por unírnos.

Especialmente a Nate, al que empezaba a considerar un amigo. También a Miles, aunque de otro modo distinto. No éramos pareja, aún nos estábamos conociendo, pero disfrutábamos conociéndonos.

Sin embargo, esa tradición iba a desaparecer.

Recuerdo que no podía controlar mi enfado. Si analizaba en profundidad mis sentimientos, sabía que en realidad eran otros. Pena, desesperación, agobio. Sin embargo, en mi caso todo se reducía siempre a lo mismo: rabia. Todo lo canalizaba así. No había aprendido otro modo de gestionar mis emociones.

—La odio —repetí por trigésima vez—. Espero que cuando vaya a descargar una caja se le caiga y le reviente el...

—Para, para —me detuvo Miles. Apoyó las manos en mis hombros y me observó muy serio—. Lo que te ha hecho es una putada, sí, pero lo solucionaremos. Solo es un trabajo.

Lo fulminé con la mirada.

«Solo es un trabajo» era una frase de mierda que se podía permitir la gente con dinero, pero yo no. Yo necesitaba un empleo y un salario para poder pagar la habitación que tenía alquilada, así como para vivir. Mis ahorros llegaban para un menú en el McDonald's, pero poco más, y no quería quedarme en la calle, con sinceridad.

—Vale, perdona, sé que el trabajo es importante —se retractó Miles enseguida, que ya me conocía lo suficiente—. Lo que quiero decir es que podemos buscar otro.

—Me siento fatal —admitió Nate—. Si no fuera por mí, no...

—No es tu culpa —lo interrumpí al momento—. Ha sido ella.

Acababan de despedirme del Deep Barrel por culpa de Camille.

Al parecer, que yo siguiera tonteando con Miles mientras que Nate pasaba de ella, le había sentado peor de lo que me había dejado ver. Así que, una noche de las tantas que dejábamos el bar abierto para la banda, Camille se había presentado con el jefe para contarle lo que hacía.

Ella se había exculpado, por supuesto.

Así fue como me vi de patitas en la calle.

¿Que no debería haber invitado a nadie? Lo sé. ¿Que Camille se había convertido en una arpía al delatarme de ese modo? Rotundamente, sí.

—Creo que en el bar que tocamos este viernes están buscando camarera —informó Beau de pronto—. Das el perfil.

Fue Miles quien lo fulminó con la mirada entonces, mientras que Nate y Jeremiah dejaron

escapar una ruidosa carcajada.

—¿Qué me estoy perdiendo? —pregunté.

—Lo que dice el cartel —empezó Nate—, y voy a citarlo textualmente, es: se busca camarera sexi y con buena delantera para poner copas.

Que no me pareciera mal, decía lo suficiente sobre mi desesperada situación. Sabía que era machista, y asqueroso, y denigratorio, pero necesitaba el dinero, y lo necesitaba ya. Así que, estaba más que dispuesta a acceder.

Mi alternativa era regresar a Chicago y, después de lo que me había costado salir de ahí, esa opción ni siquiera la barajaba. La dignidad es un lujo que no siempre puedes permitirte.

—Así podrás ver a la banda por fin —me animó Nate—. Ya iba tocando.

Hasta entonces, había sido imposible porque mis horarios eran incompatibles con sus conciertos.

—Diremos que eres parte del grupo —añadió Jeremiah—. Llevas dos meses invitándonos a cerveza. Ahora nos toca a nosotros.

—Gracias, chicos —murmuré. No era muy dada a expresar mis sentimientos, ni siquiera el agradecimiento, así que yo misma me sorprendí por mis palabras.

Apenas tenía amigos. De hecho, creo que ellos eran los únicos.

Camille había sido lo más cercano a serlo, pero no había resultado.

Mi hermana Mia, mi único apoyo constante, vivía en Chicago, y, aunque sabía que podía contar con ella para cualquier cosa, no tenerla físicamente conmigo era una barrera que se notaba.

Con Wandering Souls encontré refugio.

Estaban los cuatro ahí, conmigo, consolándome después de que hubiera llamado a Miles para contarle lo sucedido. No solo eso, sino que me ofrecían soluciones.

—Es una inversión —bromeó Nate—. Ese bar tiene cocina. No te pediremos solo cerveza, sino que también tendrás que hacernos pizzas. Sabemos lo gran cocinera que eres, así que las expectativas están altas.

Le sonreí, más agradecida aún porque, quizá hubiera pasado poco tiempo, pero Nate me había captado bien. Sabía lo mucho que odiaba sentirme mal, y, por eso, añadía ese toque de humor para mejorar mi estado de ánimo. Era nuestra forma de quitar hierro al asunto.

—Deberíamos irnos de aquí —dijo entonces Beau—. Creo que los vapores de la lejía empezarán a hacer efecto en breve.

Jeremiah se acercó y me estrechó con fuerza entre sus brazos. No me gustaba ese tipo de gestos, pero él tenía la costumbre de repartir abrazos, así que se lo permitía.

Miles dejó que el resto del grupo saliera de su glamuroso camerino y, cuando fui a hacerlo yo, me sujetó por el brazo y me detuvo. Cerró la puerta a mi espalda y se acercó un poco más a mí, con esa mirada intensa que siempre me dejaba atrapada.

—Chels —me llamó, pese a que ya tenía toda mi atención puesta en él—, ¿estás bien? No hablo solo del trabajo. Sé que es una mierda, lo sé —añadió enseguida, como si temiese que fuera a saltar de nuevo contra él—. Lo que te ha hecho Camille es una putada, pero era tu amiga. No pasa nada si te ha dolido.

—No era mi amiga —lo corregí al momento—, porque una amiga no me hubiera hecho algo así. Camille era una compañera de trabajo, y ya está.

Hubo un silencio en el que solo nos miramos.

—Está bien —dijo al final—, pero si necesitas cualquier cosa, ya sabes que estoy aquí.

—No sabía que íbamos tan en serio —espeté de forma mordaz.

Fui cruel, lo sé.

Fui injusta, lo sé.

También sé que Miles no lo merecía, pero tenía dieciocho. Hacía apenas dos años que había escapado del infierno que había vivido y todavía estaba aprendiendo a tratar con las personas.

En aquella época, levantar barreras con cualquiera que intentara traspasarlas, parecía ser mi especialidad, como si no quisiera que nadie se acercara lo suficiente como para poder dañarme de nuevo.

Miles lo intentaba tan fuerte que mis barreras temblaban, y yo tenía miedo, así que lo frenaba.

—No tiene nada que ver con si vamos en serio o no, sino con que me preocupo por ti —continuó, sin ceder. Creo que, por aquel entonces, Miles ya intuía que yo era una especie de iceberg, que escondía mucho más de lo que dejaba ver, y él estaba dispuesto a descubrirlo todo —. Y, solo para que quede claro, sí que va en serio por mi parte.

No sé si fue su mirada, seria e intensa.

O su voz, tan áspera que pareció un susurro.

O quizá sus palabras, que se colaron a través de una rendija y crearon una pequeña grieta en mi coraza.

Fuese lo que fuese, en ese momento me desarmó.

Yo era una persona vulnerable, fingiendo ser fuerte tras una fachada de dureza, pero Miles era esa fuerza arrolladora que me permitía ser yo misma, mientras fingía que no, y eso me desestabilizaba por completo.

No quise seguir hablando.

No quise seguir escuchando.

Llevé las manos al cuello de su chaqueta de cuero, lo atraje hacia mí de un tirón rápido y me aferré a sus labios.

Miles respondió con un gruñido ronco.

Su lengua se abrió paso por mi boca y enseguida me vi atrapada entre la puerta y su cuerpo.

Me besó con ganas. La mandíbula, el cuello.

Incliné la cabeza para dejar más piel al descubierto y se me escapó un gemido cuando noté sus dientes rozando el lóbulo de la oreja. Era un gesto que me ponía toda la piel de gallina.

Llevó una mano a mi nuca y la enredó en el cabello.

Yo bajé las mías por su torso hasta el botón de sus vaqueros, para desabrocharlo con urgencia.

—Peligrosa... —susurró en mi oído.

Se me escapó una pequeña carcajada. De vez en cuando me llamaba así, como si realmente supusiera un peligro para él.

Miles me ayudó a deshacerme de sus pantalones. Me dio la vuelta, colocándose de espaldas a él. Me acarició los muslos y agarró la tela del vestido para subirlo por la cintura. Llevaba un minúsculo tanga negro con encaje por la tela delantera, que dejaba mi culo expuesto. Miles lo miró un instante, lo agarró con las dos manos y se acercó para besarme el cuello.

Sus vaqueros estaban en el suelo, pero todavía llevaba el bóxer puesto. Noté su erección a través de la tela. Me froté un poco contra él, necesitada de más. Mi gemido le hizo gruñir. Miles y yo teníamos ese tipo de tensión que prendía con cualquier pequeña chispa.

—Quiero sentirte dentro —le pedí.

No se hizo de rogar. Se bajó los calzoncillos y se puso un preservativo. Apartó mi tanga y me penetró desde atrás.

Lo hicimos contra la puerta del cuarto de limpieza más cutre que he visto, pero a ninguno nos importaba el lugar. Miles y yo nos atraíamos de una manera brutal, nuestros cuerpos reaccionaban al otro y siempre exigían más.

El sexo fue tan bestial y primitivo, que incluso me olvidé del motivo de mi enfado. Eso no hizo que desaparecieran mis problemas, pero así funcionaba mi cerebro. O, al menos, así descansaba.

—Vamos a hablar con el encargado —me dijo Miles mientras se terminaba de abrochar el pantalón—. Te contratará seguro.

—¿Crees que ahora es el mejor momento? —me burlé.

Estaba despeinada, sudada y seguramente olería a sexo todavía.

—El mejor momento siempre es ahora. No lo olvides, Chels. No hay que dejar pasar ni una sola oportunidad.

Y tenía razón.

Media hora después, había conseguido el trabajo.

Capítulo 9

He vuelto a aprovechar la mañana para cocinar. Necesito tener la mente lejos del sueño que he tenido esta noche.

Me he puesto un pantalón corto y cómodo, y una camiseta a juego. Me he hecho una coleta, sin fijarme en si ha quedado bien o no, y he encendido la radio para tener música de fondo, mientras intento plantear nuevos platos.

Y, como todos estos días, no está yendo nada bien.

¿Y si mi inventiva para la cocina ha muerto? ¿Tiene la imaginación fecha de caducidad? Algo así como una menopausia creativa, como si ya hubiera pasado mi momento.

«Chelsea Adams, consiguió una estrella Michelin con veinticinco años. Se retiró con veintiséis».

El sonido del timbre me saca de mis pensamientos.

Me acerco corriendo, sin bajar siquiera el volumen de la radio, convencida de que se trata de un repartidor de Amazon. Está sonando una canción de Camilla Cabello que me gusta. De hecho, me gusta casi toda la música. Menos el rock, todo es bienvenido en esta casa.

La mano se me queda congelada en el pomo cuando abro la puerta.

No se trata de un repartidor, sino de Miles.

Está plantado ahí delante, vestido con un vaquero y una camiseta blanca que en otra persona sería básica, pero a él le sienta demasiado bien como para recibir ese término. Sus ojos son tan intensos como siempre; incluso detrás de esas gafas de pasta que antes utilizaba solo para leer, y ahora también para visitar vecinos.

—Buenos días, Chels —saluda.

Mi cerebro decide conectarse y reaccionar por fin.

Por suerte, el sueño de anoche está enterrado en un lugar lejano de mi subconsciente.

Intento cerrar la puerta, en una clara señal de que no quiero charlar con él, pero cuela el pie en el umbral para evitarlo.

—Quiero hablar contigo, por favor —añade en una súplica.

Vale, eso sí me llama la atención.

—Está bien, hablemos —cedo y vuelvo a abrir la puerta, aunque no lo invito a pasar—. ¿Qué quieres?

—Solo una conversación civilizada. Vamos a ser vecinos, vamos a vernos mucho, Chels.

—Que no me llames así —lo interrumpo en el acto, con los labios apretados.

Nunca lo reconoceré en voz alta, pero odio que lo diga. No por el nombre en sí, sino por lo que significa. Chels me llamaba cuando tonteábamos, cuando estábamos juntos, cuando nos queríamos... Era una cosa nuestra, muy nuestra, y yo adoraba la cercanía que implicaba, los sentimientos que guardaba.

Ahora, eso ya no existe, y que él siga llamándome así, como si nunca hubiera significado algo diferente, como si para Miles no hubiera sido importante que yo fuera Chels, me duele.

—Está bien, te llamaré Chelsea —acepta sin pelear—, pero sigo queriendo esa conversación.

—No puedes obligarme a hablar contigo. No quiero —respondo en un alarde de madurez.

—Entonces, no hables. Solo deja que lo haga yo —me pide—. Quiero disculparme contigo

—suelta de sopetón cuando ya estoy cerrando la puerta. Sus palabras me dejan impactada. No esperaba para nada una disculpa de Miles Stones. Creo que lo nota en mi cara, y por eso sigue—: No sabía que las cosas estaban tan mal entre nosotros como para que no quisieras ni compartir el ascensor.

—No hemos hablado en cinco años. Exactamente, ¿por qué creías que no estaban mal?

—Nuestra ruptura no fue tan mala. De hecho, tú...

—¿No fue tan mala? ¿Eso piensas, de verdad?

—A ver, podría haber sido mejor, pero...

—Además, ¿crees que es solo por la ruptura? —lo interrumpo, molesta.

—Bueno, es lo que...

—No fue eso, Miles —lo corto—. Era más joven, pero entendía lo que te jugabas. Nunca te hubiera hecho renunciar a tus sueños. Créeme, sé muy bien lo que suponen. Por eso, te apoyé, porque sé que yo no encajaba en ese nuevo modelo de vida. Y ese modelo de vida era tu sueño. Querías ser una estrella del rock, tu carrera estaba despegando... Lo nuestro dejó de tener sentido.

—¿Eso has creído este tiempo? ¿Que eso era lo que yo quería? ¿Que lo nuestro ya no tenía sentido? —pregunta, y me parece notar un deje triste y sorprendido en su tono.

—¿No fue así? Triunfaste en la música, Miles. Te convertiste en un maldito icono del rock. Tus canciones han sonado en todas las emisoras, todos los santos días.

—No lo entiendo, Chels... Chelsea —se corrige en el acto—. Dices que entiendes la decisión que tomé, pero ahora...

—No fue eso lo que me molestó. Fue todo lo demás. Renuncié a ti, porque creía que tu sueño era la música, pero nunca fue así. Tú lo que buscabas era la fama. ¿Cuánto tardaste en empezar a salir con Allyson Parker? ¿Dos semanas?

Allyson Parker era la sensación del momento en esa época. Todavía lo es, solo que la gente ya está más acostumbrada a ella y no representa el *boom* que logró en sus inicios.

Si que te reemplacen es duro, que lo hagan en poco tiempo y con la niña bonita de Estados Unidos es una auténtica mierda. Sobre todo, cuando esa mujer es la musa de la mayoría de las canciones de Wandering Souls.

—No fue así —trata de defenderse—. ¿Fue una cuestión de celos, entonces? ¿Por eso no volviste a hablarme ni respondiste mis llamadas? Te cambiaste de número y, aun así, te busqué. Hubiera podido explicarte que...

Se me escapa una carcajada irónica y niego, despacio.

—Dios, Miles, no te enteras de nada. No son celos. Nunca fueron celos. Fue... —hago una pausa, buscando la palabra que lo defina bien—... decepción. Contigo, pero también conmigo misma. Salimos juntos durante más de dos años. Te quise... Te quise mucho. Joder, estaba tan enamorada de ti, que hubiera hecho cualquier cosa por ti. Pero, entonces, rompimos y la fama llegó de golpe, y fue como quitarme una venda de los ojos. Me di cuenta de que el Miles Stones del que yo me había enamorado no existía. Esa persona que salía por la televisión siempre de fiesta, rodeado de lujos, con la rubia bonita de América... Hiciste como si yo nunca hubiera existido, como si lo nuestro nunca hubiera sido importante para ti. Eso fue lo que dolió, y no que salieras con otra chica. Fue la facilidad con la que te olvidaste de mí. Porque, si en un mes ya eras tan feliz, lo nuestro lo vivimos de formas muy diferentes. Por eso, no me apetece hablar contigo, ni verte, ni siquiera compartir espacio, porque me ha costado mucho, pero ya no eres nadie para mí, *Mister Lover*.

Es él quien se queda ahora sorprendido, sin poder reaccionar.

Me da igual.

Evito mirarlo a la cara y aprovecho para entrar de nuevo en mi casa, cerrando la puerta tras de mí.

Me quedo un segundo ahí, con la espalda apoyada en la puerta e intentando normalizar la respiración, pues estoy nerviosa después de lo que le he soltado a Miles. Me he abierto. He sido sincera, aun si él no se merecía nada.

Lo he hecho por mí, porque me ha sentado bien soltar este rencor que guardaba desde hace años.

Y ahora me siento mejor.

Un poco más liberada.

Un poco más ligera.

Un poco más yo.

Capítulo 10

Estábamos en casa de Miles, abrazados en una cama de la que ninguno de los dos queríamos salir. Él llevaba puesto solo unos calzoncillos, pero yo estaba congelada, y Miles me había dejado una sudadera gris que me estaba enorme. Me negaba a traer mi ropa, pues eso sería como aceptar que vivíamos juntos, y no lo hacíamos. Además, la sudadera olía a él y era infinitamente mejor colocarme sus prendas.

Pero, entonces, recordé algo y me levanté de un salto.

—Eh, vuelve aquí —protestó Miles, que intentó atraparme con las manos, sin éxito.

—Tengo un regalo para ti. Deja que vaya a por él.

—¿Tienes un regalo para mí? Yo no tengo nada.

—Es un detalle sin importancia. Lo vi y me acordé de ti —afirmé mientras lo buscaba por mi bolso.

—No le quites importancia al hecho de que hayas visto algo, te hayas acordado de mí y me lo hayas comprado. Esos son los mejores regalos.

Volví a la cama con una libreta entre las manos. Ni siquiera había tenido tiempo de envolverla, pero no importaba.

La tendí hacia él y la cogió con prisas.

Era morada, con un bocadillo en el centro para escribir a quién pertenecía. Me había tomado la libertad de rellenarlo yo misma.

—Grandes éxitos de Wandering Souls —leyó en voz alta, justo antes de soltar una carcajada—. ¿Esto es para que deje de componer en servilletas y trozos de papel?

—Obviamente. Eres un desastre y se te pueden perder los temas —afirmé. Después me invadieron los nervios. Yo no era así, de hacer regalos espontáneos—. Es una tontería, no tienes que...

—Es perfecto —me interrumpió, llevando un dedo a mis labios para que guardara silencio—. Pienso utilizarla siempre.

—Algún día la gastarás —dije detrás de su dedo.

—Escribiré con la letra pequeña —me aseguró.

Antes de que pudiera replicar de nuevo, se acercó y me dio un beso.

—Así que, eres del tipo de persona que hace regalos a traición —comentó cuando se separó—. Lo tendré en cuenta.

—Solo es una libreta, ni siquiera puede contar como regalo.

—Prepárate para Navidad. Pienso...

—No —fui yo quien lo interrumpió esa vez, tan seria, que el ambiente jovial se rompió de golpe.

—¿Por qué no te gusta Navidad?

—No me apetece hablar del tema ahora. No quiero regalos, eso es todo.

Me miró serio, pensativo. Miles era muy intuitivo, tenía una inteligencia emocional que a menudo me sorprendía. O quizá solo era que me leía como si yo fuera un libro abierto.

Cogió un bolígrafo de la mesilla de noche y, debajo de lo que yo había escrito, añadió: que le compuse a Chels Adams. Dejó todo a un lado y se volvió hacia mí.

—No te he comprado nada, pero creo que hay algo que puedo regalarte.

—No tienes que regalarme nada, solo ha sido...

No me dejó terminar la frase. Se levantó, me dedicó una mirada lasciva y me subió la sudadera.

Las objeciones desaparecieron cuando descubrí su regalo, oculto entre las yemas de sus dedos y en la punta de la lengua. Mi cuaderno me pareció un detalle minúsculo en comparación a los dos orgasmos que me provocó.

Capítulo 11

La cocina de El Laboratorio está revuelta esta tarde, y no porque haya venido Max.

Alex, una de las camareras, ha escuchado el rumor de que nos va a visitar uno de los críticos de cocina más famosos del país. No se sabe la fecha concreta, ni siquiera quién será, pero estará aquí en las próximas semanas, y todos creemos que se trata de Ortega.

Antes, cuando El Laboratorio acababa de abrir y el menú era una novedad muy original en la ciudad, los profesionales del sector venían para conocerlo. Ahora, no obstante, lo hacen de forma ocasional, para buscar los fallos, para ver si he innovado. Creo que ese es precisamente el motivo de la visita: comprobar si Chelsea Adams ha renovado ya su menú o sigue ofreciendo los mismos platos con los que ganó la estrella.

—No me lo puedo creer, hace tiempo que no vienen críticos —comenta Brad, uno de los cocineros.

—¿Creéis que nos están valorando para una segunda estrella? —cuestiona Megan, sin dejar de remover la reducción que está preparando.

—Con sinceridad, lo dudo —afirma Luca—. Hace tiempo que no salimos en ninguna revista importante. Quizá sea una maniobra de Max para ponernos de nuevo en el candelero.

—El restaurante está lleno todas las malditas noches —opina Brad—. La lista de espera es de casi un mes. Ya estamos en el candelero, y no necesitamos esa publicidad.

—¿Creéis que estaremos a la altura? —pregunta Nathan, un camarero que ha venido para llevarse una comanda—. Hace tiempo que se comenta que necesitamos innovar. Creo que...

—Creo que deberíamos volver al trabajo —lo interrumpo, más brusca de lo que quería sonar—. Lo hacemos bien. El menú funciona. Max está contento y los clientes también. Si viene un crítico, lo haremos como siempre. Ya está bien de chismorreos por hoy.

—Pero... —empieza a protestar Megan.

—Las guarniciones deberían estar listas desde hace tres minutos, ¿las tienes, Brad? —pregunto, a sabiendas de que no las ha terminado—. ¿Y tú, Megan? ¿Tienes ya las salsas? No. ¿Sabéis por qué? Porque os preocupa más un crítico que ni ha venido ni sabremos si vendrá, que los comensales que sí tenemos esperando. Aquí todos los clientes son igual de importantes, ¿oís? Nuestro servicio no falla. Ni un solo día.

—Entendido, jefa —dicen todos a la vez.

Vuelven a ponerse en movimiento. Ahora para cumplir con su trabajo, y no para seguir cotilleando.

Puedo ser estricta cuando la situación lo requiere, pero creo que nunca llego a faltar el respeto. Si nuestra cocina funciona bien es en gran medida gracias al equipo que hacemos. Nos llevamos bien. Incluso con Max, que nos deja libertad para dirigir tanto la cocina como el salón, siempre y cuando sigamos reportándole beneficios.

—Un cliente quiere verte, Chelsea —dice Nathan un rato después.

—Termino esto y salgo.

Pasa a menudo que alguien pregunta por mí. No es ego, pero suele ser para felicitarme por mi cocina.

Esta vez, sin embargo, sonrío al comprobar que se trata de Nate.

Está sentado solo, aunque la mesa sea para dos.

Espero que no haya venido aquí con Skylar o voy a tener que preguntarle a mi amiga cómo de pasajera es esta relación que mantienen.

—Qué sorpresa verte aquí —digo y dibujo una sonrisa.

—Te dije que vendría y he venido. Y menos mal, Chels. Creo que es el mejor rodaballo que me he comido en mi vida.

—Algo he mejorado desde esas pizzas que os hacía en el bar —comento y hago que Nate suelte una carcajada.

—Sin que eso quite peso a mis palabras de ahora, esas pizzas también eran las mejores que me he comido en mi vida.

—¿Has venido con Sky?

—Lo cierto es que...

No termina su frase.

No, no ha venido con Sky.

Me doy cuenta cuando veo aparecer a Miles desde el aseo.

Camina hacia la mesa sin dejar de mirarme, hace un gesto con la cabeza a modo de saludo y toma asiento junto a Nate.

No nos hemos visto desde que le cerré la puerta en la cara, después de que quisiese disculparse.

¿Qué diablos hace él aquí? ¿Está comprobando si puede criticar también mi comida?

—Un placer, Nate —digo sin hacer contacto visual con Miles—. Tengo que volver a la cocina.

—Claro, Chels. —Mira a su amigo y luego a mí—. Nos vemos pronto. Y enhorabuena de nuevo por la comida.

—Sí, enhorabuena por la comida —añade Miles con un tono que deja claro que no lo piensa para nada.

No sé por qué lo hago, pero supongo que tengo curiosidad. Me giro hacia él y le pregunto:

—¿Todo a su gusto, *Mister Lover*? —A mi lado, Nate esboza una sonrisa divertida. Miles solo asiente, sin decir nada—. Si tiene algún comentario... —empiezo, más impaciente.

—Está bueno —responde de forma escueta.

—¿Está bueno? ¿Solo eso? —Algo dentro de mí no puede dejar la conversación así.

—¿Qué más quieres que te diga, Chelsea? —pregunta y levanta la mirada hacia mí—. Estoy intentando ser correcto.

Sé que no debería insistir, pero Miles ha venido a mi restaurante. Es del todo imposible que él no supiera que trabajo aquí. Es más, dado que las reservas tienen una larga lista de espera, no me extrañaría en absoluto que haya utilizado su nombre para conseguir una mesa antes. Privilegios de ser famoso.

Si ha venido solo a insultar mi capacidad como cocinera, va a tener que ponerse detrás de la cola de los críticos.

Me giro, dispuesta a irme sin añadir nada más. Estoy molesta, pero prefiero tragármelo que discutir con él.

Entonces, Miles carraspea, aprieta los labios y me mira.

—Me parece un menú bastante pretencioso —indica al final—. Rodaballo, vieiras, incluso la ensalada.

—¿Pretencioso? —Es todo lo que digo, porque las palabras se me han quedado atascadas en la garganta. De verdad, ¿Miles está criticando mi menú?

—Sí, eso he dicho. Parece como si hubieras cogido algunas de las materias más caras del mercado y las hubieras combinado. Sé cómo cocinas, y creo que me gustaba más antes, cuando hacías platos que parecían más sencillos y, al comerlos, te acababan sorprendiendo. Esto parece obra de alguien desesperado.

Espero que no hable de los tiempos que dice Nate, cuando les hacía pizzas. Tardé meses en diseñar este menú e idear los platos para que ahora venga Miles Stones a menospreciarlo.

Quizá no debería darle importancia a lo que piense, pero sí que se la doy.

Debe de ver algo en mis ojos, quizá el odio bullendo, porque se adelanta para añadir:

—Tú has preguntado, Chels. —No estoy segura, pero creo que hay diversión en su cara.

—Que no me llames así —espeto con rabia—. En realidad, agradezco tu crítica —digo al final y esbozo una sonrisa—. Este menú ha conseguido una estrella Michelin. Si alguien con tu paladar lo apreciara, sería una especie de insulto. Tengo que volver a la cocina. Hay gente que sí necesita trabajar. Nos vemos otro día, Nate —añado mirándolo a él, mucho más amable de lo que estaba sonando antes—. Ha sido un placer.

Me voy sin despedirme de Miles y, aunque intento no fijarme en él, termino por ver cómo sonrío divertido, mientras me sigue con la mirada.

Capítulo 12

Hoy he salido a las doce, así que he escrito a Skylar para vernos en mi terraza.

Ella es periodista *freelance*, por lo que se puede adaptar a mis horarios con facilidad.

Creo que eso fue una enorme ayuda para que nos hiciéramos amigas, porque mi jornada suele ser incompatible con la vida normal de otras personas.

Mis amistades en San Francisco son muy limitadas, pero las pocas que tengo, Luca y Sky, son auténticas.

Está sentada en el sofá, disfrutando de las vistas de la ciudad iluminada, mientras yo preparo un par de mojitos.

Hace tiempo que inventamos los días de cócteles.

Rotamos los turnos, y uno de los tres escoge la bebida cada noche.

Hoy me toca a mí.

Me acerco al huerto que monté aquí arriba, recogido dentro de un pequeño invernadero de madera, y cojo algunas hojas de hierbabuena. Las echo en los vasos y me acerco a Sky. Pongo un vaso en su mano y me dejo caer a su lado.

—Todavía no me puedo creer que Miles fuera a tu restaurante —comenta y da un pequeño sorbo—. Esto está buenísimo, Sky. Deberías incluirlo en el menú —dice y se ríe—. ¿Crees que te echa de menos o algo así?

—Vino para criticar mi menú —le recuerdo—. Yo creo que solo es gilipollas.

—Qué mal que sea el mejor amigo de Nate...

—Pensaba que solo os estabais enrollando —recrimino, citando sus palabras exactas.

—Y eso hacemos. Lo que pasa, es que cada vez nos enrollamos más a menudo.

—Si te gusta, puedes decírmelo. No me va a sentar mal.

Hay un silencio en el que bebe de nuevo. Da un pequeño trago, y otro más. Se tapa la cara con ambas manos y se ríe.

Y ya está. No necesito que lo admita en voz alta para saber qué ha pasado.

Dejo mi vaso sobre la mesa y me lanzo a abrazarla.

Desde que nos conocemos, Sky no ha tenido nada serio. Ni siquiera lo ha intentado. Por eso, sé lo importante que es ahora. Tanto, que incluso le da vergüenza expresarlo en voz alta.

—¡Eso es genial, Sky! —le digo sin dejar de abrazarla, prácticamente tirada encima de ella en el sofá.

—De verdad, ¿lo crees?

—¿Por qué no lo iba a creer?

—Nate fue tu amigo... Él es amigo de Miles... ¿No crees que puede ser raro?

—No vamos a hacer citas dobles —replico mientras me incorporo de nuevo—. Cualquiera cosa que te haga feliz, me hace feliz a mí.

—Gracias.

Me fijo en sus ojos, que se han vuelto llorosos. Parece emocionada de verdad.

Suelto una carcajada, sin poder evitarlo.

—¿En serio?

—Oh, calla —espeta y me da un golpe amistoso en el hombro—. Tú eres una insensible y nunca lloras, pero los demás sí nos emocionamos.

No hago ninguna referencia a su comentario. Adoro a Sky, pero hay cosas que ni siquiera a ella le he contado.

—De verdad, ¿te preocupaba que no lo aceptara? Somos amigas.

—Lo sé. Me daba un poco de miedo decírtelo, aunque ahora no consigo recordar por qué. Supongo que pensaba que te preocuparía por Miles, pero Nate me gusta. Me gusta de verdad.

—Es un buen chico.

—Si supieras la de cosas que sabe hacer en la cama... —suelta y se ríe—. En serio, Ce, tiene un máster en sexo.

No me cuesta imaginarlo. Quiero decir, no es que me lo esté imaginando, teniendo sexo, sino que fuimos amigos durante años; años en los que se acostó con muchas mujeres, y sé lo satisfechas que quedaban.

Por si acaso, Skylar me cuenta algunos detalles morbosos de su relación y yo me dedico a escuchar, a reír y a beber.

—¿Cómo es posible que no supieras quién era? —pregunto con curiosidad. Ya indagué cuando hice el interrogatorio de rigor, pero no termino de creérmelo—. Nate Cooper es famoso, Sky. Es el bajista de Wandering Souls. Todo el mundo ha oído hablar de él.

—No me gusta el rock —responde, como si eso explicara todo—. Y mira, mejor. Me gusta estar conociéndolo ahora, sin tener ninguna expectativa sobre él.

Supongo que Sky ha vivido siempre en su propio mundo, porque no desconfío de su palabra. Es solo que se me hace extraño.

Después del tercer mojito, me he olvidado Nate, de Max, de las observaciones de Miles e incluso del crítico de cocina que nos visitará pronto.

Esto es todo lo que se necesita: una buena amiga.

Bueno, y también una terraza privada con las vistas más espectaculares de toda la ciudad de San Francisco.

Una casa muy diferente a la primera a la que llamé hogar.

Mucho más precaria, pero que a mí me parecía perfecta en su día. Solo porque la compartía con Wandering Souls.

La compartía con Miles.

Capítulo 13

Mi vida había cambiado tanto en los últimos meses que no parecía la misma.

Seguía instalada en la habitación que tenía alquilada, en un apartamento que se caía a pedazos, pero lo cierto era que pasaba casi todo el tiempo en el piso que compartían Wandering Souls.

A menudo cocinaba para ellos, razón por la que me adoraban.

Ellos se encargaban de la limpieza.

Nate y Jeremiah lo hacían, pues Beau era un genio escabulléndose, y Miles se libraba con la excusa de que tenía que componer.

Para ser honesta, era cierto que estaba siempre sumergido en la libreta morada, que yo le había regalado y que utilizaba para componer.

La banda había adquirido cierta fama a nivel local. Nada grande, pero solían llenar los bares en los que tocaban, lo que suponía unas cuarenta o cincuenta personas. Seguían interpretando *covers* de canciones de otros artistas y, en contadas ocasiones, tocaban un tema propio para ver la acogida.

En ese momento estábamos en su casa, hablando de mi nueva crisis existencial.

—En serio, Chels, no sé por qué sigues dudando —me dijo Nate desde detrás de la barra, con un trozo de pizza dentro de la boca—. Si yo cocinase la mitad de bien que tú, estaría haciendo ese maldito curso en el que te han aceptado.

—Solo entran veinte personas —añadió Jeremiah—. Os habéis presentado más de doscientas. No puedes dejar pasar esta oportunidad, y lo sabes. Beau y yo tenemos que irnos, que hemos quedado con el encargado del local donde tocamos este finde. Nate, Miles, está en vuestras manos hacer que lo entienda. Entiéndelo, Chels —añadió, mirándome serio, justo antes de darme uno de esos abrazos tan fuertes y tan suyos.

Beau no dijo nada, solo me dio un beso en la mejilla y desaparecieron juntos.

—Entiendo que necesites dinero y que estas prácticas no son remuneradas, y son tantas horas que no son compatibles con ningún empleo —continuó Nate, que se había acercado al salón para sentarse a mi lado—, pero míralo como una inversión. Seis meses, Chels. Seis meses, y podrás trabajar en grandes cocinas de la ciudad. ¿Sabes lo que significaría eso? No es solo el dinero, aunque es un buen incentivo. Ya eres una gran cocinera, pero de esta manera lo descubriría el resto del mundo.

Dicho así, sonaba genial. El problema, por supuesto, eran los seis meses sin cobrar.

Ni siquiera tenía ahorros de los que tirar.

Mia tampoco, por lo que no podía ayudarme, ni aunque le pidiera ayuda, que tampoco pensaba hacerlo.

—De todos modos, quiero decirte otra cosa —añadió Nate—. Decidas lo que decidas, te apoyaremos. Que yo lo vea tan fácil, no quiere decir que lo sea. Tienes mucho en lo que pensar y, hagas lo que hagas, a mí me parecerá bien. Siempre y cuando sigas haciéndome pizzas de pepperoni, claro —bromeó.

Me dio un beso en la cabeza y se levantó.

Me di cuenta de que dedicaba una significativa mirada a Miles, como queriéndole decir que era su turno, antes de desaparecer del apartamento.

—¿Qué piensas tú? —pregunté girándome hacia él.

Hasta ahora no había hablado, sino que se había limitado a escuchar. Tenía un bolígrafo negro en la mano, el que utilizaba para componer, y se dedicaba a hacerlo girar entre sus dedos.

Paró de hacerlo para mirarme.

—¿El único motivo para no aceptarlo es el dinero o hay algo más? —quiso saber.

—Necesito dinero, Miles. Por si no te has dado cuenta, en este mundo nada es gratis.

Hubo una pausa en la que se dedicó a observarme. En esos meses había llegado a conocerlo lo suficiente como para saber que, cuando sus ojos azules lucían de ese modo, era porque dudaba si decirme lo que pensaba.

—Dispara —le pedí.

—Vente a vivir aquí —soltó de pronto. El corazón me dio un vuelco, pero traté de que no se me notara—. Pasas aquí casi todas las noches, pero sigues pagando un alquiler en otra casa.

—¿Me estás proponiendo que vivamos juntos solo para que no pague un alquiler? Porque no pagarlo allí, no querría decir que no tuviera que hacerlo aquí.

—Chels, prácticamente vivimos juntos ya. Nate lo sabe, Jeremiah lo sabe, Beau lo sabe. Yo lo sé. La única que aún no lo ha aceptado, eres tú. Duermes en mi cama casi todas las noches.

—Pero...

—Allí tienes tu privacidad, lo sé. Puedes tenerla aquí también, solo dime lo que necesitas, y lo haré. Creo que es una buena solución. Deja de pagar ese alquiler, y múdate con nosotros.

—Aquí pagaría mi... —empecé y me di cuenta de que empezaba a ceder.

—No, no lo harás. Puedes cocinar para nosotros, los días que el horario te lo permita. Nosotros odiamos hacerlo, pero nos encanta comer. Sobre todo, si lo preparas tú. Ese podría ser tu aporte en la casa.

—No me parece equitativo. Vosotros tampoco vais sobrados de dinero, Miles. No quiero ser una gorrana.

—¿Qué te ha dicho Mia de esto? Se lo has dicho, ¿no? —preguntó, al ver que no respondía.

—No —afirmé y aparté la mirada de él—. Mia tiene sus propios problemas. Está intentando tener un bebé. Créeme, que con eso tiene suficiente. No quiero cargarla con más.

—¿Si ella te llamase para preguntarte algo, te enfadarías por cargarte sus problemas?

—No, pero es distinto.

—Claro que no.

Miles se giró hacia mí. Me cogió las manos y me obligó a hacer lo mismo, para quedar cara a cara, sentados en el sofá.

—Chels, hay dos cosas que tienes que aprender. La primera es que las personas que te queremos nos vamos a preocupar por ti siempre, pero nos vamos a preocupar más, si no nos dejas ayudarte. No es una carga que nos cuentes tus problemas, al contrario. Queremos saberlos. Queremos apoyarte, porque queremos que seas feliz. —Tragué saliva. Notaba los ojos humedeciéndose y no quería llorar. Yo nunca lloraba. No tenía buenos motivos para hacerlo—. La segunda, es que no eres menos fuerte por pedir ayuda. Existen personas como Nate, que no tienen problemas para hablar sobre sus dramas y pedir consejo, pero también existen personas como tú. Tan preocupadas de no molestar a nadie, que son incapaces de apoyarse en los demás. Hacerlo no es de débiles. Al revés. Creo que es de valientes.

—No voy a ser vuestro proyecto de caridad.

Desvié la mirada, incapaz de seguir contemplando esos ojos. Miles tenía una profundidad cuando hablaba que me cautivaba. Quizá, porque había llegado a conocerme bien, aun sin

haberle contado prácticamente nada de mi pasado.

—Esto es lo que vas a hacer —terminó, sin dejar de observarme—. Vas a dejar tu piso y te vas a mudar aquí. Vas a dejar el empleo, y vas a aceptar el curso de cocina. No pagarás alquiler. Ninguno de nosotros va a permitir que lo hagas. Como sé que tampoco aceptarás gratis, tómalo como un préstamo. Algún día serás jefa de cocina y, entonces, mientras nosotros seguimos tocando en *pubs* cutres, tú tendrás que mantenernos a nosotros. No es caridad, Chels. Es una inversión —bromeó. Lo hizo solo porque sabía que era la única forma de convencerme, pero funcionó.

—Wandering Souls tocará en estadios y los llenaréis todos —aseguré. No dije nada sobre todo lo demás, pero creo que Miles entendió que empezaba a aceptar ese plan.

—Ojalá confiases en tus propios sueños, como confías en los nuestros.

—No es que no confíe, es que... Son complicados —traté de explicarme—. No sé, quizá sea una tontería, pero me gustaría recibir algún tipo de señal. Algo que no deje lugar a dudas de cuál es la mejor decisión.

Miles me agarró la muñeca y colocó mi brazo sobre sus piernas.

Cogió su bolígrafo negro y escribió algo sobre mi piel.

No me dejó mirar hasta que terminó.

Con esa caligrafía suya tan perfecta, leí: *The sign*.

—¿La señal? —Me reí—. No es esta la señal que esperaba.

—Pues debería serlo —afirmó, tan serio que consiguió que parase de reír—. No necesitas un mensaje del cosmos para saber si tienes que hacer una cosa u otra. La única señal que debería importarte es la que te digan tus tripas. Y, ahora mismo, te dicen que aceptes el curso de cocina —añadió con una sonrisa—. Creo que deberías dejarte eso escrito unos días. Así, cada vez que lo mires, verás la señal que necesitas para hacer lo que te propongas.

Me lancé a besarlo, sin poder contenerme más.

Miles tenía razón, como casi siempre.

Hacer ese curso de cocina me abrió todas las puertas que necesitaba.

Capítulo 14

He repetido tantas veces que no me importa la visita del crítico de cocina, que todo el mundo ha terminado por creérselo. Incluido Luca, que es quien mejor me conoce.

Sin embargo, llevo seis horas seguidas cocinando en mi casa.

Cuando compré este ático, lo reformé entero. Tenía cuatro dormitorios y no necesitaba tantos, así que le di uno a la cocina. Cualquier persona hubiera ampliado el salón, pero yo no. Todos damos prioridad al espacio en el que invertimos más tiempo y para mí fue sencillo escoger. Dispongo de ocho fuegos de inducción, tres hornos, una plancha eléctrica y tantos metros de encimera, que podría considerar que hago deporte mientras cocino. Los necesitaba para poder dejar todos los utensilios, desde los robots de cocina y las licuadoras, hasta la envasadora al vacío. Dispongo incluso de bidones de nitrógeno líquido.

Adoro el nombre del restaurante en el que trabajo, porque lo veo exactamente así: un laboratorio. De ingredientes, de sabores... De hecho, Max me dejó escoger el nombre a mí.

El único problema es que he olvidado cómo crear. Me someto a tanta presión, y lo intento con tanto ahínco, que empiezo a pensar que eso me está jugando en contra.

Pero no me detengo.

Estoy preparando una pasta: raviolis rellenos de pera, gorgonzola y salmón, cocinado a baja temperatura, con una salsa de frutos rojos, piñones y Pedro Ximénez. Está buena, pero le falta algo. Tengo que probarlos dos veces para encontrar ese ingrediente que lo mejoraría: albahaca fresca.

Apago el fuego y salgo corriendo hacia la terraza.

Por momentos como este fue, por lo que la privaticé. Sé que le echo mucha cara al quedármela de este modo, pero en este edificio casi todo el mundo es gente mayor y nunca subían.

Me dirijo hacia la sección de plantas aromáticas de mi huerto personal y cojo unas pocas hojas de albahaca de una de las macetas.

Aquí tengo casi de todo. Orégano, romero, tomillo, menta... También distintas variedades de tomates, pimientos, guindillas...

Para una buena cocina es fundamental una buena materia prima, y yo las tengo justo encima de mi casa, cuidadas por mí y prácticamente gratis.

Vuelvo a la carrera a mi casa.

Sin embargo, nada más girarme, me encuentro con alguien allí. En la terraza. En *mi* terraza.

Mi vida es una desgracia tras otra.

De todas las personas que viven en ese edificio, es Miles quien ha descubierto mi pequeño secreto.

—Pensaba que no se podía acceder aquí —suelta cuando me ve. Suena serio, pero hay diversión en sus ojos, y en esa sonrisa que trata de reprimir—. Que el muro estaba mal y no sé qué pájaros habían anidado.

—Y no se puede acceder —afirmo con todo el descaro del mundo. Es una mentira insostenible ya. Ha tenido que ver el sofá. Por favor, habrá visto hasta el *jacuzzi*.

Pero no me importa.

Voy hacia la puerta y trato de empujarlo conmigo hacia el interior del edificio.

—Solo estaba comprobando que todo siguiese...

—Me encanta lo bien que cuidas a los pájaros, Chels —comenta con una sonrisa y hace lo contrario que yo: vuelve a la terraza y me arrastra con él.

Miles es alto. Joder, es demasiado alto. Así que, me gana con facilidad.

—Les has puesto hasta una bañera hidromasaje, ¿no?

No digo nada. Básicamente, porque no sé qué decir. Me ha pillado de lleno.

Me limito a cruzarme de brazos mientras trato de buscar una excusa, o un motivo para echarlo de ahí y que no me delate a la presidenta de la comunidad. O a la policía. ¿Lo que he hecho es denunciable? Santo cielo, espero que no.

—Sabía que había algo extraño con la terraza, pero ¿esto? —dice y suelta una carcajada. Después me mira, sin perder esa diversión, esa pose de alguien que sabe que tiene toda la ventaja en la situación—. Siempre has sido un genio, Chels. No me sorprende para nada.

No puedo esconder la cara de sorpresa, porque no esperaba para nada esa respuesta.

Ahora que mi corazón late más tranquilo y que tengo la ligera esperanza de no terminar en la cárcel o pagando una multa con muchos ceros, me permito fijarme en él un instante.

Viste una camiseta de manga corta, a pesar de que en octubre ya hace frío, pero Miles siempre fue más caluroso. Los músculos se intuyen bajo la tela y los tatuajes de ambos brazos están visibles. Uno de ellos sube por el lado derecho del cuello. No me fijo en los dibujos, en ese lobo que contempla su reflejo, o esa guitarra eléctrica de la que brotan letras, aunque sé muy bien lo que representan.

Los tatuajes de Miles Stones han sido una parte importante de su carrera y la prensa los ha ido mencionando todos y cada uno de ellos.

Al menos, los que se ven a simple vista.

Miles tiene tatuadas sus canciones más importantes.

—Vamos a tener que discutir los términos del uso de la terraza a partir de ahora —dice de pronto, devolviéndome a la realidad.

—¿Nuevos términos?

—Me parece genial que el resto de los vecinos no utilice este sitio, pero yo sí quiero hacer uso de él.

—No, no puedes. Eso es innegociable...

—Creo que lo que te estoy pidiendo es justo, Chelsea. Mantendré tu secreto. No le diré a nadie lo que haces aquí arriba, pero, a cambio, quiero poder utilizar este espacio.

Lo medito un instante.

Compartir la terraza con una sola persona parece mucho más sencillo que hacerlo con más de doscientos, pero no es sencillo para nada. No es sencillo, porque esa persona es Miles. ¿Por qué tuvo que morirse la señora Evans?

—De verdad, ¿te lo estás pensando? —pregunta y creo atisbar decepción en su voz—. ¿Prefieres tener aquí a todo el edificio antes que a mí?

—Lo que prefiero es no tener a nadie, en realidad. ¿No podemos hacer como si nunca hubieras visto nada?

—¿Y renunciar a este sitio?

Podría decir que lo entiendo, que yo estaría mucho más enfadada de lo que está él si hubiera sido al revés, pero eso sería si yo fuera una persona coherente, y, cuando se trata de Miles, no lo soy. Así que, a pesar de todo, estoy todavía más enfadada con él.

—Está bien, negociemos los términos —digo.

—Ya están negociados, ¿no? Yo solo quiero una copia para poder acceder aquí.

—No, no será tan simple como eso. Para empezar, todo lo que hay aquí es mío. Lo he comprado yo.

La boca de Miles se abre de pura sorpresa y suelta otra carcajada.

—¿En serio, Chels? ¿Hace cuánto que tienes esta terraza para ti sola? Pensaba que solo te habías aprovechado un poco, pero no, todo esto es una maniobra muy calculada. Está bien, está bien..., es tuyo —accede al final, al ver que no digo nada—. Traeré mis cosas, entonces.

—¿Qué cosas?

—Pues no lo sé, pero si no puedo utilizar tus sillas, por ejemplo, en algún sitio tendré que sentarme, ¿no?

Me gusta cómo hemos decorado la terraza Sky y yo. La tenemos perfecta. Justo diseñada para nosotras. El gusto de Miles es terrible. Además, seguro que trae cosas solo para molestarme.

—Puedes utilizar las sillas —cedo al final—. Y lo imprescindible, pero no lo demás.

—El *jacuzzi* es imprescindible.

—No, no lo es —espeto, seria, para que lo entienda—. Eso lo tienes prohibido. No voy a entrar en un agua en el que hayas entrado tú. El huerto también. No quiero que me destroces nada.

—¿Tienes tu propio huerto aquí arriba?

—Por eso empecé a privatizar la terraza —admito con sinceridad.

Miles sonríe; una sonrisa más relacionada con la nostalgia que con la diversión, y desvía la mirada hacia el invernadero de madera antes de volverse hacia mí.

—Ahí está la Chelsea que conocí.

Noto un pequeño acelerón en el pecho, pero lo acallo. No lo ha producido el amor, sino la melancolía y el rencor. Esos sentimientos que cambiaron, y son los que ahora asocio a Miles.

—Tendremos que poner turnos también —continúo con las reglas.

—¿Turnos?

—Puedes utilizar la terraza, Miles, pero no pienso compartir mi tiempo contigo. Sky y yo venimos los viernes por la noche. Y algunos días...

—De verdad, ¿vamos a poner turnos? —pregunta, sin dar crédito—. ¿Tan poco soportas estar en el mismo sitio que yo?

—No es que no lo soporte, Miles. Es que no me apetece.

—Vaya... —suspira. Da un paso hacia mí y me mira de forma más seria, más penetrante. No hay rastro de diversión en sus ojos—. Lo siento, Chelsea. Yo no quería...

—Puedes quedarte los lunes —lo interrumpo, pues no me apetece nada escuchar una disculpa. Una disculpa que, además, llega años tarde—, los miércoles y los sábados. El resto del tiempo es para mí.

—Pero tú tienes aquí tu huerto. ¿Qué pasará si necesitas usar algo un lunes?

Maldita sea.

Me siento como si fuésemos unos padres divorciados repartiéndose una custodia. La terraza no es un hijo, claro, pero sigue siendo importante para mí.

—¿Qué te parece si nos avisamos antes por teléfono? —sugiere—. Así podremos informar en el momento.

—No tengo tu número y tampoco lo quiero.

Veo cómo se le tensan los músculos de la mandíbula, pero no dice nada.

—¿Y con notas en la puerta? «Eh, *Mister Lover*, estoy yo dentro. No pases» —bromea al

final. Tengo que reprimir una sonrisa, pero lo hago. No pienso darle la satisfacción de demostrarle que me ha hecho gracia esa imitación—. Es menos práctico, pero no tendrás que sufrir el martirio de tener mi número en tu móvil y tener que esforzarte por no escribirme ni llamarme.

—Claro, ese es el motivo de no querer tu número.

—Bueno, ¿cuál si no?

—No eres ni la mitad de seductor de lo que te crees, *Mister Lover*.

—¿Sabes por qué me pusieron ese apodo, verdad?

Obviamente, está relacionado con que se enrollase con la mitad de las chicas más famosas de la época. Con ninguna tuvo relaciones duraderas, pero con todas se convertía en la comidilla de las revistas del corazón y de la tele.

—Todo el mundo lo sabe, pero eso no cambia lo que pienso. No te olvides de que nosotros ya estuvimos juntos —le digo. El corazón vuelve a temblar cuando hablo de esa época, del *antes*, pero por un motivo muy distinto ahora. No pienso en los momentos que compartimos, en lo mucho que lo quise, sino en lo fácil que se olvidó de mí, y en todo lo que vino después—. Sé lo poco que tienes para ofrecer.

Su gesto se transforma un instante. El dolor atraviesa sus ojos y aprieta los labios, como si tratara de silenciar algo que no sabe si decir.

—Crees... ¿De verdad crees que te ofrecí poco? —pregunta con apenas un susurro.

Estuvimos juntos durante dos años y medio. Intensos, muy intensos. Yo no soy de las que se entrega a medias, de las que ama a medias. Cuando quiero a alguien, doy todo de mí. Aun si eso me deja más destrozada después, no sé hacerlo de otra manera. Tampoco creo que el problema esté en mí. Yo me entrego, si la otra persona no lo hace, es esa persona quien no sabe amar de verdad.

Ese es uno de los motivos de que no quiera conocer a nadie, de que no busque nada serio. No me apetece entregarme de ese modo otra vez. No me apetece sufrir de ese modo otra vez.

—Creo que lo vivimos diferente, Miles.

—¿A qué te refieres con diferente?

—A que para mí siempre fue real, pero para ti no fui más que una previa antes de tu camino a la fama. —Abre la boca para decir algo, pero no lo dejo—. Las notas están bien. Lo haremos de ese modo.

Con la albahaca en la mano, salgo de la terraza y vuelvo a mi casa.

Echo las hojas a la pasta y la pruebo de nuevo. Está deliciosa, aunque ya no me apetece comer.

Hoy he ganado un plato decente, pero tengo la sensación de que he perdido mucho más.

Capítulo 15

Salgo del restaurante con una sensación extraña.

Max se ha pasado a última hora para hablar conmigo a solas. Me he puesto tensa al momento, porque creía que me esperaba otra sesión de acoso por su parte. Sin embargo, no ha sido así. Por una vez, la consulta era de un tema profesional.

Me ha confirmado que el crítico que viene a visitarnos es Ortega y creo que estoy más nerviosa que antes.

Por mucho que les diga a mis compañeros, no me gusta la idea de que se pase por mi restaurante a hacer una crítica malintencionada. Sería la tercera vez que viene a El Laboratorio.

Las dos críticas anteriores no fueron del todo buenas, pero ahí no me importaba porque estaba segura de mi trabajo. Ahora no lo estoy, y lo peor que le puede pasar a mi autoestima y a mi ansiedad es sumarle un rechazo sin ningún tipo de escrúpulo.

Me encuentro con Luca nada más torcer la esquina. Está apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y una pierna flexionada.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado.

—¿De verdad, te has quedado a esperarme?

—¿Pensabas que iba a irme sabiendo que estabas a solas con Max? Ni de lejos, Ce.

Sonrío y le choco el hombro con el mío. Otra persona quizá daría un abrazo, pero yo todavía sigo trabajando en esos temas.

—Solo hemos hablado del crítico. Sí que va a ser Ortega —confirmo nuestras sospechas—. Me ha pedido que esa noche lo demos todo. El Laboratorio va bien, pero una valoración mala podría costarnos mucho.

Porque sí, así funciona este mundo.

Ortega como crítico es penoso, ni siquiera tiene buen paladar. Y no es que lo diga yo, es que sus críticas hablan por sí solas. Sin embargo, es cruel, y la crueldad despierta el morbo de muchas personas que prefieren dar más crédito a sus palabras que a las de un verdadero profesional.

—Saldrá bien —me asegura Luca y parece convencido—. Y si no sale bien, que le zurzan. Ese hombre es idiota. Nadie debería tomarlo en serio.

—El problema es que la gente lo hace —bufa, dejando ver mi indignación—. Me he metido antes en Instagram. Tiene más de cien mil seguidores.

—¿Quieres que vayamos a emborracharnos hasta que no nos importe?

—Mañana —le prometo—. Hoy quiero descansar. Ha sido un día agotador.

—Mejor, porque yo también estoy muerto.

Me despido de Luca y pongo rumbo a mi casa.

Hoy he venido andando y, aunque esta mañana me apetecía caminar, ahora me arrepiento de no haber cogido la bici. Además, el cielo nocturno parece cargado de nubes y temo que en cualquier momento me caiga el diluvio universal.

Me abrocho mejor el abrigo y me cobijo bajo la enorme bufanda gris.

Camino a paso rápido, con la idea de llegar a casa y ser más rápida que la lluvia.

Apenas me quedan un par de manzanas para mi destino, cuando me detengo en una pequeña plaza. No ha sido voluntario. He escuchado unos acordes arrancados en una guitarra española y

mi cuerpo ha reaccionado solo. Después, se suma una voz que conozco demasiado bien.

—*When you looked over you shoulder, for a minute, I forgot that I'm older. I wanna dance with you right now.*

Un escalofrío me recorre la espina dorsal y se extiende por cada extremidad de mi cuerpo. Siento como si hubiese pequeñas corrientes eléctricas provocando cosquillas en mi piel, erizándose el vello y haciendo que en mi corazón quepan dos latidos en el ritmo de uno solo.

Mis ojos se fijan en el cantante, aunque ya sé que se trata de Miles. Lo reconozco, a pesar de que utiliza una gorra que casi le tapa la cara. Viste como de costumbre, con unos vaqueros gastados y una sudadera oscura.

Él ya me está mirando, como si hubiera previsto que iba a pasar por aquí, como si hubiera escogido esta canción para mí.

Creo que ambos recordamos la noche en la que nos conocimos, cuando la bailamos juntos, mientras susurraba frases sueltas en mi oído.

Desvío la mirada antes de que su hipnosis haga efecto y me atrape del todo.

A su alrededor, hay un corro de unas diez o quince personas que graban su actuación o lo miran, sin más. Hay gente que pasa cerca y lo ignora, centrados en seguir su camino. Es algo que me sorprende, pero que entiendo.

Algunas de esas personas quizá incluso hayan pagado por ver a Wandering Souls en concierto. Ahora lo tienen gratis y no saben apreciarlo. Vivimos con tanta prisa, que no nos paramos a disfrutar de las cosas cercanas, que menospreciamos lo que nos rodea, mientras que nos obsesionamos con lo que nos vende la publicidad.

Ya no es porque sea Miles Stones, es porque su voz atrae sin remedio, y, cuando llega a la última frase antes del estribillo y la rompe de ese modo que solo él sabe, su escaso público aplaude y vitorea.

Yo no, porque ahora mismo no podría aunque quisiera.

Me he quedado paralizada.

He pasado años evitando la música de Wandering Souls por el daño que me provocaba. Solo he escuchado algunos *singles*, los que han sonado en todas partes y ha sido imposible ignorar. La mayoría dedicados a Allyson, o a Leigh, o a Sarah, o a Stephanie, o a Cora... A las novias que llegaron después.

Y he ignorado su música precisamente por eso, por el efecto que tiene en mí. Porque esa voz y esas sencillas notas de su guitarra me transportan al *antes*, y yo vivo mejor en el *después*.

El efecto se rompe de golpe cuando *Say you won't let go* termina y Miles empieza a tocar otra.

Reconozco los primeros acordes de *Next to me*, el primer tema que dedicó a Allyson.

Mi impulso inicial es irme. Quiero decir, acaba de cantar mirándome a los ojos la canción con la que nos conocimos, para continuar con la que le dedicó a la chica por la que me sustituyó.

Y yo que pensaba que Ortega era cruel. Esto es un nivel superior.

Precisamente por ese motivo, me quedo, con mi gesto total de indiferencia, porque también sé jugar a este juego y, si cree que va a hacerme daño así, se equivoca.

No sé cuánto podré aguantar, pero, por suerte, no tengo que averiguarlo. El cielo decide que este es el momento perfecto para romperse y empieza a llover sobre nosotros.

Me olvido de Miles y del mundo. Me sujeto el abrigo y empiezo a correr hacia mi casa.

Llega al rellano prácticamente al mismo tiempo que yo, guitarra en mano.

Ni siquiera me he dado cuenta de que me seguía.

Ambos estamos empapados, aunque evito mirarlo.

—¿Subes conmigo? —pregunta.

Tengo frío y estoy temblando. Asiento, demasiado congelada para esperar al siguiente, y paso con él.

Miles presiona el último botón, el de la planta cincuenta y ocho, y me dispongo a pasar el minuto más largo del día.

Doy un pequeño brinco cuando oigo los truenos en la calle y sé que una tormenta ha empezado ahí fuera.

—Hemos llegado justo a tiempo —comenta Miles, en su afán constante de empezar conversaciones que no suelo continuar.

—No me hubiera importado llegar diez minutos antes —contradigo, sin mirarlo.

—Siento haberte entretenido. —Lo escucho sonreír, como si de verdad hubiera disfrutado lo que acaba de pasar.

No digo nada más.

Solo quiero que termine este maldito día, que no creo que pueda ir a peor.

Me equivoco.

Sí que puede ir a peor.

Oigo varios truenos, mucho más fuertes que los anteriores. La luz se apaga y se enciende un segundo después. De forma súbita, el ascensor se tambalea y se detiene con brusquedad.

Suelto un grito tan fuerte que me hago daño en la garganta.

De pronto, estoy en el suelo, aunque no sé si me he caído o me he dejado caer.

Con las rodillas flexionadas, me tapo la cara con las dos manos y noto cómo empiezo a hiperventilar, tan rápido que enseguida me mareo.

—¡Chels! —chilla Miles preocupado.

Se agacha a mi lado y se pone frente a mí. Lleva las manos a mis mejillas y me mira angustiado. No es la primera vez que vivimos un momento así, que quedamos encerrados en un ascensor, y quizá el tiempo ha pasado, y nada es lo mismo entre nosotros, pero él mejor que nadie sabe el pánico que estoy sintiendo ahora mismo.

Porque solo a él se lo he contado todo.

Cierro los ojos con fuerza, como si el miedo fuera a desaparecer si consigo apretar lo suficiente. No lo hace.

—Respira conmigo, Chels. Vamos —me dice. Está alterado, pero no tiene nada que ver con que estemos encerrados en un ascensor en el que se acaba de ir la luz. No. Está preocupado por mí. Solo por mí—. Como solíamos hacer, ¿te acuerdas? Respira. Respira. Respira. —Va marcando cada respiración, espaciándolas lo suficiente para que deje de hiperventilar—. Mírame. A mí. Solo a mí. Estás conmigo, ¿lo ves? Solo conmigo. Estás a salvo. Respira. Respira. Respira.

Abro los ojos y me fijo en sus ojos, en una mota de azul, que es más clara que el resto del iris, como en esas vistas aéreas de islas paradisíacas donde se aprecia el corte entre el océano y el agua cristalina.

No quiero pensar en nada, solo en él. En ese azul que se asemeja a un mar.

—Lo estás haciendo muy bien —continúa—. Sigue respirando conmigo, Chels. Vamos a salir de aquí, ¿me oyes? Solo es un ascensor. Nada más. Un ascensor. Vamos a salir de aquí.

Asiento, incapaz de decir nada. Me estoy limitando a lo que me dice: a respirar. Eso ya me parece un esfuerzo descomunal.

Miles no deja de mirarme, sin ocultar su preocupación. Tiene las manos en mis mejillas y

las mantiene firmes para que no pueda apartar la cabeza.

—Sigue respirando conmigo —repite.

El ascensor vuelve a moverse y suelto otro pequeño grito. Sin embargo, solo está subiendo, a su velocidad normal.

—Tarda setenta y ocho segundos en llegar hasta arriba —me informa y recuerdo su absurda manía de contar los tiempos y los pasos en los actos más rutinarios—. Ya llevábamos diecinueve, así que nos queda poco.

Vuelvo a asentir.

Apenas soy consciente de cuándo el ascensor se detiene en nuestra planta, pues sigo como ida.

Miles me ayuda a salir, pasando un brazo por debajo de mis hombros y sirviéndome de apoyo para caminar.

No estoy asustada. Lo mío es diferente. Pero ahora mismo estoy tan dentro de mí misma, que me cuesta reaccionar, aunque sea para apartarlo de mí.

—Voy a entrar contigo. —Escucho que dice Miles—. Voy a darte agua y a asegurarme de que te quedas bien.

Que no replique es una señal de lo mal que me encuentro.

Miles abre la puerta con mi llave, me deja en el sofá y va a la cocina a por un vaso de agua. Me lo tiende y se sienta a mi lado, sin dejar de mirarme.

—¿Estás mejor? —Vuelvo a asentir en silencio—. Ya no eres ninguna niña. Tienes veintiséis años. Eres independiente, fuerte e increíble. No vas a volver ahí.

—Lo sé —consigo responder. Intento sonar firme, pero mi voz tiembla.

—Solo recuerda lo que te dije y límitate a eso. Respira, Chels. Respira. No voy a dejarte sola. Me tienes aquí. Quiero que lo sepas.

Nos quedamos un rato en silencio, sentados uno al lado del otro.

Tengo la mirada clavada en la televisión, que está apagada, pero en el reflejo está mi cara, y observar la pantalla es más sencillo que girarme y contemplar el rostro angustiado de Miles.

Hay situaciones que te transportan de forma irremediable al pasado.

No quiero volver ahí. No después de todo lo que me ha costado salir. Y ya no hablo de Miles, ni del *antes*, sino de una época muy anterior, tan oscura, que enterré en lo más hondo de mi ser y nunca dejo salir, pese a que se manifieste a través de las grietas que se crearon por su culpa. A esas grietas que me componen y me definen, como si fuera un cascarón resquebrajado que no termina de nacer.

Capítulo 16

Recuerdo aquella noche porque fue de las peores de mi vida.

Wandering Souls acababa de firmar con Matthew, un representante conocido a nivel local. La banda había pasado de realizar bolos en bares pequeños delante de treinta personas a tocar en locales más grandes, con diez veces más público. Llegaban a vender incluso entradas, aunque a un nivel reducido para lo que lograrían después.

Miles quería celebrar conmigo la mejora que suponía tener un mánager que se moviera por ellos, así que fuimos a cenar a The View Lounge; un restaurante con unas vistas increíbles, situado en la planta treinta y nueve del hotel Marriott Marquis.

La comida fue espectacular. La velada fue espectacular. El problema vino después, una vez nos dispusimos a bajar en el ascensor.

Estábamos solos.

Miles aprovechó la intimidad para besarme de esa forma ardiente que aún conservábamos, a pesar de llevar casi un año juntos.

Coló una mano por debajo de mi vestido y, repentinamente, la luz se apagó. La cabina tembló con violencia y grité asustada.

Los focos se encendieron apenas unos segundos después, pero el ascensor no volvió a moverse.

El cerebro tiene un mecanismo que se activa para proteger a una persona en un momento de *shock* o miedo. Lo que pasó después de ese momento está un poco borroso en mi memoria. Sé que Miles trasteó los botones, intentando que las puertas se abrieran o que volviera a funcionar.

No tuvo éxito.

Yo, en cambio, me dejé caer, con la espalda apoyada en un extremo. Abrí los ojos cuando estaba en el suelo. El corazón me latía rápido, al borde de una taquicardia. Respiraba tan fuerte y tan acelerada, que me empezaba a marear.

—Chels —dijo de pronto Miles, asustado. Se separó de los botones y se agachó a mi lado—. ¿Estás bien?

No respondí. Seguía ida, con la respiración cada vez más acelerada.

—Respira conmigo —me ordenó, tan alterado que parecía fuera de sí—. Respira despacio, Chels. Tienes que respirar más despacio.

Dejé de percibir lo que pasaba a mi alrededor y me absorbió la oscuridad. Una sombra que me llevó al pasado y me atrapó. No sé cuánto tiempo estuve ahí dentro, pero recuerdo cómo salí.

Vi el mar.

En medio de todo ese negro, apareció como un punto de agua, una parte ínfima del océano.

Solo que no era agua, sino que se trataba de los ojos de Miles.

Seguía agachado a mi lado, zarandeándome, pidiéndome que respirara con él, intentando devolverme a un ascensor del que yo había desaparecido. Me descubrí gritando tanto, que incluso me desgarré la garganta. Me callé y me centré en él, en sus ojos.

—Respira. Respira —me repetía sin parar. Y, poco a poco, mis pulmones volvieron a la normalidad—. Dios, Chels. No vuelvas a hacer eso —me dijo. No tenía ningún sentido, pero estaba angustiado y no pensó sus palabras.

Después, me abrazó, más fuerte de lo que nunca lo había hecho, y me abandoné en ese

refugio, porque hay gestos que se convierten en casa y, durante un tiempo, los brazos de Miles fueron mi hogar.



Una hora después, estábamos los dos en casa, en el dormitorio que compartíamos. Más relajada, pero aún silenciosa.

Nos habíamos metido en la cama y permanecíamos sentados contra el cabecero. Él escribía en su libreta morada. Yo me limitaba a pensar.

—Apunto claustrofobia en la lista de miedos a tener en cuenta —trató de bromear.

Dejó el cuaderno y el bolígrafo sobre su mesilla, y se giró para mirarme. Supe entonces que había llegado el momento de tener esa conversación, y que le contaría todo. Sin mentiras.

—No soy claustrofóbica. Lo que me da miedo es quedarme encerrada y no tener control a la hora de salir.

—Eso no era miedo... Parecía algo más. Sé que no es tu culpa, pero me has asustado mucho, Chels. Mucho —insistió.

—Lo siento. No fue mi intención.

—No pidas perdón.

Hubo un silencio.

Me giré en la cama y me senté con las piernas cruzadas, de cara a él.

Miles me imitó.

No empecé a hablar enseguida, sino que me tomé mi tiempo mientras trataba de encontrar en mi cabeza la mejor manera de contar lo que quería.

Miles esperó, paciente. A esas alturas, me conocía demasiado bien.

Me di cuenta de que la historia iba a ser horrible, la contase del modo que la contase. El cerebro no solo nos protege en esos momentos de impacto, sino que profundiza más. A mí me gustaba pensar que dentro de mi cabeza había una caja fuerte. Ahí guardaba bajo llave todos esos recuerdos traumáticos, esos tan profundos que tienen el poder de destruirte. Nunca los dejaba salir, ni para mí, ni para nadie.

Pero mi caja fuerte era demasiado pequeña para todo lo que tenía que esconder, y llegó un momento en el que esos recuerdos se quedaron fuera, en la superficie, preparados para ser revividos, para definir mi personalidad, para robarme mi infancia.

Y, simplemente, dejé salir uno de esos:

—Creo que tenía seis años y Mia, ocho, pero no estoy segura —comencé. Miles puso toda su atención en mí, incapaz de imaginar siquiera lo que iba a contarle. No solo eso, sino que no había ni una sola persona en el mundo, además de Mia, con la que hubiese compartido esta parte de mi vida—. Era pequeña, eso sí. Lo recuerdo porque tuve que utilizar un taburete para llegar al fuego. Mis padres no estaban en casa y nosotras teníamos hambre, así que me ofrecí a preparar la cena. Siempre me ha gustado cocinar, y no fue ningún problema. Mis padres solían volver tarde; más hacia la mañana. Esa noche regresaron antes.

»Mi padre entró en cólera porque había utilizado el fuego. Ya estábamos durmiendo, pero lo encontró todavía caliente. Lo irónico es que lo que le preocupaba era que me podía haber

quemado. Nos sacó a las dos de la cama a rastras y nos llevó a la entrada.

—¿Quién de las dos ha sido? —preguntó.

»No respondimos. No éramos unas chivatas y, además, estábamos paralizadas por el miedo. No puedo explicártelo con palabras, pero mi padre tenía un aura que daba auténtico pavor. Sobre todo cuando éramos pequeñas. No le llevó mucho averiguar que había sido yo. Me sujetó por el brazo y me encerró en el armario de la entrada.

»Era algo que hacía a menudo. No sabría decirte cuándo fue la primera vez, pero supongo que siendo bebés, porque no recuerdo haber vivido de otra manera. Más que un armario, era un escobero, apenas teníamos espacio una vez nos cerraba la puerta. Después echaba la llave y no nos dejaba salir hasta el día siguiente. Mia se quedó fuera, llorando al verme encerrada. Yo era más pequeña, pero aprendí antes que ella que no debía hacer eso, que no podía derramar lágrimas. Mia no podía evitarlo.

—¿Por qué estás llorando ahora? —inquirió mi padre. Mi hermana no respondió, solo aumentó el llanto. Entonces llegó el primer golpe. No necesité verlo para saber que le había cruzado la cara con el dorso de la mano—. ¿Vas a llorar? Te daré motivos para llorar.

»Escuché otro golpe y, después, otro.

—¡No llores, Mia! —grité desde dentro—. ¡Estoy bien, te lo prometo! Estoy bien. Pero no llores, no llores más —supliqué.

»Hubo dos golpes más antes de que cesase el llanto.

»Mi padre se fue a la cama. Mia esperó a que desapareciera del todo para volver a romperse, y esa vez de forma silenciosa.

—Vete a dormir, Mia. Estoy bien, de verdad —le dije desde dentro del armario.

—Ha sido mi culpa. Tenía que haber hecho yo la cena. Soy la mayor.

—Es mejor así. Vete a dormir. Yo voy a intentarlo.

—Algún día lo mataré.

»Mia se fue a la cama y yo pasé la noche encerrada, sin pegar ojo. Me abrió mi madre al día siguiente, pasadas las doce de la mañana. Después, se volvió a la cama. Para entonces, yo estaba tan mareada por la falta de aire, que casi me desmayé, pero ella no se dio cuenta. Fue Mia la que me trajo comida y agua.

»Así pasamos nuestra infancia. Encerradas en esa casa, criadas entre golpes y castigos, entre gritos y miedo. Nos fuimos cuando Mia cumplió los dieciocho, porque no aguantábamos más. No dijimos nada, solo hicimos las maletas y nos escapamos con todo lo que pudimos llevarnos.

Cuando terminé de hablar, Miles me miraba con los ojos rojos y las lágrimas resbalando por las mejillas. No dijo nada, solo se lanzó hacia mí y me abrazó. Y yo le abracé a él, fuerte. Tan fuerte como pude. Tan fuerte que tuve la sensación de que alguna de mis grietas se cerraba un poco más, o se abría un poco menos. Tan fuerte que noté ese hogar que siempre había añorado de pequeña.

—Te quiero —me dijo.

Y esas dos palabras me parecieron perfectas, porque después de mi confesión no necesitaba que me dijera lo horribles que fueron mis padres, ni que intentara animarme con frases prefabricadas.

Lo único que necesitaba saber era eso. Que estaba conmigo, que me quería. Que pasara lo que pasara en el pasado, yo no era defectuosa. Era una persona a la que alguien podía querer, aunque ese alguien no fuera quien se suponía que debía haberlo hecho.

Capítulo 17

La semana ha sido una auténtica locura.

La noche del ascensor, cuando por fin conseguí tranquilizarme, le pedí a Miles que se fuese y no nos hemos visto desde entonces. Me sentí demasiado débil, demasiado vulnerable. No me gusta que nadie me vea así, y mucho menos Miles. En su día, él vio todo de mí, pero no tiene derecho a hacer como si todavía me conociera, como si todavía le importara.

He estado tan inmersa en El Laboratorio, que incluso he perdido la noción del tiempo. Hoy he pasado todo el día con una única idea en mente: un baño. Así que aquí estoy, casi a medianoche, relajándome en el *jacuzzi* de la terraza, con una copa de vino blanco en la mano y la cabeza vacía de preocupaciones, aunque solo vaya a ser durante una hora.

O quizá durante menos tiempo.

Oigo unos pasos cercanos y me sobresalto. La inercia me saca del agua y me lleva a envolverme en la toalla.

—Vaya, qué... sorpresa —comenta Miles, evitando mirarme.

Primero me azota el recuerdo de la otra noche, cuando se agachó frente a mí para pedirme que respirase. Ese siempre fue su consejo. Respira. Sonríe. Hazlo a tu ritmo. Y siempre me funcionó.

Ahora no quiero pensar en eso, sino en su presencia aquí, alterando mi relajación.

La rabia brota de golpe. Estoy desnuda, básicamente porque ahora mismo debería estar sola, y no con Miles en mi terraza.

—¿Qué haces aquí? —espeto—. Pusimos los turnos por algo. Si ni siquiera puedes respetar...

—Hoy es sábado, se supone que me toca a mí —me interrumpe, con los ojos clavados en la mesa.

¿Está intentando esconder una sonrisa? Porque eso solo me enfada más. Repaso mentalmente y de repente caigo en la cuenta de que tiene razón. La semana ha sido tan intensa que no sé ni en qué día vivo, pero no es viernes, sino sábado.

Preferiría morir ahogada que darle la razón.

—Nunca debería tocarte a ti —me excuso, tratando de mantener intacta la dignidad después del error que he cometido—. La terraza era mía. Solo mía.

—A mí no me molesta que te quedes —asegura y me mira por primera vez—. Tengo el *jacuzzi* vetado, pero podemos hablar fuera. O puedes quedarte dentro. Prometo no mirar.

Miles toma asiento en una silla y Kurt se enrosca en sus pies. Se trata de un border collie blanco y negro, y, quitando el hecho de que lo lleve suelto en el rellano, parece estar bien educado.

—No quiero hablar contigo. No sé por qué insistes. Ya lo he dejado claro.

Voy a por mis sandalias, me acomodo mejor la toalla y me encamino hacia la salida. Vacío la copa de vino blanco de un trago y la dejo sobre la mesa, con la intención de lavarla mañana.

Miles me mira cuando paso por su lado. Una mirada intensa, de esas que esconde más pena que diversión.

—No puedes culparme por intentarlo, Chels. No quiero rendirme con la misma rapidez.

Vuelvo sobre mis pasos, y no es para decirle nada a Miles. Lo que hago es coger la botella

de vino blanco, que sigue a la mitad, agarrarla con fuerza y desaparecer rumbo a mi casa.

Suelto un grito en cuanto entro, fruto de la rabia y la impotencia. Después, voy directa a mi agenda y subrayo en fosforito todos los días que me toca la terraza a mí.

No pienso volver a equivocarme de día.

Capítulo 18

Esta noche por fin hemos visitado The Grand, un club nocturno que Luca quiere conocer desde que lo abrieron.

El lado positivo es que los cócteles están increíbles. El negativo, que Max ha venido con nosotros.

No se me está dando mal ignorarlo esta noche. Hemos venido prácticamente toda la plantilla de El Laboratorio, así que puedo camuflarme con más facilidad.

—¿Qué quieres que te pida ahora: daiquiri de fresa, Cosmopolitan o mojito de melón? —me pregunta Luca.

Nos hemos propuesto probar varios cócteles de la carta y aquí estamos, mezclando alcohol de forma irresponsable, pero disfrutándolo.

—Daiquiri —escojo esta vez.

Le toca a él acercarse a la barra y pedir la ronda. Hemos venido nueve personas, aunque Luca y yo somos los únicos que jugamos a probar todo.

Aprovecho cuando se levanta para mirar el móvil, pues no lo he hecho en todo el día. Me pasa a menudo, desconecto cuando entro en el trabajo. Tampoco me hablan demasiadas personas.

Abro el chat de Mia y compruebo los últimos mensajes.

Mia

Este año no acepto un no por respuesta

Queda aún para Acción de Gracias y Navidad

Gestiónalo como quieras, pero este año nos vemos sí o sí

Ha añadido un vídeo.

No escucho el sonido porque Dua Lipa suena a todo volumen por los altavoces de The Grand, pero veo a mi sobrina poniendo caritas de pena y la imagino suplicándome que vaya a verla.

Maldita Mia y su chantaje emocional.

Claro que me encantaría ir a Chicago y pasar Acción de Gracias con ella. Lo que no entiende es que en la hostelería los días de vacaciones no coinciden con el mundo normal y, mientras ella se vestirá de forma elegante y disfrutará, lo más probable es que yo esté embutida en un delantal negro cocinando para personas que sí tienen tiempo libre.

Todavía falta, así que soy positiva cuando respondo:

Lo intentaré

Dale un beso a Yey-yey de mi parte

—Hora de dejar el móvil —comenta Megan antes de sentarse a mi lado—. Este sitio es genial. Luca tiene buen gusto.

—Sí que lo tengo —afirma él, que acaba de llegar. Me tiende una copa y brindamos antes de dar un sorbo.

—Vamos a hacernos un *selfie* para enviárselo a Sky —propongo. Megan hace el amago de apartarse, pero la detengo antes—. Puedes salir si quieres.

Ponemos nuestra mejor sonrisa, colocamos las copas como si estuviésemos realizando un brindis y capturo la imagen para mandarla por el chat de grupo.

La respuesta no tarda en llegar: otra fotografía de ella. No posa junto a nadie, pero sale gente detrás. Veo a Nate con una cerveza en la mano, riéndose. A su lado hay un hombre. Está de espaldas y apenas se distingue el perfil. Eso me basta para saber que es Miles. No solo reconozco su pelo o sus tatuajes, es que sigo recordando de memoria incluso su silueta.

Sky me avisó de sus planes para esta noche confraternizando con el enemigo. Ella estaba ilusionada; sobre todo porque Nate ha decidido presentársela a sus amigos.

¿Quién iba a imaginar que Sky pudiera ser tan extremista? Hace un mes ni siquiera quería oír hablar de una relación seria, y ahora la suya con Nate avanza a pasos agigantados.

Decido responder justo eso:

A este ritmo, el mes que viene me veo de boda

Adjunto un par de *gifs* de Mónica de *Friends* casándose, y lo que imagino que sería la fiesta de después, y guardo el móvil.

—¿Os apetece bailar un rato? —pregunta Megan.

—¿Tú has escuchado este temazo? ¡Pues claro que me apetece! —exclama Luca.

Suena La Rosalía. Ninguno de los tres entendemos nada de lo que dice, pero no hace falta comprender la letra para disfrutar el ritmo.

Salimos juntos a la pista y nos mecemos al son de la música alta que invade la sala.

Bailar es algo que me encanta desde la adolescencia. Me ayuda a aliviar tensiones, a despejar la mente. Disfruto tanto que me evado por completo, que nada más importa.

Me muevo con Megan y Luca según las canciones que suenan.

Hacemos el tonto, nos reímos, nos soltamos tanto que saltamos, que gritamos las frases que conocemos, sin molestarnos siquiera en entonarlas bien. Cuando suena una bachata y un hombre se acerca para bailar con Megan, Luca y yo hacemos lo mismo, tan pegados el uno al otro, que siento cada roce con su cuerpo. No hay nada obsceno entre nosotros, solo es baile, y eso es lo que más me gusta.

—No vas a creerte quién no te quita los ojos de encima —comenta en mi oído, para que pueda escucharlo por encima de la música.

—¿Max?

—Frío, frío —dice y lo noto sonreír—. Aunque quizá debería decir caliente, caliente. Joder, Ce. Sé que lo odiamos, pero podrías tirártelo. Con odio, pero tirártelo. Por el bien común.

No quiero girarme, por eso del disimulo, pero no puedo evitarlo.

Un escalofrío me recorre cuando mi mirada se cruza con la de Miles. Él ya me está mirando,

de una forma tan penetrante que me deja atrapada. Está tan guapo esta noche, que me cuesta apartar los ojos. O quizá sea el alcohol, que se ha llevado mi sentido común. No viste nada extraordinario, solo una camisa negra y un pantalón oscuro, pero no necesita más. La barba incipiente, el azul intenso de sus ojos y esos tatuajes que asoman por el cuello, y que sé que le cubren el cuerpo entero, que tantas veces recorrí con mis dedos, aunque ahora tenga algunos desconocidos para mí.

—Si quieres seguir odiándolo, te recomiendo cerrar la boca o volver a parpadear —suelta Luca con tono divertido—. Que yo soy muy *fan* de pasar del odio al amor, pero es tu decisión.

Sus palabras me hacen reaccionar y aparto los ojos de él. ¿Qué diablos hace Miles aquí, para empezar?

La respuesta está a su lado, tan rubia como siempre, saludándome como si siguiera siendo mi mejor amiga y no una traidora. Nate también está, por supuesto. Hay más gente a su alrededor que parecen amigos, pero no conozco a ninguno.

Sky se acerca a mí y a Luca dando pequeños saltos de alegría, y nos abraza a ambos al llegar.

—He visto vuestra foto y como estábamos aquí al lado, los he convencido para venir —afirma, como si hubiera sido una idea genial.

—Me encanta que estés aquí, Sky, pero creo que la próxima vez que vayas a traer al Indeseable Número Uno tendrías que avisar a Ce. Que yo soy *fan* del drama y la tensión, pero también de no morir estrangulado por traición.

Sky y Luca se ríen.

Yo vuelvo a buscar a Miles y lo descubro observándome todavía, sin ni siquiera disimular.

Los muy cretinos se han sentado al lado de nuestra mesa.

—Venga, tenéis que saludar. Al menos a Nate —pide Sky al ver mi cara—. No te imaginas lo bien que sigue hablando de ti —añade, y eso me ablanda un poco el corazón, porque lo entiendo. En el caso de Nate, da igual el tiempo que haya pasado, él también sigue siendo importante para mí—. Por cierto, estabais supersexis bailando. Luego me sumo yo también.

Estoy un poco sudada por haberlo dado todo en la pista de baile con Megan y Luca.

Ella sigue con el chico que ha conocido en la bachata, así que le hacemos un gesto con la mano para que sepa que volvemos a las mesas, y me acerco a Nate.

Me recibe con esa sonrisa suya capaz de borrar mi enfado de un plumazo. Me abraza al llegar a él, y me da un beso en la mejilla.

—No te enfades —me susurra aprovechando el saludo—, pero Sky no era la única que ha querido venir al saber que estabas aquí. Estamos en son de paz.

Entiendo que él es la otra persona que ha querido venir, y no puedo juzgarlo, porque a mí también me apetece ver a Nate cuando se presenta la ocasión.

—Tienes suerte de ser tú o hace tiempo que hubiera convencido a Sky para que te diera plantón —replico en cambio.

Nate se ríe y yo lo imito.

Vuelvo a notar los ojos de Miles fijos en mí y decido ponerle fin. Saludo con un escueto gesto de cabeza y vuelvo con los míos, que están tan cerca que casi parece una única mesa.

Un momento, es justo eso.

Nate y Sky han juntado una mesa a la nuestra y ahora somos un solo grupo.

Estoy tan concentrada en mi indignación con Miles, que apenas me doy cuenta de que me siento al lado de Max.

Genial, esta noche mejora por momentos.

Mi jefe me sonríe nada más verme, me palmea dos veces el muslo y consigue apartar la mano antes de que se la arranque, porque de verdad que no estoy de humor.

—Por fin podemos hablar. Tengo la sensación de que apenas nos hemos visto en toda la noche —comenta sin perder la sonrisa—. Hay algo que quiero contarte. Sé que quizá no sea el mejor lugar, pero es que no puedo esperar.

Me remuevo en mi asiento, incómoda, antes de girar la cabeza hacia él. Me obligo a sonreír, aunque me sale un gesto forzado.

—Claro, Max. Tú dirás.

—Es un nuevo proyecto en el que estoy trabajando —afirma con entusiasmo. Saber que se trata de un proyecto y no de nada personal hace que mi sonrisa se vuelva más genuina—. Quiero hacer crecer el negocio.

—¿Más? Tienes once restaurantes.

—Lo sé, pero creo que ha llegado el momento de avanzar. He estado pensando en una forma de organizar mejor la cadena, para poder unificarla y mejorar los beneficios. En gran medida, depende de que digas que sí.

—¿Yo? ¿Qué tiene que ver conmigo? —pregunto contrariada.

Quizá no sea el momento para mantener esta conversación, en un *pub* y habiendo tomado alcohol, pero admito que estoy intrigada.

—Quiero ascenderte a gestora de cocina.

Definitivamente no es el mejor momento. Ni siquiera sé qué es eso.

—Perdona, ¿a qué?

Max se ríe. No me pasa por alto que, cuando vuelve a hablar, se ha acercado un poco más y su mano vuelve a reposar sobre mi rodilla.

Me interesa tanto la oferta, que ignoro lo demás.

—Quiero que dirijas todas las cocinas, y no solo la de El Laboratorio. —La sorpresa se refleja en mi cara. Apenas doy abasto con una, ¿cómo quiere que gestione once?—. Los menús ya están diseñados, pero tendrías total libertad para modificar lo que quisieras. El Laboratorio es hasta la fecha el único que ha conseguido una estrella Michelin y, con sinceridad, no me importaría que me dieran alguna más. Confío en ti, Chelsea. Creo que podríamos conseguir grandes cosas contigo al mando.

¿Acaba de decir que le han dado la estrella a él, cuando literalmente no ha hecho nada más que poner dinero?

—Lo siento, Max, pero sigo sin entender qué quieres de mí. ¿Cómo voy a cocinar en once restaurantes diferentes? Es imposible.

Él se ríe, como si hubiera dicho algo muy divertido.

Me remuevo de nuevo y, al hacerlo, veo varias cosas. A Luca, centrado en mí y alerta, por si tuviera que intervenir en cualquier momento. A Sky y a Nate, que también vigilan, solo que ellos lo hacen entre beso y beso. Y también veo a Miles, que nos observa a Max y a mí con la mandíbula apretada y sin perderse detalle.

—No cocinarías, claro —responde Max, como si fuera algo evidente. Frunzo el ceño—. Serías gestora. No tienes que volver a meterte en los fogones. Tu trabajo sería otro. Diseñar los menús, elegir a los cocineros, supervisar los platos. Un horario más flexible, pero más responsabilidad. Ni que decir tiene que iría acompañado de un generoso aumento de sueldo. Me gusta cuidar a mis empleados. Sobre todo a los que son tan buenos como tú. Serías mi segunda al

mando.

A casi cualquier persona le sonaría bien. Más dinero, un mejor horario, incluso la confianza para otorgarme más responsabilidad. Podría dirigir varios restaurantes y eso me daría cierta fama en la ciudad a nivel culinario. Pero hay un gran problema. Y esta vez ni siquiera está relacionado con que tendría que pasar más tiempo con Max, sino con que tendría que dejar los fogones.

Cocinar es la gran pasión de mi vida, algo que de verdad disfruto, aunque los últimos meses me haya producido más ansiedad que felicidad. Lo he hecho desde pequeña y he peleado mucho por conseguir un puesto donde pudiera hacer valer mi talento. Un talento que me ha hecho ganar una estrella Michelin.

¿Debería retirarme ahora, antes de que los clientes y la crítica se den cuenta de que estoy acabada? Antes de que se den cuenta de que la creatividad ha muerto, porque la cocina sin inventiva no es nada. No sería una derrota si es un ascenso, ¿no?

Sí que lo sería.

Sería una derrota para mí, para esos sueños que levanté de niña cuando me colaba en la cocina con Mia, aunque terminara encerrada en un armario por hacer algo que mi progenitor consideraba que no debía hacer.

¿Estoy dispuesta a renunciar a todo?

Max me mira, expectante.

Yo trago saliva, angustiada. No creo ni que llegue a imaginar el desánimo que me provoca pensar en dejar mi puesto. Para él es un ascenso. Para mí, una condena.

—Es un gran puesto —continúa hablando Max, tan entusiasmado que sus ojos brillan—. Además, podrías codearte con la élite de San Francisco. Asistiríamos juntos a fiestas y grandes eventos. No te preocupes por el vestuario, tu nuevo sueldo te permitirá comprar los vestidos necesarios y con ese cuerpo lucirán espectaculares. Yo también te regalaré alguno. Sé muy bien con cuáles estarías más explosiva. Y podríamos bailar juntos también. He visto cómo te movías con Luca y, joder, Chelsea, me he muerto de envidia.

La cara se me transforma en el acto y el estómago se me contrae. ¿De verdad acaba de decir todo eso?

—Max, yo...

—No hace falta que respondas ahora —me interrumpe. Vuelve a colocar la mano sobre mi muslo y me da un apretón—. Puedes pensártelo y...

—¿Nadie te ha enseñado lo que son los límites? —La voz de Miles suena tan cortante que creo que todos lo miramos a la vez. Él está centrado en Max, tan serio que intimida—. Las personas como tú dais muchísimo asco.

—¿Qué? —suelta Max, anonadado—. Solo le estoy ofreciendo un ascenso que...

—Puedes proponer lo mismo sin dejar caer el tiempo que pasaríais juntos, o lo bien que le quedarían los vestidos, o cómo baila. Y, sobre todo, sin tocarla.

—Perdona, ¿pero quién eres tú y por qué te metes? No tiene nada que ver contigo. Ni siquiera estabas invitado a esta salida. ¿O te crees que por ser famoso el mundo te pertenece?

—¿Prefieres que todos ignoremos cómo abusas de tu posición para así poder seguir haciéndolo?

—No tengo por qué soportar esto. No...

—La que no tiene por qué soportarlo soy yo —afirmo y me levanto de golpe—. Max, no es el momento —digo mirándolo a él—. Y Miles, nadie te ha pedido nada. ¿Cuándo vas a entenderlo? ¡Déjame en paz! —le grito—. He tenido suficiente. Me voy.

Agarro mi bolso y me alejo de la mesa sin despedirme de nadie. Estoy enfadada, muy enfadada. Necesito tomar el aire y despejar la cabeza. Hago un gesto a Sky y a Luca para que no me sigan, porque los veo capaces de hacerlo y lo que quiero es estar sola.

Huyo hasta la terraza.

Apenas he entrado cuando noto que alguien me sujeta del brazo con suavidad, casi con miedo.

Me giro para toparme con Miles. Todo signo de cabreo ha desaparecido de sus ojos y ahora solo parece arrepentido.

—Lo siento. No quería incomodarte —se disculpa en el acto—. Pero no lo soporto. No soporto a la gente que hace eso, que se aprovecha de otros y...

—No te he pedido nada —repito lo que le he dicho antes—. Ya te lo dije. No necesito que me salven. Ni tú ni nadie. Deja de meterte en mi vida de una vez por todas. Fuiste tú el que decidió irse, Miles, así que no te costará tanto.

—Lo siento —repite y deja caer la mano, que seguía aferrada a mi muñeca—. Parece que no sé...

—No, no sabes. Así que, déjame en paz de una puñetera vez —espeto.

Sé que estas palabras no deberían ir para Miles, sino para Max. Es con él con quien estoy cabreada. Con Max y conmigo, por no actuar de otro modo. ¿Y qué hago? Lo pago con la única persona que se ha dado cuenta de que lo estaba pasando mal y ha intervenido para defenderme.

Me quedo callada, tragándome la culpa, mientras Miles se gira y vuelve dentro. Eso me hace sentir peor todavía, aunque no debería. Quiero decir, es Miles. Se merece todo lo malo que pueda pasarle.

Me encamino al final de la terraza, a una zona despejada de gente. Me apoyo en la barandilla y me limito a respirar. Una y otra vez. No sé cuánto tiempo ha pasado, cuando noto a alguien colocarse a mi lado.

—Te has pasado un poco, ¿no crees? —pregunta Nate.

—Lo siento, Nate, pero ahora no es un buen momento.

Estoy irascible. Sigo sin saber gestionar bien mis enfados y generalmente los dirijo hacia personas que no tienen la culpa. Personas como Nate o como Miles.

—¿Hace eso a menudo? —pregunta en cambio—. Tu jefe, digo. Me ha parecido un gilipollas.

—Lo es.

—¿No hay nada que puedas hacer?

No pregunta por qué lo consiento y lo agradezco. No es algo que decida, es que no sé reaccionar de otra manera.

—No lo sé. Ese hombre tiene mi carrera en sus manos. Tú lo sabes, Nate. Me ha costado mucho llegar hasta aquí y no quiero echarlo todo a perder.

—Vaya mierda —escupe y esas dos palabras definen a la perfección mi situación actual—. Voy a investigarlo. Tiene que haber alguna herramienta sin que te afecte laboralmente.

—Gracias, pero estoy acostumbrada a tratar con gente así.

—Pues no deberías acostumbrarte a eso, Chels. No está bien, y que te haya pasado con asiduidad no quiere decir que tengas que resignarte a aceptarlo. Voy a informarme igual, digas lo que digas.

No respondo a sus palabras, aunque la realidad es que agradezco su preocupación y su interés. Solo que, como siempre, no lo expreso.

—Sé que estás enfadada, pero Miles no tiene la culpa —añade entonces.

—Lo sé —murmuro por lo bajo. No lo pienso reconocer más alto.

—¿Por qué lo tratas así? ¿Sigues resentida porque te dejara? Porque, si es eso, tienes que saber que...

—No estoy resentida porque me dejara —lo interrumpo y me giro hacia él. Nate me mira fijamente, interesado de verdad—. Sé por qué lo hizo. Tuvo que elegir entre mí y la música, y escogió la música. Lo entiendo. De verdad que sí. Yo también apostaría por mis sueños por encima de todo. Lo que pasa es que Miles no escogió tampoco la música, sino que se quedó con la fama.

—¿Qué quieres decir?

—Que al final lo que menos importaba era Wandering Souls. Todo el mundo estaba más pendiente de la nueva conquista de *Mister Lover* que de su nueva canción.

—Te equivocas —replica rudo. Me sorprende, porque Nate nunca me ha hablado así. Ni a nadie, en realidad—. Miles siempre ha vivido por y para la música. Él nunca quiso la fama, más bien al contrario.

—Todas las revistas...

—Las revistas no preguntan. Esa clase de periodistas acosan, inventan y le da igual a quién se lleven por delante si consiguen su reportaje. Son buitres que destruyen todo lo que tocan.

Me quedo callada.

Imagino a esos periodistas igual que a Ortega, una persona que solo se mueve por el morbo, sin importar las carreras que se lleve por delante. Pero eso no es lo importante, porque sí, quizá inventaran reportajes, pero la vida de Miles ha sido así. De fiesta en fiesta y de mujer en mujer. Yo misma he visto las fotos y los vídeos.

—Es un mundo extraño —continúa Nate—. Al final, incluso cuesta discernir lo que es real y lo que no. —Algo parecido me dijo Miles y, ahora que las escucho de otra boca, hace que me lo plantee de verdad—. Miles lo pasó mal, ¿sabes? Cuando os separasteis. Aunque no te lo creas. Lo pasó tan mal que hoy en día no sé si te llegó a olvidar del todo...

Suelto una carcajada. Lo pasó tan mal que tardó la friolera de dos semanas en empezar a salir con Allyson.

Si es que no estaban saliendo ya antes.

—Sé que es tu amigo, pero hay cosas que no se pueden defender.

Nate niega despacio y me mira con pena.

—Ay, Chels. Crees que lo sabes todo, pero realmente no sabes nada.

Se va antes de que pueda hablar y me deja sola.

La culpa vuelve de nuevo. Ahora no me siento mal solo por no saber cómo manejar a Max, sino que el idiota de Nate me ha hecho pensar en mí y en Miles. En todo lo que nos unió, y en todo lo que nos separó.

En lo que fue real.

Real para mí, real para Miles.

¿De verdad, sufrió él también al perderme?

Capítulo 19

—¿Sigues convencida de que no quieres celebrar la Navidad?

—No, no quiero.

La banda y yo habíamos salido a cenar para festejar el éxito de otro bolo. Después, los chicos se habían ido de fiesta, pero Miles y yo preferimos pasear por el parque del Golden Gate. El día de Navidad se aproximaba y todo Wandering Souls lo adoraba. No les prohibía festejarlo, solo que me dejaran al margen.

—No queremos hacer nada extraordinario —insistió él—. Una cena sencilla. Nosotros cinco. También intercambiar algún regalo. Me apetece comprarte...

—No, Miles. No quiero —lo interrumpí, quizá demasiado brusca—. Nunca me han gustado esas fiestas. No le veo el sentido.

Vi su cara, ese gesto que ponía siempre que dudaba si realizar o no la siguiente pregunta.

—¿Tiene que ver con tu infancia? —ganó la curiosidad al final—. Sabes que puedes contármelo.

Dudé un segundo, solo uno, antes de responder. Siempre fui sincera con él.

—Quizá tú tengas un buen recuerdo de tus Navidades, pero yo no. Cuando éramos pequeñas, Mia y yo solo recibíamos cartas de Santa Claus para decirnos que nos habíamos portado mal, y que por eso no merecíamos regalos. O directamente no había nada. Nunca hubo un desayuno especial, ni una comida, ni una cena. Ellos se iban por la noche a cualquier bar y solían llegar más borrachos que de costumbre, así que los castigos eran peores.

—Joder, Chels. Lo siento. No debí ni proponerlo. No sabía...

—No pasa nada. No es tu culpa. Lo peor era después, ¿sabes? —seguí, porque una vez abierta la caja fuerte, me costaba más trabajo cerrarla. Como si esos recuerdos quisieran salir, para vaciar la mente y darle descanso—. El día que volvíamos a clase y los compañeros hablaban de todo lo que habían hecho ellos, de las cosas nuevas que les habían regalado...

—¿Ningún profesor se dio cuenta de vuestra situación?

—Yo era muy buena mintiendo. Cada enero les contaba que no me habían regalado nada material, pero que había ido de viaje a Canadá.

—¿A Canadá?

—Estaba obsesionada con ese país. No sé por qué. Casi ni lo había visto. Creo que era algo más del subconsciente, que mi mente quería escapar y no le bastaba con salir de Chicago, sino que necesitaba salir de Estados Unidos, y Canadá era lo primero que se me ocurría.

—Odias los viajes en coche. No hubieras llegado ni hasta Oregón —intentó bromear.

Sonreí, agradecida. Miles ya sabía que la mejor forma de tratar conmigo era restarles importancia a las cosas utilizando el humor para ello.

Sin embargo, después se paró y me sujetó la muñeca para que me girase hacia él.

—En ocasiones, un buen recuerdo modifica uno malo. Creo de verdad que celebrar la Navidad con nosotros va a ser distinto, que te puede sentar bien. Esta va a ser la última vez que te lo pregunte, te lo prometo. Si sigue siendo demasiado para ti, hablaré con los chicos. No insistiremos de nuevo. Pero si te apetece, nosotros sí vamos a cuidarte. Siempre, Chels.

Miles sonrió y, contra todo pronóstico, sonreí con él y asentí.

Asentí, porque aferrarme a esa idea, a la idea de que un recuerdo bueno podía sustituir a uno

malo, me hizo sentir esperanza.

—No puedo llevarte a Canadá. Con mi coche no llegaríamos ni a Sacramento, pero tengo una idea.

—¿De qué hablas?

—Voy a hacerte un regalo. Ahora mismo —me aseguró. Entrelazó los dedos con los míos y empezó a andar a paso ligero.

—¿Ahora mismo? ¿Lo tenías ya preparado y todo esto ha sido una escena?

—No.

—¿Entonces?

—Espera un minuto y lo verás.

Miles no dijo nada más, pero se detuvo poco después frente a un escaparate. Lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Vas a regalarme un tatuaje? —inquirí. A mis diecinueve años, solo tenía uno.

Una pequeña mariposa que me había hecho con Mia. Éramos nosotras, evolucionando después de haber sido orugas durante tanto tiempo.

—En realidad, iba a hacérmelo yo.

—Cada vez entiendo menos.

Me agarró la mano con más fuerza y tiró de mí hacia dentro. Una hora después, salimos del local. Miles se había tatuado Chels en su dedo anular, simulando ser un anillo, y yo me sentí feliz, y también valiente, así que quise hacerme otro.

Los nervios me hicieron dudar, pero Miles me abrazó desde atrás y me preguntó:

—¿Qué sientes?

—Vértigo —respondí, porque estaba convencida de que esa sensación en el estómago no podían ser solo nervios. No por el tatuaje en sí, sino por el hecho de marcar mi piel por él, para él.

Al final, no fue su nombre, sino algo más sutil. En el interior de mi muñeca, ahora se leía *The sign*. No lo había escrito el tatuador, sino que lo había hecho el propio Miles.

Ahora tenía un firme recordatorio de que, siempre que quisiera algo, solo tenía que mirar mi propio brazo.

—¿Lo notas, Chels? El vértigo siempre anuncia algo increíble —me dijo, justo antes de besarme.

Capítulo 20

La noche del otro día ha cambiado algo dentro de mí. Todavía estoy descubriendo de qué modo, pero activó un chip que está haciendo que me replantee varias cosas.

Mi psicóloga, la doctora Adkins, me ha animado a que siga avanzando, aunque sea despacio. Ella siempre dice que un pasito pequeño sigue siendo un pasito. Lo importante es que en un tiempo, cuando mire hacia atrás, sea capaz de ver que algo ha cambiado.

Llevo varios años con ella. Desde que me di cuenta de que los traumas de la infancia no iban a curarse solos, y tuve dinero para poder permitírmelo.

Olive tiene una paciencia infinita conmigo, porque sigo siendo reacia a abrirme del todo.

La primera decisión importante que he tomado es que no voy a aceptar el ascenso. Tengo que encontrar la mejor forma de comunicárselo a Max, pues sé que no le hará ninguna gracia, pero es mi vida, y menos gracia me hace a mí dejar de cocinar.

La segunda decisión, y la más difícil, es que voy a disculparme con Miles.

Solo por lo que pasó la otra noche, nada más.

No busco un acercamiento, pero es cierto que me siento culpable.

Olive también dice que la culpa hay que dejarla salir, que pesa tanto que es capaz de aplastarnos.

Salgo de casa dispuesta a cruzar el rellano y golpear la puerta del enemigo. Sin embargo, veo una de sus notas en el acceso a la terraza.

Miles no deja notas a secas, sino que las acompaña de más señales. El otro día colocó una pegatina enorme con el símbolo de exclamación dentro de un triángulo amarillo, que indica peligro. Al lado había un pósit azul en el que se leía:

Advertencia: zona peligrosa.

Míster Lover anda suelto.

En otra ocasión imprimió un póster con llamas y lo pegó en la puerta. La nota decía:

Advertencia: No entrar. Zona caliente.

Así es el sentido del humor de Miles y me fastidia comprobar que todavía lo reconozco. Incluso alguna vez me ha hecho sonreír, aunque nunca lo reconoceré ante nadie.

Hoy, sin embargo, ha dibujado con tiza un cuerpo, simulando ser un cadáver. Me acerco para leer la nota azul que deja siempre:

Advertencia: Escena de un crimen.

Te recordaremos mal, Míster Lover.

Me trago la sonrisa y guardo el pósit en el bolsillo de mi sudadera. Muevo el anillo en mi dedo anular mientras trato de relajarme. Al final, abro la puerta.

Subo despacio, como si quisiera hacer tiempo hasta encontrarme con él, pese a que soy yo la que ha decidido venir.

Lo encuentro en mi huerto, paseándose entre las tomatas, mientras observa el fruto.

Levanta la cabeza hacia mí al escucharme y veo la sorpresa en su cara.

—Chelsea —saluda en el acto, casi sobresaltado—. No sabía que hoy te tocaba a ti. He dejado una...

—He venido a disculparme —lo interrumpo. Mejor terminar con esto de raíz—. Por cómo

reaccioné la otra noche. Estaba enfadada con Max y lo pagué contigo.

Ya está, ya lo he soltado.

Miles no responde en el acto. Sigue caminando, alejándose de la zona del huerto y acercándose a la barandilla desde la que se ve a lo lejos el Golden Gate. O se vería, de no haber la densa capa de niebla habitual en la ciudad.

Sigo a Miles y me apoyo en el cristal, manteniendo una distancia prudente entre nosotros.

Se gira para mirarme, despacio.

—Perdona, estoy asimilando esto —dice entonces, y el muy capullo parece divertirse.

—¿Que te pida perdón? No soy tan arrogante. Puedo disculparme cuando hago algo mal.

—Lo sé. Lo que no esperaba es que fueras a hacerlo ahora —matiza.

—¿Ahora?

—Entendiendo como ahora la época presente. Estás tan empeñada en odiarme, que me sorprende el simple hecho de que estés aquí, compartiendo espacio conmigo.

—No te odio. Es indiferencia —miento. Indiferencia es lo que me gustaría sentir, pero no me sale. Para bien o para mal, en este caso para mal, Miles me importa lo suficiente como para dedicarle un sentimiento, aunque sea el odio.

—La indiferencia te dejaría subir aquí cuando estoy yo, o compartir un minuto y diecinueve segundos dentro de un ascensor.

—No he venido a hablar de eso. —No quiero entrar en si lo evito o no. Miles esboza una sonrisa. De verdad, que todo esto le divierta solo me enfada más. Soy una persona madura, así que lo ignoro para continuar—: Como he dicho, solo quería disculparme por cómo te hablé. No te lo merecías. Ya está, ya está dicho, me voy de nuevo.

—No lo hice para molestarte —suelta entonces y consigue que me quede en el sitio—. Te conozco y sé que...

—Me conocías —corrijo.

Miles hace un mohín de disgusto, pero continúa:

—Te conocía y sé que odias que intercedan por ti, pero es que no podía quedarme callado. No soporto a las personas que abusan de su poder para someter a otras a su cargo. He trabajado durante años en la industria de la música y lo he visto mucho. Hombres que se aprovechan de chicas jóvenes y las hacen creer que ellos son los únicos que pueden impulsar sus carreras o cumplir sus sueños. No te imaginas lo que se hace por desconocimiento o por miedo, ni cómo se aprovecha la gente poderosa de ello. No puedo quedarme callado cuando veo algo así. Es superior a mí. Detesto que hagan estas cosas, y sobre todo si te lo hacen a ti.

Se queda callado de golpe, como si hubiera hablado de más. Quizá lo haya hecho, pero esas últimas palabras me han dado un vuelco al corazón.

Sé cómo es Miles y nunca ha tolerado las injusticias.

—Max es un gilipollas y alguien tiene que hacerle entender que lo que hace no es correcto —digo después de unos largos segundos de silencio—, pero ese alguien no eres tú.

—¿Es alguien, Chels? —me pregunta, preocupado y triste—. ¿O sigues haciéndolo todo sola? Dejarte ayudar no es una derrota. Dejarse ayudar es de valientes —suelta y creo que él sabe tan bien como yo que ya me ha dicho esas mismas palabras.

—Hay gente —aseguro—. Tengo a Luca y a Sky, que son maravillosos. Y, por supuesto, sigo teniendo a Mia. No lo hago todo sola, pero solo me apoyo en las personas que me importan. En mis amigos y en mi hermana. Ellos son mi familia.

Miles se gira para mirarme, con ese azul que tantas veces me salvó la vida, pero que ahora

solo es un azul más.

—¿Crees que yo podría volver a ser de ese grupo? —murmura con la voz casi rota.

La pregunta me sorprende tanto, que estoy segura de que nota el cambio en mi cara, pero es que ni la entiendo. ¿Qué me está pidiendo, exactamente? Me quedo muda, sin saber qué decir, pero con el corazón palpitando a mil por hora por razones que desconozco.

—Fuiste una persona importante para mí —continúa—. No te estoy pidiendo que sea como antes, pero tampoco como es ahora. Me gustaría poder subir en el ascensor contigo y preguntarte cómo ha ido el día sin que sea incómodo. Yo qué sé, incluso salir algún día a tomar algo con Nate y Sky. Quiero poder preocuparme por ti sin que te ofendas en el proceso. Quiero...

—No sé —lo interrumpo antes de que siga hablando. No solo es que no sepa si quiero, es que ni siquiera sé si *puedo*. Porque por muy hondo que esconda todo y por mucho que odie a Miles, lo cierto es que todavía no he encontrado la forma de que no me afecte su presencia.

—No tienes que responderme ahora —aclara él, con la misma prisa por interrumpirme que yo—. Solo piénsalo.

—Está bien.

Hay un silencio después, pero un silencio cómodo. Ambos estamos apoyados en la barandilla, con la mirada perdida en una lejanía borrosa a causa de la niebla.

Me pregunto qué hago aquí. Quiero decir, ya me he disculpado, que es lo que he venido a hacer.

—Será mejor que me vaya —digo de pronto—. Hoy te pertenece a ti el día en la terraza.

—Puedes quedarte —responde en el acto—. Puedes quedarte siempre que esté yo, si quieres. A mí no me molesta tu presencia. Nunca lo ha hecho.

—Tengo que volver a casa. Quería cocinar un rato. Nos vemos, *Mister Lover* —me despido.

Miles sonrío a mi lado, pero no dice nada. Apenas me he alejado un par de metros cuando se gira para llamarme.

—¡Eh! ¿Vas a aceptar la oferta del gilipollas de tu jefe? —pregunta directo.

Yo también me vuelvo, solo para ver su cara. Me fijo en que tiene las manos apoyadas en la barandilla y la agarra con fuerza.

—No.

Su gesto se relaja y su sonrisa se ensancha.

—Me alegro, Chels. Sé lo importante que es la cocina para ti.

—La música también era importante para ti, ¿no? Y has terminado por renunciar a ella.

—No he renunciado a la música, solo a la fama —me corrige—. Sigo componiendo, sigo tocando y sigo cantando, solo que de otro modo ahora. Hay muchas formas de disfrutar de tu pasión y, aunque sorprenda, a veces descubrimos que lo que siempre soñamos no se corresponde con lo que necesitamos, con lo que de verdad nos hace felices. Además, no me he retirado para siempre. Solo nos estamos tomando un descanso por un tiempo indefinido.

Se encamina hacia la mesa de madera y coge algo. El corazón se me vuelve a disparar cuando me enseña una libreta morada. Una libreta que yo misma le regalé y que reconozco muy bien. No deben de quedar espacios en blanco en ese cuaderno, después de tantos años. O quizá sí, porque ni uno solo de esos temas fue al final para mí.

—¿Recuerdas nuestra terraza? ¿Aquella noche de perseidas en la que no querías hacer trampas? —me pregunta. No sé si sabe la cantidad de emociones que remueven sus palabras, pero él lo hace de forma casual, como si mi mundo no se agitara y se volviera del revés cada vez que regreso al *antes*, a esa época que intento evitar a toda costa—. Tú cumpliste tu sueño y ni te

imaginas lo feliz que me hizo saber que lo habías logrado.

—Tú también cumpliste el tuyo. Wandering Souls ha triunfado tanto, que has ganado varios premios Grammy.

El azul de sus ojos se vuelve más oscuro y esboza una sonrisa triste.

—¿Yo? —pregunta y niega despacio—. Yo solo cumplí la mitad del mío —afirma en un susurro tan bajo que apenas llego a escuchar.

Ahora sí, decido salir de la terraza y volver a casa, porque recuerdo muy bien la noche de la que habla, pero no quiero rememorarla en mi cabeza.

Capítulo 21

Miles componía en cualquier lugar, pero, sin duda, su rincón favorito era la terraza del edificio.

Ni siquiera era una terraza al uso.

Nos colábamos por la escalera de incendios y subíamos a una azotea no transitable, pero en la que habíamos dejado un par de sillas de plástico para salir a tomar el aire. Yo estaba cobijada debajo de su sudadera gris, como de costumbre.

Esa noche habíamos subido con otro pretexto. Había lluvia de perseidas y queríamos verlas. El resto de la banda había ido de fiesta, pero Miles y yo habíamos decidido quedarnos y estar más tranquilos.

—Vamos, pide un deseo —me instó, observando el cielo.

No se veían muchas estrellas desde la ciudad de San Francisco, pero esa noche eran más visibles. Vivir en una zona lejos del centro ayudaba, pues la contaminación lumínica era menor.

—Son perseidas, no estrellas fugaces —objeté.

—¿No es lo mismo?

—Las estrellas fugaces se ven pocas cada mucho tiempo. Necesitas suerte para toparte con una. Hoy... Hoy hay cientos. Sería hacer trampa.

—Yo diría más bien que es jugar con ventaja —comentó con una sonrisa.

Solté una carcajada y después lo miré, seria.

—Podrías utilizar eso para la canción —sugerí.

Poco antes habíamos estado discutiendo sobre la letra de su última composición. Una estrofa hablaba precisamente de eso, de pedir deseos.

—No es mala idea —admitió pensativo—. ¿Tienes algo concreto? —me preguntó.

Él era un genio de las letras. Hacía magia con las palabras cuando componía. Conseguía que hasta el acto más rutinario sonara bello por su forma de decirlo. Por eso, valoraba más que le gustase componer conmigo y, sobre todo, que incluyese alguna de mis ideas en sus canciones.

—Aquí, en esta parte, cuando hablas de la estrella —empecé y tararé un poco la parte de la música—. Creo que podría ser algo así:

And you look up at the sky desperate to find a wish hidden in a shooting star.

But all you need is an excuse, something to give you an edge so you dare to jump.

Hubo un silencio en el que noté la mirada de Miles, tan clavada que me cohibió.

—Cántala de nuevo —me pidió, con la voz firme, ronca, más un ruego que otra cosa—. Sin tararear. Cántala de verdad.

Obedecí. Entoné la melodía, y me esforcé para que sonara bien. No miré a Miles en ningún momento, pese a que él no podía apartar los ojos de mí.

—Es una tontería —dije al final—. Seguro que tú tienes una forma mejor de decirlo. Una de esas frases que hace que...

—Chels —me interrumpió y me callé de golpe—, ¿por qué nunca me has dicho que sabes cantar?

Ah, era eso. La verdad era que no solía hacerlo casi nunca.

—Nunca salió el tema.

—Vives con un cantante. Todo el rato sale el tema —protestó. Llevó las manos a mis mejillas y me giró la cara hacia él para obligarme a mirarlo—. En serio, Chels. Tienes una voz

jodidamente increíble.

Ya sabía que se me daba bien, que mi timbre de voz no solo era bonito, sino que también era algo diferente. No era ego, solo una realidad.

Durante años me lo habían dicho compañeros de clase y, sobre todo, Mia. Sin embargo, no me gustaba especialmente cantar. Más bien, no me gustaba el efecto que provocaba. Las miradas fijas en mí, ser el centro de atención. Y eso era lo que conseguía cuando cantaba, que todos me mirasen.

Lo mío era justo lo contrario; pasar desapercibida. Por eso, lo evitaba en medida de lo posible.

—Graba una canción conmigo —me pidió de sopetón—. Solo los coros, si no quieres hacer la segunda voz. Joder, puedes ser la primera si quieres, pero, por favor, necesito que grabemos esta canción juntos.

—No, no. Ni de lejos —me negué enseguida.

—¿Por qué no? Tienes una voz increíble. Además, encaja perfectamente con la mía. No lo digo de broma, entiendo de esto.

—No es eso, Miles. No quiero ser cantante. Sé que ese es tu sueño, pero no es el mío.

—No tienes que ser cantante. No te estoy pidiendo eso. Solo... Graba una canción conmigo. Ni siquiera tenemos que decir de quién es la voz. Solo lo sabremos tú y yo. Bueno, y el resto de la banda, claro. Ni te imaginas lo potente que podría ser un tema cantado por los dos. Podemos grabar *She is*, queremos que sea nuestro primer *single* oficial, y sé que, si participas, será un éxito.

—¿Y qué pasaría luego? No pienso ir a los bolos ni nada de eso.

—Será solo la versión de estudio. En directo, que cante Nate tu parte. No quiero obligarte a nada que no quieras, pero me flipa la idea de que tengamos una canción los dos juntos. Además, esa canción es para ti, ¿qué mejor forma de sacarla al público? Y ahora que te he escuchado cantar, voy a necesitar que lo hagas más a menudo. Tu voz es una pasada. Una puta pasada.

Me hizo sonreír, porque eso sí que sonaba bien.

—No lo sé, Miles.

—No tienes que ser cantante. Sé cuáles son tus sueños y nunca te pediría que fueras en contra de ellos. Algún día serás la jefa de cocina más famosa de toda la ciudad y las reservas de tu restaurante se harán con meses de antelación. Además, no solo cocinarás pizzas, aunque sin duda serán tu especialidad.

Me reí, pero él permaneció serio, como si quisiera darle más veracidad a sus palabras.

Dejó la guitarra a un lado, se levantó y se encaminó hacia el borde. Apoyó los codos en el muro de la terraza y se limitó a observar la ciudad. Las vistas eran horribles, solo se veían otros edificios, pero no pareció importarle.

Lo seguí para colocarme a su lado.

—Ser cantante no tiene nada malo —dije entonces, consciente de que quizá podía interpretar que me burlaba de sus sueños—, pero no me imagino delante de gente, cantando. No es por vergüenza. Es solo que no me veo.

—Lo sé. No me siento ofendido, tranquila.

Se movió para quedar detrás de mí. Apoyó la barbilla en mi cabeza y me abrazó por la espalda. Cruzó las manos en mi cintura y puse las mías sobre las de él para acariciarlas con cariño. Adoraba esos momentos, tan cotidianos, tan cercanos, tan nuestros.

—Algún día, dentro de unos años, lo conseguiremos.

—¿Nuestros sueños?

—Sí. Ya eres una cocinera increíble, pero no solo lo sabremos nosotros, sino que todo el mundo se enterará.

—Y tú serás el *rockero* más famoso de la ciudad —le seguí el juego.

—Wandering Souls lo será. ¿Quieres saber cómo me lo imagino? —preguntó y yo asentí—. El escenario montado en el Chase Center. Obviamente los Warriors estarían presentes; Curry incluido.

—Obviamente. —Me arrancó una carcajada.

Miles era un fanático de la NBA. Apoyaba a su equipo local, pero creo que el hecho de que su equipo local fueran los Golden State Warriors lo hacía más sencillo.

—El estadio estaría lleno. Miles de personas cantando nuestras canciones y gritando: Wandering Souls, Wandering Souls —añadió, imitando sus voces. Me quedé seria, escuchándolo, porque sonaba tan bien cuando lo decía él, que lo creía de verdad. Utilizó las manos, que tenía en mis caderas, para girarme y dejarme de frente. Su cara estaba cerca y noté su aliento en las mejillas—. Y, entonces, antes de empezar a cantar la primera canción, miraría hacia un lado. No hacia el público, sino hacia el *backstage*. Y tú estarías allí, coreando también. Solo que tú dirías: Miles, Miles. —Me arrancó una carcajada y él rio conmigo—. El concierto sería un éxito, obviamente.

—Obviamente —repetí yo, divertida con su sueño—. Eres la persona más egocéntrica que conozco.

—Y eso que aún no has escuchado el final.

—Dispara.

—Al terminar, nos harían una entrevista. Un periodista se me acercaría y me preguntaría: Miles Stones, ¿qué se siente al ser un dios del rock? —imitó muy serio, aunque los dos sabíamos que bromeaba—. Y yo diría que todo se lo debo a la banda y al público. Entonces, se fijarían en ti, porque en ese momento estarías a mi lado, mirándome embobada.

—Seguro que estaría justo así.

—Y te preguntarían a ti —continuó, ignorando mi comentario—: ¿Qué se siente al estar con un dios del rock? Y tú te pondrías muy seria, mirarías a la cámara y dirías: no lo sé. Yo estoy con un dios del sexo.

La carcajada que se me escapó fue mucho más fuerte y Miles rio conmigo.

—Espero que esa risa no sea porque tienes dudas de que sea un dios del sexo.

—Esa carcajada es porque no tienes remedio. Y, porque sí, eres un egocéntrico.

—Puede, pero eso no quita que de verdad lo sea.

Se puso más serio y su mirada pasó a otro tipo de diversión, una que dejaba claras sus intenciones.

La sonrisa se me borró al momento y, de repente, sus labios estaban sobre los míos y me estaba besando con tanto ímpetu que las piernas me temblaron, y tuve que sostenerme al muro para no caerme.

Protesté cuando abandonó mis labios, pero pronto volvió a posarlos sobre mi cuello. Fue descendiendo hasta que se puso de rodillas frente a mí y me dedicó una mirada tan incendiada, que me excitó.

Me levantó la sudadera, me agarró los muslos con fuerza y me mordió con suavidad justo donde el tanga negro se había humedecido a consecuencia de sus besos.

—Voy a demostrarte que tengo razón.

Entonces, se deshizo de mi ropa interior y posó los labios en mi clítoris.

Y tres orgasmos después tuve que admitir que Miles Stones podía ser un egocéntrico, pero es que realmente era un dios del sexo.

Capítulo 22

Odio estar nerviosa en un momento como este. No por los nervios en sí, sino por todo lo que suponen.

Ortega está aquí, ocupando una de las mejores mesas de El Laboratorio. Ha venido solo, con su habitual cara amargada e infeliz, pero con una sonrisa sádica dibujada en el rostro. Creo que vive así, como un dementor. Se alimenta de la felicidad de la gente, de sus sueños y sus ilusiones.

La última vez que vino, su crítica no fue del todo negativa, pero sé que está repitiendo, porque tiene esa espinita clavada.

Esa vez, yo estaba mucho más segura de mí misma.

Me resulta curioso, porque la Chelsea de hace un año y medio no tenía ninguna estrella Michelin que avalara su trabajo, no como la de ahora. La confianza no depende del éxito, sino de la seguridad, y yo tenía más autoestima y seguridad en mi comida antes que ahora.

—Va a salir todo bien —me dice Luca, pero él también está inquieto. Se ha colado en la cocina solo para cuchichear—. ¿Y sabes qué te digo? Que solo es una persona, Ce. Si nos pone a parir, que le den mucho por culo. Nosotros sabemos que somos buenos.

—¿Qué ha pedido?

—El níspero relleno, el ravioli, el ceviche y el pichón —repite la comanda de memoria.

—Son los mismos platos que pidió la otra vez.

—¿Cómo puedes acordarte de eso? Han pasado mil años.

—Siempre recuerdo estos detalles —afirmo.

Con esas palabras tengo la confirmación que esperaba: Ortega no viene a hacer una simple crítica. No quiere probar nada nuevo. No quiere conocer otros sabores. Lo único que busca es saber si los cuatro platos que ya ha probado siguen siendo iguales.

La cocina está revuelta y no puedo juzgarlos, pero tampoco puedo permitirlo. Así que, me trago mi inquietud y mi miedo.

Respiro.

Sonrío.

Y empiezo a mi ritmo.

—Ya está bien —adviento a todos—. Lo haremos como otras veces. Es solo un cliente más. No empecéis a emplatar hasta que tengamos confirmación de que ha terminado el plato anterior, pero quiero todo listo. Tiene que salir perfecto.

—Pensaba que era solo un cliente más... —deja caer Brad, pero no deja de remover la salsa.

—Y es solo un cliente más —reitero—. En El Laboratorio todo sale siempre perfecto, eso es lo que nos ha dado la estrella. Sea Ortega o sea mi sobrina, aquí no se falla ni un solo día.

—Así se habla, jefa —suelta Megan—. Ese cabrón malnacido se va a quedar con las ganas de juzgarnos.

La confianza solo la mejoran ellos, pues yo sigo temblando como un flan.

Por eso, cuando una hora y media después entra Luca para comunicarme que Ortega ha pedido verme, tengo que tomarme unos segundos antes.

Me quito el delantal y lo dejo doblado sobre una encimera, solo para ganar más tiempo.

—Tú puedes, Ce —me anima Luca y me guiña un ojo en un gesto tan suyo que me hace sonreír—. Pon tu cara seria y verás que te tiene él más miedo que tú.

Respiro.

Sonrío.

Y salgo al salón con toda la decisión que puedo aparentar.

Me paro un instante a devolver los saludos de las personas que me felicitan por el camino, pues algunos son clientes medio habituales y ya me conocen. Lo hago sin perder tiempo, hasta que llego a la mesa de Ortega y me detengo a su lado, con una sonrisa que tiembla por dentro, pero que sé que por fuera se refleja firme y decidida.

—Buenas tardes, Ortega —saludo—. ¿Qué tal la comida? Espero que haya sido de su agrado.

—Agradable puede que sí, pero nada más.

La sonrisa tiembla un poco más, pero la mantengo.

—¿A qué se refiere?

—Probé estos mismos platos hace diecisiete meses. Siempre recuerdo un sabor. ¿Sabes lo que ha cambiado desde entonces? —pregunta y me observa, esperando que responda. No me pasa por alto que él me tutea. Me limito a negar con la cabeza, despacio—. Nada. No ha cambiado nada, Adams. Estos mismos platos ya los preparan en otros restaurantes. Al ravioli le han añadido kimchi, que lo hace diferente. El pichón lo combinan con una reducción de cítricos y cebollino. No me confundas, no quiero decir que sean mejores. Siempre valoraré más la creación original y sé que estas recetas son tuyas, por mucho que otros las emulen, pero si unos cocineros de pacotilla sin inventiva que plagian los platos de otros han sido capaces de mejorarlas, ¿por qué no lo haces tú, Adams? ¿Por qué tu carta sigue siendo exactamente igual? ¿Por qué tus sabores siguen siendo exactamente iguales? La cocina es creatividad, es inventiva, es atrevimiento. No veo nada de eso en estos platos. ¿Dónde está tu ingenio? No lo he visto por ninguna parte.

Me quedo en silencio, y no porque no tenga palabras, sino porque estoy conteniendo las ganas de llorar. Joder, yo no lloro. No voy a hacerlo ahora, solo porque una persona que no me importa lo más mínimo haya criticado lo único que sí que me importa.

El problema es que ha dado justo en el clavo.

Otros clientes no lo han notado, pero Ortega sí.

¿Dónde está mi ingenio? «Dormido», me gustaría decir. Sin embargo, no respondo eso. Protejo mi orgullo y mi capacidad culinaria tras una sonrisa y respondo:

—Si mis clientes quisiesen kimchi o cítricos en estos platos, irían a esos restaurantes que comentas. Vienen aquí buscando algo concreto. Algo que no cambia, que se mantiene firme a su concepto original, porque es el que nos piden. Algo que funciona así. El Laboratorio y mi cocina nos debemos a los clientes y a la cocina. Somos tradicionales.

Ortega esboza una sonrisa cínica y se encoge de hombros.

—Claro —responde.

Después, sin añadir nada más, saca una libreta y un bolígrafo, y comienza a tomar notas. Lo tomo como una despedida, solo que yo sí tengo la educación necesaria para decirle adiós.

Regreso a la cocina, donde están todos esperando una respuesta, Luca incluido.

No tengo que hablar, pues mi cara lo refleja todo.

—No va a ser una buena crítica —informo.

El revuelo vuelve, y los nervios, y la desgana. No me molesto en corregirlos, en exigirles

nada. Yo me siento exactamente igual y, por una vez, no tengo la energía para imponerme y dar unos ánimos a los demás que ni yo misma poseo.

Capítulo 23

Ha pasado una semana desde la visita de Ortega y todavía no ha salido ninguna crítica.

No me preocupa ya, ni le doy vueltas. En primer lugar, porque sé que su maldad no es rápida, sino que suele llevarle cerca de un mes destruir la vida de alguien. Creo que lo hace a propósito, que seguro que tiene su artículo listo en dos días, pero deja pasar más tiempo para regocijarse ante la idea del sufrimiento en la incertidumbre del resultado. En segundo, porque no hay nada que pueda hacer al respecto. Lo único que estaba en mi mano era la comida que iba a tomar. Lo que haga ahora solo es cosa de él.

El Laboratorio ha vuelto a la normalidad. Hay tantos clientes diarios, que no podemos hundirnos ni bajar la productividad.

Generalmente, eso es agotador.

Estos días, donde todos tenemos la cabeza un poco puesta en la columna de Ortega, creo que agradecemos tener tanto trabajo para no poder pensar en él.

Esta noche nada de eso importa.

He preparado unas pizzas para cenar, de esas que hacía antes. Hoy me toca a mí la terraza y he quedado con Luca, Sky y Nate.

Todavía quedan unos treinta minutos para que aparezcan, así que aprovecho para llamar a Mia y ponerle al día de mi vida.

Responde a la videollamada al segundo tono y aparece la cara de Audrey.

—¡Hola, Yey-yey! —exclama con una sonrisa enorme—. Justo estaba mamá quejándose de que no la habías llamado, de que te habías olvidado de ella.

Me río, porque Mia a veces puede ser un poco dramática.

—¿Cómo me voy a olvidar de ella?

—¡Eso le he dicho yo! Una persona no se puede olvidar de su hermana, ni de su madre, ni de su hija.

—¡Audrey! ¿Es Chelsea? —Oigo preguntar a Mia, aunque no la veo en pantalla.

—¡Es la tía Yey-yey! ¡Dice que no te asustes, que no se ha olvidado de ti!

Me río y espero mientras hablan entre ellas.

A juzgar por lo que aparece en el móvil, le tiene que estar llevando el teléfono a su madre. Tengo un primer plano de sus pies, con unas zapatillas de unicornio que parecen muy calentitas.

Me hace feliz ver esos detalles. Mia y yo pasábamos años con las mismas zapatillas, aunque nos quedasen ya pequeñas o estuvieran llenas de agujeros, porque nadie nos compraba otras. Audrey nunca tendrá una infancia como la que tuvimos nosotras, porque ella tiene la mejor madre del mundo.

El teléfono llega por fin a Mia, que me saluda con una sonrisa casi tan grande como sus ojeras. Mi sobrina ha estado mala unos días y creo que en esa casa no ha dormido nadie, solo que la pequeña no tiene más obligaciones y se nota que va más descansada.

Hablo un rato con Yey-yey, y, cuando ya me ha enumerado todas las amigas que tiene y cuándo son sus cumpleaños, Mia la manda a cepillarse los dientes y coge ella el móvil.

—¿Cómo estás? —pregunto preocupada—. Tienes cara de no haber dormido en días.

—No creo que haya dormido más de tres horas seguidas en la última semana, pero al menos Audrey ya no tiene mocos ni fiebre. Espero que esta noche por fin descansemos.

Me siento culpable. Fue Mia la que decidió ser madre soltera, a sabiendas de que no tendría apoyo de nadie. Ha merecido la pena, pero apuesto a que ni ella imaginaba lo duro que sería cuando se quedó embarazada.

Me encantaría ayudarla más de lo que lo hago, pero vivir en distintos estados complica un poco las cosas. Que ella siga en Chicago lo hace peor aún, porque el ejercicio interior que tengo que hacer, cada vez que regreso a la ciudad en la que nací, es demasiado intenso.

—Yo tengo pocas novedades que contarte —comenta entonces—, así que si quieres probar tú...

—Ya he hablado con Max —suelto del tirón—. He rechazado el puesto.

—¡Eso es genial! —exclama con una sonrisa tan grande que parece borrarle los signos del cansancio. Que mi hermana se alegre porque haya rechazado una oferta que implica un mejor horario y sueldo es otra señal de lo mucho que me conoce, de la excelente conexión que hay entre nosotras. Mia sabe que lo único que yo quiero es cocinar—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Mal, la verdad, pero se le pasará.

No le hizo mucha gracia que me negara. De hecho, a pesar de que le di la noticia hace ya tres días, sigue insistiéndome para que cambie de parecer. Creo que no se esperaba un no por respuesta.

—Qué le den. Ese gilipollas está acostumbrado a salirse con la suya, pero...

—¡Mamá! ¡Has dicho una palabrota! ¡No hay que decir palabrotas!

Los ojos de Mia se abren por la sorpresa y yo tengo que contener la risa a este lado de la llamada.

—Tienes toda la razón. A mamá se le ha ido la boca y no debería...

—¡No, no deberías! ¡Las palabrotas ponen triste a las estrellas!

La regañina de mi sobrina no tiene el efecto que ella cree, porque a sus adorables cinco años es más tierna que intimidante. Además, me pierdo la mitad cuando Mia me dice adiós con los labios y me cuelga.

Todavía estoy riéndome cuando llaman al timbre y veo al otro lado a Sky y a Nate.

—Buenas noches —saluda Nate y me da un beso en la mejilla.

—¿Esto ha sido cosa tuya, verdad? —pregunto con curiosidad.

—¿El qué?

—Llegar puntual. No esperaba a Sky hasta dentro de media hora, por lo menos.

—Apenas me ha dado tiempo a prepararme —protesta mi amiga, que está tan espectacular como siempre—. Pero esto sí que ha sido cosa mía —añade y pone dos botellas de lambrusco en mi mano. No recuerdo una sola vez que haya aparecido en mi casa sin traer una por lo menos.

—Vamos a meterla en el frigo mientras esperamos a Luca.

—Podemos esperar en la terraza, que también hay nevera ahí —sugiere Sky.

Las pizzas aún están horneándose, así que me pongo una alarma en el móvil para que no se quemen. Cogemos lo que necesitamos y subimos.

No se me pasa por alto la mirada que dedica Nate a la puerta de Miles. Imagino que piensa en lo diferente que sería esta noche si las cosas se hubieran dado de otro modo. Al menos, es lo que pienso yo.

Una vez en la terraza, Sky descorcha la botella de lambrusco y llena tres copas. Hasta los topes, porque mantiene la teoría de que es tontería dejarla en la mitad porque lo dicte un protocolo, que así se ahorra viajes al frigorífico. Y qué voy a decir, un poco de razón sí que tiene.

—Hace tanto tiempo que no pruebo tus pizzas, que tengo las expectativas muy altas —

comenta Nate tras dar un sorbo—. Las he echado casi más de menos que a ti.

—He intentado hacerlas parecidas, pero no idénticas. Estos años he aprendido trucos de cocina y es imposible ignorarlos.

—Esas pizzas no podían mejorar, créeme —afirma de forma rotunda.

Me río. Sobre todo, porque sé que lo dice en serio.

—Adoro que mi mejor amiga sea cocinera —dice Sky con una sonrisa en la cara. Se acerca para darme un sonoro beso en la mejilla y me guiña el ojo—. Además, sabe hacer peinados increíbles.

—Ya entiendo —interviene Nate—, te hiciste su amiga por el interés.

—Por supuesto —responde Sky. Lo hace seria, pero todos sabemos que bromea.

—¿Por qué te hiciste amiga suya tú, Chels?

—Siempre se presenta en mi casa con una botella de lambrusco. Eso es un gran aliciente. Bebernos una copa en el *jacuzzi*, estando las dos desnudas y un poco borrachas se ha convertido en mi momento favorito de la semana.

—Alto ahí, ¿has dicho desnuda? —pregunta con una ceja levantada y se gira para mirar a Sky—. ¿Por qué nunca he sido invitado a eso?

—Esta terraza es de Chels. Si quieres estar desnudo en un *jacuzzi* conmigo, llévame a algún sitio donde haya.

—Bueno, yo lo que quería era estar desnudo en un *jacuzzi* con las dos —bromea Nate y se lleva un ligero golpe en el brazo por parte de Sky.

—No quiero malmeter, pero yo sí he estado en el agua con ellas —alega Luca, que acaba de entrar en la terraza. Él no lleva vino, pero sí dos tarrinas de helado de las que pensamos hacer buena cuenta luego—. Desnudos, claro.

—Adoro este grupo de amigos —afirma Nate.

La alarma de mi móvil suena entonces y salgo disparada hacia mi casa.

—¿Necesitas ayuda? —grita Sky al verme correr.

—¡No te preocupes, puedo sola!

Tengo tres hornos, lo que me permite que las dos pizzas estén preparadas al mismo tiempo y podamos cenar mejor. Todavía recuerdo los ingredientes favoritos de Nate. He hecho una carbonara, con extra de panceta y pepperoni. La otra tiene setas, distintos quesos y trufa.

El estómago se me contrae un poco al recordar que esta no solo era la preferida de Nate, sino también de Miles.

Ignoro la sensación, coloco las dos pizzas en una bandeja grande y salgo rumbo a la terraza.

¿Qué posibilidades hay de que Miles acabe de salir de su casa? Supongo que una entre millones. ¿Qué posibilidades hay de que me pase esto a mí? Pues obviamente, todas.

Me detengo de golpe para no chocar con él.

—Mierda, casi se caen —protesto al aire. He frenado de forma brusca y la cena ha estado a punto de resbalar por la bandeja.

—Lo siento, no te he visto —se disculpa a la vez, pese a que no es su culpa.

Al levantar la vista, me doy cuenta de que Miles la tiene fija en la cena que he preparado.

—¿Has... has hecho pizzas? —pregunta, en voz tan baja que me cuesta oírlo.

Hay aromas, colores, momentos que te transportan a otra época. La pizza quizá sea un plato muy simple, pero hemos compartido tantas noches y conversaciones mientras devorábamos porciones, que tiene exactamente ese efecto.

—Sí. Eh... Nate ha venido a cenar y he pensado que le gustaría probarlas. No sé cómo

habrán salido, porque hace mucho tiempo que no las preparo.

—Seguro que perfectas.

Estoy intentando no tener demasiado contacto visual, pero mis ojos me traicionan. Está listo para salir a correr y me cuesta apartar la vista de su pecho. Se ha recortado la barba y esos ojos siguen siendo tan azules que parecen contener el océano entero.

—Eh... Me están esperando... Será mejor que suba —consigo reaccionar.

—Claro, claro... Yo también tengo que salir ya. Perdón por entretenerte. Que os aprovechen.

—Gracias.

No se mueve. No sé si es su aroma, o sus tatuajes, o sus ojos, o quizá sea la forma en la que mira las pizzas, como si también estuviera recordando el *antes*. El caso es que mi cerebro me traiciona cuando decide preguntar:

—¿Te apetece cenar con nosotros? Hay pizza de sobra.

«Bravo, Chelsea. Te acabas de convertir en tu propia enemiga».

No rechaza la invitación con educación, ni se muestra desinteresado. No. Miles acepta enseguida con un sí tan rotundo que parece que estuviera esperando la oferta.

—Deja que me ponga algo de abrigo antes, en la terraza hace frío para ir así.

Entra en su piso, pero no lo espero.

Subo a la terraza refunfuñando en mi interior, dejo las pizzas sobre la mesa y doy un largo trago a mi copa de lambrusco.

—Miles se ha apuntado —digo como si nada, como si hubiera sido solo cosa de él, mientras empiezo a cortar las porciones para tener algo con lo que entretenerme.

—¿Va a venir? —pregunta Nate sin disimular la sonrisa—. Me alegro. Se me hacía raro estar aquí sin él.

—¿Hay posibilidad de sexo? —suelta Sky, sin disimulo alguno.

No respondo con palabras, pero le fulmino de tal forma con la mirada que se traga su propia carcajada.

—¿Lo hemos perdonado, entonces? —curioseas Luca. Me hace gracia, porque siempre es igual. Luca es un amigo tan leal que habla en plural sobre nosotros. Si yo odio a Miles, él también. Si tengo cualquier problema, él también lo tiene.

—No, no lo hemos perdonado. Miles Stones sigue siendo persona *non grata*.

—Lástima —dice el aludido, que acaba de llegar. Se ha limitado a ponerse una sudadera encima, pero no es cualquier sudadera. Se trata de esa prenda gris que me puse tantas veces que terminó por regalármela. Después de la ruptura se la devolví, pero él la ha conservado—. Di lo que quieras, Chels, pero yo creo que estamos haciendo grandes avances.

—No hay avances.

—Eres capaz de compartir espacio conmigo. Yo lo considero todo un...

—No tientes a la suerte, *Mister Lover* —replico, interrumpiéndolo—. Todavía puedo revocar la invitación.

—Con permiso, yo voy a probar ya la pizza, por si acaso esto acaba en discusión —afirma Nate. No espera, sino que coge un trozo, lo dobla por la mitad y se lo mete entero en la boca.

Sky y Luca abren los ojos ante su ansia. Yo no, porque ya sé cómo come.

—Qué desperdicio para el bando gay —suelta Luca.

Nate casi se atraganta, pero todos los demás reímos ante la burrada de mi amigo.

—Lo siento, está cogido —dice Sky.

—Cierra el restaurante y abre una pizzería, por favor te lo pido —me suplica Nate—. Esto es casi como un orgasmo.

—Gracias —respondo con una sonrisa, porque sé que ha intentado ser un cumplido.

—Bueno, vale, no lo cierres. El Laboratorio tiene una estrella, lo sé, pero tenemos que empezar una nueva tradición. Lunes de pizzas, o algo así.

—Me apunto —se suma Luca.

—Y yo —añade Sky.

Las miradas se posan en Miles, que está tan entretenido comiendo su pizza, que parece ajeno a la conversación.

—Yo vivo aquí mismo, puedo pasarme —responde cuando ve todos los ojos clavados en él. No digo nada, pero ni por asomo voy a aceptar esta tradición.

La noche transcurre así, entre conversaciones, trozos de pizza y copas de lambrusco.

Hablo poco con Miles, por no decir nada. De vez en cuando, nuestras miradas se encuentran, pero la aparto con rapidez y sigo a mis cosas.

Después de la cena, Miles se disculpa con la excusa de que tiene que pasear a su perro, pero que volverá luego.

Sky y Luca deciden meterse en el *jacuzzi*, con un bañador puesto. Estoy a punto de unirme, pero Nate me para antes.

—Espera, hay algo que quiero decirte.

—¿Qué pasa?

Toma asiento en los cojines que tenemos junto a una mesa baja, algo apartada de la zona del *jacuzzi*. Por un momento, creo que va a hablarme de Sky. Ojalá hubiera sido así.

—Me alegra ver que estás haciendo avances con Miles —dice, con la mirada fija en mi cara.

—Solo soy cordial. Miles y yo no vamos a ser amigos. No vamos a ser nada.

—¿Por qué? ¿Por qué sí puedes ser mi amiga, pero no la de él?

—Porque tú nunca me engañaste ni me utilizaste. Miles...

—No sabes nada de cómo lo pasó Miles cuando os separasteis. Sí, te dejó él, pero eso no hizo que le doliera menos. En el mundillo de la música, se suele decir que el sufrimiento propio es la mejor inspiración. Miles se desangró tanto sobre el papel, que compuso sus mejores canciones. Y sí, se hizo famoso sobre todo por esa forma de romper la voz, tan intensa que se clava en las entrañas, pero no lo hacía adrede, Chels. La voz se le rompía de verdad, porque tenía el corazón roto de verdad.

Me remuevo, un poco incómoda con la conversación. ¿Por qué me dice estas cosas ahora? ¿Se cree que a mí no me dolió también?

—Es una pena que no grabara esas canciones y se quedara solo con las que compuso para Allyson —replico, tratando de sonar indiferente.

Nate frunce el ceño y esboza una sonrisa triste.

—Deberías escuchar los discos de Wandering Souls. Escucharlos de verdad, Chels. Quizá así te enteres de una vez por todas.

—No fueron para mí —suelto a la defensiva—. No fue solo Allyson. ¿O vas a decirme que tampoco estuvo Cora, Maggie, Sarah...? —enumero una pequeña lista de las mujeres con las que se le relacionó.

Para mi sorpresa, Nate sonríe.

—Veo que estás bastante al tanto de la vida amorosa de *Mister Lover*.

—Créeme que no ha sido a propósito, pero es complicado ignorar la vida amorosa de alguien cuando es de lo único que se habla en toda la maldita ciudad.

—¿Lo ves? A eso precisamente me refiero, que todo el mundo hablaba de él —responde. Estoy a punto de preguntar a qué se refiere, pero no me deja hablar antes de continuar—: Lo que quiero que entiendas es que Miles también lo pasó mal. Sobre todo, al principio. Pero han pasado cinco años, y claro que hubo otras mujeres, igual que supongo que ha habido otros hombres. Eso no quiere decir que no le doliera perderte. A todos nos dolió, Chels.

No me deja responder, sino que se levanta, se desviste y entra en el *jacuzzi* con los demás.

No vuelve a hablar de él, pero da igual. Ha conseguido su objetivo: que necesite escuchar toda la discografía de la banda.

Solo espero una cosa: que la voz de Miles no sea tan jodidamente sexi como lo era entonces.

Capítulo 24

Cuando Miles regresa un rato después, estamos sentados frente a un cóctel que ha preparado Luca. Esta noche el elegido ha sido *Sex on the beach* y, aunque no soy muy admiradora del vodka, tengo que admitir que combinarlo con zumo de naranja, zumo de arándanos y licor de melocotón es una gran idea.

Como nos ha recordado nuestro amigo: es mi noche de elegir y si no os gusta, os jodéis.

Yo estoy hablando con Sky, poniéndonos al día de nuestras últimas novedades. No son muchas, dado que hablamos todos los días.

Miles se acerca a los chicos y se sienta con ellos, y eso me da una excusa para seguir evitándolo un poco más. ¿Hasta cuándo? No lo sé. Mientras pueda, supongo.

—Ahora que estamos todos, vamos a brindar —propone Luca y alza su vaso—. Por Ce, que al final ha rechazado el ascenso para quedarse en la cocina con la plebe.

—Trabajas en un restaurante con una estrella Michelin, no puedes considerarte plebe —protesta Sky, aunque se suma al brindis al levantar también su bebida de color rojo anaranjado.

—Lo que sea, es una gran noticia —insiste Luca.

—¡Por Chels! —se une Nate.

Miles solo me mira y esboza una sonrisa tan pequeña que es imperceptible para todos, excepto para mí, que sigo conociendo cada uno de sus gestos, por mucho que trate de no hacerlo.

El cristal de los vasos tintinea cuando los chocamos y bebemos un trago.

—Luca, no te molestes, pero creo que esto iría mejor con unas cerezas —opino al cabo de un rato, cuando cada uno está sumido ya en sus conversaciones.

No tengo en mi huerto, pero sí hay fresas y creo que le pueden dar un toque parecido.

Me levanto para coger unas pocas. El invernadero está oscuro, pero lo conozco tan bien que no necesito encender la luz para encontrar la fruta.

En cuanto me doy la vuelta, me topo con Miles. Sé que es él, porque es más alto y fornido que Nate y Luca, y el torso con el que me he chocado tiene unos pectorales bien marcados.

Aparto las manos y me doy cuenta de que he aplastado una fresa. No sé si ha sido el susto u otra cosa. Vamos a pensar que ha sido el susto.

—Miles —suelto por la sorpresa—, ¿qué pasa? ¿Qué haces aquí?

—Quería decirte que me alegro de que no aceptaras el puesto. Siempre he sabido que la cocina era lo tuyo. Cocinar, digo, no dirigir, aunque podrías hacerlo también si quisieras, claro. Tienes un don, Chels, y las pizzas de esta noche me lo han recordado.

—Solo son pizzas... —quito importancia, pero, joder, creo que me he ruborizado.

—No son solo pizzas. No, cuando son tan especiales.

—Si vas a intentar convencerme como Nate de que deje mi restaurante para montar una...

—No es eso —me corta y suelta una pequeña carcajada. Hace tanto tiempo que no escuchaba así su risa, tan de cerca y tan para mí, que se me clava y vibra por todo mi cuerpo—. Lo que quiero decir es que sé que estás agobiada con la cocina, con crear nuevos platos y...

—No estoy agobiada. —Claro que estoy agobiada. Estoy tan estresada que a veces ni duermo, pero ¿cómo sabe él eso?—. Ni siquiera cocino tanto.

—Soy tu vecino. El olor de tu casa llega a la mía, y huelo tantas cosas y tan distintas, y conozco tan bien esa cabecita tuya, que sé que estás ahí encerrada, buscando un plato nuevo con

el que sorprender a tus clientes.

Maldito Miles Stones. Lo odio.

Lo odio, lo odio, lo odio.

—¿Qué es lo que querías decir? —vuelvo a interrumpir, retomando el punto anterior para no tener que insistir con este, porque claramente he perdido esta batalla.

—Pues que hoy, al cocinar estas pizzas, te han salido espectaculares. ¿Sabes por qué? Porque has disfrutado haciéndolas —responde sin darme tiempo a hacerlo yo misma—. ¿Disfrutas cocinando ahora?

—Claro que sí —suelto en el acto. No miento; adoro cocinar. Puede que me estrese, y me agobie, y me ponga más presión de la que puedo gestionar, pero cocinar es mi pasión y soy feliz haciéndolo—. Quizá a ti te parezca pretencioso, pero El Laboratorio ahora mismo es mi sueño hecho realidad, y disfruto trabajando ahí.

—No me resulta pretencioso.

—Recuerdo perfectamente lo que dijiste.

—Yo también lo recuerdo, y sé por qué lo dije.

—¿Y por qué lo dijiste? —pregunto con interés.

«De verdad, ¿lo hizo solo para molestarme?».

—Porque desde que me mudé aquí has hecho hasta lo imposible por evitarme, pero cuando te dije eso, respondiste. Cuando intento picarte, siempre saltas. Prefiero eso al vacío. Siento si te molestó el comentario, nunca fue mi intención. Solo buscaba una reacción por tu parte. Sé que el culpable fui yo, pero eso no hace que duela menos la indiferencia con la que me tratas.

«¿Indiferencia? Debo de ser mejor actriz de lo que me esperaba, la verdad».

No respondo. Ni siquiera sé qué decir a eso. Miles está aquí, frente a mí, explicándome que prefiere que me meta con él a que lo ignore, porque eso le duele. Y quizá debería decirle que se lo merece, que él me hizo algo peor, o recriminarle mil cosas más, pero lo cierto es que las palabras se han atascado en el estómago y no quieren salir.

—¡Chelsea! —grita Luca de pronto—. ¿Vienen esas fresas o tengo que ir a buscarlas?

Miles me mira con intensidad, da igual si está oscuro, noto su mirada abrasándome.

La evito y me aparto de él.

Al hacerlo, vuelvo a respirar con normalidad. No había notado que estaba conteniendo el aliento.

—¡Ya van! —respondo de vuelta.

Salgo casi corriendo para dejar las fresas en la mesa. Tengo la mano manchada después de haber aplastado una, pero no me importa.

Solo tomo un cóctel más. El alcohol me lleva a hacer tonterías y esta noche no tengo intención de hacer ninguna.

Permanezco sobria, porque si ya estoy dando vuelta a las palabras de Nate de antes y a las de Miles de ahora, no quiero ni imaginar lo que pasaría si agrego más vodka a esa ecuación.

Hay factores que puedo evitar y factores que no. Y, la verdad, ahora mismo no sé en qué lado de la balanza está Miles.

Capítulo 25

Miles Stones no se ponía nervioso al actuar. Nunca. La música corría por sus venas casi tanto como la confianza en sí mismo.

Aquella noche temblaba como una gelatina.

Descubrir su inquietud solo incrementaba la mía, pero uno de los dos debía conservar la calma y ahí estaba yo, ocultando que mis manos temblaban y que el corazón me latía más rápido, que el solo de batería que había estado practicando Beau.

—Solo es un concierto más. Habrá más gente, pero tienes que hacer lo que has hecho hasta ahora. El público adora a Wandering Souls y, después de esta noche, os adorará aún más.

—Vamos a ser teloneros de Red Hot Chili Peppers, Chels —me dijo, intentando ocultar los nervios, sin éxito.

—Os han seleccionado entre más de setenta candidatos porque os quieren a vosotros.

—El público viene a verlos a ellos, y no a nosotros.

—Lo sé, pero os van a conocer. Vais a tocar tres canciones.

—Dos —me corrigió de inmediato.

—Tres, porque os pedirán otra, tanto tiempo, que tendréis que cantarla. Os debéis a vuestro público. Y yo estaré ahí la primera, gritando: Miles, Miles... —bromeé, justo como él había soñado años atrás.

Miles sonrió.

Estábamos en su camerino.

Por primera vez desde que empezaron su carrera años atrás, habían asignado dos camerinos para la banda. Nate, Beau y Jeremiah estaban juntos, bebiendo un par de cervezas que ayudaran a templar los nervios. Miles había pedido estar solo, pero eso solo los incluía a ellos, y no a mí.

Me sentó encima de él, en un taburete incómodo frente al tocador en el que se había peinado. O despeinado, porque nunca tenía del todo claro cómo llamar a lo que Miles hacía con su pelo. Estaba espectacular, vestido de negro y con los tatuajes al descubierto.

—¿Crees que voy bien para mi primer gran concierto? —preguntó con sorna, consciente del repaso que acababa de hacerle.

—Vas bien.

—¿Solo bien? —insistió y yo asentí.

—Si confías en mí, puedo mejorarlo.

—Soy todo tuyo, Chels —me susurró en el oído.

Apretó las manos sobre mis muslos y las subió en una caricia.

Lo detuve con una sonrisa. Me había excitado, pero había otra cosa que quería hacer.

Cogí del tocador un lápiz de ojos negro, y me giré de nuevo hacia él.

—¿Vas a maquillarme?

—Voy a maquillarte.

No dijo nada. Solo se volvió hacia mí para facilitarme el acceso a su cara.

Miles no replicó. Nunca tuvo esa masculinidad frágil que caracterizaba a otros tantos.

Estábamos tan cerca, con su aliento en mi aliento y sus manos todavía acariciándome los muslos de forma ascendente y descendente, que tuve que pararlo un instante.

—Miles, si sigues así vas a parecer un oso panda y, créeme, no es lo que pretendemos.

—Está bien. Seré bueno.

—Así me gusta.

—Por ahora —murmuró y me mordió el lóbulo de la oreja.

Fue un milagro que el *eyeliner* quedara bien.

Pinté de negro ambos ojos, haciendo que se le acentuara la mirada aún más. Miles ya tenía unos ojos intensos, penetrantes. Ya era guapo, pero aquello era algo nuevo. Algo más.

—¿Qué tal estoy? —preguntó de nuevo, más seguro de sí mismo que antes.

Notaba cómo lo miraba, ¿Cómo no iba a notarlo? Estábamos a dos milímetros de distancia.

Me giré hacia el espejo y lo obligué a hacer lo mismo, para contemplarlo a través del cristal.

—Estás potente. —Miles soltó una carcajada—. ¿Qué?

—Potencia y peligro —dijo haciendo referencia a la forma en la que él me llamaba—. Una combinación explosiva. No suena mal.

—Suena espectacular. Así que ahora sal al escenario, déjate la voz y el alma como siempre, y verás que esa potencia no la veo solo yo.

Miles giró la cabeza hacia mí y depositó un suave beso en mi mejilla. A veces lo hacía, de una forma húmeda, pero no babosa; íntima, pero no obscena. Me encantaba el cariño que demostraba con esos gestos. Lo vi a través del espejo: cómo cerró los ojos y presionó durante más segundos de lo que debía durar un beso normal. Me hizo sonreír.

La puerta se abrió de golpe y el resto de la banda entró en tropel.

—Joder —protestó Miles—, podríais llamar.

—No lo hemos visto necesario —dijo Beau.

—Podíamos haber estado en una situación más íntima.

—He pegado la oreja antes y no he escuchado gemidos —aclaró Nate.

Se me escapó una carcajada, pero Miles lo fulminó con la mirada.

—¿Puedes tomarte las molestias de espiar, pero no las de llamar?

—¿Te has maquillado? —preguntó, ignorando sus palabras y acercándose para ver los ojos de Miles más de cerca.

—Chels dice que ahora estoy más potente.

—Yo también quiero estar más potente —dijo Nate. Empujó a Miles del taburete y tomó su sitio.

Yo me había levantado antes, por el susto cuando habían abierto la puerta.

—Y yo.

—Y yo.

Terminé maquillando a todo Wandering Souls.

Jeremiah se pintó incluso los labios, de un morado intenso, casi negro.

Ese maquillaje terminó formando parte del sello de la banda, pues lo usaban a menudo.

Tomamos un chupito de Jäger juntos, para brindar por su éxito, y salieron al escenario.

Y, joder, llevaba años escuchándolos tocar, pero esa noche brillaron aún más.

El público vibró con ellos y, cuando Miles rompió su voz, el público se rompió con él. Tocó su primer éxito: *She is*. Esa canción que empezó a componer en el bar el día que nos conocimos y que terminó para mí, que cantamos juntos en su versión de estudio.

Una canción que nunca llegó a incluir en sus discos.

Esa noche fue tan buena, que impulsó su carrera hasta convertir a Wandering Souls en una de las bandas de rock más famosas del momento.

Esa noche fue tan mala, que impulsó nuestra relación a un precipicio del que ya no

saldríamos.

El camino hacia los sueños requiere sacrificios, lo entendía.

Aun si ese sacrificio era yo.

Capítulo 26

Mi psicóloga me dice a veces, en tono de broma, que soy un poco masoquista, porque disfruto recreándome en el sufrimiento.

Supongo que los dos días que llevo encerrada en mi casa escuchando toda la discografía de Wandering Souls lo corrobora.

He empezado por sus grandes éxitos: *Look at me*, *Her pain is mine*, *Next to me*, *We were born for this*.

Suenan bien, realmente bien.

Max me ha dado unos días de vacaciones. Según él, me hacen falta para pensar en mi vida y en mis aspiraciones. Él cree que estoy desaprovechando una oportunidad única, y quizá sea así, pero estoy tan segura de que ese ascenso no es para mí, que no siento remordimiento alguno.

Ni siquiera estoy pensando en la cocina, que es lo que debería preocuparme. El maldito Nate me ha metido una idea en la cabeza y estoy tan obsesionada que no puedo parar.

He escuchado los cuatro discos de estudio de la banda y no me ha aclarado nada. La mayoría son canciones románticas, de amor y también de desamor; otras expresan un dolor que se transmite tanto que consigues desgarrarte.

La prensa las relaciona con las parejas de Miles en los momentos en los que se compusieron y, por lo que recuerdo, y lo que sé, pueden ser para ellas.

El único disco de Wandering Souls que habló de mí fue su primera maqueta. Esa que nunca llegaron a sacar al mercado, la que desapareció conmigo. Esa que contiene las canciones que cantaba en sus bolos pequeños, y las canciones que le ayudé a componer.

Hoy en día, ese disco vale oro, pues no se llegaron a vender ni cien copias.

Hasta ahí mi influencia en la música de Miles Stones.

Para regocijarme un poco más en ese sufrimiento, no me ha bastado con los discos. He buscado noticias, entrevistas, vídeos... Incluso un pequeño documental que grabaron sobre *Wandering Tour*, la gira más grande que hicieron por todo el mundo.

Entiendo lo que me han dicho Nate y Miles, porque en casi todas las entrevistas hablan más de *Mister Lover* que del grupo en sí. Y, siempre, en todas ellas, se ve a Miles hastiado de las preguntas. Sonríe y se muestra simpático, pero aprecio la incomodidad.

Voy enlazando de un vídeo a otro y me sorprendo al comprobar que ya incluso reconozco a las periodistas que lo avasallan en cada rueda de prensa, incluso por la calle, haciendo tareas cotidianas como salir a correr o comprar en un supermercado.

Encuentro uno más reciente y lo reproduzco al leer el título. Fue la última rueda de prensa que hicieron, cuando anunciaron que iban a tomarse un descanso. En la escena están los cuatro sentados con Matthew, el representante, de brazos cruzados. Miles tiene el micro y toma el turno de palabra, hablando directamente a la cámara:

—Han sido unos años muy buenos. Hemos cumplido muchos sueños y nos llevamos grandes recuerdos, y eso es gracias a todos vosotros. Por venir a nuestros conciertos, por cantar nuestras canciones, porque nos hacéis sentir queridos y arropados en San Francisco, y en todo el país. Todo esto no hubiera sido posible sin vosotros. Sois tan parte de Wandering Souls como nosotros.

—Entonces, ¿por qué os separáis? —pregunta alguien en el público.

—Han sido años buenos, pero también muy intensos —continúa Miles—. No hemos parado de trabajar en todo este tiempo. De componer, de grabar canciones, de hacer giras... Ha sido un ritmo muy frenético y necesitamos parar, reconectar con nosotros mismos, y con quien solíamos ser.

—No es un adiós definitivo, pero sí indefinido —añade Nate.

—¿Qué quieres decir, Stones? ¿Sientes que ya no eres tú mismo?

—Sigo siendo yo, y a la vez no sigo siendo yo —responde de forma tan enigmática, que se oyen murmullos por la sala de varias personas hablando a la vez—. A veces hay que tomar distancia para diferenciar lo que es real de lo que no.

—¿No te parece real lo que has vivido?

—¿Wandering Souls tiene problemas entre sus miembros? —inquieren a la vez.

—¿Cuándo fue la última vez que sentiste que tu vida era real? —pregunta una tercera persona.

La escena se vuelve un caos y Matthew toma el micro para dar por finalizada la rueda de prensa.

Wandering Souls sale de la sala mientras los avasallan con más cuestiones, pero ya ninguno de ellos responde.

Veo el agobio en sus caras. Supongo que con el tiempo aprendieron a lidiar con este tipo de cosas, pero uno nunca termina de acostumbrarse a que lo acribillen a preguntas o le metan un micro en la cara.

Por lo que compruebo, vivieron muchas situaciones de este tipo.

Veo otro que debe de tener varios años.

Miles está en un restaurante, comiendo con Nate, Jeremiah, y una chica que no conozco. Una mujer rubia, con unas gafas rosa chicle, se acerca con el móvil en la mano y un cámara detrás.

—Buenos días, Stones —saluda con una sonrisa—. ¿Puedes responder a un par de preguntas?

Miles se gira hacia ella, con un trozo de pizza en la boca.

—Lo siento, ahora no —responde de forma amable—. ¿Podrías dejarnos comer, por favor?

—Apenas tenemos un descanso de media hora antes de volver al estudio —añade Jeremiah—. No tenemos tiempo. Respetad la privacidad, por favor.

—Solo serán dos minutos, no os quitaré más tiempo —insiste la mujer, haciendo señas a la persona detrás de la cámara para que se acerque un poco más.

—De verdad, solo queremos comer tranquilos —dice Miles, un poco menos amable que antes—. Mañana tenemos rueda de prensa antes de la prueba de sonido. Puedes...

—¿Es cierto que tu relación con Allyson no va tan bien últimamente? —suelta la chica a bocajarro—. Hay rumores de que...

—Si no se va ya, voy a pedirle al restaurante que la echen —salta Nate, poniéndose en pie para tratar de impedir que siga grabando.

La imagen se mueve. Beau tapa el objetivo, se oye revuelo, pero nada destaca más que la voz aguda de la periodista de gafas rosa.

—¿Tiene algo que ver la chica que canta contigo en esa famosa maqueta de la que apenas hemos oído nada? ¿Los problemas en el paraíso vienen por otra mujer?

—¡Ya está bien! —grita Nate—. ¡Dejadnos tranquilos! ¿Es que ya no se puede ni comer? ¡Joder!

Hay una carrera y por un par de imágenes sueltas, veo que los camareros del local están echando a los periodistas. Desde la puerta, esa chica a la que ya odio sin conocer se arregla la ropa y el pelo ante la cámara y vuelve a tomar el micro:

—Ya lo habéis visto, así se las gastan en Wandering Souls. ¿Se les habrá subido la fama a la cabeza por el éxito tan reciente? Recordemos que solo han sacado un álbum. Solo he intentado hacer un par de preguntas desde la más absoluta educación, y todos habéis visto cómo Nate Cooper nos ha echado de forma nada civilizada. Si ya se les ha subido la fama a la cabeza, ¿qué vendrá después? Recordad, chicos, lo que rápido sube, rápido baja. Lo que queda claro es que *Mister Lover* tiene un apodo más que merecido. Quiero decir, si ha reaccionado así por mis preguntas, debe de ser porque he dado justo en el clavo. No os preocupéis, mis *lovers*. Desde aquí no pararemos de informaros sobre todo lo relacionado con Wandering Souls y esos cuatro chicos que nos han robado el corazón.

No puedo terminar de ver el vídeo. Lo cierro y noto la rabia bullendo en mi interior. ¿De verdad esto es lo que han tenido que soportar durante estos años? Porque si a mí me cabrea y ni siquiera tiene que ver conmigo, ¿cómo harían ellos para lidiar con este tipo de gente todos los días?

La entrevista es de seis meses después de nuestra ruptura. Todavía estuvo con Allyson unos meses más, así que problemas en el paraíso no hubo. Sin embargo, no puedo dejar de temblar ante la idea de que esa mujer del vídeo hablaba de mí.

Doy gracias de que no continuara investigando, o de que no encontrara nada sobre lo que hablar. Odiaría la idea de que mi vida privada dejase de serlo.

Mi teléfono suena de pronto. Estoy tan enfadada ahora mismo, que incluso me sobresalto. Solo es la alarma de un recordatorio del calendario.

Mañana es el cumpleaños de Skylar.

Mierda, me había olvidado.

Mi amiga ha decidido celebrar su entrada a los treinta años con una cena y una salida nocturna. No habrá muchos invitados. Luca, Nate, ella, yo... y Miles.

Me sorprende comprobando que ya no siento tanto rencor al pensar en él. Odio tanto a la periodista de antes que mi rabia está centrada en ella y en nadie más.

Capítulo 27

No sé muy bien qué estoy haciendo aquí, subida encima de un escenario y dándolo todo sin pudor ninguno. Creo que, en algún momento entre el cuarto margarita y el segundo chupito de tequila, esto se ha ido de madre.

Deja que recapitule un poco.

Hoy es el cumpleaños de Skylar, así que hemos salido a celebrarlo por todo lo alto. Y, como es por todo lo alto, hoy parece que no tiene validez mi excusa de no querer beber demasiado alcohol, porque no tomo buenas decisiones cuando me excedo.

Al contrario, a mis amigos les parece un buen aliciente.

Hemos empezado sobre las siete.

Luca, Sky y yo hemos quedado antes en mi ático. Nos hemos vestido «para matar», porque ella quería dejar a Nate sin habla, y yo estoy soltera, y, pese a que es su cumpleaños y no el mío, es ella quien quiere regalarme «un buen polvo».

Se ha enfundado un vestido rojo corto, que hace que sus piernas se vean más kilométricas todavía, y a mí me ha traído uno azul, que es más de mi estilo. También es corto, pero con el escote en la espalda, en lugar de en el pecho.

Nos hemos maquillado los ojos ahumados. Incluso Luca se ha hecho un *eyeliner* azul.

He tenido que ignorar el vuelco que me ha dado el pecho al recordar aquellas veces en las que maquillé a los cuatro miembros de Wandering Souls. Últimamente los recuerdos del *antes* se escapan de su lugar en la caja fuerte con más frecuencia de lo que deberían.

Después de una cena increíble en Seven Hills y unos pocos cócteles en distintos bares de la ciudad, hemos acabado justo como estoy ahora.

El primer error ha sido acceder a venir a un karaoke, pero se han juntado dos cosas: la primera, que es la noche de Sky y puede pedir lo que quiera. La segunda, que me he excedido bebiendo.

—¡Hazlo como sabes, nena! —me grita Sky.

A veces hace esas cosas, de imitar a esos machos que se creen sexis o más varoniles por hacer ese tipo de comentarios. Es una broma nuestra.

Me río delante del micrófono y me preparo para cantar.

—¡Dánoslo todo! —se suma también Luca.

Me he apuntado yo misma para subirme al escenario, sin coacciones de ningún tipo. El alcohol me elimina esos filtros y barreras que me autoimpongo, para sentirme segura en mi zona de *comfort*.

Yo no suelo cantar en público, y mucho menos en presencia de Miles, pero esta noche nada importa. Solo divertirme sin más preocupaciones.

He elegido *Feel It Still*, la versión de Sofía Carson. La adoro desde que vi la película *Purple Hearts*, y no he podido sacármela de la cabeza.

Me aclaro la garganta, me pego al micrófono y sujeto el pie con ambas manos.

Me gusta esta canción porque es sexi, y esta noche me siento justo de ese modo. No tiene nada que ver con el vestido azul y el maquillaje, aunque supongo que eso sí influye. Es más bien una sensación dentro de mí; algo más relacionado con la confianza y con la autoestima, que con la apariencia en sí.

Mi voz y mi cuerpo se adecúan a ese tono.

Me muevo por el escenario sin timidez, meciéndome al ritmo de la melodía. Incluso acaricio la base del micrófono, o mi cadera, o mis piernas, dejándome llevar. Me vengo más arriba cuando escucho los vítores del público. Por supuesto, los que más se oyen son los de Nate, Luca y Skylar.

Miles, en cambio, me mira más serio, más tenso. Me observa como si hubiera descubierto algo nuevo en mí, con el azul de sus ojos más brillante.

A su lado, Nate se mueve para decirle algo en el oído. Algo que hace que Miles lo fulmine con la mirada.

Decido ignorar todo.

La canción sigue sonando y de verdad la estoy disfrutando.

Me centro en Skylar, que la vive de forma tan intensa que incluso está de pie sobre la mesa, bailando conmigo, mientras me grita cosas muy obscenas. A estas alturas, solo le falta lanzarme las bragas.

No es la única. Algún hombre hace lo mismo, gritar, digo, no lanzarme su ropa interior, pero esos comentarios los ignoro. Los ignoro tanto que les quito toda la importancia, y, por eso, sigo bailando igual, cantando igual.

Cuando la música termina, estoy tirada de rodillas en el escenario. Ni siquiera recuerdo haberme dejado caer, pero he vivido estos dos minutos y medio de forma tan intensa que no me he preocupado de nada más.

El público me aplaude y me vitorea. Alguno incluso me pide otra.

Yo, sonrío, hago una pequeña reverencia y bajo para volver a mi mesa.

—Joder, Ce. Te juro que me has puesto cachonda —me dice Sky nada más llegar a ella, justo antes de lanzarse a mis brazos.

—Me he puesto cachondo hasta yo, y no sé ni cómo —suelta Luca y se suma a un abrazo de tres.

Me río, todavía con la respiración acelerada después de haberme movido tanto. Ha sido poco tiempo, pero igual de intenso. Voy sudada, cansada y también feliz.

—Creo que no habéis sido los únicos—bromea Nate. Dedicar una mirada rápida a Miles y se centra de nuevo en mí—. Pena me da la persona que vaya a subir ahora. Después de tu espectáculo, no lo va a tener fácil. Sigues siendo peligrosa.

No sé si Nate lo ha dicho a propósito o ha sido casual, pero no puedo escuchar esa palabra sin acordarme de cómo era *antes*. Se lanza para darme un abrazo, pero mis ojos se posan en Miles, que ya me está mirando.

Hay tensión en esa mirada, mucha, y de tipos muy diferentes. Porque sí, una parte del rencor permanece, pero no es lo único. Quizá sea la euforia después de bajar del escenario, o el tequila que corre por mi sangre, o que es la tercera vez esta noche que pienso que Miles estaría más guapo si, en lugar de esa camisa azul, tuviese mis manos sobre los pectorales.

—Voy un segundo al aseo —digo de pronto.

Necesito escapar de aquí y aclarar la mente. Eliminar alcohol en sangre de la forma que sea posible, para ver si dejo de pensar en tonterías.

Me alejo antes de que Sky tenga la oportunidad de ofrecerse a venir conmigo.

Entro en la pista de baile y sé al momento que ha sido un error cruzar por aquí. El camino más corto no siempre es el más rápido. Sobre todo si está lleno de gente a la que esquivar.

Tampoco llego a avanzar mucho.

Alguien me sujeta de la muñeca y me hace girar.

Me choco con Miles, incapaz de frenar antes. Me mira de la misma forma en la que me ha mirado antes, mientras estaba subida en el escenario. Con esos ojos incendiados, hambrientos.

—¿Por qué huyes? —me pregunta, sin apartar la vista.

—No huyo. Solo voy al aseo —miento, tan descarada que sé que lo nota.

Por si no hubiera tenido suficiente, mis ojos me traicionan y se posan en sus labios. No lo hago a propósito. Lo que pasa es que su cara está tan cerca de la mía que su aliento me aturde, me noquea.

Por supuesto, también se da cuenta.

Miles traga saliva y desvía la mirada hacia mis labios. Todavía no la subido cuando susurra:

—Sabía que eras peligrosa, pero esto... Joder, Chels. Esto es otra cosa.

Mi mente me termina de traicionar.

Le sujeto la cara con las manos y me acerco para besarlo.

Miles no se hace de rogar, ni pierde el tiempo. Escucho un gruñido directamente desde su garganta. Entreabre la boca y atrapa mis labios, los saborea con ganas, con prisa, como si los necesitara desde hace rato y ahora quisiera recuperar el tiempo perdido.

Me abandono al beso en cuanto su lengua se abre camino y percibo el sabor a naranja de los margaritas.

Me olvido de todo. De que es Miles, de que estamos en medio de una pista de baile, de que los actos de esta noche tendrán consecuencias mañana. Me olvido de todo porque, cuando Miles Stones te besa, en lo único que piensas es en él. En su lengua jugando con la tuya, en sus manos acariciándote con ansia, en el gruñido que se le escapa cuando profundiza más.

Se separa de golpe y me mira casi asustado.

—Dios mío, Chels. Lo siento —suelta y parece angustiado incluso. Puede que vaya bebida, pero la desesperación que veo en él al apartarse me duele. ¿Tanto asco le da? Este beso ha sido un error. Un total y absoluto error—. No, no es eso... No me mires así.

—¿Así cómo? —pregunto, pues ni siquiera sé cómo lo estoy mirando. No pienso llorar, aun si me ha rechazado con tan poco tacto.

—Quiero besarte —me dice a bocajarro, tan cerca de mí que, a pesar de que acaba de apartarse, mi mente me traiciona y quiere besarlo de nuevo—. Joder, necesito besarte más de lo que necesito respirar, y me lo estás poniendo muy difícil. Pero esta noche no. Así no.

—¿Por qué así no?

—Porque vas bebida y no pienso aprovecharme de ti. Terminaré por besarte —repite—, pero cuando lo haga, serás plenamente consciente de lo que está pasando.

—Pareces muy seguro de ti mismo, *Mister Lover* —replico. Ni siquiera sé bien lo que estoy diciendo. Creo que el alcohol me ha nublado la cabeza y trabado la lengua—. Sigues siendo igual de egocéntrico que antes.

Miles suelta una carcajada y me mira, con tanta diversión en los ojos que me irrita; y me irrita aún más, cuando el equilibrio me falla y el único motivo por el que no caigo al suelo es porque él me sujeta a tiempo.

Nuestros ojos quedan aún más cerca, con su aliento a la altura del mío, que debe de oler a tequila. Él es más alto que yo, pero con los tacones quedamos casi a la par.

—No soy egocéntrico, Chels. Al contrario, soy bastante inseguro sobre sí mismo.

Soy yo quien ríe esta vez. Eso no puede creérselo ni él.

—Claro —digo de forma irónica.

—¿Sabes lo que pasa? Que hay una cosa, una única cosa, de la que sí estoy seguro en el mundo.

—¿De que eres un dios del rock y un dios del sexo? —inquiero, convencida de que recuerda esa conversación.

Miles sonríe, pero es una sonrisa distinta. Menos divertida y más profunda. Se separa un poco de mí, pero sigue sujetándose la cadera, convencido de que voy a caerme si me suelta.

Ignoro el vacío que deja al alejarse y trato de mirarlo enfadada, solo que es posible que tenga los ojos llorosos, porque me esté terminando de subir el último chupito.

—No. De la única cosa que estoy seguro es de nosotros —responde en cambio.

Decido que ese es un momento tan bueno como cualquier otro para vomitarle en los pies.

Capítulo 28

—Odio a Sky —murmuro.

El aliento me huele a alcohol, aunque en este momento casi ni lo percibo. Tengo la cabeza pesada, los ojos vidriosos y la mente nublada.

No es cierto que la odie, claro. Sin embargo, no pienso perdonarle fácilmente que me haya dejado a solas con Miles, por mucho que seamos vecinos y que su excusa de traerme a casa fuera plausible. Se supone que es mi amiga.

Tengo como flashes de escenas de las últimas dos horas. He cantado sobre un escenario. He bailado con Miles. ¿He bailado? No lo sé. Solo recuerdo que él me sujetaba la cintura. Luego le he vomitado en los pies. Sky y Luca diciendo que era hora de volver a casa. Miles ofreciéndose a acompañarme él. Todos aceptando, como si fuera la mejor idea del mundo.

Los dos entrando juntos en mi piso. Más específicamente, en mi dormitorio.

—No, no la odias —afirma Miles.

Me ayuda a sentarme en la cama y, para mi sorpresa, se agacha frente a mí para quitarme un zapato.

Sus manos están frías, pero estoy segura de que el escalofrío que me recorre entera no tiene nada que ver con la temperatura.

No me muevo. No quiero que se dé cuenta de que su contacto me afecta lo más mínimo.

Porque no me afecta. Es solo el alcohol.

—Tienes razón —cedo con facilidad—. Es a ti a quien odio.

—A mí tampoco me odias —dice, pero su voz no suena tan convencida como antes, cuando lo ha asegurado sobre Sky.

Deja el tacón en el suelo y comienza a quitarme el otro.

—No, a ti sí que te odio —repito, convencida.

—¿Por qué? —pregunta, todavía sin mirarme, centrado en mis zapatos.

—Porque me mentiste —admito. No soy yo hablando, sino el tequila.

Pero, muy en el fondo, todas mis palabras son ciertas.

—Nunca te he mentido.

—Me hiciste creer que lo nuestro fue real. Nunca lo fue.

—No digas eso. —Su voz suena tan ronca, tan rota, que parece dolida.

Deja el zapato a un lado y, por primera vez, levanta la mirada hacia mí. Veo algo en sus ojos, algo que pensaría que sí que es dolor, si no estuviera convencida de que Miles no puede sentirlo.

—¿Por qué? —pregunto, un poco ida. La cabeza se me va hacia atrás, pero Miles me sostiene.

Tengo un ligero *déjà vu*, como si mi cuerpo recordara que no es la primera vez que me sujeta esta noche.

—Porque tú eres lo más real que ha habido en mi vida —me asegura, con sus manos a ambos lados de mi cabeza y su cara tan cerca que noto su aliento frente al mío.

Tengo un revoltijo de emociones que no puedo olvidar. Acabo de escuchar todas sus canciones, de ver sus entrevistas, de saber parte de lo que pasó Miles Stones como vocalista de Wandering Souls. Lo he visto besarse con algunas de las mujeres más famosas del país. Él sabía

que yo seguía existiendo, que podía ver todos esos besos, esas miradas llenas de amor, esas caricias, y, aun así, lo hizo.

No tiene derecho a decirme las cosas que me dice. No cuando el tiempo ya ha pasado y las heridas han sanado.

—Nunca lo fue —repito.

Miles no dice nada. Lo veo contraer los músculos de la mandíbula, en silencio. La cabeza se me vuelve a ir hacia atrás y escucho cómo suspira. No lo veo, porque he cerrado los ojos.

Miles me ayuda a tumbarme. No me quita el vestido, pero sí los pendientes. Son largos y me habrían molestado al girarme sobre la almohada. Su cara está tan cerca de la mía, que por un instante creo que me va a besar.

«Dios, qué bien huele».

—Yo sí te he mentado —digo con los ojos cerrados. No porque no quiera abrirlos, sino porque los párpados me pesan—. Sí que escuché tu música. Sobre todo el primer disco.

—De verdad, ¿lo escuchaste?

—Odié tanto que se lo dedicaras a Allyson.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Crees que esas canciones iban para Allyson? —pregunta, pero yo lo ignoro.

—De hecho, no conozco a esa asquerosa, pero la odio. Odio a Allyson —repito con toda la rabia que puedo escupir con una lengua trabada por el tequila.

—¿Por qué la odias? —Miles se ríe un poco antes de echarme la funda nórdica por encima y sentarse a mi lado.

—Recuerdo la primera noticia que sacaron sobre vosotros —continúa hablando, aunque una parte de mí sabe que no debería. Una parte que ignoro, claro. El alcohol desactiva mis partes funcionales—. Yo iba al trabajo, pero me topé con la revista. Estabais los dos en portada. Tan asquerosamente guapos y con esa mirada de enamorados que me dieron ganas de destrozar todos los ejemplares ahí mismo. ¿Sabes lo que hice en su lugar?

—¿Qué hiciste?

—Compré uno. Encima es que pagué por eso, que es lo peor. Pagué por sufrir. Mi psicóloga tiene razón cuando dice que soy un poco masoquista. Pues lo compré y me lo llevé a casa. Leí el reportaje. Fue ahí cuando me enteré de que me habías cambiado por otra en dos semanas. Joder, yo todavía seguía subiendo a terrazas para buscar estrellas fugaces a las que pedir deseos, aunque tuviera que hacer trampas, y tú te estabas tirando a otra. ¿Cómo no ibas a hacerlo? En medio del reportaje había un desplegable. Un puto desplegable enorme con Allyson en primera plana, con su pelo rubio perfecto, su cara perfecta y sus tetas perfectas. Normal que te la tiraras, claro. ¿Quieres saber lo peor?

—¿Qué fue lo peor?

Nos miramos. Él sigue con la diversión en los ojos. Yo estoy enfadada y avergonzada. No tengo filtros. Ni uno solo. Por eso, se me escapa un quejido lastimero antes de continuar contándole mi patética anécdota.

—Arranqué el maldito póster y me limpié el culo con él —confieso. Miles me observa un instante antes de soltar una ruidosa carcajada—. No te rías, fue horrible —protesto. Si me permitiera llorar, este sería uno de esos momentos en el que lo haría—. El papel no era suave y se me irritó la piel. Estuve una semana con el culo rojo por su culpa.

Miles vuelve a reír, con su risa auténtica. La que termina doblado por la mitad y con lágrimas en los ojos. A mí no me hace ninguna gracia. Pasé unos días horribles.

Noto cómo el sueño me va venciendo y los ojos se me cierran. Mejor. Es la única forma de que cierre el pico y deje de humillarme aún más.

Miles se inclina hacia delante y abro los ojos justo cuando noto sus labios en mi frente. ¿Por qué Miles me está dando un beso en la frente? No tengo ni idea, pero resulta placentero.

—Descansa, Chels —murmura, todavía pegado a mi cara.

Siento un inmenso vacío cuando se levanta para irse. Creo que protesto, pero no estoy segura. Estoy cansada y borracha, y solo quiero dormir un par de días. Apenas proceso cuando una voz me llega desde lejos. Esa voz que parece un susurro ronco y que es la única que consigue clavarse bien adentro.

—Nunca compuse canciones para Allyson, ni para Cora, ni para Stephanie, ni para ninguna otra. Todas mis canciones fueron siempre para ti.

Capítulo 29

Tengo la teoría de que mi cerebro es como un mueble de Ikea. Alguien lo ha comprado y lo está montando, solo que sin tener ni idea. Martillea y martillea, pero es tan torpe que cada vez lo rompe más.

Es la única explicación que encuentro al terrible dolor de cabeza con el que me he despertado. Un pinchazo intenso que apenas me deja abrir los ojos.

Eso, o tengo la resaca más horrible de la historia de las resacas.

Me incorporo un poco en la cama y trato de recordar la noche de ayer. Todo estaba bien, hasta que me tomé el tercer margarita y, a partir de ahí, solo veo fogonazos tan fugaces que ni siquiera me permiten componer una escena entera.

Me siento como si fuera parte de la película *Resacón en las Vegas*.

Estoy en mi cama, con el vestido y el maquillaje puestos, aunque sin zapatos ni pendientes. Supongo que ayer vine a casa y solo atiné a quitarme los complementos. Tengo la boca pastosa y un ligero regusto a vómito, pero no sé si han sido arcadas o realmente he llegado a echar hasta la última papilla.

Alargo la mano para coger el móvil y abro las conversaciones de WhatsApp para buscar más pistas. Leo todo rápido, sin encontrar nada aclaratorio. Todavía es temprano y Sky estará dormida, así que decido probar suerte con Luca.

No escribo, sino que directamente hago una videollamada, sin importarme que pueda ver mi lamentable estado.

—¿Estás bien? —pregunta nada más descolgar—. Tienes un aspecto horrible.

—Me encuentro fatal. Además, no recuerdo nada de anoche. ¿Puedes iluminarme? ¿Hice algo de lo que deba arrepentirme? —Suelto lo que de verdad me preocupa, porque ayer combiné el alcohol con Miles, y no sé cómo de peligroso pudo ser el resultado.

—Si me estás preguntando por cierto vecinito buenorro... —empieza y deja la frase en el aire, solo para reírse de mí al ver mi cara de impaciencia—, no. No hiciste nada. Suspiro de alivio—. Al menos, que yo te viera. Os fuisteis los dos solos a casa.

—¿Qué? ¿Por qué dejasteis que me fuese sola con él?

—Porque es tu vecino, y le pillaba de camino. No vimos por qué preocuparnos.

—Sabéis que odiamos a Miles y...

—Odiamos a Miles, sí —me interrumpe—, pero ¿quieres que te diga lo que vi yo ayer? Se preocupa por ti, Ce. Se preocupa mucho. Sé a ciencia cierta que no pasó nada entre vosotros ayer, porque, aunque tú lo hubieses intentado, Miles no se habría aprovechado de ti en el estado en el que ibas. —No digo nada, porque sé que tiene razón—. ¿Quieres saber más? —insiste y pone su cara seria, la que me hace saber que no, no quiero saber más, pero de nada va a servir negarme—. Creo que deberíamos dejar de odiar a Miles. Es más, creo que hace tiempo que no odiamos a Miles, solo que eres demasiado orgullosa y rencorosa para reconocértelo a ti misma. —Vuelvo a quedarme callada. De nuevo, sé que tiene razón—. Dime una cosa, Ce, pero sé sincera. ¿Tan difícil sería perdonar a Miles? Ser amigos, por los viejos tiempos. ¿Tan malo sería?

Trago saliva. Creo que una mañana de resaca no es la mejor forma de mantener esta conversación, pero es el momento que Luca ha elegido.

Hace días que me lo planteo, en realidad. Desde que subí a la terraza a disculparme con él,

después de lo que pasó en The Grand. Miles y yo tuvimos una historia y no funcionó. Él era libre de salir con quien quisiera después de nuestra ruptura. ¿Por qué tiene la culpa de que la prensa le robara su intimidad y todos sus romances fuesen públicos? A mí me dolió, pero no era él haciéndome daño de forma intencionada. Sigo pensando que me debía más después de nuestra relación. No sé, haber esperado más tiempo antes de pasar página. Imagino que aceptar que él lo hizo tan pronto, cuando a mí me costó tanto, fue más duro de lo que esperaba.

No lo tengo del todo claro. La distancia da una perspectiva diferente, que varía según las emociones actuales.

—No, supongo que no —admito al final.

Luca suelta un grito de celebración al otro lado y sé que lo considera una victoria.

—Creo que te va a sentar bien.

—Ya te contaré. Necesito una ducha y una cabeza nueva.

—Luego te pasaré las fotos para ver si recompones algo más de anoche.

Nos despedimos y decido ponerme en marcha. No puedo perder más tiempo, bastante improductiva me siento ya.

Me levanto y voy directa al baño. Me lavo los dientes, pues no soporto más este aliento, como si un demonio repugnante se hubiera tragado una rata muerta y putrefacta, y se hubiera colado en mi garganta. Después, me doy una ducha de agua templada. Lo ideal hubiera sido fría, pero estamos en noviembre y no soy tan valiente.

Una hora más tarde, acicalada con mi mejor sudadera, una coleta mal hecha y una taza de café humeante entre las manos, salgo de mi casa para ir a la de Miles.

Me detengo frente al acceso de la terraza. Ha llenado la puerta con carteles de bebidas alcohólicas tachadas y, justo en el centro, una nota azul en la que se lee:

El lugar perfecto para tratar una resaca.

Guardo la nota en el bolsillo y esbozo una pequeña sonrisa.

Lo tomo como una invitación para mí y me encamino hacia mi lugar favorito de todo San Francisco.

Miles está sentado en los cojines, con Kurt dormitando a su lado. Se gira al escucharme y se pone en pie, como si fuese una falta recibirme de otro modo.

—Chels —me saluda. Permanece a una distancia prudencial y no me pasa por alto que parece nervioso—, ¿qué tal estás?

—Como si algún científico torpe hubiera experimentado con mi cabeza —admito con sinceridad.

—Si quieres quedarte hoy la terraza o...

—En realidad, quiero hablar contigo.

Miles se queda paralizado y me mira de esa forma tan suya.

—Tú dirás... —suelta al cabo de un largo silencio.

Me encamino hacia él y me dejo caer en los cojines.

Miles toma asiento a mi lado. Lejos, pero más cerca de lo que hemos estado en mucho tiempo.

Doy un pequeño trago al café y fijo la mirada en el horizonte.

—No recuerdo mucho de lo que pasó anoche, pero creo que tengo que darte las gracias.

—¿Qué recuerdas? —pregunta con interés. Él sí me está mirando directamente.

—Poca cosa. Canté en un karaoke, me pasé bebiendo, creo que tú y yo bailamos.

—No bailamos —me contradice—. ¿Por qué crees eso?

—No lo sé. Ayer bebí demasiado. Tengo como flases y, en uno de ellos, estamos tú y yo en la pista de baile, y tienes una mano en mi cadera.

Miles desvía la mirada y, aunque yo estoy evitando el contacto visual, percibo cómo traga saliva y se remueve un poco, incómodo. Al final, se vuelve hacia mí y suspira.

—Ibas al baño. Fui contigo, porque no quería dejarte sola en tu estado. Casi te caes, así que te cogí para evitarlo. Supongo que sería ese momento.

—Por eso nunca me excedo bebiendo. Odio encontrarme así hoy. Si ayer hice algo inapropiado, siento...

—No hiciste nada, tranquila. Decidimos traerte a casa para que pudieras descansar.

—Luca me lo ha contado, sí. Gracias por eso. Quiero decir, sé que te pillaba de paso, pero te preocupaste por mí y, bueno, que te lo agradezco.

—Dos veces las gracias en la misma oración —bromea con una sonrisa. Yo lo imito. No me siento atacada. Él me conocía y, hasta hace un par de años, casi nunca expresaba mis sentimientos con palabras. Aún sigo trabajando en ello—. Claro que me preocupo por ti, Chels. Ya te lo he dicho, pero no tengo problemas en seguir repitiéndolo hasta que por fin te lo creas.

—¿Por qué lo haces, Miles? —pregunto temerosa. Sigo siendo una persona insegura y, por mucho que él insista, mi cabeza lo que piensa es que si después de años de relación pasó página en dos semanas, ahora nada de esto tiene sentido. Porque ahí era cuando debería haberle importado, y no ahora que ha pasado el tiempo—. ¿Qué sacas de todo esto?

—¿Te acuerdas del día que fui a tu casa a pedirte una conversación? —cuestiona él en cambio—. ¿Crees que podemos tenerla ahora?

—De hecho, creo que ya estamos teniendo una conversación.

—Lo que quiero es explicarme. Todo. No solo lo que ha pasado ahora. Quiero que sepas cómo viví yo la ruptura. No voy a excusarme. Sé que fui un gilipollas, pero quiero contártelo igual.

—No sé si me convence la idea —digo, sin ni siquiera saber el motivo.

¿Por qué me niego a una explicación? Han pasado años, sí, pero supongo que nunca es tarde para descubrir la otra parte de la versión. Aun si esa parte no va a cambiar nada, me serviría para responder preguntas que han estado años en mi cabeza.

—¿Tienes algo que perder? —pregunta él, dando justo en el blanco—. ¿Haces algo mañana?

—No, por ahora no. ¿Qué tienes en mente?

—Resérvame el día, Chels. Te invito a comer a cambio de esa conversación. Si cuando terminemos, quieres seguir odiándome, eres libre de hacerlo. Créeme, tendrás motivos para ello.

Miles no espera a que responda, quizá para no darme tiempo a negarme. Llama a Kurt y salen juntos de la terraza.

Yo me quedo ahí, mirando el lugar por el que han desaparecido, convencida de que quiero tener esa conversación, pese a que tema cómo vaya a afectarme el resultado.

Capítulo 30

Habían pasado cinco de semanas desde el concierto con los Red Hot Chili Peppers y, desde entonces, todo había sido muy intenso y muy rápido.

La gente quería saber quiénes eran Wandering Souls y, en especial, Miles Stones.

Matthew les había conseguido varias entrevistas en televisión en algunos de los programas más importantes del país.

Iban de un lado para otro, tomando vuelos, grabando material publicitario, cantando en platós en lugar de en escenarios. De repente, todo el mundo hablaba de ellos. «¿Has escuchado Wandering Souls? Su última canción es genial». «Ese grupo va a triunfar. Serán los nuevos U2, acuérdate de lo que te digo». «¿Has visto al cantante? Te juro que esta noche me he corrido teniendo un sueño erótico con él. Yo podría correrme solo con su voz, es que no necesitaría ni que me tocara».

Nunca había sido una persona celosa, pero en ese momento, después de llevar seis días sin ver a mi novio, no me gustó escuchar esos comentarios. En varias entrevistas le habían preguntado si tenía pareja y él siempre había respondido que no.

Matthew les había aconsejado a todos que se vendieran como solteros, aunque no lo fuesen. Estar disponibles les haría más deseables, conseguiría que fuese más sencillo fantasear con ellos, y esa publicidad era tan buena como cualquier otra.

Miles me lo explicó cuando surgió la conversación y lo entendí. Siempre y cuando me respetase, me daba igual que aprovecharse cualquier recurso para conseguir su sueño.

Sin embargo, a veces me lo imaginaba subiéndose a un escenario y gritándoles a todos que su corazón pertenecía ya a alguien, que se centrasen en su música, y no en su persona.

El problema era que a Miles Stones no le valía con la música, él lo quería todo.

Después de esas semanas en las que apenas habíamos hablado ni por teléfono, yo ya intuía que algo no iba bien. Quiero decir, Nate sí que me llamaba a menudo, así que no era un problema de tiempo, sino de intenciones y prioridades.

Acababa de hacerme un tatuaje para Miles. Había pasado tiempo desde que grabara *The sign* en mi muñeca. La siguiente Navidad, nos tatuamos juntos. Escogimos un reloj de bolsillo, con la esfera vacía y las agujas apuntando hacia la hora en la que nos conocimos, aunque no hubiese números ahí. La esfera estaba dentro de una flor azul.

Con el tiempo, cuando ya no estábamos juntos, decidí llenar ese vacío. Mis agujas ahora señalan hacia dos palabras: *Breathe* y *Smile*.

Esa técnica me la enseñó Miles, pero es la que he seguido para seguir sobreviviendo.

Esa noche, sin embargo, era distinto: se trataba un regalo para él. Lo llevaba en el dedo anular, pequeño, pero representativo.

Volvió a San Francisco, al piso que seguía siendo de ellos y en el que yo me había acoplado; solo que desde hacía un tiempo pagaba mi parte del alquiler, pues mi sueldo había mejorado considerablemente al empezar a trabajar de cocinera.

Miles apareció tan guapo como siempre. Olía a alcohol.

Me besó con urgencia, con hambre, y respondí con la misma intensidad. Llevábamos tanto tiempo sin vernos, que las ganas nos ardían en las manos, en la piel.

Miles se separó antes de que fuese a mayores y dio un paso atrás.

—No, espera. No puedo hacer esto ahora.

—¿Hacer el qué, exactamente?

—Yo... No puedo acostarme contigo.

Juro que el corazón dejó de latir durante unos segundos. No hubo latidos, ni sangre en mis venas, ni oxígeno en mi cabeza, ni en los pulmones.

Y tuve miedo.

Tuve un miedo feroz que no sentía desde que era niña y mi padre me encerraba en un armario cada vez que quería castigarme, porque, por primera vez en todo ese tiempo, supe que lo iba a perder, que me iba a abandonar, que él también había dejado de quererme.

Miles había sido la primera cosa realmente buena que había tenido desde que huyera de mi casa, y la idea de perderla me hacía sentir vacía, hueca.

—¿Has estado con otra? —conseguí preguntar. ¿Por eso había bebido? ¿Por eso había venido él solo a verme esta noche? No era para estar conmigo. Era para...

—No —aseguró al momento. Se acercó a mí y me cogió las manos antes de mirarme—. Nunca habrá otras, Chels. No como tú.

—¿Entonces?

—Tampoco puedes estar tú —espetó a bocajarro. Le solté las manos y retrocedí un paso—. Nos han ofrecido una gira por Europa. Vamos a empezar a despegar. Voy a estar un año fuera. No quiero que me esperes, ni que vengas conmigo. No puedo pedirte eso. No sería justo para ninguno de los dos.

No puedo decir que me pillase del todo por sorpresa.

Desde el famoso concierto, habíamos discutido varias veces por la incompatibilidad de su nueva vida con la relación, y yo le había apoyado, porque lo entendía.

Podíamos ser las personas correctas, en el momento equivocado.

Sin embargo, ese día no lo entendí.

Quizá por su forma de decirlo, por la facilidad con la que estaba planteando la ruptura, con lo poco que le costaba deshacerse de mí.

—¿En serio, Miles? —conseguí preguntar. No me salían más palabras. Sabía que, si hablaba de más, terminaría llorando.

Y no pensaba llorar.

—Ya lo hemos hablado alguna vez... —Apartó la mirada, el muy cobarde—. Mi vida está cambiando mucho ahora. No sé ni cómo voy a estar dentro de unos días. No quiero arrastrarte...

—Ni se te ocurra ponerme de excusa —lo interrumpí.

—No sé qué más decirte.

Se me escapó una carcajada casi histérica. No pensaba arrastrarme. Nunca lo había hecho y nunca lo haría.

Sin embargo, tampoco iba a ponérselo fácil.

Llevé las manos a su cara y lo obligué a mirarme.

—¿Me estás dejando con una especie de discurso prefabricado?

—Te estoy dejando como puedo, joder —dijo con una rudeza que no me había hablado nunca.

Y se terminó la paciencia.

Volví a colocarme la coraza, esa que él me había ido quitando poco a poco. Si Miles iba a irse, necesitaba protegerme de nuevo. Sobre todo de él.

—Hemos estado juntos casi tres años, Miles. Te conocí cuando no eras nadie y te he visto

crecer desde entonces. Jamás me interpondría en tus sueños, y lo sabes. Jamás. Pero que después de todo me estés dejando así, como si no hubiéramos sido nada, como si yo solo fuera algo de lo que desprenderse, porque te estorba en tu camino a la fama... Eso no te lo voy a perdonar. Espero que triunfes en la música, que triunfes de verdad, y, cuando estés en lo más alto, mires hacia atrás, te preguntes si alguna vez fuiste feliz, y te des cuenta de lo vacía que es tu existencia. Si eres capaz de deshacerte de mí con esta facilidad, no quiero imaginar lo que harás con el resto de las personas que conozcas.

Los ojos de Miles se llenaron de lágrimas, pero no llegó a derramar ninguna.

Me aparté de él con brusquedad y me encaminé a la salida del dormitorio, pero me retuvo antes.

—Espera un momento, Chels. —Se llevó las manos a la cara y me miró, desesperado—. Joder, no quería hacerlo así. Llevo días pensando en cómo decirte esto, y creo que ha sido de la peor manera posible. He bebido, porque no podía hacerlo y ahora...

—Para alguien que compone canciones, no debería suponer un reto saber que, como ruptura, esta es una completa mierda.

—Yo... —empezó. Después no hubo más que un silencio, tan largo como doloroso—. No sé qué más decir.

—¿Y ya está? ¿Esto es todo? —pregunté. Él no respondió. Ni siquiera me miró—. Eres un capullo. Que te jodan, Miles.

—¡Joder! No. Chels, espera. Yo...

Trató de retenerme de nuevo, pero me deshice de su agarre y salí, sin añadir nada más.

Me quedé sentada en la escalera hacia el piso superior, oculta en la penumbra, sin saber qué hacer. Tenía el pecho tan destrozado, que ni siquiera podía moverme.

Miles salió al poco, arrastrando los pies y con lágrimas en la cara.

Me dio igual.

Hubo un tiempo en el que verlo llorar me dolía más que si llorase yo misma, que abría una grieta en mí que me partía en dos, pero ese tiempo ya no existía. Pues, al verlo llorar, solo pensé que lo merecía.

Él no me vio.

Y tomé una decisión.

En cuanto se fue, volví a entrar en la casa.

Ya no era mi casa, sino la de Wandering Souls. Recogí todas mis cosas. Tenía pocas pertenencias. Me quedé paralizada un momento, mirando la sudadera gris que me había apropiado tiempo atrás. Olía a él, porque lo obligaba a ponérsela de vez en cuando para que no perdiera su aroma.

Con el corazón encogido, la dejé caer sobre la cama, me eché la mochila al hombro y salí del edificio.

Estaba lloviendo, pero no me importó.

Me senté en el bordillo de la carretera, sin saber qué más hacer.

Fue como si de pronto cayera la realidad sobre mí.

Sin Miles ni Wandering Souls, no tenía nada. No tenía a nadie. No tenía ni siquiera un lugar a donde ir.

Las lágrimas me traicionaron y aparecieron solas, sin que pudiera evitarlas. Fue un llanto intenso, profundo, desgarrador. Después de tantos años sin llorar, parecía como si estuviera soltando todo. El pecho me dolía, el estómago me dolía, incluso respirar me dolía.

Recordé el tatuaje, que ni había llegado a mostrárselo.

Ya no tenía sentido.

¿Cómo había sido tan estúpida de hacer algo así?

Miré mi mano. Conocía la caligrafía de Miles a la perfección, pues la había visto millones de veces. Solo necesité llevar una nota al tatuador para que pudiera imitarla.

Así que, habíamos roto, pero en mi dedo anular, como si de una alianza se tratase, se podía leer Miles.

Igual que él había hecho años atrás con mi nombre.

Cogí un anillo que llevaba en la otra mano y lo cambié de lugar para esconder mi tatuaje.

Quizá, si nunca lo veía, terminaría por olvidarme de que estaba ahí.

Fue el orgullo lo que me puso en pie, el rencor lo que me ayudó a moverme. Si mis progenitores no habían podido conmigo, no pensaba dejar que Miles Stones lo hiciera.

Además, no estaba sola. Siempre, pasase lo que pasase, tendría a Mia.

Contestó al primer tono y, cuando escuchó mi tono de voz, roto por haber llorado, se alarmó enseguida.

—Dime cómo estás.

—Miles me ha dejado.

—Cogeré el primer tren que pueda y volveré a San Francisco. Vamos a estar juntas, ¿me oyes? Tú y yo, siempre. Somos un equipo.

Y lo fuimos.

Y aún lo somos.

El mejor equipo del mundo.

Capítulo 31

Miles llama a mi puerta a las once de la mañana, puntual como un reloj suizo.

Ayer, después de desaparecer de la terraza, dejó con una nota azul las indicaciones de nuestra quedada.

Por supuesto, no es una cita. Tampoco una reunión de amigos. No tengo muy claro cómo llamar a esta salida, pues hace una semana ni siquiera la hubiese creído posible.

Pero aquí estoy, buscando esa indiferencia a la que tanto me he aferrado en lugar de al odio que se supone que siento.

Llevo una ropa sencilla: un pantalón vaquero, un jersey y un chaquetón azul.

Miles tampoco se ha arreglado. Un pantalón cargo beige y un jersey blanco, sin abrigo. Se ha recortado la barba y se ha despeinado como suele hacer él.

Intento no mirarlo demasiado, porque sigue siendo tan guapo como entonces. Acompaña el *look* con una gorra y unas gafas de sol. Me he dado cuenta de que a veces lo hace, para pasar desapercibido, y que nadie lo pueda reconocer.

—Cuando quieras.

Nos subimos juntos en el ascensor, sumidos en un silencio que muestra que esta situación no termina de ser cómoda para ninguno de los dos.

—¿No quieres saber cuál es el plan? —pregunta unos instantes después.

—¿Comer pizza en algún local cualquiera? —pruebo.

Miles sonríe, pero no contesta enseguida. Lo conozco lo suficiente como para saber que intenta hacerse el interesante. No pienso caer.

—Para eso no habríamos quedado a las once. Primero, vamos a pasear un poco.

—Odio pasear —admito sin rodeos.

—Lo sé, lo sé. Iremos en coche, tranquila. Después iremos a comer, pero no será pizza.

—Creía que habíamos quedado para una conversación pendiente, no para recorrer juntos la ciudad —digo a la defensiva. Lo sigo igualmente, porque tengo que reconocer que el plan no me molesta en absoluto.

Bajamos juntos al sótano y voy con él hasta su coche. Miles tiene un tesla gris oscuro. Lo sé por la prensa, y por el intensivo de leer artículos del otro día.

—¿Quieres llevarlo tú? —me pregunta y me enseña las llaves.

—¿En serio me estás ofreciendo eso?

—Sé que nunca te ha gustado conducir, pero si quieres probarlo...

Cojo las llaves y me encamino al asiento del conductor. Miles se ríe y entra por el lado del copiloto.

—Marcaré en el navegador las coordenadas para que sepas dónde ir.

Miles tiene razón: no me gusta mucho conducir. Lo que pasa es que no pienso darle la razón.

San Francisco ha amanecido más despejado hoy, sin niebla ni nubes. Algo inusual en esta época del año. El tráfico, sin embargo, es igual de infernal que siempre.

—Para aquí —me pide. Detengo el coche a un lado de la carretera y lo miro con el ceño fruncido. Estamos en medio de una de las avenidas principales—. Solo voy a pillar algo rápido de comer —explica.

Se baja del coche y entra en una panadería. Tarda apenas unos minutos en volver corriendo, con una bolsa de papel *craft* que oculta el contenido y un par de sodas.

—Podemos seguir.

No tengo ni idea de adónde vamos, pero se me empieza a hacer raro cuando cruzamos el Golden Gate rumbo al condado de Marín.

No nos alejamos demasiado en el otro lado.

Aparco el coche y andamos un poco hasta llegar a una playa.

Reconozco Battery Kirby, porque he estado varias veces con Mia. Desde aquí hay una visión perfecta de la bahía de San Francisco, con el puente como elemento principal y el *skyline* de fondo.

De día las vistas son increíbles, aunque de noche son más espectaculares.

Miles se descalza y camina cerca de la orilla.

Lo imito, en silencio.

Se dirige hacia la izquierda, donde hay un columpio colgando de un árbol. Un par de turistas se están tomando fotos, pero él lo pasa por alto y se sienta en la arena.

Me coloco a su lado, a una distancia prudencial. Sigo preguntándome qué estoy haciendo aquí, a solas con Miles Stone. Con el único hombre al que le he entregado mi corazón, y el único que lo ha hecho trizas.

Pierde la mirada en el Golden Gate. Yo, en cambio, la pierdo en su rostro. Han pasado cinco años y, sin embargo, el recuerdo de lo que fuimos todavía duele a veces. No por él, ni por mí. Lo que duele es descubrir cómo una persona con la que has compartido todo se convierte en nada. Cómo esos momentos que consideraba tan nuestros, se convierten en momentos con otras. Cómo todo deja de pertenecerte, de ser especial y único, y se vuelve ajeno.

—¿Por qué hemos venido aquí? —pregunto por fin.

—Vengo aquí cuando quiero estar tranquilo —responde con los ojos cerrados—. Me gusta este lugar. Me da paz.

Puedo entenderlo, en cierto modo. Battery Kirby tiene turistas ocasionales, que vienen a tomarse fotos con el Golden Gate de fondo, pero nada excesivo.

—Elegiste una profesión complicada —trato de bromear—. Debe de ser difícil buscar paz cuando todo el mundo te conoce.

Deja a un lado las gafas de sol y la gorra, como si ese gesto lo convirtiera de nuevo en Clark Kent. Solo imaginar el hecho de tener que salir a la calle de incógnito para que no lo reconozcan es algo que me agobia.

—Yo solo quería dedicarme a la música, Chels —asegura, girándose para mirarme. Veo sus ojos un poco más oscuros. Un poco más tristes—. Si pudiera volver atrás y hacerlo de otro modo, créeme que lo haría.

—¿Qué quieres decir? —pregunto sin poder ocultar el interés.

—Me he imaginado tantas veces teniendo esta conversación... —suelta, nervioso, volviendo la vista al frente, al punto donde las pequeñas olas rompen contra la orilla—, y ahora que por fin tengo la oportunidad, ni siquiera sé cómo empezar.

—Me temo que no puedo ayudarte, porque no sé qué me quieres decir.

—Quiero explicártelo todo. Mi parte, la forma en la que lo viví yo. No para justificarme. Solo para que lo sepas. Sé que lo hice mal, que me equivoqué. No tengo una excusa que haga que sea más sencillo perdonarme. Fui un gilipollas, yo qué sé.

—Eso no voy a discutírtelo —vuelvo a bromear. No es mentira del todo; solo una verdad

que no pretende sonar maliciosa.

—Te dejé porque quería dedicarme a la música al cien por cien y me parecía incompatible estando contigo. No por ti, ni mucho menos. Wandering Souls creció tanto y tan de golpe que no supe gestionarlo bien. Matthew tampoco fue el mejor consejero. A nivel banda, puede; a nivel personal, ni de lejos. Pero no fue su culpa. Él no me obligó nunca a nada.

—Lo gestionaste bien, Miles —contradigo—. Se convirtió en la banda de rock más famosa de todo el país.

—Lo sé. No me refiero a eso. Sé que soy una persona egocéntrica, pero también soy insegura, aun si son dos cosas que parecen contradictorias. Quería triunfar. Llenar estadios, que todo el mundo conociera nuestras canciones, que cuando preguntasen a los jóvenes sobre promesas de la música que eran su inspiración, respondieran Wandering Souls. Que respondieran Miles Stones —admite sin tapujos, todavía sin mirarme. No me sorprenden sus palabras. Yo también conocía esos sueños—. Pero también quería todo eso porque, cuando te dedicas a esto, cuando tu trabajo es público y está sometido a su juicio, las dudas son mayores. Yo *necesitaba* que el público reafirmara que nuestra música era buena para creerme que de verdad lo era, porque era incapaz de hacerlo por mí mismo. Les di más poder del que debería haberles dado, pero esos temores son difíciles de controlar. Surgen de la nada y se hacen fuertes.

—Vuestra música no era buena, Miles. Era genial —afirmo. Apenas la he escuchado, pero tantos números uno tienen que corroborarlo—. Por eso gustó tanto.

—¿Sabes? Hemos ganado varios de los premios más reconocidos del panorama musical y sigo sin estar convencido de si nos los dieron por nuestras canciones o por lo que les gustábamos como banda. No puedo culparlos. Fui yo quien lo permití.

—No te sigo.

Miles apoya los codos en la arena y, por fin, se gira hacia mí.

La magnitud del momento me golpea de lleno. Los dos solos, sentados en la arena, con el murmullo de las olas de fondo y una conversación que nos debemos desde hace cinco años. Una conversación a la que yo me he negado una y otra vez, y que ahora me doy cuenta de lo mucho que necesitaba. Miles me rompió hace años, de tantas maneras distintas que todavía no he recompuesto todas, pero conocer los motivos puede ayudarme a dejarlos atrás.

—¿Sabes que nunca llegué a salir con Allyson? —suelta en cambio.

Frunzo el ceño, sin entender nada.

Claro que salieron juntos. He visto sus fotos de pareja perfecta. Sus vídeos acaramelados, incluso besándose.

—No tienes que mentirme. Todos hemos visto...

—Todos habéis visto lo que la industria quiso que vierais —me corta—. Después de hacer de teloneros de los Red Hot Chili Peppers, la fama llegó de golpe. Matthew vino un día y me hizo una oferta. Me dijo que había hablado con la representante de Allyson, que éramos las dos personas más codiciadas del país, que vender un romance entre ambos catapultaría a Wandering Souls al estrellato. Jóvenes, guapos... Nos aseguró que todo el público nos adoraría.

El corazón se me encoge en el pecho y siento un vacío dentro, como si hubiera dejado de haber órganos, venas y arterias, y ya no me quedara nada. Prefiero haber sufrido por un amor verdadero que por una mentira cruel.

—Yo no estaba muy convencido, pero Matthew me explicó que no tenía que ser real. Solo debíamos fingir delante de las cámaras durante un tiempo y luego cada uno podría hacer su vida. Lo compartí con la banda antes de tomar una decisión. Beau y Jeremiah se mostraron de acuerdo,

siempre y cuando a mí me pareciera bien. Nate fue el único que se negó, que dijo que encontraríamos otro modo.

—¿Por eso me dejaste, entonces?

—Te había dejado una semana antes. Creo que es lo más complicado que he hecho en mi vida. No sabía cómo afrontarlo. ¿Cómo dejas atrás lo mejor que te ha pasado nunca? Yo no encontré una forma sensata, así que me tomé tres chupitos antes.

—Recuerdo que olías a alcohol ese día.

—Pensaba que me daría valentía, pero fue más bien al contrario. Creo que solo lo empeoró. En aquel momento pensaba que mi vida iba a ser incompatible con tener una pareja. Nos acababan de ofrecer una gira de un año entero, incluyendo Europa, y no quería que tuvieras que esperarme, pero tampoco que tuvieras que sacrificar tus sueños para venir conmigo. Y sabía que te lo plantearías, pero ya estabas trabajando en aquella cocina. ¿Cómo iba a restarle importancia a tus sueños por los míos? Te dejé porque fui un cobarde, un idiota. Me anticipé a circunstancias que no habían pasado, y sí, también la fama se me subió un poco a la cabeza.

»Yo qué sé..., tenía veintidós años y me creía con derecho a decidir por los dos. No hay una explicación que pueda darte que haga que sea sencillo que me perdones.

»El resumen es que te fallé.

»Yo lo pasé mal, pero me lo merecía, pues había sido mi decisión. Lo que me martirizaba era saber que, siendo como eres, y habiendo vivido lo que habías vivido, yo me sumé a esa lista de personas que te habían hecho daño. Me equivoqué a tantos niveles, que no lo hubiera podido hacer peor ni intentándolo. Pero me estalló en la cara.

Me quedo callada, asimilando sus palabras. Mi realidad se está desdibujando para volverse a configurar, pero no sé de qué manera. Todo lo que he creído sobre Miles ha sido mentira, y no sé si eso es mejor o peor.

Mi psicóloga me dijo una vez, hablando sobre uno de mis muchos traumas infantiles, que las películas románticas han hecho mucho daño con los estereotipos que crean. Dibujan conflictos que a menudo se resuelven con facilidad, en cuanto una de las partes descubre que malinterpretó a la otra.

Pero en la vida real no es así.

En la vida real no hay malinterpretaciones, sino que una de las partes lo hace mal y la otra tiene que decidir si lo perdona o no. Somos humanos, cometemos errores. Unos son reparables y otros no.

No sé cómo catalogar el de Miles.

—Estuviste con ella casi un año —es todo lo que consigo expresar—. ¿Estás queriendo decir que todo ese año fue fingido?

—Lo fue.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me dejaste creer eso? —pregunto con un hilo de voz.

—Al principio, el tiempo pasó tan rápido que no me di ni cuenta. Toda mi vida era una vorágine. Si no estábamos grabando una canción, estábamos en una sesión fotográfica o firmando algún tipo de contrato de derechos de imagen. Estaba tan sumido en eso, que ni siquiera me percaté de que la vida y el mundo habían seguido girando a mi alrededor.

»Un día, mientras iba con Nate de camino al estudio, vi una valla publicitaria con mi cara. No estaba con el resto de mi banda, sino que aparecía con Allyson, en una postura bastante sugerente. La realidad me aplastó al momento y recuerdo que, lo primero que pensé, fue: esto lo habrá visto Chels.

El corazón se me encoge en el pecho y noto cómo si los latidos se tropezasen unos con otros. En medio de toda esa explicación en la que está admitiendo que solo miró su propio ombligo, supongo que me ha sorprendido saber que pensó en mí.

—Se lo dije a Nate y me aconsejó que te llamase y te lo contara todo. Ya no estábamos juntos. Yo quería poner distancia entre los dos, porque no hubiera sido capaz de volver a verte sin que se removiera todo, pero me pareció buena idea, porque tampoco quería que tú pensaras que tenía otra relación.

»Así que, te llamé, pero siempre comunicaba.

—Cambié mi número de teléfono —aclaró, tratando de sonar firme—. En cuanto empezaste a salir con Allyson, quise alejarme de toda esa vida.

—Lo sé —afirma para mi sorpresa. Nunca he hablado con Miles de esa época, pero sí se lo conté a...—. Nate me lo dijo. También me dijo que le habías pedido espacio a él, que preferías no tener nada que ver con Wandering Souls. Que no querías tener nada que ver conmigo.

—Fue la única forma que encontré de sobrellevarlo todo.

—No tienes que justificarte conmigo. Fui yo quien lo hizo mal. Intenté contactar contigo durante meses, pero nunca hubo suerte.

»A partir de ahí, me perdí. Mi vida cambió tanto, que he llegado a no reconocirme ni a mí mismo. De pronto, me veía en fiestas multitudinarias, sin saber siquiera qué pintaba allí. Yo solo quería hacer música, pero hay otras obligaciones más allá de cantar y componer.

»Matthew nos llevaba a un evento y a otro, nos decía qué hacer para publicitarnos más. Incluso para que te consideren para los Grammy, porque no basta con sacar canciones y que sean buenas.

—Eras una persona adulta, Miles. ¿Por qué aceptabas si no querías?

—No puedo explicarlo. Muchas veces sí quería; otras tantas no. No valen medias tintas. Si lo quieres, tienes que aceptarlo todo. Al principio, yo lo deseaba. Lo deseaba con toda mi alma. Ese mundo te atrapa de una forma que te ciega. Me gustaba la atención de la gente. A veces, creo que incluso hacía yo mismo cosas para provocar ese efecto. Se convirtió en una especie de droga a la que me hice adicto, adoraba que la gente me adorase.

»Pero conforme pasaba el tiempo y conseguía más cosas dentro de la industria, más vacío me sentía. Varias veces estuve a punto de dejarlo, pero Beau, Jeremiah y Nate siempre me convencían para seguir un poco más. Y había cosas buenas, no todo era malo.

—¿Qué era lo peor? —empiezo preguntando.

—La publicidad —responde al momento—. Todo es mentira. Empezó con Allyson y salió tan mal, que no sé cómo me convencieron para repetir.

—¿Hablas de la ruptura? Pareció amigable, ¿no? —La prensa lo vendió así, pero después de saber que ni siquiera el romance fue auténtico, no tengo ni idea de qué pasó en realidad.

—Ninguna de las partes quería salir mal parada por una ruptura, así que se dijo que era una incompatibilidad de agenda. No fue así. Lo que pasó fue que Allyson empezó a enamorarse de mí. Enamorarse de verdad. Nunca fue mi intención hacerle daño. Por eso, me pareció que era mejor una separación.

—¿Ella lo aceptó?

—Le costó bastante. Tanto tiempo fingiendo, la había condicionado mucho. No puedo culparla. Pasamos mucho tiempo juntos, pero yo siempre la vi como a una amiga. Fue duro al principio. Allyson estaba bastante obsesionada conmigo. Tardó en hacerse a la idea de que nunca habíamos salido de verdad.

—Dios mío, debió de ser horrible.

—Lo fue. Para los dos, la verdad, pero más para ella.

—¿Estáis en contacto ahora? ¿Sois amigos? —pregunto.

No tiene nada que ver con celos. Al contrario. Conocer la historia real me ha despertado una simpatía por Allyson que nunca creí que pudiera llegar a sentir. Hasta lamento haber usado un poster de ella para limpiarme el culo en una ocasión.

—La verdad es que no. Allyson lo prefirió así y yo lo respeto.

—Nunca me he parado a imaginar cómo sería la industria de la música, pero, sin duda, no la hubiese imaginado así.

—Quizá otras personas tengan otras experiencias, pero esta es la mía.

De repente, caigo en la cuenta de algo.

—¿Te convencieron para repetir?

—Algo así. Un poco después, Matthew sugirió que podía empezar a salir con Cora, que por aquel entonces era la nueva sensación.

Cora no es cantante, sino actriz. Se metió al público joven en el bolsillo después de protagonizar varias comedias románticas seguidas. También formó parte del videoclip de *I just can't*, el primer *single* del tercer álbum de estudio de Wandering Souls.

—¿También fue fingida esa relación?

—Eso fue sin querer, lo juro. Cora y yo solo fuimos amigos. Nunca hubo nada más. Fue la prensa la que inventó el romance. Nos cazaron cenando juntos o quizá abrazándonos, pero nunca en actitud romántica, porque nunca hubo nada así. Cora es una de mis mejores amigas, y todo lo que viví con ella fue de verdad, pero solo como amigos. Interpretaron lo que quisieron.

Noto un hormigueo en el estómago y me siento culpable al momento. Es cierto que nunca vi un beso ni nada romántico entre ellos, pero yo también creí lo que la prensa quiso que creyera. Ni siquiera me planteé otra realidad.

—Sí que estuve con Leigh, por ejemplo, o con otras chicas. Nunca nada serio y, por supuesto, nada privado. Matthew siempre decía que eso era positivo.

—No sé cuánto se llevaba Matthew, pero espero que una buena parte —comento y hago que Miles me mire con el ceño fruncido—. *Mister Lover* fue más mérito suyo que tuyo.

Miles suelta una carcajada y parece relajarse al momento, como si toda la tensión hubiera desaparecido con la risa.

—¿Qué era lo bueno? —pregunto después.

—¿Lo bueno?

—Me has contado lo peor de ser estrella de rock. Quiero saber qué había para que mereciera la pena todo eso.

—Los conciertos, el público. Estar encima de un escenario y ver miles de caras entonando tus canciones, moviendo las linternas de sus móviles en los acústicos, como si estuvieran haciendo trampas con estrellas fugaces —asegura. Su voz suena firme, pero cuando se gira para mirarme, veo que sus ojos sí tiemblan. Acaba de reconocer que siguió pensando en mí, que siguió buscándome en esos momentos que fueron solo nuestros. No digo nada, ni me muevo. Han pasado años de eso—. La música —continúa al final—. Sacar mi libreta morada y componer era una terapia para mí, una forma de liberarme de todo lo que sentía y dejarlo salir antes de que me ahogara. Durante esos años, siempre hubo una balanza. A veces se inclinaba hacia la izquierda, y otras hacia la derecha.

»Recuerdo el momento exacto en el que quise parar. Lo hablé con el resto y estuvieron de

acuerdo, así que no hubo marcha atrás.

—¿Qué momento fue? —indago.

Miles se incorpora para quedar sentado y se gira ligeramente hacia mí. Sus ojos son ahora más azules que el cielo, más profundos que el mar.

—No fue nada extraordinario, en realidad. Llevaba tiempo dándole vueltas, pero sin tener el convencimiento absoluto. Durante una rueda de prensa, Rita Wheels, una de las periodistas más odiosas que he conocido en mi vida, me dijo que había notado un cambio en la banda, pero sobre todo en mí. —No necesito que me diga quién era la periodista, lo imagino bien. La chica rubia con las gafas rosas, seguro—. Esta mujer había hecho un seguimiento de todos desde el primer día —sigue hablando—. Más que una periodista, parecía una acosadora, de verdad. Pero me hizo reflexionar. Dijo que hacía un tiempo que me veía diferente, como más apagado, y entonces me preguntó, de la forma más sencilla del mundo: ¿cuándo fue la última vez que fuiste feliz?

»Y de pronto me di cuenta. Si esa mujer, que no era de mi entorno ni me conocía, había notado un cambio en mí. ¿Cómo de evidente estaría siendo? Y lo supe. Supe que, si esto no me hacía feliz, tendría que buscar otro camino.

—¿Y renunciar a la música?

—No he renunciado a la música. Sigo cantando. Con menos público, sí, pero eso no me importa porque realmente disfruto. También sigo componiendo, solo que para otros artistas. Es diferente, pero me gusta ver cómo suenan mis letras en otras voces. A veces compongo solo para mí.

—Cuando te retiraste de la música, pensé que lo dejarías todo. También componer.

—No es algo que pueda dejar de hacer, Chels. Para mí no solo es música, es mi idioma. La forma en la que siento, necesito transformarlo en canciones y dejarlo salir. Es distinto, pero a la vez parecido a lo que te pasa a ti con la cocina. No es algo que puedas dejar a un lado.

—No, no lo es.

Me levanto y me encamino a la orilla, tratando de digerir toda esta conversación. No me importa que el agua bañe mis pies descalzos, pese a que está fría.

No sé muy bien qué ha querido explicarme Miles con todo esto. No tiene excusa para la ruptura, más allá de admitir que lo hizo mal. Me ha contado una parte de lo que él vivió, su limbo entre la verdad y la mentira. ¿Dónde me deja eso a mí? No tengo ni idea.

Noto su presencia incluso antes de que se coloque a mi lado. Seguimos guardando una distancia prudencial, pero más pequeña que antes. Roza su mano con la mía y, cuando no la aparto, la deja justo ahí, piel con piel, aunque sin más contacto.

Pasan varios minutos de silencio, roto solo por las olas del mar, antes de que yo pregunte:

—¿Esta era la conversación que querías tener?

—¿La verdad? No. La realidad es que han pasado cinco años y sigo sin saber afrontar esta conversación contigo —responde, mirándome—. Yo solo quería disculparme por todo. Lo siento muchísimo, no sabes cuánto. Por cómo te dejé, por decidir por ti, por haberte hecho creer que no eras importante o que eres reemplazable. Porque no lo eras, Chels. No lo eres.

Para ser alguien que nunca llora, me cuesta aguantar las lágrimas. Siempre me he sentido justo de ese modo: reemplazable, defectuosa. Esa hija que sus padres no quieren. La amiga a la que no importa traicionar. La novia a la que sustituyen en dos semanas. Solo lo he hecho bien como hermana y, dado lo poco que veo a Mia en la actualidad, ni siquiera estoy segura de eso.

—Tener veintidós años y ser gilipollas no es excusa para todo lo que hice, pero no puedo deshacer ninguna de las decisiones que tomé. Ahora no soy así. He madurado. He aprendido, o

eso quiero creer. Por eso, quiero que sepas que, si tú quieres, sigo aquí. Podemos ser amigos, Chels. Amigos de verdad.

—Empieza por invitarme a comer, *Mister Lover*. Ya veremos lo demás.

Miles sonríe, pero yo siento como si todo mi cuerpo temblase.

Esta soy yo intentando bromear de nuevo porque es más sencillo esconderme detrás de una broma, que asumir todo lo demás.

Capítulo 32

El plan de comida es más complicado de lo que parecía en un principio, pero supongo que es lo mínimo que podía haber esperado de Miles Stones.

No se limita a ir a un restaurante y comer. No. Recorremos varios locales diferentes, situados en distintos puntos de San Francisco. Me ha asegurado una experiencia gastronómica única y, sin duda, lo está siendo, porque no basta con un menú de su restaurante favorito, no. Hemos ido a probar todos los malditos platos que le gustan, sean de donde sean. Y quizá sea una tontería, pero todo esto está despertando unas nuevas ganas de cocinar, de probar otros productos en mis platos, otros sabores.

El postre ha sido una tarta de queso tan espectacular que me he comido entera, pese a que no podía más.

Lo más sorprendente termina siendo que, durante las tres horas que hemos ido de un lado para otro, lo he pasado francamente bien, sin importar que sea Miles. O al revés, quizá sí ha importado que fuese él.

—¿Te apetece tomar una copa? Puedo llevarte a tu casa si lo prefieres —pregunta con prudencia.

—¿Estás intentando emborracharme? —bromeo—. Porque te recuerdo que la última vez, te vomité en los pies.

—¿Eso sí lo recuerdas?

—Tengo memoria selectiva. Solo recuerdo lo importante.

Miles sonríe, divertido. Mientras hablamos, pone rumbo a The Grand, el bar más cercano a nuestra localización actual. Ha interpretado mi respuesta como un sí.

—Permíteme que lo dude.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Pasó algo más esa noche?

—Hiciste una representación tan sexi de *Feel It Still*, que media sala se puso en pie para pedirte las bragas. Luca y Sky los primeros, por supuesto. —Me llevo las manos a la cara, avergonzada. Desde luego, no es la imagen que quiero que nadie tenga de mí—. No te cohíbas. Me gusta esa Chels. Es divertida.

—Soy una persona divertida.

—¿Sabes? Casi se me había olvidado tu voz cuando cantas.

—Si hubiera sido una persona vengativa, podría haber sido cantante.

—¿Eso hubiera sido una venganza? Porque a mí me habría encantado.

—Intentar hacerte sombra en la industria de la música y después hundirte —me explico mejor.

—Si te hubieras dedicado a esto, sin duda habrías sido más famosa que yo. A tus pies todo un ejército de hombres y mujeres queriendo ser tú, queriendo estar contigo.

—*Mister Lover y Misses Heartbreaker* —vuelvo a bromear.

—Potencia y Peligro —me sigue el juego, haciéndome reír—. Tiene gancho.

—No suena tan bien como tú te crees.

—¿No? A mí me suena genial, la verdad.

Pasamos juntos al local y vamos directos a la barra.

Ignoro su último comentario a propósito. He activado el modo autoprotector, que consiste básicamente en intentar separar al Miles de antes y al Miles de ahora para no volver a caer en un pasado que no quiero revivir.

Me pido un daiquiri de fresa. Él elige un wiski con soda, y me doy cuenta de que han pasado años, pero sigue bebiendo exactamente lo mismo que antes.

Nos quedamos en la barra, cada uno con nuestra bebida.

Miles se quita el jersey dentro del local, donde la calefacción es más alta. La camiseta blanca deja al descubierto sus tatuajes y me fijo en ellos. Algunos los conozco. En el brazo derecho tiene varios elementos musicales: una guitarra eléctrica, un micrófono, un pentagrama con frases de sus canciones en lugar de líneas. En el izquierdo, hay un cachorro de lobo que se está mirando en un lago y en el reflejo de esa agua se ve un lobo adulto, fuerte y fiero. Se lo hizo estando conmigo. Lo que era frente a lo que quería ser. Ahora, sin embargo, ha añadido dos palabras en el agua: *Don't wish*. No tengo ni idea de a qué se refieren, pero cuando él carraspea en clara señal de que me ha pillado repasándole más tiempo del correcto, desvío con rapidez la mirada hacia su cara.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta, provocativo.

—Solo me fijaba en los tatuajes, pero nada que me sorprenda.

—Hemos hablado del pasado —comenta Miles—, ¿qué tal si hablamos ahora del presente?

—Somos vecinos, ya has visto mi presente.

—Venga, Chels. Seguro que puedes estirarte un poco más. ¿No hay nada de mí que quieras saber?

—Ahora que lo dices... ¿Dónde está Patitas? ¿Sigue con tus padres? —Miles se tensa al instante y todo rastro de diversión desaparece de su cara—. Lo siento, no quería...

—No, no te preocupes. Patitas ya no está, falleció el año pasado. —Soy yo quien se tensa ahora. Me sorprende saberlo, pues el perro era joven—. Fue un trágico accidente.

—No tienes que contármelo si no...

—No pasa nada, quizá así entiendas por qué soy así con Kurt. —Hace una pausa para tomar aire y me mira de nuevo—. Mi padre había salido a pasearlo. Al subirse al ascensor, se encontró con un vecino y se pusieron a hablar. No se dio cuenta de que Patitas se había salido hasta que fue demasiado tarde. Estaba atado, así que la correa...

Miles no termina la frase, pero la entiendo a la perfección. No quiero imaginarme la escena, aunque mi mente me traiciona cuando aparece el pequeño Yorkshire inerte en el suelo. Debíó de ser tan traumático...

—Dios mío, lo siento tanto, Miles —digo con sinceridad, todavía con mal cuerpo—. Y siento haberte pedido también que ataras a Kurt, yo...

—No tenías por qué saberlo, pero soy incapaz de subirme a algún sitio con Kurt atado. No... no puedo.

Noto el impulso de levantarme y abrazar a Miles, solo para que sepa que lo siento, que comparto su dolor. Sin embargo, no lo hago. Mi cabeza lucha siempre contra ese tipo de actos, y siempre gana. Como si demostrar un gesto de cariño fuera peligroso, como si no tuviesen sentido. Me limito a poner la mano sobre su hombro y dar un ligero apretón.

Miles sonríe.

—No quiero hablar de cosas tristes. Hoy no. Cuéntame, ¿qué tal está Mia? ¿Y Audrey?

—¿Cómo sabes el nombre de mi sobrina? No llegaste a conocerla.

—Pillado —suelta y da un sorbo a su copa antes de mirarme—. Me encontré con tu

hermana hace unos tres años, cuando fuimos a Chicago a hacer un concierto. Fue casualidad, pero estuvimos hablando un rato.

—No me dijo nada.

—Le pedí que no lo hiciera —admite—. A ella también le pareció buena idea. Tenía la sensación de que, cuanto menos supieras sobre mí, sería mejor para ti.

—Qué exagerada —intento quitarle importancia, aunque era totalmente así—. ¿Qué te dijo?

—Me puso un poco al día. Me dijo que estabas trabajando como cocinera, que salías con alguien. Que te iba bien, no sé.

—¿Te dijo que estaba con alguien? —inquiero.

—Sí, un año con él, para ser exactos. Ahora no te he visto con nadie, así que imagino que esa relación terminó.

—Maldita mentirosa —suelto sin pensar.

—¿No salías con un tal Marcus?

Suelto una carcajada.

—Me temo que Mia te engañó de pleno —aseguro.

Conozco a mi hermana y estoy convencida de que lo hizo para tratar de fastidiar a Miles. No me molesta, aunque yo no lo hubiera hecho. No necesitaba hacerle creer que estaba con alguien para demostrarle que lo había superado, pues es algo que podía hacer igualmente estando soltera. Ninguna mujer necesita un hombre para empoderarse.

—Y tanto que me engañó —admite sin tapujos y se ríe también—. Aun así, tengo que darle las gracias.

—¿Por qué?

—Después de la conversación con Mia compuse *I just can't* y ganamos el Grammy a mejor canción del año. Mereció la pena, supongo.

Tengo la discografía de Wandering Souls bastante reciente después de estos días y mi cabeza no tarda en ubicar la canción de la que habla. Me he aprendido muchas de sus letras y recuerdo a la perfección el estribillo:

I imagine you holding other hands

Walking, laughing, kissing his lips

And I'm sorry, but I just can't

Imagine you burning in another skin

Por si la letra no fuera suficiente, cantarla mentalmente con la voz de Miles, metida hasta las entrañas, termina de removerme por dentro. Mi modo autoprotector flaquea, pero hago lo posible por mantenerlo fuerte.

Ese tema salió años después de nuestra ruptura. Yo había dado por hecho que hablaba de Allyson, pero nunca fue así.

De pronto, otro recuerdo me viene a la cabeza. Escucho la voz de Miles como lejana, diciendo con voz clara y susurrante: Todas mis canciones fueron siempre para ti. Lo que pasa es que no parece un recuerdo real, ¿cuándo sucedió eso? ¿Fue un sueño?

Descarto ese pensamiento. Venga de donde venga, no quiero saber adónde va.

Miles Stones es una puerta que se cerró y que nunca volveré a abrir.

—Brindemos por Mia, pues —digo, tratando de sonar firme.

Quitarle importancia a las cosas es la mejor forma de no preocuparse por ellas.

Miles alza su copa y la choca con la mía, y así finjo que me da igual lo que acaba de decir sobre la canción, y sobre mí. Incluso sobre el hecho de que me dedicara sus canciones, o de que

me esté mirando tan fijamente tras ese azul intenso e hipnótico.

Seguimos poniéndonos al día, tema tras tema, copa tras copa.

Llegados a cierto punto, cuando Miles sugiere que cenemos algo, acepto en el acto. No me he excedido bebiendo, porque no quiero vivir otra noche que lamentar. Sin embargo, tengo hambre y el estómago me ruge ante la idea de devorar una pizza entera.

No buscamos ningún restaurante en concreto, sino que nos metemos en el primer sitio que vemos que vende porciones sueltas y pido cuatro. Aprovecho la espera para mirar el móvil. He estado tan entretenida durante toda la quedada con Miles, que apenas lo he consultado.

Mi teléfono arde con las notificaciones. Arde para mí, que no estoy acostumbrada a tener muchas y, en este momento, ocho mensajes de mi hermana y más de treinta del grupo con Luca y Sky, me parecen demasiadas.

Leo primero las de Mia, que no son más que mensajes para recordarme que tengo que visitarla en Acción de Gracias. Le aseguro que sí que iré. En los últimos meses nos hemos visto muy poco y, después de la relación que hemos tenido, quiero luchar por volver a lo que éramos, aun si tengo que regresar a Chicago para ello. Mia y Audrey son todo para mí, y me parece que se lo he demostrado poco y mal.

El grupo lo leo solo por encima. Están preocupados por mí, por cómo terminé anoche. Joder, no les he hablado en todo el día. Para darles más material, hago un *selfie* con Miles comiendo pizza, y se lo envío junto al mensaje:

Mañana os cuento bien

Y dejo el móvil, consciente de que ambos estarán ansiosos por saber y enfadados por dejarlos así.

—¿Para quién es esa foto?

—Luca y Skylar.

—Ah, ya entiendo. Tienes miedo de que pueda deshacerme de tu cadáver y estás dejando pruebas de quién sería el culpable.

—Pillada.

—Adiós a mi plan, pues. Tendré que probar con la alternativa.

—¿Y cuál es?

—Pasear. Tengo que bajar la pizza. No suelo cenar demasiado y luego se me hace pesada la digestión.

—Claro, paseemos —acepto. Me sorprende la facilidad con la que estoy accediendo hoy a todo.

Por eso, evito normalmente a Miles. Es más sencillo mantener el orgullo cuando no tengo que lidiar con él.

Pagamos la cena, cogemos los refrescos, que todavía están a la mitad, y salimos a la calle.

Me cobijo bajo el abrigo, aunque no hace demasiado frío. Miles no necesita más que un jersey, pero él siempre fue más caluroso.

Salimos sin rumbo fijo, en dirección a nuestro edificio.

Reanudamos la conversación, sobre cosas insustanciales esta vez. Él me cuenta cosas sobre Kurt, sobre Beau y Jeremiah, sobre Nate. Me pregunta por Mia, incluso por Audrey, y por Rocket. Me doy cuenta de lo fácil que es hablar con él, de lo natural que me parece. El tiempo ha pasado y ha diluido el odio, aun si todavía no lo he perdonado del todo.

Doblamos en una esquina y vemos a un músico en una pequeña plaza, tocando con su violín una melodía rápida, movida. En San Francisco es habitual este tipo de artistas callejeros, mucho más de lo que lo era en Chicago. Supongo que porque allí el viento y el clima es horrible.

Reconozco la canción enseguida, solo porque se trata de *Umbrella*, uno de los mayores éxitos de Rihanna. Hay un pequeño corro a su alrededor, no más de treinta personas. Me recuerda un poco a los primeros bolos de Wandering Souls, cuando tocaban para un público parecido, en el interior de algún local. El violinista debe de estar cerca de los cuarenta años. Un hombre alto y corpulento, con una barba larga y cuidada, y unas gafas de pasta que le confieren un aire intelectual.

—Conozco a este hombre —me dice Miles. Me fijo en él, en cómo mira al violinista, con admiración y algo más, algo que no consigo identificar—. Se llama Nathan Baltimore. Suele estar por aquí, o por el Museo de Arte Moderno. Te juro que toca mejor que gente que está en la Filarmónica, pero no ha tenido esa suerte. O quizá nunca se ha presentado, no lo sé. El caso es que siente la música de una forma que te hace vibrar. Tiene dos hijos —continúa hablando, sin apartar ni un instante la mirada del violinista. Yo tampoco lo hago, pese a que esté escuchando a Miles. No lo hago porque tiene razón, porque hay algo en su forma de tocar, en el sonido de sus cuerdas, en la melodía que está creando. Hay algo que se mete dentro y te hace vibrar—. Trabaja como mecánico, pero se niega a renunciar a la música. De vez en cuando saca su violín y toca aquí y allá. Se saca un dinero extra.

—Tú también cantas así en la calle —recuerdo. Sé que no necesita dinero, que su carrera fue corta, pero fructífera.

—Los dos somos músicos. Crear canciones, tocarlas, cantarlas... Es el idioma que entendemos, nuestra forma de expresarnos, de vivir. Yo ahora lo hago solo como entretenimiento, pero Nathan busca algo más.

—¿Qué busca?

—La música, como la vida, depende de un toque de suerte. Puedes tener talento, puedes ser un prodigio, pero siempre hay que empezar. Necesitas esa chispa, ese primer contacto con el fósforo antes de que arda, esa primera gota de lluvia que anuncia la tormenta... Necesitas ese momento que cambia tu mundo para siempre. —Al decir eso último, se gira un instante para mirarme. Un instante, solo uno, antes de volver la vista a Nathan.

Pero ese único instante me ha hecho vibrar más que el violín que nos envuelve.

—¿Cómo se consigue esa chispa? —pregunto en cambio.

—Si estamos hablando de Nathan, necesita llamar la atención de la gente adecuada. Por eso, sube sus actuaciones a su Instagram. Se graba en directo.

—¿Ahora mismo se está grabando?

—Siempre lo hace —responde y señala el trípode, donde hay colocado un móvil.

La canción termina y empieza a sonar otra. *Photograph*, de Ed Sheeran, y no sé si es que adoro este tema, o que sé el trabajo que cuesta conseguir algo tan básico como una oportunidad, pero se me ocurre una pequeña idea. Una pequeña locura, más bien. Porque yo no soy cantante, ni soy famosa, pero sí sé que dos personas pueden sumar más que una sola.

Saco mi móvil y empiezo un directo en mi Instagram. Mi perfil es un desastre, una mezcla entre cosas personales y temas de cocina, pero tengo casi diez mil seguidores.

Le dejo el móvil a Miles para que grabe y, sin pensármelo demasiado, me acerco al violinista.

Él me mira con una sonrisa, sin dejar de tocar.

—¿Puedo cantar contigo? —pregunto en voz baja.

Él se limita a asentir y a ensanchar la sonrisa.

Me uno a la canción, que ya está casi en el último estribillo:

And if you hurt me

Well, that's okay, baby, only words bleed

Inside these pages, you just hold me

And I won't ever let you go

La melodía del violín encaja perfectamente con mi voz.

Nathan se gira hacia mí y yo me acerco a él, como si fuéramos un auténtico dueto. No suelo cantar, mucho menos en público, pero me siento bien haciéndolo con él. Algunas personas sacan también sus móviles y empiezan a grabar, y sé que, aunque solo sea un pequeño granito de arena, algo sumará.

La canción termina y el público aplaude.

Nathan hace una reverencia hacia mí, agradecido. Le quito importancia con un gesto, porque el artista es él, no yo.

—¿Aceptas peticiones? —pregunto entonces.

—Siempre.

—¿Te sabes *I just can't*, de Wandering Souls?

Dedico una mirada fugaz a Miles, que ya me está mirando, sin ocultar su sorpresa. Creo que ha entendido mis intenciones, sin necesidad de explicar nada. ¿Quiere ayudar a Nathan Baltimore? Esta es la mejor opción.

Hago un gesto disimulado a Miles para que se acerque. Duda un instante, seguramente valorando si merece la pena perder su anonimato ahora mismo o no.

Al final, niega despacio y esboza una ligera sonrisa.

Viene hasta mí y, justo cuando me dispongo a ceder mi lugar y esconderme entre el público, Miles me sujeta por el antebrazo y me retiene.

—Sigues siendo peligrosa —murmura.

El violinista empieza a tocar, de forma lenta y sutil. Creo que se ha percatado de que algo pasa y nos está dando tiempo a solucionarlo. No parece haber reconocido a Miles, escondido tras la visera de su gorra. Nadie lo ha hecho, a decir verdad.

—Si quieres que cante, hazlo conmigo.

Capítulo 33

—¿Qué? Tú eres el profesional, yo solo soy...

—La única persona con la que siempre he querido cantar.

¿Por qué tiene que mirarme Miles de esa forma tan intensa? Apenas puedo pensar cuando lo hace, mucho menos cuando me sonrío, sabiendo que se ha salido con la suya.

La mano de Miles, que todavía me sostiene por el antebrazo, resbala sin soltarme, solo para entrelazar sus dedos con los míos y tirar de mí para que no escape. Y puede que su piel sea áspera, y que esté fría, pero, joder, el escalofrío que me recorre me deja aturdida.

Me fijo en su anular, en ese tatuaje de Chels que me pertenece.

—Buenas noches, San Francisco —saluda Miles. Justo las mismas cuatro palabras que utilizaba en cada concierto que daba en la ciudad.

Se quita la gorra con la otra mano y la deja caer al suelo.

Algunas personas del pequeño público lo reconocen enseguida. Gritan su nombre, se miran alucinados. Gente que solo pasaba por allí se acerca de pronto, interesadas por el escándalo que se ha formado. Sacan más móviles para grabar.

Han pasado apenas dos segundos desde que se ha quitado la gorra, pero el resultado es vertiginoso. Esto es lo que Nate llamaba «el efecto Miles».

—Soy Miles Stones, vocalista de Wandering Souls —se presenta, como si de verdad creyera que todavía queda alguien que no sabe quién es—. Este de aquí es Nathan Baltimore, uno de los mejores violinistas de todo Estados Unidos —dice y señala hacia el aludido, que hace una nueva reverencia con la cabeza, agradecido—. Podéis seguirlo en sus redes sociales, os aseguro que merece la pena. ¿Os apetece un pequeño concierto improvisado? —pregunta al público.

Hay más del triple de personas que antes. La gente grita y vitorea, pidiendo que cante.

Me siento un poco cohibida, más pequeña. No por nada, sino porque Miles tiene tanta presencia escénica, que siento que no soy nadie.

Él no piensa igual, pues no me suelta la mano.

—Esta noche no tengo a mi banda, pero la tengo a ella: Chelsea Adams —me presenta—. Chels. Peligro. La voz femenina más increíble de todo el planeta.

—Eres idiota —gesticula con la boca, sin hablar, y roja de vergüenza.

Miles suelta una carcajada y, por fin, empieza a cantar. Su voz rasgada hace que el público aplauda enseguida, como si las personas que todavía no se creían que Miles Stones estuviera en una calle cualquiera improvisando un concierto, lo hubieran terminado de reconocer por su timbre.

Me hace un gesto sutil, indicándome las partes que quiere que cante yo, y, en cuanto nuestras voces se encuentran antes del estribillo, toda la incomodidad desaparece, porque cantar con Miles es algo tan sencillo que parece natural. Y tiene razón: nuestras voces casan a la perfección.

Nathan termina la canción y empieza una más movida: *We were born for this*.

Es uno de sus *singles* más movidos y pegadizos, aunque yo solo conozco el estribillo, que es justo la parte que canto con Miles.

Let's all come together,

*Let's show them we are here,
That we will roar strong forever,
Look at us, we were born for this*

Me pasa lo mismo con la siguiente, que solo me sé una pequeña estrofa. La canción creo que se llamaba *Bad player*, otro de sus éxitos movidos.

*Thousands of lights in front of me
pointing the way I've always wanted
And I still feel lost if you're not here
In this game I'm just another bad player*

Después sigue con otra nueva, y otra más. Parece conocer la discografía entera de Wandering Souls. No me extraña, es algo que todo el mundo conoce. Estoy tan perdida en Miles y en el aura que desprende cuando canta, que tardo bastante en darme cuenta del alcance que tiene, porque de repente la calle está llena de gente.

No sé si lo han visto en las redes sociales o si se han ido avisando unos a otros, pero todo San Francisco se ha enterado de que Miles Stones, el mismo que estaba tomándose un descanso, ha improvisado un concierto con una chica cualquiera y un violinista callejero.

El aplauso suena atronador después de que Miles entone la última nota, rasgando su voz y dejando que se rompa del todo.

Nathan deja el violín en el suelo. Se le nota cansado, pero agradecido. Tiene los ojos llorosos y, cuando sonríe, algunas lágrimas brillan en su cara.

—Gracias, millones de gracias —repite varias veces. Se acerca a Miles y le da un apretón de manos utilizando ambas. Después se gira hacia mí y hace lo mismo—. Gracias.

—Yo no he hecho nada...

—Tú has creado esto —asegura—. Y no sé qué pasará después, ni siquiera si pasará algo, pero te prometo que recordaré este día como uno de los mejores de mi vida. —Mira a Miles al decirlo y supongo que se refiere a que no todos los días uno puede tocar con uno de los *rockeros* más famosos del mundo.

El violinista me da un repentino abrazo y, pese a lo mucho que odio el contacto físico con desconocidos, no puedo más que devolvérselo. Su alegría es contagiosa.

—Nathan Baltimore, señores —termina diciendo Miles—. No os olvidéis de él.

En cuanto la gente ve que el concierto ha terminado, se acercan en tropel a nosotros.

Nathan recoge su violín y se va tras despedirse, pero nosotros no tenemos tiempo: avasallan a Miles para pedirle autógrafos o fotografías, o las dos cosas.

Él me coloca detrás de su espalda y pide calma.

Yo retrocedo, agobiada. No soporto las multitudes, y mucho menos las de este calibre.

—Respira, Chels —me dice Miles a mi lado—. Respira.

Y trato de hacer lo que me pide, pero cada vez me cuesta más. La gente se nos tira encima como si fuera una horda zombi, y el único motivo por el que no chocan conmigo es porque Miles me está protegiendo con su cuerpo, aun si los empujones se los está llevando él.

—Espérame en la esquina —murmura en mi oído—. Voy a quitármelos de encima y vuelvo a por ti.

No respondo. Soy incapaz de hablar, pero cuando Miles me da un pequeño empujón para que me aleje de la multitud, sigo moviéndome por la inercia y desaparezco entre la muchedumbre.

Lo último que escucho es cómo Miles intenta pedir paz de forma amable, mientras firma un

autógrafo y otro, y se hace fotografías con sus *fans*.

Me camuflé en la penumbra, lejos de todo, y me dejo caer en el escalón de entrada de un local ya cerrado. Respiro despacio, tratando de calmarme. Cuando por fin lo consigo, ya han pasado al menos diez minutos y Miles aún no ha conseguido volver.

Me siento culpable. No he pensado en las consecuencias de que se pusiera a cantar en medio de la calle, pero, joder, es que media ciudad ha venido hasta aquí.

Cada vez entiendo más el motivo de su retirada. ¿Quién puede vivir así? Acosado por gente a la que ni siquiera conoces.

Pasa más de media hora, hasta que Miles aparece, medio corriendo. Agarra mi mano sin pararse e incrementa el ritmo, llevándome con él.

No nos están siguiendo, o eso parece, pero tampoco se fía.

No se detiene hasta llegar a nuestro rellano, a la espera del ascensor.

Vuelvo a tener la respiración acelerada, aunque ahora se debe a la carrera.

Solo a la carrera, no a que Miles esté frente a mí, a escasos centímetros de mi cara, con su voz rota todavía retumbando en mi pecho, sus dedos entrelazados con los míos y esos ojos, que un día fueron mi mar, mirándome como si quisieran volver a serlo.

—Lo siento —consigo disculparme—. No tenía ni idea de que sería así.

—¿Lo sientes? —repite. Me fijo entonces en su sonrisa de felicidad, que le llega a los ojos. Suelta una carcajada de esas que le hacen retorcerse de la risa y vuelve a mirarme—. Ha sido increíble, Chels. Increíble.

—Pero la gente...

—Me gusta la gente —afirma convencido—. Sí, quizá se ha ido un poco de las manos, pero no me molestan los *fans*. Hoy me hubiera gustado irme antes, es cierto. Siento que se lo debo, ¿sabes? Son ellos quienes eligen. Pueden escoger a quién escuchar, a quién idolatrar, y, entre todos los cantantes del mundo, escogieron a Wandering Souls.

»Por eso me siento agradecido, porque nos dedicaron su tiempo, su atención, su cariño y una parte de su felicidad.

Me vuelvo a dar cuenta de lo diferentes que somos. Yo solo he sentido cómo me asfixiaba entre esa multitud, tan agobiada que apenas podía respirar. Él crece y se alimenta del cariño de la gente. Miles se mueve por el mundo como pez en el agua, lleno de carisma, de atractivo, de autoestima, mientras que yo no soy más que un naufrago luchando a contracorriente por encontrar un trozo de tierra.

Pero no tiene nada de malo ser tan diferentes. Al menos, esas diferencias nunca fueron importantes para nosotros.

—De todos modos —continúa—, aunque me molestase la gente, hubiera merecido la pena igual. ¿Sabes por qué?

La puerta del ascensor se abre y entramos juntos. Miles pulsa el botón del ático, sin soltarme. Yo tampoco lo hago.

—¿Por qué? —pregunto al ver que no responde solo. La sonrisa se le borra de la cara, pero la felicidad no desaparece de sus ojos.

—Porque adoro la música. Y cantar contigo, escuchar cómo se acompasa tu voz con la mía, poder mirarte a la cara y descubrir que, pese a todo, sí te sabes mis letras... Joder, Chels. ¿De verdad me estás preguntando por qué merece la pena? ¿De verdad todavía no has notado que no he conseguido dejar de pensar en ti? Has estado en mi cabeza todos y cada uno de los días desde que cometí el error de dejarte. Todos y cada uno.

Siento cómo mi pecho se acelera, pero no tiene nada que ver con la ansiedad esta vez. La repentina confesión de Miles me deja paralizada por fuera. Solo por fuera. Por dentro, tengo un ejército de mariposas revoloteando por mi estómago y revolucionando todo mi sistema nervioso.

Yo no reacciono, pero tampoco hace falta.

Nada más terminar de hablar, Miles recorta esos pocos centímetros que nos separaban y me besa. Con las manos en mi mandíbula, los labios cargados de ganas y los latidos disparados.

Respondo al instante, porque es literalmente imposible no hacerlo. Respondo con ansia, con anhelo. Como si mi cuerpo se hubiera estado preparando para este beso durante mucho tiempo y ahora quisiera soltarlo todo.

Nuestras bocas llevan cinco años sin probarse, pero encajan al instante. ¿Es posible recordar un beso con perfecto detalle tanto tiempo después? Durante estos años he estado con multitud de hombres. Besos húmedos, bocas desconocidas, caricias ardientes y superficiales. Todo lo he olvidado. Sin embargo, sigo reconociendo los besos de Miles. Esa cadencia suave de sus labios, la sutilidad de su lengua, la incipiente barba al acariciar mis mejillas, la aspereza de sus manos.

La importancia de un beso no erradica de lo físico, sino de la profundidad.

Besar a Miles no es un roce de labios contra labios, de lengua contra lengua. Besar a Miles escarba mucho más hondo. Roza la piel, se cuela por los poros y busca el fondo, ese lugar profundo que asegura que, una vez eche raíces, ya no habrá forma humana de arrancarlo de ahí.

Y ahí, justo ahí, es donde escondí los sentimientos que guardaba para Miles.

Ahora no quiero pensar en eso. No quiero pensar en nada, salvo en este instante.

La realidad se desdibuja a mi alrededor, como si fuera un cuadro de Van Gogh. Pierdo la noción de todo. Del tiempo, del espacio, incluso de mí misma. Es el efecto que tienen los besos de Miles: son tan intensos como adictivos.

Cuando noto su lengua convirtiéndolo todo en algo más húmedo, más íntimo, se me escapa un pequeño gemido.

Mi espalda choca con la pared del ascensor y Miles se pega más a mí.

Ni siquiera sé cuánto tiempo llevamos subiendo, pero no me importa.

Coloco las manos en la cinturilla de sus vaqueros, solo porque necesito hacer algo con ellas. Las suyas han descendido hasta mis caderas. Noto su cuerpo contra el mío. Su aliento huele a melocotón, mezclado con el alcohol de las copas que hemos tomado.

Nuestras bocas no se separan, ni siquiera para volver a respirar.

Tengo el corazón desbocado, pero siento sus latidos contra mi pecho, igual de acelerados que los míos.

Y me gusta saber que Miles está tan nervioso como yo.

El ascensor se abre y nos precipitamos hacia el exterior.

No nos encaminamos hacia ninguna casa, como si fuera un punto indeciso y no supiéramos qué hacer. O como si no importara en absoluto.

Al final, se mueve hacia mi piso y me mueve con él, sin dejar de besarme.

Choco con mi puerta, pero no hago el amago de detenerme ni para buscar las llaves y abrirla. En cualquier caso, en este rellano solo vivimos nosotros.

Miles desliza las manos hacia mi espalda y las baja despacio, dejando tiempo para ver si lo detengo.

No lo hago.

La anticipación me puede y, al abrir los ojos y encontrarme de bruces con los suyos, veo fuego en ese azul. Aprieta las manos en mi culo y me atrae contra él. Lo noto tan duro contra mi

abdomen, que siento una pequeña descarga directa en la entrepierna.

Sentir su excitación me enciende aún más y la cabeza se me va del todo.

Sigo sin querer pensar.

Sujeto con fuerza sus caderas y me froto contra él. La fricción de nuestros cuerpos le arranca un sonido gutural, que hace que su boca se separe de la mía y que busque mi cuello con las mismas ganas. Consigue incluso que su pierna vibre.

Un momento.

Su pierna está vibrando de verdad.

Desvío la mirada hacia allá y veo iluminada la pantalla del móvil.

Miles intenta besarme de nuevo, sin mirar siquiera su teléfono, como si no importara nada.

Pero sigue sonando y es imposible ignorarlo del todo.

—¡Joder! —protesta, con los ojos todavía encendidos y los labios un poco hinchados.

—Deberías contestar...

Miles saca el teléfono para mirar quién es y yo aprovecho para intentar recuperar la compostura. Inspiro y espiro despacio, tratando de normalizar la respiración.

—Es Nate. Dame un segundo —me pide antes de descolgar—. Hola, Nate, ¿qué pasa? Espera, cálmate. ¿Cómo? —pregunta y me dedica una mirada fugaz—. Espera, luego hablamos. Te llamo en diez minutos y me cuentas todo bien.

Cuelga sin esperar respuesta y vuelve a mirarme.

—¿Está todo bien?

—Sí, sí... No es nada —asegura, aunque parece nervioso.

—¿Le ha pasado algo a Nate...?

—¿Qué? No, qué va. Pero tengo que irme. Yo...

Lo veo venir. Me va a soltar que esto ha sido un error. Y muy probablemente lo sea, pero no quiero que lo diga. Si uno de los dos tiene que echarse atrás, prefiero ser yo.

Maldita sea.

No voy a permitir que me deje dos veces.

—Tienes razón, es hora de irse —afirmo más seria, más fría. Busco en mi bolso las llaves de mi casa, bajo la atenta supervisión de Miles—. Creo que esta noche se nos ha ido un poco de las manos. Me parece que voy a tener que dejar del todo el alcohol —bromeo con una sonrisa, como una cobarde, tratando de echar la culpa a las copas. Como si fuera eso lo que ha pasado. Como si pudiera engañar a Miles con tanta facilidad.

Miles me sujeta de la muñeca y me gira hacia él.

Estamos tan cerca, pero tan cerca, que no hay capa de aire entre nosotros.

Clavo la mirada en el suelo.

—No. No hagas esto —me pide firme y, aun si estoy evitando a toda costa fijarme en él, noto sus ojos centrados en mi cara—. No digas que esto ha sido el alcohol, porque sabes que es mentira. Si estuvieras bebida esto no habría pasado. Jamás me aprovecharía de ti. Jamás —reitera convencido, con su voz sonando más grave—. Y tampoco lo reduzcas a nada, porque este beso, tú y yo, distamos mucho de ser nada.

Sigo evitando mirarlo, solo que ahora por otro motivo. El modo autoprotector ha vuelto con fuerza. Siento como si me hubiera replegado tras mi coraza, como si necesitara protegerme de los sentimientos que Miles despierta, porque no quiero que despierten de nuevo y sufrir todo lo que ya sufrí.

Ya pasé ese duelo y me costó mucho salir de ahí. No puedo volver a entrar.

Respiro despacio, justo como me enseñó. Casi me resulta irónico seguir su técnica de relajación para protegerme de él.

—Tú y yo no somos nada, Miles —aseguro unos instantes después, cuando por fin soy capaz de hablar. Alzo la cabeza hacia él y lo miro, tan distante como puedo—. Y esto sigue siendo un beso sin importancia.

Miles suelta una carcajada irónica y amarga, y consigue ponerme el vello de punta. Me mantiene la mirada, solo que en la suya hay algo muy diferente. Él sigue reflejando el mismo deseo que mientras nos devorábamos en el ascensor. Apoya un brazo en la puerta por encima de mi cabeza y se pega más a mí, si es que eso es siquiera posible.

—Te conozco, Chels —susurra en mi oído. Su voz es tan áspera, que un escalofrío me recorre toda la columna vertebral, haciéndome temblar—. Sé lo que intentas. Te has asustado, y por eso quieres huir. No tienes que temerme. No es mi intención jugar contigo. Tampoco tienes que asustarte. No te estoy diciendo que esté enamorado de ti, solo que no nos reduzcas a la nada. Y puede que tu cabecita ahora esté dando mil vueltas, reviviendo aquella noche en la que me comporté como un capullo y te dejé. Pero ya no soy esa persona y, si me dejas, voy a demostrártelo. Me equivoqué, sí, pero aprendí. Aprendí que los sueños no son solo cumplir las metas que nos proponemos, sino también rodearnos de las personas que queremos. Que el éxito no vale de nada si no puedes compartirlo. Que las emociones reales, esas que te sacuden y descolocan tu mundo, las encuentras pocas veces en la vida.

»Yo las encontré contigo cuando te conocí, y las sentí de nuevo cuando entraste en mi piso en la fiesta de la inauguración. Así que, puedes poner las excusas que quieras, pero no puedes engañarme. Dime, Chels. ¿Qué has sentido al besarme? Porque si no has sentido nada, te juro que nunca volveré a insistirte, pero quiero que me lo digas tú. ¿Qué has sentido?

Todo.

Nada.

Una estrella explotando como una supernova, como si todos esos sentimientos de los que habla Miles prefirieran quemarse que desvanecerse.

El problema no es ese, sino todo lo demás.

Nunca he sido de las que va a por todas, ni de las que se arriesga, mucho menos de las que da segundas oportunidades. Si me traicionas o me hieres una sola vez, estás fuera para siempre. Tampoco soy de ese tipo de personas que tienen un grupo numeroso de amigos ni multitud de personas importantes en su vida. En la mía somos pocos, pero a los pocos que dejo entrar se lo entrego todo.

Miles ya me falló una vez y no sé si estoy lista para perdonar todo eso. ¿Se puede olvidar un daño que todavía te desangra por dentro?

Ni siquiera sé si debería creerme sus palabras o son parte del *Mister Lover* que ha representado todo este tiempo. Y, aunque una parte de mí cree que pensar en esto es mi modo propio de autosabotearme, sigue siendo mi mejor mecanismo de defensa.

—No lo hagas —repite, solo que esta vez no parece tan decidido. Su voz flaquea, tiembla. Se separa un poco de mí y vuelve a mirarme, sus ojos rebosantes de súplica, de pena. Ha percibido un cambio en mí sin necesidad de hablar siquiera—. Te conozco, Chels. Sé que te conozco.

—No, Miles, no me conoces —niego, buscando de nuevo las llaves, pero sin deshacer el contacto visual con él—. Y tampoco me conocías. ¿Sabes por qué? —repito la pregunta que me ha hecho antes, solo que no le doy tiempo para responder—: Porque si me hubieras conocido,

nunca me habrías dejado del modo en el que lo hiciste. Y si de verdad me conocías y aun así decidiste hacerlo, sin importarte desprenderte de mí con la misma facilidad con la que se desprendieron mis progenitores, entonces eres mucho peor de lo que creía.

Me giro, meto las llaves en la cerradura y me apresuro a entrar.

Cierro la puerta tras de mí, por si Miles se plantea seguirme.

No lo hace. Se ha quedado paralizado al escucharme, y sé que le he golpeado donde más le duele al compararlo con mis progenitores. Creo que el hecho de que me cueste referirme a ellos como padres ya dice todo lo que tiene que decir.

Estoy convencida de que le he hecho el daño suficiente como para que no vuelva a intentar acercarse a mí, como para sentirme a salvo. Porque mi vida era más tranquila hace unos meses, cuando mi vecina era la adorable señora Evans y no la única persona de la que me he permitido enamorarme.

Debería sentirme más segura sin esa alteración en mi rutina. Soy una persona hermética y vivo feliz con mi pequeño mundo. Ya confié en Miles una vez y las segundas oportunidades nunca acaban bien.

Sé todo eso.

Lo sé.

Y pese a todo, no puedo evitar dejarme caer al suelo, mi espalda contra la puerta, y romper a llorar. El derrumbe ha empezado y no puedo frenarlo.

No puedo.

Capítulo 34

Soy una cobarde.

Han pasado dos días y estoy evitando a Miles desde entonces.

El primer día me encerré en casa. Llamaron varias veces al timbre, pero las ignoré todas. Lo escuché gritar mi nombre desde el rellano y también lo ignoré, hasta que al final se cansó. Incluso noté las patitas de Kurt rascar contra la puerta y Rocket fue a su encuentro, pero tampoco le abrí a él.

Con el móvil ha pasado lo mismo. Lo apagué la primera noche y no lo he encendido todavía. Avisé a Mia de que estaba bien e iba a dedicarme unos días a la cocina, que no se preocupara. A Luca y a Sky les dije lo mismo.

No mentí.

Cocinar me distrae lo suficiente como para vaciar mi mente, y ayer no quería pensar en Miles.

Sé que él siente de forma intensa, que se expresa de ese modo, pero yo me vi sobrepasada. El beso, su confesión... Aún no he digerido nada y prefiero esconderme donde me siento cómoda.

Lo cierto es que la salida con Miles no fue tan mal. Recorrer con él todos esos restaurantes y probar sus platos favoritos me ha inspirado. No eran grandes elaboraciones, pero sí sabores increíbles. Justo lo que trato de alcanzar. Quizá lleve tiempo complicándome demasiado cuando puedo encontrar la explosividad que busco en la sencillez, en lo mundano.

Después de todo un día en mi cocina, hoy estoy en la de El Laboratorio, sumida en la creación.

Les he pedido a la plantilla que no me molesten. Noto sus miradas fijas en mí de vez en cuando, pero las apartan en cuanto se la devuelvo. El único que no aceptaría mi orden es Luca, y él está hoy de vacaciones, así que no lo tengo pululando por aquí.

—Chelsea, una cliente ha pedido verte —me informa Megan—. Mesa catorce.

—Enseguida voy.

—No sé si deberías...

—Sigue siendo mi trabajo —la interrumpo.

Megan se calla en el acto, me mira de una forma extraña y vuelve a su puesto.

Todos han notado que hoy estoy más tensa, menos receptiva que de costumbre, y por eso respetan mi espacio. Incluso están en silencio, centrados en sus tareas sin hablar entre ellos.

Es un ambiente raro y, aunque debería ser más tranquilo, me gusta más nuestro ruido cotidiano.

Coloco las huevas de mújol para terminar de emplatar, me limpio las manos, me ajusto el delantal y salgo al salón.

Está lleno, como siempre.

Varias miradas se posan en mí en el acto, y me siento cohibida, aunque trato de ignorarlas.

Saludo a los clientes habituales y me encamino a la mesa que me ha indicado Megan.

Todavía no he llegado hasta ella cuando me detengo en seco. Reconozco a la mujer que está ahí sentada, con su cabello rubio y sus gafas de pasta rosa. Rita, recuerdo que me dijo Miles.

«¿Qué diablos está haciendo aquí este intento de periodista?».

Hago el amago de volver a la cocina, pero Rita se pone en pie antes, y prácticamente corre hasta mí.

—¿Chelsea Adams? Solo tengo unas preguntas —empieza. Tiene el móvil en la mano con la pantalla iluminada y, al mirar hacia ahí, veo que está grabando la conversación—. Soy Rita Wheels, redactora del *Jornal Sensacional*. ¿Es cierto que eres la nueva conquista de Miles Stones?

Me quedo paralizada, sin saber qué decir ni dónde meterme. Varios clientes tienen la atención puesta en nosotras. Odio mi nula capacidad para saber reaccionar en situaciones de nervios, de tensión. Como no digo nada, Rita continúa:

—Sigo a Wandering Souls desde hace años y he estado investigando mucho. ¿Habéis vuelto después de tanto tiempo? Estuvisteis saliendo durante casi tres años, ¿no? ¿Te dejó por Allyson? ¿La canción *She is*, incluida tan solo en la primera maqueta no oficial de la banda... eres la voz femenina? ¿Te la escribió a ti? ¿El tatuaje de su dedo es por ti? ¿Sois estos tú y Miles Stones?

Coge su móvil y busca una foto por su galería. Está oscura y distorsionada por haber sido tomada en movimiento, pero en la imagen aparece una pareja cogida de la mano, corriendo por la ciudad, y es imposible saber quiénes son, porque no se distinguen, pero nos reconozco.

«¿Quién nos fotografió la otra noche mientras huíamos de la multitud? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me tiene esta desconocida en su móvil?».

Noto el agobio y la claustrofobia, pero también la rabia. No es justo. Soy una persona anónima. Mi vida me pertenece. Nadie debería investigarme ni fotografiarme sin mi consentimiento. Me gustaría explicárselo a Rita, en unos términos para nada correctos, pero estoy en El Laboratorio y no deja de ser mi puesto de trabajo. Los clientes nos observan y, ante todo, soy una profesional.

—Disculpe, ¿la conozco? —pregunto con el ceño fruncido.

—Ya me he presentado, soy Rita...

—Me da igual quién sea —la corto de forma brusca—. ¿Ha venido a comer? ¿Va a preguntarme algo sobre el menú?

—No, pero...

—Pues esto es un restaurante. Aquí la gente viene a disfrutar de una experiencia gastronómica, y no a montar un circo barato de prensa rosa. Está molestando a los clientes.

—Entonces, ¿está saliendo o no con *Mister Lover*? —insiste, como si no acabase de decirle nada—. ¿Qué tiene que decir a los rumores de que están viviendo juntos?

—Que te vayas a la mierda. —Adiós, profesionalidad—. Nicholas, acompaña a esta mujer a la puerta y encárgate de que no vuelva a entrar a este restaurante.

No merece la pena que malgaste saliva con ella. No va a dejar de intentarlo, y yo no voy a decir nada, así que lo único que quiero es que desaparezca.

El encargado de seguridad obedece mis órdenes, mientras Rita no para de protestar, aunque no me importa. Imagino que en el artículo se vengará, pero que diga lo que quiera. Sé que no será cierto, y mis personas cercanas tampoco lo creerán.

—Lamento este espectáculo, ha sido accidental —digo a la sala en general, para que todos los clientes me escuchen—. El Laboratorio invita a todos al postre que escojan, y a un licor para acompañarlo. Buen provecho.

Vuelvo a la cocina, pero no me acerco a nadie, sino que me quedo apoyada en una encimera, tratando de respirar despacio para no empezar a hiperventilar.

«¿Qué diablos ha pasado para que esté aquí Rita Wheels?».

—Jefa..., creo que deberías mirar el móvil —me dice Megan, que se ha acercado a mí y me observa con precaución—. He llamado a Luca. Está de camino.

Hago caso a sus palabras. Enciendo mi teléfono y espero unos segundos. Hoy sí que me arden las notificaciones. No solo de Mia, de Luca y de Skylar. Tengo mensajes de Nate, de personas con las que hace años que no hablo, de números desconocidos. Todos me preguntan qué está pasando, si estoy con el vocalista de Wandering Souls.

Abro una conversación de uno de los números que no tengo guardados, solo porque en la pantalla aparece la foto de Miles.

Número desconocido

Nate me ha pasado tu número.

Lláname, por favor

Tenemos que hablar

Tengo diecisiete mensajes más de él, diciendo prácticamente lo mismo, solo que con otras palabras. También me ha llamado, sin que me enterase de nada.

Hay uno de Luca por privado y lo miro también, pues siempre hablamos en grupo.

Luca

No mires Twitter

Es justamente lo que hago.

Soy *Trending Topic*. Chelsea Adams está en las putas tendencias de Twitter y lo de respirar despacio empieza a ser cada vez más complicado.

Hay gente hablando de mí y de Miles. De que me envidian, de que soy una zorra, de que no soy tan guapa, de que estoy buenísima, de que no canto tan bien, de que canto muy bien.

Las manos me tiemblan y cierro la aplicación, sin fuerzas para leer nada más.

De repente, alguien se pone frente a mí, me quita el móvil de las manos y me abraza.

—Nos vamos a casa.

Tardo varios segundos en procesar que es Luca, que ha venido. Megan lo ha avisado, ella sabía lo que pasaba. Todos en la cocina lo saben, y por eso estas horas estaban siendo tan raras.

—Ponte esto.

Cojo la gorra y las gafas de sol, y me las pongo.

Pienso en Miles, en que él hizo exactamente lo mismo, y mi agobio crece.

¿Esta va a ser mi vida ahora? ¿Ya no tengo intimidad? Quizá a él le guste el cariño del público, pero a mí me gusta mi privacidad.

Me despido de todos y salgo con Luca por la puerta de atrás. Ha aparcado el coche subido en la acera, a apenas dos metros.

Por suerte, no hay nadie aquí.

Me monto en el asiento del copiloto sintiéndome extraña todavía, sin llegar a procesar lo mucho que ha pasado en apenas unos minutos.

—¿Qué diablos es todo esto? —pregunto por fin, cuando estamos solos en el coche.

—Esto, amiga mía, son las consecuencias de follarte a un famoso —suelta Luca. Y es

curioso, pero su comentario consigue arrancarme una carcajada—. Si hubieras encendido tu móvil en estos dos días, hubieras visto que te hemos prevenido. Pero no, has escogido desaparecer.

—¿Por qué no vinisteis a mi casa? Esto es un estado de alerta. Merecía una visita.

Luca me mira y, pese a todo, hay diversión en tu cara.

—¿Y joderte los polvos con Miles? Espero que no escatimes en detalles, porque nos los merecemos.

—No me he acostado con Miles —atajo.

Luca da un frenazo por la sorpresa y me mira de nuevo, sorprendido.

—No me engañes.

—No es mentira. Quedamos, salimos y, sí, nos besamos. Pero luego le dije que era un error y hui a mi casa.

—¿No llevas dos días teniendo sexo salvaje, Ce? ¿Qué diablos has estado haciendo, entonces?

—Seguir huyendo —confieso con un hilo de voz—. No quería enfrentarme a nada, así que desconecté.

—Madre mía, Ce. Madre mía, madre mía, madre mía... Hoy dormimos en tu casa. Tenemos mucho que hablar y procesar.

Capítulo 35

Sky aparece poco después, con un par de botellas de lambrusco en la mano. Se lanza a abrazarme nada más abrir la puerta, sin soltar ninguna de las dos.

—La gente se olvidará de esto enseguida —me asegura—. En cuanto tengan otro rollo famoso que seguir. Créeme, sé lo que digo.

—¿Podemos no hablar de nada relacionado con Miles durante esta noche? Por favor. Solo quiero distraerme de todo.

—Por eso he traído dos botellas, Ce. Vamos a emborracharnos desnudos en el *jacuzzi*, a planear un viaje los tres juntos y a recordar todos esos buenos momentos por los que merece la pena vivir.

—Me parece un plan perfecto —afirma Luca—. Yo me encargo de la cena, chicas. Voy a preparar un picoteo.

Sky me echa el brazo por los hombros y me conduce a la terraza, mientras que Luca se queda en mi cocina, con Rocket supervisándolo de cerca.

Mi amiga enciende la estufa de butano y el calefactor del *jacuzzi*, para que el agua no esté fría. Prepara los tres albornoces para cuando salgamos. Yo ayudo cogiendo las copas. Sky las llena hasta arriba, como siempre, y las deja en la mesita.

Entramos juntas y cada una se queda en una esquina. El agua caliente me reconforta enseguida. Cierro los ojos y me hundo hasta el cuello. Me he hecho un moño alto para no mojarme el pelo, pues una cosa es bañarse en noviembre al aire libre y otra buscar un resfriado con el cabello húmedo.

Abro los ojos de golpe y miro a Sky, que está bebiendo de su copa con tranquilidad.

—¿Qué pasa? —pregunta al momento, al ver mi cara de sorpresa.

—Acabo de caer en la cuenta de que soy una amiga horrible. El otro día fue tu cumpleaños y ni siquiera te he preguntado cómo lo terminaste, ni qué te ha regalado Nate.

—Ah, eso, no tienes que sentirte mal. Te quiero lo suficiente como para no saber de ti en dos días y, aun así, seguir siendo tu amiga.

—Además, tampoco conoces a mucha gente con una terraza tan espléndida —bromeo.

—Eso también influye —me sigue el juego—. ¿Estás segura de que quieres que te cuente cómo fue con Nate? Lo digo por...

—Puedes contármelo.

No sé si tiene reparos por mi situación con Miles, pero para nada es así. Sky es mi mejor amiga y verla feliz siempre me hará feliz.

La sonrisa de tonta que se le pone en la cara al momento me confirma que su relación va en serio.

—Ay, Ce, fue mejor que bien. Me regaló varias cosas, pero es que lo que me hizo en la cama...

—¡Alto ahí! —grita Luca desde la puerta, con una bandeja en las manos y una expresión furiosa—. ¡Una cosa es que os dé ventaja mientras preparo la cena, y otra que empecéis con las conversaciones subidas de tono antes de que llegue!

Ambas nos reímos.

—Lo siento, Luca. Tienes toda la razón —se disculpa Sky.

—Pues claro que la tengo. No os preocupéis por la comida, es fría. Voy a meterme ahí dentro y seguimos desde donde os he interrumpido.

Mientras se desviste, me fijo en el contenido de la bandeja. Veo una tabla de quesos, una ensalada, algunos salazones y un postre de chocolate. La tarta es lo único que no estaba en mi casa, así que han debido de traerla ellos.

Luca se sienta a mi lado y, como he hecho yo antes, se sumerge hasta el cuello. El agua está caliente, pero la temperatura ambiente es más fría, y no es placentero sentirla en la piel.

—Bien, sigue —pide Luca—. Lo habías dejado por algo de la cama.

—Te gustan demasiado los detalles calientes, Luca —comento con una sonrisa divertida.

—Por supuesto, esos siempre son los mejores. Además, mi vida sexual últimamente es un bodrio. La tuya también, Ce. Creo que no te has tirado a nadie desde el hombre del traje azul de la fiesta de Max. Hasta que la situación cambie, tenemos que vivir a través de la de Sky.

—¿Cuánto tiempo llevas de sequía? —pregunta mi amiga.

—Tres semanas —protesta, como si fuera una cantidad larguísima de tiempo—. A ver, que soy capaz de satisfacerme a mí mismo, pero no es lo mismo. ¿Qué te regaló Nate?

—Me regaló una gargantilla de...

—Lo de la cama, Sky —la interrumpe Luca—. Primero eso.

Las dos soltamos una carcajada a la vez. Claro que queremos saber qué más hubo, pero Luca no está llevando bien el tiempo sin sexo.

—A ver, es que suena un poco cerdo...

—Si suena cerdo, es cerdo —comenta Luca con una sonrisa pícaro—. No te preocupes, eso solo lo hace más entretenido. ¿Hubo lenguaje sucio? ¿Azotes? ¿Juguetes?

—¿Quieres dejar que lo cuente ella?

—Gracias, Ce. Pues a ver... Yo ya me había comprado una lencería arrebatadora para la noche, de esas que dejan claras las intenciones. Empezamos en el baño del *pub* donde salimos, porque Nate no aguantaba más. Me hizo el mejor cunnilingus de mi vida. De verdad, el mejor. Era mi cumpleaños, pero le devolví el favor en el baño, haciéndole lo mismo.

—¿Eso mientras nosotros estábamos en la pista, bailando?

—Exacto.

—Maldita cerda —suelta Luca, sin perder el tono bromista—. ¿Y después?

—Después, amigo mío, fuimos a su casa. Aquí es donde viene lo que os he dicho antes. Una vez hablé con Nate de nuestras fantasías sexuales. Él me contó la suya, que no voy a decir porque es privada, y yo le conté la mía. Y ese día pues la probamos y, aunque me daba un poco de reparos, fue una puta pasada.

Abro los ojos por la sorpresa y suelto una carcajada. Luca me mira sorprendido y luego mira a Sky, indignado.

—¿Ella sabe tu fantasía y yo no? ¿Cuál es? ¿Cuál?

—La doble penetración —respondo por Sky.

La boca de Luca se desencaja y eso nos hace reír más a las dos.

—Lo hicimos con mi consolador, claro, no con otra persona —explica mi amiga—. Además, a Nate lo del sexo anal le pone muchísimo. Creo que he descubierto un nuevo paraíso, con eso de tener los dos agujeros tapados. El placer es el doble, os lo juro.

—Así que yo ni tengo sexo simple y tú lo tienes doble. Qué injusta es la vida, qué injusta.

Sky nos da unos cuantos detalles más, sobre todo preguntas que hace Luca, pero pronto el tema cambia y nos interesamos por los otros regalos, los que no están catalogados para mayores

de edad.

—¿Has dicho antes que te regaló una gargantilla? —cuestiono yo.

—Sí. Es una estrella pequeña de plata. Me gusta, porque dice que es como una parte del cielo —comenta con una sonrisa. No una divertida, sino una sincera, una feliz. Supongo que hace referencia a ella, a *Sky*.

—Es un detalle muy bonito.

—También me ha regalado un viaje a Las Vegas —suelta como si nada, como si hablara de un libro o un ramo de flores.

—¿Os vais a Las Vegas?

—Después de Acción de Gracias y antes de Navidad. Son pocos días, pero estoy flipando, porque nunca he ido. Nate quiere que sea un poco sorpresa. Solo sé que vamos a ir a un casino, la verdad. ¡Estoy tan nerviosa!

—¡Normal! ¡Te vas a Las Vegas! —exclama Luca. Se lanza hacia delante para abrazar a Sky y yo hago lo mismo.

Justo esto era lo que necesitaba esta noche. Estar con ellos, hablando sin que me atosigasen preguntándome por Miles, por lo que pasó entre nosotros y por qué la prensa me persigue.

Salimos del *jacuzzi* un poco después, solo porque tengo la norma de no comer en el agua. Nos secamos junto a la estufa y nos vestimos de nuevo. Cuando nos sentamos alrededor de la mesa, los tres estamos muertos de hambre.

Devoramos el picoteo que ha preparado Luca hablando de nosotros, de esas anécdotas que hemos compartido a lo largo de estos años.

—Mierda, me he dejado las cucharas para la tarta —suelta Luca—. Voy a por ellas.

—No te preocupes, tú ya has hecho todo esto. Bajo yo —me ofrezco—. Si queréis, podéis empezar a preparar los cócteles. Hoy le toca elegir a Sky.

—Piña colada —afirma y mi amigo le dedica una mirada reprobatoria—. Es mi día, te aguantas.

—Odio tu día.

Los dejo discutiendo, amontono los platos para bajarlos a mi casa y salgo disparada. Meto todo en el lavavajillas, pues no me gusta que se quede desordenado. Aprovecho también para poner la comida a Rocket y lo acaricio detrás de las orejas, justo donde le gusta. Cojo las cucharas y salgo para la terraza.

En cuanto abro la puerta de mi piso, me encuentro con Miles. Viene con Kurt, así que ha debido de salir a pasearlo.

—Chels —dice en el acto—, ¿cómo... cómo estás?

—Estoy intentando desconectar —respondo con sinceridad—. Creo que puedo manejarlo, pero sigue siendo demasiado para mí.

—Lo siento. No era mi intención que nada de esto pasara.

—Lo sé, no es tu culpa. Fui yo quien te expuso —aseguro. Una cosa es que huya de él para evitar recaer en el pasado, y otra muy distinta culparle por cosas que no merece. Supongo que podría aprovechar para castigarlo, para hacerle sufrir, pero no es mi estilo. Además, algo me dice que ya se castiga él solo—. Tengo que subir, Luca y Sky me esperan.

—Claro. ¿Crees que podríamos hablar en algún momento?

—Ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir, Miles. Vamos a dejarlo así.

—Si es lo que quieres... Está bien —cede. Parece fácil, pero en sus ojos veo que no ha sido para nada sencillo.

—Adiós, Miles.

Subo sin dar tiempo a que se despida. Luca y Sky se giran al momento para mirarme. Algo en sus expresiones me pone alerta.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —pregunto inquieta.

—No creo que debas saberlo ahora... —empieza Luca.

—Ce no es así, merece decidir —intercede Sky—. Ha salido la crítica de Ortega. No te recomiendo que la leas, no es nada buena.

—Además, lo que dice ese desgraciado no le importa a nadie...

Dejo de escucharlos mientras saco mi móvil para buscar la crítica. No estoy en mi mejor momento. No debería enfrentarme a esto ahora, pero lo prefiero. Todo lo negativo junto, en lugar de ir cayendo y levantándome para después volver a caer.

Sin embargo, la crítica es más nefasta, cruel e innecesaria de lo que esperaba.

Y sí que me hunde, me hunde del todo.

Capítulo 36

He releído tantas veces la crítica de Ortega, que casi me la he aprendido de memoria. He fingido que no me ha afectado, solo porque Sky y Luca han dormido aquí y no pienso dejar que me noten mal.

¿Qué tontería, no? Son mis mejores amigos, y no debería importarme mostrarme vulnerable, triste o abatida. Dejar que me consuelen, que me animen con palabras que quizá sean sinceras o quizá mentiras piadosas de esas que esconden buenas intenciones.

Pero no lo hago.

Me limito a asegurarles que estoy bien, que quiero estar sola y cocinar. Y, cuando se van a regañadientes y la soledad me golpea, vuelvo a leer la crítica para martirizarme un poco más.

Permito que duela, que se clave bien dentro y juegue con mi máxima debilidad: mi autoestima.

¿Nadie ha notado que Chelsea Adams lleva más de un año sin crear un solo plato nuevo? Tengo que reconocer que un servidor creía que se debía a un fallo en su instinto, a que su creatividad se estaba tomando un periodo de descanso. Tal vez, incluso, a que nunca tuviera ese instinto que en un primer momento tanto sorprendió a la ciudad de San Francisco.

Todos podemos tener ese golpe de suerte que nos encumbra, pero permanecer en la cima no depende de la suerte, sino del talento.

Así que, la verdadera pregunta es: ¿tiene Chelsea Adams talento para la cocina? La respuesta no es sencilla. Un año sin innovar es mucho tiempo para una *chef* de su categoría y, aunque podamos caer en el juicio sencillo, no creo que lo sea.

¿Por qué, entonces, El Laboratorio conserva exactamente el mismo menú que hace dos años? ¿Por qué sigue siendo el mismo menú degustación? ¿Tendrá algo que ver el famoso *Mister Lover* en todo este asunto? Porque, seamos sinceros, si cualquier mujer de San Francisco —¡qué digo de San Francisco, del mundo entero!— tuviera que elegir entre cocinar o calentar la cama de Miles Stones, sin duda escogería lo segundo.

El sexo es placentero, nadie lo discute. Para una jefa de cocina de un restaurante prestigioso, dirigido por el más prestigioso todavía Max Levine, ¿no debería ser prioritario su profesión y realización personal? Es evidentemente que no. *Mister Lover* vuelve a hacer de las suyas, y lo que quiera que tenga entre las piernas ha acabado con la creatividad culinaria de una *chef* que hace años apuntaba maneras. O quizá lo correcto sea decir que ha enfocado su creatividad a otros platos más... calientes.

Dejo de leer y cierro el ordenador con rabia, dejando escapar un grito fruto de mi estado. ¿Cómo ha podido escribir una crítica tan repugnante? Ortega no solo es cruel y déspota, es un misógino asqueroso y sensacionalista al que no le importa nada en absoluto si con eso consigue unas cuantas visitas más. Y, sin duda, su artículo tiene el morbo necesario para conseguirlos. Por no hablar del momento en el que la ha sacado, justo cuando mi nombre y el de Miles siguen siendo *Trending Topic* y cabecera de cualquier programa del corazón.

Mi móvil empieza a sonar y veo en la pantalla el nombre de Max.

Cuelgo, sin ganas de hablar con él. Sin embargo, sigue insistiendo tanto, que al final se lo cojo.

—Max, no es un buen momento —le aseguro.

—¿No me digas? —replica y noto al instante su tono de cabreo—. Supongo que tú también has leído la crítica de Ortega.

—Eso no es una crítica, eso es...

—Me menciona, Chelsea —continúa, ignorando mi interrupción—, y no me gusta nada que el nombre de Max Levine sea mancillado. Mi imperio es muy grande para este tipo de tonterías.

—No dice nada malo de ti, solo...

—¿Es cierto lo que dice? ¿Te estás follando a Miles Stones?

Noto cómo me pongo roja. No por vergüenza, sino por rabia. ¿Quién se ha creído que es para hacerme esa pregunta? Por un momento estoy tentada de responderle que sí, solo para que deje de acosarme en las fiestas que celebra. No lo hago. No voy a esconderme detrás de un hombre para protegerme de otro. Quiero que deje de acosarme porque está mal, no porque piense que soy propiedad de alguien más.

—Mira, Max, lo que yo haga en mi vida personal es solo cosa mía. Sin que sirva de precedente, te diré que no. No tengo nada con Miles Stones —afirmo. No le debo ninguna explicación, pero no quiero que piense que sí estamos liados y pueda ir con ese cuento a la prensa.

—Ya, claro. Si ya os he visto varias veces y sé el rollito que os lleváis. Mira, hubiera preferido hacer esto en persona, pero no creo que debamos postergarlo más.

—¿A qué te refieres?

—A que Ortega tiene razón. Creo que lo mejor es que dejes de trabajar para El Laboratorio. Hace más de un año que no creas nada nuevo. Te ofrecí un ascenso increíble y lo has rechazado, y te juro que llevo días intentando comprender por qué alguien se negaría a prosperar, y ya entiendo el motivo. No te interesa la cocina, no desde que te estás follando a Miles y...

Cuelgo sin esperar a que termine esa frase. Tiro el teléfono contra el sofá y suelto un grito de impotencia.

No pienso discutir con él. La Chelsea Adams que tenía que priorizar el empleo sobre la dignidad quedó atrás hace años. Ahora me puedo permitir buscar algo mejor.

Cuanto más lo pienso, más me cabreo. Acabo de perder un trabajo que adoraba porque un ser asqueroso ha hecho una serie de comentarios machistas, y otro ser asqueroso le ha dado más importancia a eso que a mi trayectoria profesional. O quizá ni siquiera haya sido por eso; quizá Max Levine esté dolido porque se ha dado cuenta de que él tampoco va a poder acostarse conmigo.

Ahora sí que me siento sobrepasada. Cuando dije que todo lo negativo junto, no imaginaba que sería tanto.

Necesito desconectar, pero desconectar de verdad.

Cojo mi teléfono y llamo a Mia, que responde en el primer tono.

—¡Chelsea! —exclama al otro lado—. ¿Cómo estás? Estoy viendo todo por la televisión y esto es horrible.

—¿Cómo de horrible? —pregunto, porque si Mia me lo está diciendo así, debe de haber más de lo que sé.

—No paran de hablar de ti. La mayoría de la información es falsa, pero hay cosas de verdad. Han sacado incluso a compañeras tuyas del instituto. No dicen cosas malas, tranquila. Lo que pasa es que estoy segura de que ni recordarás quiénes son y ellas se están vendiendo como si hubierais sido íntimas. Ha salido incluso la chica esa con la que trabajaste en aquel bar...

—¿Camille? ¿Qué ha dicho esa arpía?

—Ha hablado de lo buenas amigas que fuisteis, de que le apenó mucho perderte.

—Me despidieron por culpa de esa zorra —escupo con rabia.

—Lo sé.

—Voy a adelantar el viaje a Chicago, Mia. ¿Te parece bien si vuelo mañana? Necesito despejarme y...

—Esta es tu casa también, siempre —me interrumpe—. Ven cuando quieras y quédate el tiempo que necesites. Audrey estará encantada, y yo también.

—Gracias —murmuro, sin hablar más alto porque se me ha formado un nudo en la garganta que no consigo deshacer.

—Vas a estar bien, ya lo verás. Se olvidarán de esto, como se olvidan de todo.

—Eso espero.

—¿Sabes lo que deberías hacer antes? Mandarlos a todos a la mierda —me dice. Suelto una pequeña carcajada, sorprendida. Mia siempre ha sido la más prudente de las dos, así que me cuesta procesar el consejo que me está dando—. A Ortega, el primero. No sé si contestar es la mejor opción, pero qué les jodan a todos.

—¡Mamá! ¿Qué tenemos dicho de las palabrotas? —Escucho la voz aguda de mi sobrina y eso sí que me hace sonreír de verdad.

—Luego hablamos —susurra mi hermana—. Me espera una buena bronca, y es mejor que no la presencias.

—Gracias, Mia. De verdad.

—Te quiero.

No espera a que responda, sino que me cuelga.

Me quedo un rato sin moverme, divagando en mis pensamientos.

Mia tiene razón. Me sorprende, porque ella siempre fue menos impulsiva, aunque más sensible. Ella cree que es débil, pero tiene una fortaleza envidiable. Sigue siendo esa niña que no podía ocultar las lágrimas cuando me encerraban en un armario, solo que a ahora lo demuestra de otra forma. Ahora no llora, ahora saca las garras y me pide que me defienda, porque ya no somos niñas desamparadas.

Ahora podemos hablar, podemos pelear.

Ni siquiera sé qué voy a hacer, pero quiero pronunciarme en este tema. Una cosa es que inventen de mi vida personal, que me afecta, pero no deja de ser mentira. Sin embargo, que traten de desprestigiarme en el ámbito laboral después de todo lo que he peleado para llegar aquí... Eso sí que no pienso permitirlo.

Cojo el móvil y busco la conversación con Max. Me doy cuenta de que me ha escrito varios mensajes desde el otro día, todos anteriores a la llamada, pero como he pasado de todo, no los he visto.

Max

¿Estás saliendo con Miles Stones?

Chelsea, contesta

De verdad me gustaría saberlo

¿Por qué dice eso la prensa?

Lláname cuando puedas,
tenemos que hablar

Tiene que ver con El Laboratorio

¿Te lo estás tirando o no?

Esto confirma mis sospechas. Si de todo lo que ha pasado, lo único que preocupa a Max es si estoy saliendo con Miles Stones, es que la línea roja nunca he llegado ni a verla.

Con los dedos rápidos, sin pararme a pensar en lo que escribo, comienzo a teclear para mandarle un mensaje:

Lo que haga con mi vida privada es solo
asunto mío y no te incumbe en absoluto

Soy buena cocinera. Me he ganado
con esfuerzo la estrella Michelin
que YO he conseguido, no tú

Te diría que me parece repugnante que
antepongas la mierda que escupe Ortega
a mi trabajo en El Laboratorio, pero dado
que sois iguales, lo cierto es que no me
sorprende

Estás muy equivocado si crees
que vas a poder conmigo

Voy a hacer que lamente el día en
el que intentaste arruinarme la vida

Sin esperar a ver si me responde o no, enciendo de nuevo el ordenador para hacer una pequeña investigación. Tengo una ligera sospecha sobre Ortega, y quiero comprobarla antes de meter la pata.

Dos horas más tarde, abro Instagram.

Mi cuenta es pública porque la utilizo también para la cocina y el restaurante. Por eso, no tengo que aceptar las invitaciones de amistad, sino que se hace en automático.

Me sorprende cuando descubro que mis casi diez mil seguidores son ahora más de treinta mil. Noto una voltereta en el estómago. No me asusta el número, lo que me asusta es la cantidad de gente que está intentando saber más cosas sobre mí solo por haber salido una noche con Miles Stones.

Mi vida se está transformando tanto en las últimas veinticuatro horas, que todavía no he asimilado ningún cambio.

Olvido todo e inicio un directo. De hecho, cuantos más seguidores tenga, más gente escuchará lo que tengo que decir.

No espero a ver la gente que se une, sino que empiezo a hablar delante de la cámara, sin haberme molestado siquiera en peinarme.

—Buenos días, soy Chelsea Adams. Supongo que todos me reconoceréis como la nueva conquista de *Mister Lover*, y siento tener que decir que no es para nada así. Miles y yo fuimos amigos hace mucho tiempo y estábamos intentando serlo de nuevo, algo que parece imposible debido a las invenciones y paranoias de la prensa rosa.

»De todos modos, no vengo a hablar de eso, sino de lo que sí me importa. Para quien no lo sepa, soy cocinera jefa en El Laboratorio. O era, porque mi jefe, Max Levine, me acaba de despedir porque se ha dado cuenta de que no va a poder acostarse conmigo.

»Un ser repulsivo, que se hace llamar a sí mismo crítico de cocina, aprovechando la coyuntura, decidió subir anoche a su blog lo que él llama una crítica. Tú has hablado de mí —digo, hablando directamente con él—, así que deja ahora que te responda. ¿Dónde está la crítica de cocina? En ningún momento mencionas los platos que probaste, ni los sabores, ni siquiera la presentación. No es sorpresa para nadie, claro. Ortega no tiene estudios relacionados con la cocina. Tampoco tiene un paladar prodigioso, diría que ni siquiera posee papilas gustativas. Esa es la única explicación que encuentro para que pocas de sus críticas estén relacionadas con la cocina. Voy a ir más allá. ¿Sabéis cuáles están relacionadas? Las que ha hecho a hombres. —Me pongo delante del ordenador, donde tengo abiertos los documentos de todo lo que he ido encontrando. Trato de enfocar con la cámara para que se vea de lo que estoy hablando—. Esta es la que hizo a Shawn Mendoza, *chef* de Local de Fusión. Todo positivo, alaba los platos, el riesgo y la creatividad. En esta otra, por ejemplo, realizada a Mary Brown, menciona que quizá su reciente embarazo no le deje dormir las suficientes horas como para elaborar una cocina de calidad. Aquí habla sobre Cynthia Thompson y leo textualmente: quizá esos vestidos ajustados que utiliza para marcar sus dos mejores atributos le hayan cortado la circulación, y sus manos ya no funcionen para la cocina. Sabemos que para otras cosas sí.

Pongo varios ejemplos de lo mismo. Me sorprende comprobar la cantidad de críticas de este tipo que hay, sobre todo porque no lo había pensado hasta ahora. Tampoco me había parado nunca a leerlas.

—No tengo nada en contra de mis compañeros de profesión. Al contrario, los admiro. Lo que me pregunto es: ¿por qué damos poder a este ser machista y retrógrado? —Supongo que podría haberlo dejado aquí y hubiera quedado más educado, más profesional, pero no me sale ser del todo educada con una persona que, sin duda, no lo merece—. Ortega, lo que pasa entre mis piernas es asunto mío y soy perfectamente capaz de cocinar bien, y llevar una vida sexual activa. Una vida sexual que, a título informativo, no incluye a Miles Stones. ¿No será que eres tan despreciable que no encuentras a nadie con quien echar un polvo y estás tan amargado que culpas a las mujeres de ello?

Corto el directo para no decir nada más. De hecho, estoy convencida de que tenía que haberlo cerrado antes de añadir esto último, pero me he quedado tan a gusto que no me importan las consecuencias. Qué más da, ya está todo el mundo hablando de mí. Ahora, al menos, he dejado claras un par de cosas.

Aprovechando la inercia que me ha puesto en movimiento, busco el primer vuelo a Chicago y preparo una maleta de mano. Voy a pasar allí varios días, pero Mia siempre me deja ropa para que no tenga que ir demasiado cargada.

Por último, me preparo para hacer lo más difícil de todo: volver a hablar con Miles. Ni siquiera sé qué voy a decirle, pero no quiero irme una semana sin tener una conversación con él.

Voy hacia su casa y llamo un par de veces con la mano.

Tarda unos segundos en abrir la puerta y, cuando lo hace, parece casi tan sorprendido como yo. ¿Quién iba a decir que estaría llamando a esta puerta voluntariamente? Yo desde luego que no.

—Chels —suelta como saludo—, ¿cómo estás?

—No lo sé, todavía no he terminado de digerir lo que está pasando.

—Acabo de ver tu directo en Instagram. Ese gilipollas se merece todo lo que has dicho. Mis abogados están estudiando si podemos denunciar el artículo para que lo quiten de Internet.

—Gracias, supongo, pero la gente ya lo ha leído y seguirá pululando por ahí. Sería mejor que nadie diera importancia a esos comentarios baratos, porque así no pasarían estas cosas.

—Eso suena a un sueño —comenta con una sonrisa triste, y lo entiendo. Claro que sí. Porque esta es la primera vez que me sucede algo así, pero él lleva años viviéndolo y soportando esas mentiras dañinas—. ¿Quieres pasar?

—No, voy a ser rápida —respondo en el acto—. Me voy a Chicago una semana para estar con Mia y Audrey. Quizá cuando regrese todo se haya calmado un poco.

—Siento todo esto. Yo... no sé ni qué decir, pero ojalá poder volver atrás y evitarlo.

—Ya, bueno, eso es imposible.

—Si puedo hacer algo por ti, cualquier cosa...

—Para esto —imploro. Él sabe lo mucho que me cuesta solicitar ayuda, lo difícil que es para mí apoyarme en alguien. Que lo esté haciendo, encima con él, es una clara muestra de lo desesperada que estoy—. No quiero que investiguen mi vida. No quiero que saquen a relucir mi pasado después de haber peleado tanto para dejarlo atrás. No quiero que reabran viejas heridas, porque me costó mucho cerrarlas la primera vez y no están curadas del todo. No sé qué sería de mí si se abrieran de nuevo, y no estoy preparada para tener que averiguarlo. Quizá ni esté en tu mano, pero te lo pido por favor. Para esto.

—Lo pararé —me promete, tan firme y convencido, que lo creo al instante—. No te preocupes, Chels. Voy a hacer que dejen de hablar de ti.

—Gracias.

Siento algo cálido en el pecho, en la garganta, en la punta de los dedos. Una paz repentina que me alivia, que descarga esa tensión que llevo acumulando desde que todo esto me explotó en la cara.

Miles aún no ha hecho nada, pero me doy cuenta de que confío en él. De que, pese a todo, sé que es sincero al hacerme esa promesa.

—Nos vemos a la vuelta.

—Nos vemos a la vuelta.

Capítulo 37

Casi había olvidado que Chicago es la ciudad del viento.

No entiendo por qué Mia vive aquí cuando podría quedarse conmigo en San Francisco. Ya no solo por la playa, el clima y el tipo de vida, sino porque Chicago es la ciudad en la que nacimos... Yo necesito estar lejos, muy lejos, mientras que ella decide voluntariamente vivir aquí.

Llegué ayer, pero he pasado todo el tiempo encerrada en casa de mi hermana, jugando con mi sobrina y dejándome peinar y maquillar por ella. Echaba tanto de menos a esta pequeña, que estar a su lado hace que los minutos se pasen volando, entre risas y sin preocupaciones más allá del disfraz que tenemos que usar.

Mia me da espacio, no me agobia con preguntas, hasta el lunes, que llevamos a Audrey al colegio y nos vamos juntas a desayunar. Se ha pedido vacaciones en el trabajo para estar conmigo esta semana.

—Vale, ya te he dado un tiempo más que prudencial —comenta una vez sentadas en una cafetería de su barrio, con un capuchino entre las manos y una tosta de aguacate a la espera—. Lo primero. ¿Qué pinta Miles de nuevo en tu vida? Y como intentes engañarme, le diré a Audrey cosas malas sobre ti.

—No serías capaz.

—Pruébame —me reta con una sonrisa maliciosa.

Claro que no es capaz, pero me divierte su reacción. No solo eso, sino que me alivia antes de empezar a hablar.

Hay demasiadas cosas que no le he contado a Mia. Sabe que Miles es mi vecino, pero nada de lo que ha pasado entre nosotros. Así que, la pongo al día, desde el momento en el que entré en la fiesta de inauguración hasta la otra noche, cuando improvisamos un concierto callejero que desató el caos.

—Entonces, ¿volvéis a ser amigos?

—¿Eso es lo primero que preguntas después de todo lo que te he contado?

—Es lo que más me sorprende, la verdad —comenta y da un sorbo a su café.

Me río, pero en el fondo no me sorprende. Así es Mia.

—No lo sé. Todavía tengo que perdonar demasiadas cosas, y no sé si puedo olvidarlas.

—No se perdona cuando se olvida. Se perdona cuando deja de doler, cuando piensas en ello y te das cuenta de que ya no te despierta sentimientos de rabia, odio o pena.

—No estoy de acuerdo. A mí hay cosas que ya no me afectan, pero no porque las haya perdonado, sino porque han pasado a darme igual. Como cuando Camille hizo que me despidieran, por ejemplo.

—Vale, tienes razón en cierto modo, pero Camille no es Miles. Él te hizo daño en el pasado y se portó mal, eso es indiscutible. Además, él también lo sabe, y se ha disculpado por ello. Así que, lo que tienes que preguntarte es: ¿eres capaz de perdonar el daño que te hizo y ser su amiga o sigue aún latente? ¿Crees que ha cambiado desde entonces? ¿Qué prefieres, tenerlo en tu vida o no?

—No sé si me fiaría de él en ese sentido. ¿Y si me traiciona otra vez? No quiero dejarme engañar dos veces por la misma persona. Sería de idiotas.

—Eso es una tontería —espetea ella ahora. Me impacta su rudeza, porque pocas veces reacciona así—. Si te engañara dos veces, el único estúpido sería él. Confiar en una persona no es de idiotas, ni las segundas oportunidades. Sé que dimos muchas a nuestros progenitores, y que día tras día solo nos decepcionaron más, pero no todo el mundo es como ellos. ¿Cuántas oportunidades te has dado a ti misma con la cocina, por ejemplo?

—No es lo mismo. La cocina no es una persona, y no me puede fallar en ese sentido.

—Solo dime una cosa, ¿lo pasas bien cuando estás con él?

Me tomo mi tiempo para responder. No porque no sepa qué decir, sino porque me cuesta tener que expresarlo en voz alta.

—Sí —digo al final, de forma escueta.

—No le des la oportunidad a Miles si no quieres, pero dátela a ti. Si algo te hace feliz, no deberías privarte.

—No es tan sencillo, Mia. Salimos una noche, solo una, y ahora tengo a la prensa publicando hasta la marca de mi ropa interior.

—Ya, bueno, eso es una mierda, pero se olvidarán, como se olvidan de todo.

—Sigo sin estar convencida.

—¿Sabes lo que me digo a mí misma a veces?

—¿Qué?

—Si siendo niñas sobrevivimos a esa casa, no hay en el mundo nada que vaya a poder con nosotras, porque ahora somos adultas, y fuertes, y valientes. Y sí, tenemos nuestras taras, como puede tenerlas todo el mundo, pero seguimos lo mejor que podemos. Así que piensa una cosa, Chelsea: si pudiste con nuestros padres, ¿no vas a poder con una pandilla de personas a las que ni siquiera conoces?

Me quedo en silencio un instante, valorando sus palabras.

Yo también lo he pensado varias veces.

La infancia que tuvimos nos hizo más fuertes. No es algo positivo, porque nos hizo más cosas. Nos hizo herméticas, retraídas, distantes, desconfiadas... Pero sí que es verdad que, habiendo afrontado esos problemas de pequeña, el resto se ve venir de otro modo.

—No podemos dejar siempre que nuestros problemas internos nos condicionen —continúa Mia—. Yo también hice terapia y aprendí eso, y tú acabarás haciéndolo. Todos tenemos un punto de inflexión. Para mí, fue la maternidad. Quizá para ti sea este.

—No voy a dejar que mi punto de inflexión sea Miles —aseguro.

—No me refiero a Miles, sino a este instante, a nosotras, a que te lo plantees ahora. Voy a contarte cómo lo viví yo.

—Siempre has querido ser madre —afirmo. Mia ha tenido el instinto desde pequeña, desde que intentaba cuidar de mí, aunque terminase cuidando yo de ella.

—Lo sé, pero eso no hizo que diera menos miedo. Durante el embarazo, ¿sabes las veces que pensé que no estaría a la altura? ¿Que era una locura? —pregunta y sus ojos se vuelven llorosos.

Alargo la mano por encima de la mesa para aferrar la suya.

—Eres una madre increíble, Mia. Por eso, tienes una niña tan increíble.

—Lo sé, o intento saberlo, pero eso no quita que en muchos momentos fuera complicado. Mi entorno me decía que estaba loca, o que era una valiente por atreverme a tener un bebé yo sola, sin más apoyo. Y yo me preguntaba a mí misma: ¿qué estás haciendo? ¿De verdad crees que puedes ser madre con la que has tenido tú? Vas a ser igual. Y me acojonaba. Además, la

gente siempre habla. No de mí, ni de nada en concreto. ¿Has escuchado esos comentarios, cuando para justificar una mala conducta dicen: pobrecito, qué esperabas; si mira cómo se ha criado. Pues son una mierda de excusa, porque mira cómo nos hemos criado nosotras y nunca jamás le he puesto la mano encima a Audrey, ni le he alzado la voz. Puede que no tenga un modelo de madre a seguir, pero sí tengo un modelo de la madre que no quiero ser.

Me quedo en silencio, escuchándola con atención. No sabía nada de esto. Nunca me ha hablado sobre sus temores ni sus dudas sobre la maternidad. Descubrir que lo ha llevado todo sola hace que me sienta peor. Somos hermanas, joder. Durante muchos años fuimos lo único que teníamos; la una a la otra. ¿En qué punto nos distanciamos y dejamos de caminar de la mano?

—He leído, me he informado —sigue contándome—. Intento formarme cada día para aprender cosas nuevas sobre pedagogía o alimentación. Hasta sigo en Instagram a mamis que dan consejos, que es algo que en la vida me habría imaginado haciendo. Lo que te quiero decir con esto es que está bien tener miedo y dudas, pero no podemos dejar que esos monstruos nos dominen y decidan por nosotras. A mí me daba pánico tener a Audrey, y te juro que es lo más bonito que me ha pasado en la vida. No dejes que el miedo a volver a tener a Miles en tu vida te impida disfrutar de buenas experiencias, Chelsea, porque las hay. Las hay, y merecen mucho la pena.

Me pierdo en sus palabras. No en lo que ha dicho sobre Miles. Sé cuál es su mensaje y lo entiendo. Lo que pasa es que, por primera vez en años, mi hermana se está abriendo a mí de verdad, y yo quiero centrar toda mi atención en ella y en nadie más, ni siquiera en Miles.

—¿Sabes por qué siempre he querido ser madre? —me pregunta.

—No, la verdad es que no.

—Bueno, a ver, quería ser madre por el hecho de serlo, pero una parte de mí también quería demostrar que se puede hacer de otro modo, que no importa la falta de cariño y de atención que recibimos, ni los castigos, ni los golpes. Que no somos defectuosas y podemos querer sin límites, igual que merecemos que nos quieran de la misma forma. El amor que nos tenemos Audrey y yo... No puedo ni explicarlo. Solo sé que me hace la persona más feliz del mundo. —Se le escapan algunas lágrimas y, aunque trata de contener el llanto, solo lo consigue a medias.

Me levanto de mi silla para ocupar un asiento a su lado. Mia apoya la cabeza en mi hombro y le acaricio la espalda, con cariño.

—Lo siento —murmura y deja escapar una risa nerviosa—. No debería llorar. Tú siempre eres la fuerte.

—No, Mia. La fuerte siempre has sido tú, y por eso eres capaz de mostrar tus sentimientos, en lugar de esconderlos como hago yo. Eres fuerte cuando te atreves a ser tú misma, sin huir ni esconderte. Y qué diablos, eres madre soltera. Eso ya te hace más fuerte que a la mayoría de la población.

—Somos supervivientes —afirma con algunas lágrimas resbalando por sus mejillas—. Las dos.

Me trago el nudo que se me está formando en la garganta y apoyo mi cabeza contra la de ella.

—¿Cómo es ser madre? —indago entonces.

—Una vez me dijeron que ser madre es a la vez lo mejor y lo peor que te puede pasar en la vida, y creo que es algo así. Audrey hace que todo merezca la pena, pero a veces siento que me está robando la vida y la salud —confiesa con sinceridad—. Madre mía, al decirlo en voz alta suena horrible.

—No suena horrible, Mia. No tienes que venderme que es todo bonito y arcoíris. No soy madre, pero sé lo suficiente como para entender eso.

—Es como si de repente tu persona ya no existiera y fueras una extensión de ella. Te vuelves vulnerable, porque todo te da miedo de una forma más intensa. No es lo mismo sufrir por uno mismo que sufrir por un hijo, te lo aseguro. Ahora ya tiene cinco años y es independiente para muchas cosas, pero, cuando era bebé, a veces no tenía tiempo ni para cenar yo. El deporte es algo que no practico desde hace eones, y quedar con gente es casi una misión imposible. Mira, hasta me tuve que cortar el pelo —afirma y me lo muestra.

Mia siempre ha lucido una melena hasta mitad de la espalda, pero ahora le llega por los hombros.

—¿Por qué te lo cortaste?

—Pues porque no tenía tiempo ni para lavármelo ni para peinarme. Así tardo menos.

La realidad me aplasta de golpe y me doy cuenta de lo egoísta que he sido todo este tiempo. Mia nunca me lo ha contado, nunca me ha pedido ayuda, pero yo debería haber estado más presente en su vida.

—¿Por qué no contratas a una canguro las noches que quieras salir? —pregunto.

—Porque no vamos sobradas de dinero. No puedo permitírmelo.

—Me dijiste que te iba bien, Mia. Te lo he preguntado varias veces —acuso, sin molestarme en ocultar mi enfado—, y siempre me has dicho que te apañabas sin problemas.

—Y me apaño sin problemas. Pago mi alquiler, el colegio y todo lo que necesitamos. No me sobra el dinero, pero tampoco necesito tu caridad.

—No es caridad. Hace tres años ni siquiera hubiera podido ofrecerte ayuda económica, pero ahora sí puedo. Tengo dinero. No soy rica, pero tengo ahorros. ¿Crees que hay algo que prefiera hacer con el dinero antes que ayudarte a ti y a mi sobrina?

No le he contado que me han despedido, porque me ha parecido demasiado que añadir. Espero encontrar trabajo pronto, eso sí.

—Pero es que no necesito tu ayuda...

—¿Tú lo harías si fuera al revés? —la interrumpo—. ¿Preferirías tener dinero en el banco y gastarlo en cosas superficiales, o ayudarme a mí y a mi hija?

Mia se queda callada en el acto y sé que he dado en el clavo. Hace rato que se ha separado un poco y se ha girado hacia mí. Nuestras cabezas no se tocan, pero estamos frente a frente. Se cruza de brazos y me mira, con ese falso enfado que finge a veces.

—Como si tú quisieras ser madre —bufa y me hace reír.

Que no responda es justo la forma que tiene de darme la razón. Sin embargo, a mí se me está ocurriendo otra cosa diferente.

—¿Cómo es tu vida en Chicago? ¿Tienes a alguien aquí?

—¿Has estado escuchándome? Acabo de decirte que casi no tengo tiempo para nada. Hace tanto tiempo que no tengo una cita, que me he olvidado de lo que se hace en ellas. No tengo amigas amigas. Son más bien las compañeras de trabajo. Nos llevamos bien, pero ellas salen más a menudo, y a veces me siento como fuera de las bromas.

—¿Y el trabajo? ¿Te gusta? ¿Te pagan bien?

—Trabajo en una tienda, ¿qué quieres que te diga? Está bien, porque solo trabajo por las mañanas y tengo un horario compatible con el colegio de Audrey, pero ni el empleo y ni el sueldo es mi sueño.

—¿Por qué no os venís a San Francisco conmigo? —propongo—. El clima es mejor, la

ciudad es más bonita y estaríamos juntas.

Mia frunce el ceño, como si no se acabara de creer que haya lanzado esa sugerencia.

—Aquí tengo mi casa, un empleo...

—Puedo conseguirte otro trabajo. Tengo contactos en restaurantes. Puedes quedarte en mi piso si quieres o podemos buscar uno para vosotras, porque entiendo que preferirás intimidad.

—¿Por qué me estás preguntando esto? —murmura, contrariada.

—Porque he sido una hermana de mierda. Tú y yo hemos sido inseparables durante dieciséis años, y, cuando decidiste largarte de nuestra casa, me llevaste contigo, a pesar de que yo era menor, y de que era ilegal lo que hacías.

—No corrí ningún riesgo, Chelsea. Sabía que nuestros padres no iban a denunciar nada. Estaban deseando librarse de nosotras y se lo facilité.

—Aun así, Mia, no me dejaste atrás, y sé que fue difícil independizarse, y encima tener que cargar conmigo. Y que luego además te dejé, porque a mí se me hacía imposible quedarme en Chicago y tú no querías irte de aquí. Ahora ha pasado el tiempo y parece que cada una ha hecho su vida, y ya solo nos vemos en ocasiones especiales y momentos puntuales. No quiero que sea así. Te necesito en mi vida; a ti y a Audrey. Sé que esto es una locura y no tienes que mudarte de estado si no quieres, pero si vas a seguir en Chicago, tendremos que poner normas. Vendré a visitaros dos veces al mes, superaré el odio que me despierta esta ciudad. Y vosotras podéis venir cuando queráis. En mi casa hay sitio...

Mia se ríe y se lanza a abrazarme, dejándome sin palabras en el acto.

—Deja que lo piense —murmura sin soltarme—, pero me parece buena idea lo de formar más parte de la vida de la otra. A Audrey le va a encantar.

—Hablando de ella... Hoy me la quedo yo. Sal por ahí, ten una cita, queda con tus amigas o haz lo que quieras, pero tienes la noche libre.

—Te tomo la palabra. —Noto cómo de pronto sus brazos se tensan y la miro, sin entender—. ¿El que está en la tele no es Miles?

Me giro hacia la pantalla y, efectivamente, Miles Stones está en ella. A su lado hay una chica que reconozco enseguida. Morena, con los ojos claros y una cara angelical. Es uno de los rostros más famosos de todo el país. Cora.

Mi hermana se levanta y se dirige a la barra para pedirle a la camarera que suba un poco el volumen.

—... *Mister Lover* sigue siendo *Mister Lover* —está diciendo la reportera—. Apenas unos días después de que se le viera con la jefa de cocina de El Laboratorio, ha visitado varios *pubs* de la ciudad junto a Cora, la famosa actriz con la que ya tuvo un romance hace unos años. Ya saben lo que dicen: donde hubo llama, siempre queda fuego. ¿Es posible que un reencuentro los haya vuelto a enamorar? Una cosa es segura, la nueva pareja de moda no podría ser más mona. Sin duda, son tal para cual. Seguiremos informando.

—¿Crees que están saliendo? —me pregunta Mia, que tiene la mirada fija en mí, mientras yo sigo centrada en la pantalla.

Niego, despacio.

—Creo que está cumpliendo una promesa.

«Voy a hacer que dejen de hablar de ti».

Capítulo 38

Esta tarde he cocinado con la mejor pinche de cocina que he tenido en mi vida: Audrey. Ha seguido mis indicaciones al pie de la letra y me ha hecho multitud de preguntas. Una de ellas se me ha quedado grabada.

—¿No sigues la receta siempre? —Me ha sorprendido incluso que se haya dado cuenta, porque es muy pequeña todavía.

—La cocina funciona por sensaciones. La receta es una directriz, pero el instinto se activa solo.

—¿Qué son las sensaciones?

—¿Sabes cuando estás haciendo algo y de repente te viene una idea para que los disfrutes más?

—¿Cómo cuando estoy viendo una película con mamá y pienso que quiero palomitas?

—¿Las palomitas mejoran la película?

—¡Pues claro! ¡Las palomitas mejoran cualquier cosa!

—Pues eso son sensaciones.

—Yo ya las tengo, entonces. Voy a ser una gran cocinera.

Y todavía sigo dándole vueltas a las sensaciones a la hora de cocinar.

La semana que he pasado aquí hemos reconectado a muchos niveles. Estamos dando tiempo libre a Mia para que haga vida de adulta, más allá de trabajar y ser madre, así que Audrey y yo hemos estado mucho tiempo a solas. Jugando, hablando, conociéndonos.

También he estado con mi hermana, claro.

Mia es mi persona favorita en el mundo y nos hemos prometido darnos una nueva oportunidad. Salir del mundo de presiones y responsabilidades donde estábamos sumidas, y dedicarnos tiempo la una a la otra. Vamos a aprovechar la cena de esta noche no solo para dar las gracias, sino también para asentar estas bases, que espero que se conviertan en los cimientos de una promesa de verdad.

He estado poco pendiente del móvil, así que desconozco si la prensa sigue inventando cosas sobre mí o si han volcado toda su atención en Cora.

Todavía no sé cómo me siento al respecto.

Sé, o creo, que Miles lo ha hecho por mí, porque yo se lo pedí. Lo que pasa es que veo que se le da muy bien este juego. Después de todo, él lleva jugando ya años. ¿Cómo puedo saber cuándo es real y cuándo no? ¿Miles Stones existe o es solo una perpetua interpretación?

No importa y no quiero pensar en ello. Sigo centrada en mi familia, lo verdaderamente transcendental.

Audrey y yo hemos preparado el pavo relleno, como dicta la tradición. La guarnición son patatas al horno con mucho beicon y queso, porque mi sobrina lo ha querido así, y yo no estoy capacitada para negarme a sus deseos. El postre son donuts con distintas coberturas, por el mismo motivo.

—Mamá, ¿por qué tú no cocinas así de bien? —pregunta Audrey después de terminar el primer plato—. Siempre te quejas de que hay platos que no me como, pero es que a la tía Yeyey le salen mucho más buenos.

Mia abre los ojos por la sorpresa y veo cómo trata de aguantarse la risa. A mí me cuesta

más, pero lo consigo.

—Mamá cocina lo mejor que sabe —responde Mia—. Lo que pasa es que Chelsea siempre fue cocinera, desde pequeña. Pero yo te preparo los platos con mucho cariño, y no pasa nada si uno en concreto no te gusta. No te voy a obligar a comerlo. Lo que no puedes es desechar todo un grupo alimenticio. Ya lo hemos hablado.

Audrey se inclina un poco en su silla hacia la mía y acerca su boca a mi oído.

—He intentado descartar las verduras. —Su intento de susurro no es tan bajo como ella cree y se escucha en todo el salón—. Sobre todo las coles de bruselas. Están asquerosas.

—¿Quieres que te cuente un secreto de cocinera? —Mi sobrina asiente enseguida. Está en esa fase que imita todo lo que hacen los mayores, así que, si le preguntas ahora mismo qué quiere ser de mayor, responde que *chef*—. Hay muchas formas de cocinar algo para que esté bueno. Si no te gustan las verduras como las cocina mamá, hay otras formas en las que a lo mejor sí te gustan.

Audrey frunce el ceño, pensativa. Después hace un gesto negativo con la mano, desechando la idea.

—No lo creo. Las verduras están malas siempre. Menos la zanahoria, el tomate y el brócoli. Mamá, ¿el aguacate es una verdura? Esa también me gusta.

—Eso es una fruta.

—¿No puedo comer frutas en vez de verduras?

—No, ya lo hemos hablado. Necesitas las dos cosas.

—¡Pero si son lo mismo! ¡Las dos crecen de las plantas y los árboles! ¿Sabes lo que creo? Que los mayores elegís las frutas que están malas y les llamáis verduras para obligar a los niños a comerlas, y castigarnos.

Audrey se cruza de brazos y empieza una nueva discusión sobre el tema.

Mi hermana siempre ha tenido una paciencia infinita. Verla tratar con su hija es un nuevo nivel. Entiendo que tuviera miedos y dudas, pero son infundados. Mia es una madre genial, y no se parece en nada a la que nos parió a nosotras.

—¿Quién quiere postre? —pregunto unos minutos después, cuando la conversación parece finalizada.

—Antes del postre tenemos que dar las gracias —comenta Mia—. Nosotras lo hacemos así.

—Sí, es nuestra tradición —informa Audrey, mientras se coloca recta en la silla y abre los brazos, para darme una mano a mí y otra a su madre—. Empiezan los más pequeños.

—Yo soy la más pequeña —bromeo, haciendo que mi sobrina se ría.

—¿Cómo vas a ser tú, loca? ¡No ves que yo soy una niña!

—Ah, es verdad. Bueno, pues empieza tú.

—Este año quiero dar gracias a mamá por cuidarme. Sobre todo, por las noches, cuando me lee un cuento y me mete la manta por debajo del cuerpo para que no se abra, y me quede calentita toda la noche —empieza—. Además, por fin me ha apuntado a las clases de baile, y es lo que más me gusta del cole. También quiero dar las gracias a la tía Yey-yey por pasar tanto tiempo con nosotras. Cuando viene, solo se queda dos o tres días y luego se va un montón de meses, y las llamadas de teléfono no son lo mismo. Mamá, ¿se puede pedir también o solo podemos dar las gracias?

—Tú puedes hacer lo que quieras.

—Pues quiero pedir que la tía Yey-yey venga más y se quede más días. Tengo un montón de recetas que quiero aprender y necesito cocinarlas con ella. Lo necesito.

El pecho se me encoge al escuchar sus palabras y vuelvo a sentirme culpable. Qué fácil es hacer feliz a esta niña, y cómo cuesta a veces sacar tiempo para las cosas que realmente merecen la pena.

—Eso está hecho —le prometo con un nudo en la garganta.

Audrey se lanza hacia mí para darme un abrazo y luego corre hasta su madre para hacer lo mismo, con una sonrisa increíble en la cara y los ojos iluminados.

—¡Ha dicho que sí, mamá! ¡Ha dicho que sí!

—Pues claro que he dicho que sí, Yey-yey.

La niña toma asiento de nuevo y me mira.

—¿Tú eres más pequeña que mamá?

—Sí.

—Pues te toca.

—Yo os quiero dar las gracias a las dos, porque estos días con vosotras han hecho que me olvide de todas las preocupaciones y problemas que hay en mi vida. Sois un bálsamo reparador, y pasar este tiempo en familia ha sido un chute de energía. Además, me ha servido para darme cuenta de que es algo que quiero más a menudo, de que tengo que reorganizar mis prioridades y dedicarme más tiempo de calidad a mí misma, y menos a mi trabajo.

—Mamá, te toca —dice Audrey.

—¿Le has preguntado si ha terminado? —pregunta Mia.

—¿Va a ser más largo? —cuestiona, mirándome—. ¿Puedo comer un poco del postre ahora y el resto cuando terminéis?

Esta vez sí que me río, sin poder contener la carcajada.

—El postre es cuando acabemos. Tú has tenido tu tiempo y tienes que respetar también el nuestro.

—Vale...

—Ya he dicho todo lo que quería decir.

—Entonces, me toca a mí —afirma mi hermana—. Yo quiero dar las gracias por la familia que tengo, que no es más que esta que está sentada en la mesa, conmigo. Porque la familia no depende solo de la sangre, depende de los lazos, y los nuestros son irrompibles, pasemos meses separadas o nos veamos todos los días. Y, como dijimos que este año, además de agradecer, también prometeríamos, aunque Chelsea se haya escaqueado de esa parte —me acusa con una mirada que intenta ser reprobatoria, pero se nota que no está enfadada—, voy a hacerlo yo. Voy a poner todo lo que está de nuestra parte para que podamos pasar más tiempo juntas, y empezaré a mirar si podemos mudarnos a San Francisco. Solo a mirar.

Me levanto al momento y me lanzo hacia ella para abrazarla.

—¡Yupi! —grita Audrey, que se ha puesto de pie sobre su silla y está aplaudiendo.

Abro un brazo para coger a la pequeña y la atraigo también hacia nosotras.

—¿Sabes que yo lo sabía? —pregunta y se ríe—. Mamá me dijo que quería que fuera sorpresa, y soy muy buena guardando secretos.

Al final, este viaje no está sirviendo solo para desconectar de mi realidad, sino para conectar conmigo misma, para reencontrarme con la Chelsea que un día fui y armarme de valor, de determinación. Si, además, terminan por venirse conmigo a San Francisco... Ni siquiera me importa lo que diga de mí la prensa ahora mismo. Yo sé quién soy. Mis seres queridos saben quién soy. El resto de las personas, las que no forman parte de mi vida, tampoco forman parte de mis pensamientos. Siempre se me ha dado bien ignorar las opiniones de las personas que no me

importan, sea una, dos o toda una maldita ciudad.

Vuelvo a estar preparada para afrontar la realidad, sea la que sea.

Capítulo 39

La vuelta a la rutina no ha sido tan dura como esperaba porque tengo la motivación por las nubes.

Una de las primeras cosas que hice al regresar a San Francisco fue tener una charla intensiva con mi psicóloga. Llevo años haciendo terapia, pero nunca me había abierto tanto ni de forma tan precisa. Me he dado cuenta de que mostrarme vulnerable no me hace más débil. Más bien al contrario, porque hace falta una gran fortaleza para enseñar tus puntos más débiles, sabiendo que no van a destruirte.

Me ha puesto varios ejercicios, y uno de ellos consiste en ponerme en el lugar de las otras personas. Quiere que trabaje la empatía porque, según cree, me cierro tanto en mí misma que dejo de preocuparme por los demás.

Después de lo que he vivido este fin de semana, un poco de razón sí que tiene.

Lo segundo, fue comprobar mis redes y las noticias. Tengo multitud de notificaciones, casi todas antiguas. En la televisión ya no hablan de Chelsea Adams. Ni siquiera de Miles y Cora. El nuevo foco de la prensa es una pareja de un *reality* sobre reformas de casas. Una popular diseñadora que salía con su contratista, pero este ha acabado en prisión por estafas durante las construcciones. El asunto es lo suficientemente morboso para atraer toda la atención y yo lo siento por esa pobre pareja, pero me alegro de haber desaparecido del escrutinio público.

Así funciona la prensa rosa, ¿no? No importan las personas ni lo que hay detrás de estas, tan solo conseguir visualizaciones y no mirar los daños que causan.

No me he cruzado con Miles, aunque tampoco he hecho nada por verlo, ni para darle las gracias. Creo que con él voy a dejar que todo fluya, sin forzar nada.

Hoy me he dedicado a echar unos pocos currículums y después he quedado con parte de la plantilla de El Laboratorio para tomar algo, antes de que empiecen el turno de noche.

Han hecho algunas preguntas y las he respondido todas, de forma menos hermética que de costumbre.

El ambiente es tan ameno, que ni el artículo de Ortega ni mi despido lo ensombrece.

A propósito de eso, a raíz de mi directo, otras compañeras de profesión se han sumado a mi crítica, hasta el punto de haberlo convertido en un movimiento viral. No soy la única a la que ese hombre ha tratado mal, ni tampoco la primera. Lo que pasa es que a veces el miedo a lo que pueda pasar, a lo que puedan pensar de ti, paraliza, y, cuando alguien se manifiesta, te da el impulso que te hacía falta para denunciarlo también.

Yo sé muy bien lo que es que el miedo te paralice. Me pasaba cada vez que estaba con Max. Sigo trabajando en ello.

—Ce, he estado pensando —comenta Luca después de terminarse la primera cerveza—. Podemos hacer un día una quedada en tu casa y solo cocinar. Como los músicos cuando improvisan, pero solo que con comida. Cada uno lleva unos pocos productos comprados y vemos lo que sale de ahí.

—Me gusta tu plan.

—Por supuesto, será una competición. El que pierda, preparará los cócteles esa noche —afirma con una sonrisa. Lo miro con el ceño fruncido—. Sí, ya sé que eres cocinera profesional, y ni de lejos voy a ganarte a ti. La idea es que vengan también Nate y Sky, y estoy convencido de

que ellos serán peores. —Me río, solo porque tiene toda la razón—. Tendrá que ser cuando vuelvan de su viaje a Las Vegas.

Alargué tanto mi estancia en Chicago, que no he podido despedirme de mi mejor amiga. No creo que me lo tenga en cuenta, dado que se va solo un fin de semana.

—Miedo me da lo que puedan hacer.

—¿Lo dices por si se casan a lo loco?

—Lo digo más bien por si se juegan sus casas en el casino. Esos dos son tan impulsivos que no hay nada de lo que no los vea capaz.

—Escribí en el brazo de Sky su nombre completo y su dirección, para que sepan dónde devolverla si aparece borracha y amnésica en lo alto de una terraza.

Suelto una carcajada al entender la referencia a la película *Resacón en Las Vegas*.

Las conversaciones siguen así, hasta que llega la hora de volver.

Sigo estando activa.

Luca tiene una cita esta noche para cenar con un chico que conoció de fiesta con Sky, así que le doy ánimos y me monto en mi bicicleta rumbo a mi casa. Solo que no entro, sino que me encamino a la terraza.

Hoy es día de Miles. En la puerta ha colgado una revista de actualidad. En portada, sale una foto robada de él y Cora, con el rótulo «¿Otra vez enamorados?», y la página para descubrir todos los detalles.

Ignoro esa revista y cojo la nota azul que ha escrito Miles:

No es real.

No dice nada más, pero supongo que quiere aclararlo.

Intento poner en práctica el ejercicio de la doctora Adkins, y empatizo con Miles. Me pregunto cómo se sentirá él, sabiendo que regresé hace dos días y que aún no le he dicho nada, ni siquiera hola, después de todo lo que pasó entre nosotros. No solo el beso que compartimos en el ascensor, sino la conversación en la que se sinceró, cómo se abrió a mí... Cómo ha intentado protegerme más tarde.

Y yo solo he huido.

Como siempre.

Subo sin ocultar el ruido de mis pasos y lo encuentro en un extremo, con las manos apoyadas en la barandilla y la mirada fija en el frente. Kurt está a sus pies, hecho una rosca y dormitando.

—Buenas noches —saludo antes de acercarme, por si acaso todavía no me ha escuchado, y cree que vengo a espiar.

—Chels —me devuelve el saludo y sonríe. Bueno, no está enfadado conmigo—, ¿qué tal estás? ¿Te ha sentado bien el viaje?

—Demasiado bien —admito y sonrío también—. Echaba tanto de menos a Mia y a Audrey...

—Me alegro.

—¿Cómo estás tú? ¿Has desconectado estos días o...? —dejo la pregunta en el aire, sin saber cómo terminarla.

—Han sido intensos, pero está todo bien. Aprendí a lidiar con la prensa hace tiempo. ¿Sabes que la discográfica nos puso instructores? Profesionales que nos preparaban para las entrevistas; incluso por si éramos sorprendidos por *paparazzi* por la calle. Te enseñan que, normalmente,

estos temas terminan rápido. La gente ahora ya está con otra cosa.

—Sí, lo he visto esta tarde. El mundo de la farándula no descansa.

El silencio nos envuelve. La noche es agradable, porque no hace frío. Incluso se ve alguna estrella en el cielo.

Quiero agradecerle lo que hizo por mí, pero las palabras se me atascan en la garganta y no sé ni cómo empezar. Decido apartarlo para el futuro, cuando haya trabajado un poco mejor lo de expresar mis sentimientos con personas como Miles.

—¿Por qué Cora? —pregunto en cambio.

—Porque es una buena amiga. Sé que puedo contar con ella, y que no va a ver dobles intenciones donde no las hay. La prensa ya nos ha relacionado antes, así que sabía que eso sería un buen gancho. Además, Cora estrena campaña nueva dentro de dos semanas. Esta publicidad seguro que le da más visitas.

—A veces me marea cómo funciona el mundo de los famosos —confieso y me vuelvo hacia él—. La publicidad, las manipulaciones, los engaños... Parece todo tan...

—Falso —termina por mí—. Lo sé. Ya te he dicho que nos ponen preparadores, Chels. Eso ya dice mucho de lo que te vas a encontrar una vez entras. Es un mundo absorbente. Te da cosas, pero también te va quitando. Al final, tienes que hacer un baremo de lo que ganas y lo que pierdes.

—¿Qué ganas?

—Fama, reconocimiento, cariño. Ser popular tiene cantidad de ventajas. Entrás gratis a sitios, te invitan a eventos increíbles, conoces a gente famosa. Quizá incluso conozcas a personas a las que has idolatrado siempre. Yo he coincidido varias veces con todos los Warriors. Si hace unos años me dices que iba a bromear con Stephen Curry, me hubiera reído en tu cara, y resulta que incluso conozco a Ayesha, su mujer. La fama te abre la puerta a premios, a actuaciones en estadios. A viajar por el mundo. Nunca podré explicar la sensación de hacer un concierto para más de cuarenta mil personas y que se sepan tus letras.

—¿Y qué pierdes?

Un momento de silencio.

—Todo lo demás —responde al final—. Tu esencia.

Estoy a punto de preguntar a qué se refiere exactamente, pero entonces nuestros móviles suenan a la vez. Una vibración corta, señal de que se trata de un mensaje, y no de una llamada.

Saca el teléfono de su bolsillo y yo hago lo mismo.

Es Sky, solo que me ha hablado por el chat individual. Me escribe así, en lugar de por el grupo, cuando quiere asegurarse de que la lea rápido, pues sabe lo despistada que soy.

Casi se me resbala el móvil cuando abro la foto que me ha enviado: ella sonriendo, tan espectacular como siempre. ¿El problema? Está mostrando a cámara un anillo de pedida.

El mensaje:

Sky
Me caso mañana

Apáñatelas como quieras, pero
eres mi dama de honor

Tienes que venir

Cuando levanto la cabeza hacia Miles, él está igual de sorprendido que yo.

—¿Se van a casar? —pregunto con un hilo de voz, sin terminar de procesarlo.

—Nunca imaginé que Nate se enamoraría de esta manera, pero ahora lo entiendo. Está tan loca como él —comenta y suelta una carcajada.

¿Por qué no está flipando, como lo estoy yo? Mi mejor amiga se va a casar y me está avisando con un maldito día de antelación, cuando ni siquiera está en mi misma ciudad. Qué digo, no está ni en mi mismo estado. ¿Qué diablos quiere que haga? Ahora sí que es definitivo. Revoco sus derechos de mejor amiga para siempre.

—¿Cómo vamos a llegar a tiempo? ¡Cómo se atreve! —exclamo, todavía perpleja.

Miles parece más resolutivo que yo, porque está con el móvil en la mano, como si procesar todo esto fuera sencillo y, en lugar de malgastar su cerebro protestando, estuviera buscando opciones.

—No hay vuelos hasta mañana por la tarde, llegaríamos muy ajustados. Voy a mirar otra combinación, quizá volando a otra ciudad. O quizá podríamos... —Deja la frase en el aire y me mira pensativo.

—¿Qué? ¿Podríamos, qué?

—Son poco más de ocho horas en coche. Si te preparas rápido, podemos salir esta noche. Pararemos a mitad de camino para dormir un rato, y mañana solo tenemos que seguir un poco. Llegaríamos a tiempo.

Tal y como están las cosas entre nosotros, no sé si estoy preparada para pasar tantas horas a solas con él. Aunque..., ¿qué voy a hacer? Mi antigua mejor amiga se casa y puede que la odie un poco, pero ni de coña pienso perderme su boda.

Encuentro un salvavidas pronto.

—Voy a preguntarle a Luca.

Si él viene, tendré un apoyo en el coche. Estoy a punto de escribirle, pero, cuando abro el chat del grupo, me encuentro con que él ya lo ha hecho.

Luca

¡Enhorabuena, perra!

No voy a poder ir, pero espero que repitamos celebración cuando regreses

Las cosas no se hacen así, Sky

Adjunto hay una foto de él con el pie en alto y el tobillo tan hinchado que parece no tener.

Luca

No os preocupéis por mí, solo es un esguince

Con una buena historia, eso sí

Lo llamo para preguntar si está bien.

Apagado o fuera de cobertura.

¿Qué coincidencia del destino es esta que está haciendo que pierda a mis dos mejores amigos el mismo día?

—Voy a prepararme —digo al final—. ¿Qué vas a hacer con Kurt?

—Se lo suelo dejar a un amigo cuando salgo de la ciudad, voy a preguntarle. ¿Qué vas a hacer tú con Rocket?

—Llenarle el dispensador de comida y el bebedero de agua. Es un gato. Estará encantado de tener toda la casa para él.

Miles se ríe y bajamos cada uno hacia su casa.

—¿Nos vemos en media hora?

—Nos vemos en media hora.

Capítulo 40

He debido de tardar en prepararme más tiempo del que pensaba, pues cuando llego al garaje arrastrando mi maleta, Miles no solo está listo, sino que ha tenido tiempo para dejar a Kurt y comprar comida para el viaje. Lleva también dos vasos en la mano. Los coloca en lo alto del coche para coger mi equipaje y guardarlo en el maletero.

—He pillado un par de cafés, porque nos espera una noche larga. Te he elegido un capuchino con doble de crema, pero no sé si lo sigues tomando.

Por supuesto que no he cambiado mi gusto culinario en lo referente al mundo del café, pero Miles no tiene por qué saberlo. Es una tontería. Lo que pasa es que no me gusta que piense que me conoce como antes, porque no lo hace.

—Ahora lo tomo solo, pero el capuchino está bien. Muchas gracias —añado mientras cojo el vaso y me dirijo al asiento del copiloto—. ¿Vamos a turnarnos para conducir?

—Si quieres, sí.

—Perfecto, pero empiezas tú.

Se sube a su lado y sé que arranca el coche, porque empieza a moverse, ya que no hace ningún ruido.

—Son unas ocho horas —me recuerda—. Son las ocho y cuarto. Creo que podríamos hacer más o menos la mitad y buscar algún sitio para descansar.

—Me parece bien. No quiero llegar reventada a la boda de mi mejor amiga.

Todavía se me hace extraño decirlo en voz alta. Sky se va a casar. No ha tenido despedida de soltera, ¿se puede organizar una después de la boda? Espero que sí, porque no vamos a perdernos esa oportunidad.

—Puedes escoger la música —me dice.

—Pon lo que te apetezca, me da igual.

Miles me mira un instante de reojo antes de esbozar una pequeña sonrisa.

—Tú lo has querido.

Imagino que una persona normal pondría la radio o alguna de sus listas de reproducción de Spotify. ¿Qué hace este ser egocéntrico? Efectivamente, pone su discografía.

Se ríe cuando me escucha bufar, aunque no protesto.

—¿Qué? Ya que te has negado a escuchar las canciones de Wandering Souls durante tanto tiempo, no voy a dejar pasar la oportunidad.

—No me pongas de excusa. Ambos sabemos que lo haces porque te gustas demasiado.

—Obviamente.

Reconozco el estribillo de *Look at me*, aunque finjo que ni me suena.

Look at me,

I've got everything I've been looking for

I am who I wanted to be

I achieved everything I dreamed of

And yet,

I wonder what good it has done,

If you won't listen to me anymore

Miles se dedica a seguir la ruta marcada en su navegador.

Durante la primera hora de camino, hablamos de temas triviales o nos sumimos en un silencio roto tan solo por él tarareando sus canciones.

No llega a cantarlas de verdad. Tener un concierto privado y tan cercano sería espectacular, pero no le pido nada.

La escena me trae recuerdos de cuando estábamos juntos y hacíamos pequeñas escapadas los dos solos. Nuestro presupuesto era otro, así que ni de lejos entraba un espontáneo viaje a Las Vegas. Además, nunca he llevado bien los trayectos en coche. Terminó mareándose y con los músculos entumecidos por la postura de las piernas.

Miles lo sabía, y por eso nunca nos alejábamos demasiado.

Estoy haciendo esto por Sky y por Nate, y merece la pena.

Ya no tengo con Miles la confianza que tenía entonces, pero decido tomármela de nuevo y ponerme cómoda. Subo las piernas al salpicadero y me acomodo en el asiento.

Noto cómo me mira de reojo y, cuando giro la cabeza hacia él, descubro que tiene dibujada una pequeña sonrisa.

—Perdona, es que se me duermen las piernas si las llevo abajo —comento—. ¿Te molesta?

—Para nada. Solo me trae recuerdos.

No respondo a eso, sino que me limito a mirar un segundo el navegador para ver cuánto nos queda. Mucho, nos queda mucho.

Los silencios son llenados con la voz de Miles, así que siento como si nunca hubiera uno real.

Intento no pensar en todo lo que pasó entre nosotros antes de que me fuera a Chicago. Puedo fingir que no hubo beso, que no escuché lo que me dijo después, incluso que no sé qué distrajo a la prensa para que no centrara su atención en mí.

Puedo hacerlo, porque siempre se me ha dado bien. Lo que pasa, es que fingir que no ha pasado, no lo borra de mi mente. Solo lo esconde, y las emociones no se pueden ocultar eternamente, porque terminan por salir a flote.

Miles no ha dicho nada al respecto por ahora, pero él también estuvo ahí. ¿Puede hacer como yo e ignorar toda una noche? ¿Aun después de todo lo que nos une?

—¿Crees que deberíamos regalarles algo? —pregunta un rato después—. A los novios, quiero decir.

—No lo sé, ¿supongo? —respondo, no muy segura. Esta situación me descoloca por completo—. Tenemos poco tiempo. Quizá podríamos hacer otra cosa.

Miles me mira de soslayo, con el ceño fruncido.

—¿Qué cosa?

—Van a casarse en cuestión de horas. Ha sido una idea espontánea, ni siquiera nos han dejado preparar una despedida en condiciones y dudo que haya celebración. ¿Qué te parece si les organizamos algo así? Una pequeña fiesta, aunque sea a la vuelta.

—Me parece una idea genial. Si lo hacemos en San Francisco tenemos más tiempo. Puedo hablar con Beau y Jeremiah, que seguro que les hace ilusión, y con algún amigo más. Nada excesivo. Solo los más cercanos.

—Así también podrá venir Luca —añado—. Por cierto, voy a ver qué tal está.

Saco el móvil para preguntarle por su estado.

Al abrir el grupo de WhatsApp me encuentro con varios mensajes suyos, actualizándonos su noche. Uno de ellos es una foto con un chico. Sale en el hospital, con el pie vendado y en alto. El mensaje que aparece debajo me hace reír:

Luca

Mi cita se queda conmigo hasta que me recupere

¿Quién sabe? Quizá el próximo en casarse sea yo

—¿Deduzco que Luca está bien? —pregunta Miles a mi lado.

—Está bien cuidado, sí.

—Empezaré a gestionar mi parte cuando paremos. Quizá podríamos hacerlo en mi casa. Es más fácil que salir a un local.

—Si no llueve, podemos salir a la terraza —sugiero—. Además, yo puedo cocinar. Eso no será ningún problema.

—Nate disfrutará mucho más si le haces tus pizzas, eso sin duda.

—Nate va a tener que aprender a comer más cosas. Pero sí, haré mis pizzas también —aclaro. Es su boda, por supuesto que puede elegir el menú y, aunque sea una sorpresa, todos sabemos lo que pediría de poder hacerlo.

Se me escapa un bostezo y miro el reloj. Llevamos más de tres horas en el coche y todavía nos quedan otras tantas hasta nuestro destino.

—¿Quieres cambiar? —me ofrezco por cortesía. No me gusta demasiado conducir, pero entiendo que Miles quizá vaya cansado—. Podemos hacerlo en la próxima estación de servicio.

—No te preocupes, voy bien —responde. Mueve los músculos de los hombros y los brazos para desentumecerlos, y estira varias veces el cuello—. Estoy acostumbrado a trayectos largos.

—¿Estás seguro? No me importa conducir un rato —insisto—. Tienes que estar cansado.

—De verdad, no te preocupes. Además, dentro de poco empezaré a buscar un sitio para parar y descansar un rato.

—Está bien, como quieras. Si cambias de idea, solo tienes que decirlo.

Busco la bolsa de comida que compró Miles, me vuelvo a poner cómoda en mi asiento y engullo las patatas. Ni siquiera me he dado cuenta del hambre que tenía, pero mi estómago ruge y pide ser saciado.

—¿Quieres? —le ofrezco a Miles.

—¿Puedes darme alguna? Me has dado envidia.

Cojo un par de patatas y me giro hacia él.

Miles tiene toda su atención puesta en la carretera, así que se limita a abrir la boca y esperar a que se las introduzca.

Mis dedos rozan sin querer su mandíbula y un millar de recuerdos vuelven a mi mente, porque Miles y yo viajamos así muchas veces; con él conduciendo durante horas y yo dándole de comer. Solo que en esas ocasiones no solo le daba patatas o trozos de sándwich, sino que los intercalaba con besos, con apoyar la cabeza en su hombro y con mimos en general.

Ahora me limito a carraspear, a alejarme de él y regresar a mi asiento.

—¿Quieres más? —pregunto, con la mirada en el frente y tratando de poner distancia para alejar al máximo esos recuerdos.

—No —responde de forma escueta—. Gracias.

Guardo la bolsa y subo las piernas al salpicadero de nuevo. Y así, en esa postura, mientras

suenan otra de las canciones de Wandering Souls de fondo, me quedo dormida.



—Chels... Chels, despierta.

Percibo una voz lejana, grave y masculina. Después, un ligero zarandeo. Abro los ojos despacio y tardo unos segundos en ubicarme. Estoy dentro del coche de Miles, que se ha detenido. Miro por la ventana y veo que hemos parado en un hostel de carretera, a juzgar por el cartel destartalado y que en su día sería luminoso, pero ya solo quedan la mitad de unas letras que parpadean.

—Estamos en Barstow —me informa—. He preguntado y tienen una habitación libre. Podemos descansar aquí y mañana por la mañana seguir hasta Las Vegas. Está a unas dos horas y media.

—¿Umm...? —digo, todavía adormilada—. Lo que tú digas está bien.

Salgo del coche y me cobijo bajo el abrigo, pues entre el calor del interior y el sueño noto el frío hasta en los huesos.

Me dejo guiar por Miles hasta el hostel.

El sitio es tan cutre por fuera como por dentro. La madera es antigua y está carcomida, pero no me importa. Estoy tan cansada, que lo único que necesito es que no haya ratas ni bichos.

—Buenas noches, ya he vuelto —saluda Miles al hombre de mediana edad, que está tras el mostrador—. Perdona la tardanza. Estamos preparados.

Deduzco que ya han hablado antes, mientras yo dormía en el coche.

—Una habitación, cama doble —anuncia el recepcionista mientras pone una llave sobre la madera.

—Perdona, ¿cama doble? —pregunto con sorpresa. Al escuchar eso, me he espabilado de golpe.

—Ha debido de haber un error —interviene Miles—. He pedido camas individuales.

El hombre comprueba algo en el monitor mientras yo miro a Miles y este se fija en el recepcionista, con la mandíbula tan tensa, que parece que se vaya a hacer daño de apretar.

—Ah, sí, correcto —suelta al final—. Dos camas. Perfecto. Sin problemas.

Suspiro y noto cómo, a mi lado, Miles se relaja.

He visto y leído suficientes comedias románticas para saber cómo suele terminar eso.

Después de que nos tomen nuestros datos, presentar nuestros documentos de identificación y pagar, cogemos la llave, salimos un momento a por nuestras pertenencias y subimos a la habitación.

Dos camas individuales y pequeñas, un armario diminuto con la puerta caída y un aseo minúsculo.

—No sabía que sería así. Podemos ir a otro hotel si quieres. He parado en el primero que he visto —se justifica Miles.

—No te preocupes, es perfecto.

—He pedido una sola habitación porque me ha dicho que no había más disponibles, pero podemos insistir a ver si hay suerte.

—No pasa nada. Lo único que quiero es dormir un rato y ducharme mañana.
—Entonces, no se hable más.

Capítulo 41

Nos llevó tiempo hacer nuestra primera escapada por dos sencillos motivos: no teníamos ni tiempo ni dinero.

Sin embargo, Miles se las ingenió un fin de semana para conseguirlo.

Reservó una pequeña cabaña de madera, preparamos un par de mochilas con lo imprescindible y nos fuimos de noche, después de que terminase mi turno en el bar. Nos llevamos a Patitas. El perro era de los padres de Miles, aunque él lo visitaba y lo sacaba de paseo como si fuera suyo.

Él conducía, como siempre. Yo iba a su lado, descalza, con las piernas subidas en el salpicadero y un mapa desplegado en las manos. Circulábamos por una carretera que atravesaba un bosque y la cobertura era un lujo del que no disponíamos. Llevaba también un par de cafés y dos *brownies*. Esa sería nuestra cena. Patitas dormitaba detrás, con su arnés de seguridad puesto. En realidad, Patitas pasaba mucho tiempo durmiendo; era un perezoso.

—¿Vas a decirme ya dónde vamos?

—Al lago Tahoe —confesó al final—. Vamos a acampar en la naturaleza, a darnos un baño y a tener tiempo para nosotros dos solos.

—Me gusta cómo suena.

Compartir piso con cuatro personas era entretenido, pero nos dejaba poca intimidad. Los bolos les habían dado cierta popularidad por la zona. Eso hacía que, noche tras noche, alguno de los miembros solteros ligara, y llegase acompañado a casa. A veces, los tres lo hacían, y los gritos y gemidos se escuchaban desde cualquier rincón del piso.

Circulábamos por una carretera llena de árboles. El otoño acababa de comenzar y todo se veía de esos tonos marrones, naranjas y amarillos que hacen del mundo un lugar más bonito. Todavía hacía calor, por eso llevaba puesto un vestido de tirantes y el bikini debajo, porque teníamos la intención de darnos un baño nocturno.

Después de indicarle la salida a Miles, guardé el mapa y saqué los *brownies*, tan hambrienta, que devoré el mío en cuestión de segundos.

—¿Quieres? —le ofrecí.

—Dame un poco.

Despedacé el suyo, me giré sobre el asiento y le metí un trozo pequeño en la boca. Se manchó los labios de chocolate al masticar, pero no se limpió, solo me pidió más.

—¿Vas a contemplarme así todo el rato? —preguntó y me miró de soslayo, sin quitar la atención de la carretera.

—Sí, creo que sí.

Miles se rio y abrió la boca para que le diera un nuevo trozo. Estaba tan enamorada, que incluso verlo masticar me parecía sexi.

Esperé a que terminara para acercarme a él y lamer el chocolate que todavía le manchaba la comisura de la boca.

—Estoy conduciendo —dijo con esa voz ronca que se clavaba directamente en mi entrepierna. No era una protesta, sino un recordatorio.

—Te habías manchado ahí —me defendí. Apoyé la cabeza en su hombro y me quedé así unos segundos.

Fue Miles quien me buscó entonces, llevando una mano a mi muslo y acariciándome despacio. La mirada seguía fija en el camino. Una carretera recta, amplia y sin tráfico.

—Creía que estabas conduciendo... —murmuré.

—Y yo creía que tú estabas limpiándome los restos de chocolate. Me queda todavía.

Esbocé una sonrisa y, con la misma lentitud con la que él me acariciaba, giré la cabeza para besarle el cuello. Moví una mano hacia su pierna, cubierta con un pantalón vaquero. Subí poco a poco hasta la cremallera, la abrí y colé la mano por debajo de la tela. Miles redujo bastante la velocidad. Levantó el culo del asiento y, entre los dos, dejamos caer la ropa hasta los pies. Me solté el cinturón. Una imprudencia, lo sé, pero en ese momento no pensaba con la cabeza.

—También tienes chocolate aquí.

Me incliné hacia abajo y lamí su pene, antes de metérmelo entero en la boca.

Miles soltó un jadeo ronco y se tensó contra el asiento. Envolví la base con los dedos, para ayudarme en el movimiento.

—Joder, Chels —rugió—. Me estás matando.

Una de sus manos seguía aferrada al volante, la otra la llevó a mi cabeza para ayudarme a marcar el ritmo, arriba y abajo, arriba y abajo.

Noté cómo el coche giraba a la derecha y después frenaba, sin brusquedad.

Me detuve un momento para ver qué pasaba y descubrí que había parado en un pequeño mirador. Volví a agachar la cabeza, pero Miles me paró antes.

—Ven aquí —sonó casi a una orden, aunque no me importó.

Echó su asiento hacia atrás, me sujetó por las caderas y me colocó encima, con una pierna a cada lado. Bajó el escote de mi vestido y besó mis pechos, los estrujó y jugó con ellos, antes de meterse uno en la boca. Chupó y succionó con vehemencia, y yo me dejé caer, excitada, y me froté contra él. Miles no pudo más. Apartó la tela de la parte inferior del bikini y se coló dentro de mí.

—Van a detenernos por escándalo público —solté contra su boca, justo antes de besarle.

—Seré un preso feliz —replicó.

Por suerte, ningún coche pasó cerca. Necesitamos un rato de reposo, cada uno en su asiento, para recuperar el ritmo normal en los latidos y en la respiración. Miré un segundo hacia atrás.

—¿Cómo puede seguir durmiendo Patitas? —bromeé—. Me encanta este perro.

—Algún día, cuando vivamos solos tú y yo, tendremos uno propio. Le pondremos de nombre Mercury, o Bono, o Axl Rose, o algún nombre de *rockero* importante.

—Tendremos un gato, y no se llamará así. Será algo relacionado con Marvel.

—Podemos tener lo que tú quieras, Chels. Mientras estés conmigo, yo soy feliz.

Capítulo 42

Nos acostamos tarde, pero hemos madrugado.

Miles se ha preparado temprano y se ha ofrecido a comprar un desayuno decente.

Yo me he tomado mi tiempo para ducharme y peinarme. Hoy es la boda de Sky y tengo que estar presentable.

—He encontrado comida, que creo que te puede gustar —anuncia Miles entrando en la habitación. Me enseña un par de vasos de café y una bolsa de donuts—. He comprado cinco. Puedes comerte todos los que quieras. ¿Estás ya preparada?

—Sí.

—¿Te parece si nos ponemos en marcha? ¿O prefieres desayunar aquí?

—Vamos. Cuanto antes salgamos, antes llegaremos.

—Perfecto.

—¿Conduzco yo?

—Voy fresco y solo quedan dos horas. No te preocupes, yo me encargo.

No sé si Miles preferiría descansar y se está ofreciendo solo porque sabe que odio conducir, pero me aferro a esa hospitalidad para desayunar tranquilamente mientras él lleva el coche.

Vuelve a poner su discografía, solo que esta vez empezamos por *Next to me*, la primera canción que le dedicó a Allyson. Porque fue para ella, ¿verdad? No lo pregunto. Solo me limito a escucharla en silencio y mirar por la ventana del coche.

*When the sun hit the window again
But you were still there lying on my back
when I dreamed of being where I am
But you were still walking in my steps
there was no anger or fear
It Was possible if you were next to me
There was no anger or fear
Because you have always been my sign*

El camino se me hace más corto que el anterior, quizá porque prefiero viajar de día que de noche. El paisaje que nos acompaña durante estas dos horas y media no es demasiado llamativo. Vamos a Las Vegas, la ciudad del pecado escondida en un desierto, así que todo es árido, marrón y poco atractivo.

—Es más espectacular por la noche —aclara Miles cuando la ciudad aparece ante nosotros—. Por las luces y los carteles.

—Ya imagino. ¿Has estado antes?

—Hemos venido varias veces a hacer conciertos aquí. A Beau le encanta, y eso también nos ha hecho repetir.

—Me parece un modo de vida increíble. El vuestro, digo.

—Hemos sido unos privilegiados —admite sin reparos—. Hemos viajado mucho y conocido grandes lugares. Además, hacerlos juntos siempre fue un gran aliciente.

—Sky y yo nunca hemos visitado Las Vegas, aunque era una gran cuenta pendiente. Se las ha apañado para solucionarla pronto —bromeo.

—Imagino que Skylar estará ocupada estos días, pero si la pareja quiere, os podemos

enseñar un poco la ciudad. Conocemos los mejores restaurantes y casinos.

—¿Los casinos también?

—Por supuesto. No se puede venir a Las Vegas y no visitar uno por lo menos.

—Voy a llamar a Sky para decirles que ya hemos llegado. Podemos alojarnos en el mismo hotel que estén ellos.

—Conozco a Nate lo suficiente como para saber que está en una *suite* Bellagio —afirma Miles con una sonrisa—. Adora ese hotel.

—¿Vamos para allá entonces? Tú puedes quedarte donde quieras, pero yo buscaré una habitación más económica.

No tengo ni idea de cuál es el hotel Bellagio, ni mucho menos del coste de una *suite*, pero me suena caro. Aunque ya no tengo problemas económicos, tampoco me considero una derrochadora de dinero.

—Me parece perfecto.

Miles conduce por el interior de Las Vegas. Las calles son amplias y se siguen notando áridas, pese a los árboles que crecen aquí y allá.

Me resulta bastante decepcionante, hasta que gira por Las Vegas Boulevard y entonces sí alucino. Se trata de una avenida amplia, con grandes edificios y rascacielos a cada lado de la carretera.

Me encuentro con una construcción elegante, negra con esferas que parecen metálicas. Resulta ser una tienda de Prada en la que quizá cambie de idea y sí que derroche algo. El Sugar Factory, un centro comercial enorme y lleno de pantallas luminosas, como si fuese un Time Square pequeñito. El edificio de Cosmopolitan es enorme y lo miro embelesada. Hace un par de años vi la serie *The Bold Type* y, desde entonces, en una vida paralela en la que no existe la cocina, sueño con trabajar como periodista en esa revista. Está justo en frente de Planet Hollywood, un resort con casino en el que tampoco parece barato alojarse.

Y delante, en una imitación de la vieja Europa, hay una escultura azul de un globo terráqueo en la que se lee París, y que antecede a la réplica de la Torre Eiffel. A estas alturas, estoy tan alucinada que he abierto la ventanilla del coche y he sacado la cabeza para contemplar todo más de cerca.

—¡Mira! —exclamo a Miles, como si existiera una posibilidad de que él no la hubiese visto—. ¡Es la Torre Eiffel!

Me giro hacia él para mostrárselo y, al hacerlo, descubro que Miles no contempla el monumento, sino a mí. Tiene una sonrisa dibujada en los labios, pequeña, pero tan feliz que se me contagia.

—Ya estás acostumbrado a verla, ¿no? —pregunto y vuelvo a mirar por la ventanilla.

—Así no —responde. Y no estoy segura, pero tengo la sensación de que no hablamos solo del monumento.

Tampoco tengo tiempo para pensarlo más, pues Miles aparca el coche.

—Este es el Bellagio —me informa, señalando al edificio que está frente a la imitación parisina.

Me fijo en el impresionante edificio, de color blanco y repleto de ventanas. Está detrás de una fuente tan grande, que parece un lago entero. Multitud de personas pasean a su alrededor, o hacen deporte, o se toman fotografías.

—Lo mejor son las vistas, ya lo verás.

Antes de salir del coche, Miles se pone su gorra oscura y las gafas de sol. De repente, caigo

en la cuenta de algo:

—¿Por qué aquí sí te las pones y cuando paramos de camino no lo hiciste?

—Barstow es un pueblo pequeño. En esos lugares la gente suele vivir más ajena a la publicidad y la televisión. Aquí podrían reconocirme con facilidad, y no me apetece.

—¿Por qué? Pensaba que te gustaba tu público.

—Y me gusta, pero también me gusta la intimidad. Vengo a la boda de mi mejor amigo, y no quiero estar pendiente de nada más. ¿Vamos?

La recepción es tan impresionante como el exterior. Los suelos y paredes son de mármol, las alfombras son enormes y en el techo parecen crecer flores de cristal de todos los colores. Por suerte, no hay demasiada gente.

Nos dirigimos a la recepción, a una mujer de mediana edad que está más apartada que el resto.

—Buenos días —saluda Miles—. Nos gustaría reservar un par de habitaciones para hoy y mañana.

Lo miro, sin decir nada. En el hostel cogimos una sola, pero aquí vamos a pasar dos noches completas y queremos nuestra privacidad.

—Buenos días, bienvenidos al Bellagio. Mi nombre es Christine y voy a estar aquí para resolver cualquier duda durante su estancia. ¿Es su primera vez?

—Para ella, sí. Yo ya he estado varias veces.

—¿Me permiten su documentación?

Saco mi documento de identidad. Miles hace lo mismo, solo que veo cómo se pone nervioso en el acto. Imagino que teme ser reconocido, aunque es imposible que no supiera que nos pedirían algo así.

Me doy cuenta como a cámara lenta.

Christine comprueba una vez la documentación de Miles y luego otra más. Después, se fija en la cara oculta tras las gafas y la gorra. Sus ojos se abren poco a poco, conforme empieza a asociar a quién tiene delante. Emite un pequeño grito agudo, pero Miles le pide que se calme y obedece en el acto.

—Me gustaría que mi estancia fuera secreta, por favor —le pide a la mujer en voz baja—. Estoy aquí para acudir a la boda de un amigo y no quiero estropearlo.

—Claro, claro —responde, todavía con una voz a medias entre susurro y grito agudo—. Seré una tumba, lo prometo. ¿Podemos hacernos una foto juntos? Cuando haya poca gente, para no llamar la atención.

—Christine ha dicho que se llama, ¿no?

—¡Dios mío, Miles Stones sabe mi nombre! —Me resulta gracioso esos susurros histéricos. Me limito a observar la escena, sin intervenir—. Sí, esa soy yo, pero, por favor, tutéame. No hace falta que me hables de usted.

—Está bien. Christine, si mantienes en secreto mi estancia aquí, te prometo que antes de irme nos haremos una foto juntos, y te la dedicaré personalmente.

—¡Eso sería maravilloso! Tengo dos hijos: una niña y un niño. Los dos son fanáticos de Wandering Souls. Laura incluso lloró al enterarse de la separación —nos cuenta—. Ella estudia fuera, pero Mike vive en la ciudad. ¿Puedo llamarlo para salir también en la foto? Le haría mucha ilusión.

—Por supuesto —afirma Miles con una sonrisa dibujada—. Nos iremos dentro de dos días, así que si puede venir esa misma mañana, sería un momento ideal.

—Se va a morir cuando se lo cuente.

—Por favor, no le digas nada hasta el último día. No quiero decir que Mike sí vaya a contarlo, pero mejor prevenir.

—No diré nada. Puede contar conmigo —responde emocionada.

—Quizá incluso podamos mandar un vídeo de saludo para Laura, ¿no? —añade Miles.

—¡Ay, sí! —grita. Después se lleva la mano a la boca y se reprende a sí misma por haber chillado—. Perdón. Ya sabía que eras amable, pero es que eres un sol. De verdad, un sol.

—Para mí es un placer.

—Enhorabuena a tu amigo, por cierto. No tienes de qué preocuparte por mi parte, todo será secreto. Secretísimo.

No dudo de las buenas intenciones de esta mujer, pero si no aprende a controlar su emoción, me parece que va a delatar a Miles enseguida.

Christine se fija en mí por primera vez desde que ha descubierto que está tratando con una persona famosa, y sus ojos se abren de nuevo, de pura sorpresa.

—¡A ti también te conozco! —vuelve a exclamar en ese grito susurrado—. Eres la cocinera, ¿no? La que canta. Te vi en la tele. Entonces, ¿no estás con Cora?

La sonrisa de Miles se borra un poco, aunque no desaparece del todo.

—Chels es una amiga, Christine, por eso te he pedido habitaciones separadas. Cora también es solo una amiga. De todos modos, y sin que lo tomes a mal, no me gusta hablar de esas cosas. Soy músico. Quiero que se hable de mí como tal, no por las personas con las que me relaciono. No me gusta ese tipo de publicidad.

—Claro, lo entiendo —cede Christine al momento—. A mí tampoco me gusta. Yo soy *fan* por las canciones. Mi favorita es *Her pain is mine*. Es tan triste. A veces lloro cuando la escucho.

—Gracias, Christine. Eres muy amable —comenta Miles. Me sorprende ver la paciencia con la que gestiona todo, sin dejar siquiera de sonreír—. ¿Podemos volver a las habitaciones? Estamos un poco cansados y tenemos que prepararnos para la boda.

—Sí, por supuesto. Deja que compruebe algo —dice y centra la vista en el monitor mientras busca algo. Tarda casi un minuto en responder—. Tengo disponible la *suite* Ático y una *suite* Bellagio.

—No será necesario, una habitación normal está bien.

—Si es por el precio, no...

—No es el precio, es que nos da igual —la interrumpe.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso. Sé que quieres mantener tu estancia en secreto y voy a ayudarte a hacerlo, pero aquí va a quedar reflejado que Miles Stones ha pasado dos noches en el Bellagio. Mi encargado me echará a la calle si permito que duermas en una habitación normal teniendo *suites* disponibles. Es la política del hotel, no la elijo yo.

—¿La política del hotel dice que Miles Stones no puede alojarse en una habitación normal? —pregunto anonadada.

—No solo él, pero por supuesto, está en la lista. Además, los gastos correrán a cargo del Bellagio.

—No lo entiendo —insisto—. Quiero decir, precisamente alguien como Miles Stones tiene dinero para pagar algo así.

—Lo sé, pero es una publicidad para el hotel. ¿Sabes cuánta gente querrá alojarse aquí después de saber que él ha pasado dos noches en esa misma habitación? Las reservas se dispararán. La *suite* es enorme, os pondré juntos.

—Está bien, haz el *check-in* y danos la llave, pero, por favor, la necesitamos ya. No queremos que se nos haga tarde.

Ninguno de los dos reclamamos nada.

Miles, porque no tiene ganas de discutir, seguramente para no estar más tiempo aquí expuesto a que alguien lo reconozca, y yo porque no depende de mí, sino de él.

No me gusta el hecho de que nos estén regalando una *suite* o, más bien, que se la estén regalando a él. No me parece justo. Además, va a ser una, así que adiós a la intimidad de la que hemos hablado antes. Si lo hago, es por Miles. Sky y Luca tendrían menos reparos de conciencia, pero yo no soy ellos.

Christine nos gestiona la habitación con cierta rapidez después de todo el tiempo que nos ha hecho perder y en apenas diez minutos estamos entrando en nuestra *suite*, cargados con nuestro equipaje.

Vale, los reparos desaparecen un poco en cuanto veo el interior de la habitación. He vivido en casas más pequeñas que este sitio. Dejo la maleta en la entrada para poder explorar con tranquilidad.

Tiene una sola cama. Es enorme, sí, pero sigue siendo una. ¿Cómo conseguimos dos en un hostel de mala muerte y aquí no hemos podido? Nos las apañaremos, supongo. Hay un diván al lado, que puede servir también para dormir.

Hay una sala de estar con un *chaise longue* y dos sillones, incluso una pequeña cocina con barra. El baño es más increíble aún, con una bañera para parejas en la que entraríamos sin problemas Sky, Luca y yo.

—¿De verdad acaban de regalarte dos noches aquí? —pregunto después de mi *tour*—. No sé cuánto vale esto, pero dudo que sea barato.

—No, no lo es.

—Ser famoso es muy duro —bromeo. Miles se ríe, pero no dice nada—. ¿Crees que mantendrá su palabra?

—Sí. Las fotos al final son un buen reclamo, y siempre me funciona.

—¿Cómo vamos a dormir? —pregunto entonces—. Hemos pasado de dos habitaciones a tener una sola cama.

—A mí me parece lo bastante grande para los dos, pero puedo dormir en el sofá. También es cómodo.

—¿Ya lo has probado?

—Alguna que otra vez, sí. En dos ocasiones dormimos toda la banda aquí. La cama se la quedaron Beau y Nate. A mí y a Jeremiah nos tocó el sofá.

—No sé por qué, pero no me extraña. ¿Has hablado con ellos? ¿Vendrán a la celebración?

—Sí, con su pareja. Beau tiene una hija, así que no creo que se quede mucho.

—Tengo ganas de volver a verlos.

—Les hablé de ti. Te echan de menos —me informa. Noto cómo el corazón se me acelera, como si mis latidos estuvieran nerviosos por saber de ellos. Es bonito saber que, aunque haya pasado el tiempo, el cariño se mantiene—. Se pusieron locos cuando se enteraron, la verdad. ¿Sabes lo que me pidieron?

—¿Pizza? —pruebo, bromeando.

—Exacto.

Me río y él lo hace conmigo.

La vida nos cambia a lo largo de los años. A veces da vueltas y avanza hacia un rumbo

desconocido, y otras nos devuelve a puntos por los que ya hemos pasado, pero, en cada uno de esos tramos en los que dividimos nuestra existencia, dejamos puntos de anclaje. Pueden ser personas, lugares, momentos concretos, incluso olores o sensaciones. Y un día, que puede ser pronto o muchos años después, nos topamos con uno de esos puntos de anclaje y revivimos esa etapa. Puede sonar tonto, pero algo tan sencillo como la pizza me mantiene unida a Wandering Souls. No como banda, sino como personas que un día fueron mis mejores amigos.

A Miles me une más, mucho más. Solo que esos puntos de anclaje intento evitarlos, aunque cada vez me cueste más.

—No solo me pidieron pizza, Chels —suelta Miles entonces—. También están deseando volver a conocerte.

—Sigo siendo la misma.

—No, no lo eres. Es decir, en esencia no has cambiado, pero durante estos años has crecido en otros aspectos. Eso es lo que quieren conocer; lo que se han perdido hasta ahora.

Entiendo lo que dice, porque yo también me he perdido cosas. No solo detalles pequeños, es que Beau incluso se ha casado y tiene un bebé.

—Voy a avisar a Nate de que ya estamos aquí —anuncia—, y tendremos que prepararnos. Esta tarde nos vamos de boda.

Capítulo 43

Como Miles ya adivinó, Nate y Sky se alojan en este hotel, en una de las dos *suites* Bellagio.

Después de cambiarnos y ponernos cómodos, hemos quedado con los novios. Los chicos se han ido por un lado y nosotras, por otro. Mi mejor amiga se casa en apenas tres horas y no hemos preparado nada.

Hemos venido al Starbucks que está cerca del hotel. Aquí hay multitud de restaurantes y cafeterías lujosas, pero hemos recurrido a un local conocido en el que nos sentimos como en casa.

—Seguro que ellos se han ido a beber para tener una despedida de soltero —me dice Sky, con un capuchino entre las manos—. Deberíamos hacer lo mismo.

—¿Es lo que quieres?

—No, la verdad es que no.

—¿Qué quieres entonces?

—No lo sé. No lo he pensado.

—Sky, vas a casarte esta misma tarde. Sabes que un matrimonio en Las Vegas sigue siendo un matrimonio legal, ¿no? Que no es una locura en un papel que puedas romper.

—Lo sé, lo aprendí en *Friends*.

—Vale, solo quería recordártelo.

—Crees que estoy loca, ¿verdad? Por casarme con Nate tan pronto.

—Sí que creo que estás un poco loca, pero no por esto. Lo pienso en general —bromeo. Sky se ríe, pero es una risa nerviosa—. Si tú estás segura, yo también lo estoy.

—Lo he pensado, no te creas que no. A ver, es cierto que nos conocemos desde hace poco tiempo, pero ¿y qué? Hay parejas que se casan después de veinte años juntos y luego se separan. No creo que sea una cuestión de tiempo, sino de conexión. Y Nate y yo conectamos.

—Lo sé. Os veo muy bien juntos. Además, por lo que sé de los dos, sois bastante parecidos.

—Y si sale mal, siempre está el divorcio. Nate habrá sido solo mi primer marido —bromea ella esta vez.

—¿El primero de cuántos?

—Si con Nate no sale bien, entonces mínimo quiero tres.

—Me parece una buena cifra.

—Tres bodas, tres despedidas de soltera, tres de divorciada... —enumera.

—Bueno, si en todas te casas como ahora, me parece que esos pasos nos los vamos a saltar. Sky, hoy es tu boda y me has avisado con un maldito día de antelación. Es que no me ha dado tiempo de preparar nada, ni siquiera un *outfit* decente —la reprendo.

—Un *outfit* —repite, sorprendida de pronto.

—No solo eso. Yo qué sé, no hemos hablado de bodas, pero imaginaba que si te casabas, yo sería tu dama de honor, te organizaría un super viaje de despedida, saldríamos de fiesta y te ayudaría a elegir la decoración para los centros de mesa. Iría contigo a escoger tu vestido de novia y lloraríamos y brindaríamos con champán cuando por fin lo encontraras.

—Madre mía, madre mía... No tengo nada de eso, Ce —comenta nerviosa—. ¿Por qué me estoy casando así? De verdad, ¿voy a renunciar a todo eso?

Me quedo callada en el acto. Mi intención no era generarle dudas sobre la boda, ni mucho

menos, pero parece que es justo lo que estoy consiguiendo.

—No necesitas nada de eso para casarte —le recuerdo, y lo digo totalmente en serio. Que yo lo haya imaginado así en mi cabeza tiene que ver más con la televisión que con otra cosa. Casarse de otro modo es igual de válido—. ¿Tú quieres casarte con Nate?

—Claro que quiero.

—Pues entonces no necesitas...

—Lo que sí necesito es un vestido —me interrumpe—, y un ramo. Ya sé lo que vamos a hacer estas horas. Vamos a buscarnos unos *outfits* a la altura de esta boda y, cuando ya estemos divinas, nos tomaremos un par de copas en un bar de lujo como despedida de soltera. Y llamaremos a Luca para incluirlo. Me da pena que él no esté aquí.

—Bueno, en la boda con el segundo marido dejaremos que sea el *damo* de honor, pero solo porque ese será menos importante.

—Me parece perfecto.

Hacemos todo lo que Sky ha pedido.

En una tienda encontramos un vestido de novia inspirado en *Mamma Mia!*, que nos parece perfecto para la ocasión. Se lo enseñamos a Luca por videollamada y nos da el visto bueno con los ojos llenos de lágrimas.

Para mí escoge uno verde porque, según ella, siempre quiso que sus damas de honor fuesen de ese color. Recuerdo una conversación de hace años en la que juró y perjuró que adoraba el rosa, porque quedaba mejor en las fotos, pero no le llevo la contraria.

Después de asegurarnos de que el hotel está despejado y que Nate sigue por ahí, volvemos para maquillarnos. Nos sobra todavía una hora que empleamos en tomarnos un par de cócteles en el bar.

Sky elige Mai Tai y, aunque no soy muy *fan* del ron, hoy es su día y puede escoger lo que quiera.

—¿En qué has quedado con Nate? —pregunto cuando estamos terminando el segundo.

—En que nos vemos en la entrada de la capilla para firmar juntos.

—¿Dónde te casas?

—Aquí, en el hotel.

—¿De verdad? —cuestiono, no porque dude de ella, sino porque me sorprende. Hasta ahora, ni siquiera había caído en la cuenta de preguntar algo tan simple como el lugar.

—A mí me daba igual el sitio, pero Nate quería aquí. Además de que el Bellagio le encanta, dice que así nos ahorramos que pueda venir la prensa.

—¿A él también lo reconocieron al registrarte?

—Me registré yo. Él está de infiltrado en mi habitación.

—Maldita sea, eso hubiera sido una mejor opción.

—¿Qué te pasó a ti? Bueno, luego me lo cuentas, que ahora tengo que casarme —añade mirando el reloj de la pared—. Madre mía, ahora sí que es real. Voy a casarme, Ce.

—¡Vas a casarte! —exclamo y le doy un abrazo. Me está costando, pero ya casi he terminado de asimilar que mi mejor amiga va a contraer matrimonio—. Estoy muy feliz por ti. Mucho —repito, y me separo de ella.

—Vuelve aquí, anda —me ordena. Tira de mí para envolverme de nuevo entre sus brazos y, cuando nos miramos, veo que tiene los ojos llorosos—. Venga, mi primer marido me espera.

Enredamos nuestros brazos a la altura del codo y nos ponemos en marcha.

Yo me limito a seguir a Sky, pues no tengo ni puñetera idea de adónde tenemos que ir.

La capilla del hotel es pequeña, con bancos a cada lado, un atril al final y varias cortinas en la ventana.

No hay invitados, solo los testigos, que somos Miles y yo.

Nate está al fondo, vestido con un traje chaqueta azul y unos zapatos marrones. Juega nervioso con las manos y, en el momento que ve entrar a Sky, en su rostro aparece una sonrisa tan enorme que le ilumina los ojos. Está muy guapo y verlo tan inquieto me despierta cierta ternura. Nate tiene dos años más que yo, pero siempre me vi como una especie de hermana mayor.

Hoy me siento feliz. Empecé creyendo que su relación no iba en serio, pero lo que tienen es tan bonito, tan mágico, que solo puedo alegrarme por los dos. No conozco a nadie que lo merezca más que ellos.

—Qué guapo está —susurra Sky a mi lado, mientras empezamos a recortar la distancia que nos separa de él—. ¿Has visto a Miles? Tampoco está nada mal. Además, no te quita el ojo de encima.

Mi mirada pasa de Nate a su amigo y, al momento, el corazón me da un vuelco.

Sky tiene razón: no está nada mal.

Él viste un traje negro, con corbata y camisa del mismo color. Siempre ha sido un gran fanático de la ropa oscura, pero es que le sienta demasiado bien. Se ha recortado un poco la barba y despeinado para la ocasión. Me pierdo tanto en ese azul intenso de sus ojos, que, cuando llego hasta él, me doy cuenta de que ni siquiera he estado respirando.

—Estás preciosa —le dice Nate a Sky antes de entrelazar los dedos con los suyos y atraerla hacia él.

Miles y yo nos retiramos un poco para dejarlos en primer plano. Estamos tan cerca, que nuestros hombros se rozan, pero ninguno de los dos hace el amago de moverse.

—Tú también estás preciosa —susurra en mi oído.

Su voz me hace cosquillas y me estremece, y, aunque intento ignorarlo, un escalofrío me recorre de todas maneras.

—Gracias —consigo responder.

La ceremonia es corta, sin demasiada parafernalia.

Un hombre de mediana edad vestido de negro les casa. No hay Elvis ni nada similar, pero según me cuenta Miles, puedes pedir una boda temática pagando un poco más.

Sky y Nate pronuncian unos votos genéricos, intercambian los anillos y comparten un beso no tan genérico.

Miles y yo firmamos como testigos, y les damos la enhorabuena.

Después, nos toman varias fotografías. A los novios, a los cuatro, a las chicas, a los chicos. A mí y a Miles. Apenas ha pasado media hora desde que entramos hasta que salimos.

—Ya estáis casados —comenta Miles, como si necesitara expresarlo en voz alta para terminar de creérselo. Lo entiendo. A mí me pasa lo mismo—. ¿Ahora qué?

—Ahora nos vamos de fiesta, por supuesto —responde Nate—. Estáis invitados a todo. Esta noche corre de mi cuenta.

—Me gusta cómo suena eso —bromea Sky.

—A ti pienso invitarte a mucho más que unas copas, señora Cooper.

—Señora Cooper —repite Sky—. No sé si quiero renunciar a mi apellido para siempre, pero acabas de ponerme cachonda al llamarme así.

—¿Podemos tomar primero las copas, por favor? —pido—. El sexo para más tarde. Vais a

tener tiempo.

—Vamos primero a por las copas, sí —responde Nate—. El sexo para más tarde.

Guiña un ojo a su amigo, que ríe y niega con la cabeza. Después, coge a Sky de una mano y a Miles de la otra, y tira de ellos hacia delante. Miles me engancha a mí en el proceso y así, los cuatro juntos de la mano, salimos corriendo hacia el bar del hotel para empezar una de las mejores noches de nuestras vidas.

Capítulo 44

He perdido la cuenta de los cócteles que me he tomado. No puedo decir que vaya borracha, pero sí desinhibida.

Además, hoy ni siquiera me importa que el alcohol me lleve a hacer locuras porque, por algún motivo desconocido, me siento más segura y menos vulnerable. Supongo que, por eso, he bailado con Sky como si nada más importara, y luego hemos cantado como si nadie pudiera escucharnos.

En el caso de ella es así, porque Sky canta tan mal que sus gritos podrían dañar los oídos de cualquiera.

También he bailado con Nate, y he aprovechado para hacer las amenazas reglamentarias. Él es solo el primer marido, pero yo soy su mejor amiga y eso es para siempre.

Nate se ha reído y después, sin previo aviso, me ha dado un beso en la cabeza, me ha abrazado y me ha dicho que me quiere. Y yo casi lloro, solo casi, porque no estaba preparada para una muestra de cariño por su parte.

—Quiero que sepas que no puedes volver a desaparecer de mi vida —ha terminado diciendo—, porque no soportaría perderte de nuevo. Ni siquiera cuando me convierta en su primer exmarido —ha añadido al final.

Porque sí, porque es Nate y me conoce, y sabe que no puede expresar de esa forma sus sentimientos y no completarlo con una coletilla cómica. Y eso ha sido peor, porque casi lloro otra vez.

Después se ha perdido con Sky.

Hace más de una hora de eso, y ni siquiera me importa. Me lo estoy pasando bien con Miles, bebiendo en la barra mientras hablamos y bromeamos.

No pienso en nada. Solo en esta noche, y en lo bien que estamos. En lo guapo que está. ¿El alcohol influye en eso? Obviamente, sí. ¿Me importa? Obviamente, no.

—¿Bailas conmigo? —le pido, extendiendo la mano hacia él.

Miles mira mi mano y luego a mí.

—¿Estás segura de eso?

—La oferta no va a durar mucho...

Se ríe, agarra mi mano y me conduce a la pista de baile. Está sonando una canción de Shakira y me parece un momento tan bueno como cualquier otro como para enseñar a Miles Stones a hacer *twerking*.

—Tienes que sacar más el culo —le digo—. Así, sí, y ahora arriba y abajo. —Se mueve de forma arrítmica, casi robotizada, pero sigue intentándolo y sin dejar de reírse—. Mira, fíjate en mí.

Y eso es lo que hace. No pienso en que me está observando el trasero, ni en que yo he hecho lo mismo, pero joder, ese pantalón negro resalta demasiado esa parte de su anatomía.

—Chels..., creo que está bien de *twerking* por hoy —comenta con la voz un poco ronca.

—Otro día seguimos. Además, la canción ha terminado ya.

Suena una de Halsey que me encanta.

Miles se acerca para bailar conmigo, pero mantiene una distancia prudencial. Me sorprende verlo tararear.

—¿Te la sabes? —pregunto, sin poder contenerme.

—No solo escucho rock, aunque sin duda es la mejor música —afirma con una sonrisa—. *But you're not half the man you think that you are. And you can't fill the hole inside of you with money, girls and cars. I'm so glad I never ever had a baby with you, 'cause you can't love nothin' unless there's somethin' in it for you* —canta—. Es alucinante. La forma en la que puedes sentirte representado en las letras de otros artistas.

—¿Te sientes representado con Halsey?

—Sí, un poco sí.

—Quién sabe, *Mister Lover*. ¿Te liaste con Halsey? —bromeo—. Quizá la compusiera para ti.

Miles se ríe.

—Pillado —responde, pero sé que bromea también—. ¿Pedimos otra copa?

—¿Intentas envenenarme con alcohol?

—Chels, tú ni siquiera bebes alcohol de verdad. Esos cócteles que te tomas llevan más zumos que otra cosa.

—Así están más buenos —replico, y me termino el contenido bebiendo por la pajita.

—También suben más.

Cuando llegamos a la barra, me vengo arriba y pido cuatro chupitos; dos para cada uno. Miles insiste en que no es buena idea, pero yo insisto más.

Así que, una hora después me tambaleo por el pasillo del piso de arriba, apoyada en el hombro de Miles para poder andar hacia delante y no tropezarme con el suelo, que se mueve solo.

—¿Por qué se tiene que mover todo? —protesto con voz demasiado alta—. Así es más difícil llegar. Tenían que darnos la última habitación de todas. Qué poca previsión.

—Venga, ya queda poco —me anima Miles.

Sé que se está divirtiendo a mi costa, pero no me importa.

Consigo llegar con su ayuda. Son apenas dos minutos más, y ya noto la cabeza pesada, como si el mundo tuviera movimiento y eso me agotara con más rapidez.

Me lleva hasta la cama, me quita los zapatos y me mete bajo las sábanas, con el vestido puesto. Apenas puedo moverme ya. Me cuesta incluso mantener los ojos abiertos.

—Descansa, Chels.

Noto cómo me da un beso en la cabeza y se aleja, pero protesto antes.

—¿Adónde vas? —pregunto casi sin voz.

—A ponerme el pijama y a dormir en el sofá.

—La cama es grande. Puedes quedarte aquí.

Está cerca, lo suficiente como para verlo tragar saliva, despacio.

—Chels, Chels...

—Solo vamos a dormir —matizo—. No quiero estar sola...

—Está bien —cede al final—. Me tumbo un rato contigo. Solo un rato.

No se pone el pijama, sino que se quita los zapatos y se acuesta en el otro lado de la cama, de cara a mí. Cerca, pero a la vez lejos.

Noto el alcohol fluyendo con libertad por mi mente, abriendo y desenredando, y tejiendo a su manera, convirtiendo en caos todas las emociones que yo guardo bien ordenadas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —empiezo, con los ojos cerrados y hablando en susurros.

—Claro —responde con el mismo tono de voz.

—¿Por qué no has sacado el tema del beso en el ascensor? —Miles da un respingo y sé que lo he sorprendido. A mí también me sorprendería lo que estoy haciendo de no ser por esos chupitos que me he tomado—. Yo tampoco lo he hecho, pero he pensado en ello. ¿Tú has pensado en eso? ¿En el beso?

Traga saliva, despacio.

—Sí.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Porque ese día en el ascensor ya dije de más. Te estoy dando tu espacio. No quiero presionarte.

—¿Mi espacio?

—Sé que ya te fallé en el pasado y que tú no das segundas oportunidades. Ya te dije lo que sentía. Ya te enseñé lo que sentía —puntualiza y sé, aun sin estar en plenas facultades, que se refiere al modo en el que me besó—. Tú decides qué hacer con eso.

Guardo silencio. El sueño me va venciendo poco a poco, pero no me quiero dormir. No sin hacer una última pregunta. La única que de verdad importa ahora.

—¿Estás enamorado de mí?

—No —lo dice sin dudas, tan firme que se me queda clavado. Noto cómo se acerca un poco a mí y su mano rozándome la mejilla, agarrando un mechón de pelo y colocándomelo tras la oreja, con tanta sutileza que la caricia me pone la piel de gallina. Abro los ojos y me topo de lleno con ese azul. Me mira con la misma firmeza que ha pronunciado ese *no*. Pienso que ya no va a decir nada más, y entonces añade—: Pero sería muy sencillo enamorarme de nuevo. No has dejado de ser peligrosa.

—Antes pensaba que me decías peligrosa como sinónimo de atrevida —confieso, en un murmullo tan bajo que no sé si llega a escuchar.

—Eres atrevida, pero no es por eso. Te llamo peligrosa porque el día que nos conocimos ya intuí lo que serías para mí. Enamorarse siempre es un riesgo, pero lo asumo con todo lo que conlleva si el resultado eres tú.

No consigo responder a eso. El sueño me vence por fin y lo último que hago antes de rendirme es intentar aferrarme a esas palabras para no olvidarlas mañana.

Capítulo 45

Me despierto tarde, con un punzante dolor de cabeza y la boca pastosa. El aliento me huele fatal, pero todavía no tengo fuerzas para levantarme e ir al aseo.

Miles no está en la cama, ni tampoco en el sofá.

—¡Miles! —lo llamo. Intento gritar, pero casi no me sale la voz. No responde—. ¿Por qué me tomaría ayer esos chupitos? —protesto en voz más baja, solo para mí—. Nunca aprendo.

Me incorporo para quedar sentada y busco mi móvil en la mesita de noche. Reviso el chat con Sky y Luca, donde ambos han ido actualizando su situación.

Luca está bien, recuperándose de un esguince. Joshua sigue con él, así que parece que están conociéndose.

Sky ha pasado una noche cargada de lujuria y ahora están durmiendo. Tienen plan de pareja para cuando despierten. Eso me deja a solas con Miles y, la verdad, no me importa.

Trato de recordar lo que pasó ayer, pero el alcohol me nubla la cabeza. Recuerdo los bailes, las canciones y luego a ambos en la cama, hablando. Algunas escenas vuelven poco a poco, aunque tengo más lagunas que otra cosa. ¿De verdad ayer hice *twerking* con Miles? Joder, espero que no. Un momento. ¿Le pregunté si estaba enamorado de mí? Dios mío, me muero de la vergüenza. Él dijo que no, claro. Creo que me vine muy arriba anoche y, francamente, prefiero no recordarlo todo.

Hago un esfuerzo y me levanto para ir al aseo. Una ducha larga de agua caliente consigue espabilarme y el cepillo de dientes me convierte de nuevo en humana al quitarme el aliento de muerta.

Cuando Miles entra en la habitación un rato después, estoy sentada en el sillón, mirando mis redes sociales. Las notificaciones se han relajado mucho y ya no tengo a desconocidos preguntándome si salgo con la estrella del rock, sino comentarios en los platos que he ido subiendo, y otros de apoyo por lo que denuncié de Ortega.

—Pensaba que te despertarías más tarde —comenta al verme—. He ido a pillar el desayuno. ¿Quieres comer algo?

—Siempre tengo hambre —confieso.

—He traído varias cosas, porque no sabía qué te iba a apetecer.

Lleva una bandeja con cafés, zumos, tostadas y bollería, que deja sobre la barra.

Me fijo también en él. Viste ropa deportiva. No está sudado, pero se nota que viene de hacer ejercicio.

—He salido a correr —me informa, después de ver el repaso que le he hecho sin disimulo alguno—. Me ayuda a despejarme por las mañanas.

—¿Incluso las de resaca?

—Especialmente las de resaca. ¿Dónde prefieres desayunar?

—Voy a la barra.

Empiezo con cuidado, sin saber si me va a caer bien la comida, pero, en cuanto llevo dos bocados, noto un hambre voraz. El café, además, me ayuda a terminar de espabilarme.

Alargo el desayuno todo lo que puedo porque, mientras tengo la boca llena, no necesito hablar ni recordar lo que pasó anoche. Hasta que recuerdo la conversación con Mia en Acción de Gracias, cuando ambas prometimos poner de nuestra parte para cambiar esa faceta que

compartimos y que nos impide tratar los sentimientos de forma adecuada.

—Miles, yo... —empiezo, pero me quedo callada.

Puede parecer una tontería, soy una adulta de veintiséis años, pero me cuesta expresarme. Tantos años almacenando emociones y reprimiéndolas no se olvidan de un plumazo. He avanzado, eso lo sé. Hace años, cuando intentaba abrirme a alguien, aparecía en mi mente mi progenitor diciéndome: a nadie le importa cómo te sientas, Chelsea; ¿quieres llorar? Entonces te daré de verdad motivos para llorar, y me cruzaba la cara de un golpe.

La infancia es la etapa más importante, cuando se forja el carácter y la forma de ser.

A mí me enseñaron a ser fría y desconfiada. La gente después dice que eso es bueno, que te hace más fuerte, pero no saben de lo que hablan, porque Mia y yo nunca quisimos ser fuertes. Solo queríamos ser felices.

Nadie menciona la forma en la que te condiciona la vida. No solo forja tu personalidad, sino que te acompaña en cada etapa.

Ni Mia ni yo tenemos amigos de la infancia, porque apenas nos relacionábamos. No asistíamos a cumpleaños de compañeros, ni celebrábamos los nuestros. No venía nadie a casa, porque nos daba miedo que se llevasen una paliza, o que descubrieran que nos las pegaban a nosotras.

Siendo adulta y teniendo una mejor perspectiva, desearía que alguien se hubiera dado cuenta y nos hubiera sacado antes de ahí.

Justamente es eso. Ahora soy adulta y quiero salir de ahí, en todos los sentidos.

Tomo aire, me giro hacia Miles y empiezo por lo más sencillo:

—Gracias por lo que hiciste por mí —suelto, sin apartar la mirada de él, pese a que me cueste un mundo—. Para distraer a la prensa y que dejaran de hablar de mí, digo.

—No fue nada —le quita importancia—. Ya te dije que me ocuparía de ellos. No tienes que agradecérmelo. Además, fui yo quien te metió en esto.

—No, fui yo quien nos metió a los dos —contradigo, pues no pienso dejar que cargue con la culpa—. Quizá para ti no fuera nada, pero para mí fue importante.

—No he querido decir eso. Me refería a que no me supuso un esfuerzo. Nunca dejaría que hablaran de ti de ese modo, Chels.

—Yo..., siento también haber huido así, Miles. Me agobié. Me agobié mucho.

—Lo sé. Tampoco hace falta que te disculpes por eso.

—Deja de justificar todo lo que hago. No me he disculpado por agobiarme, sino por haberme ido así, justo después de que tú y yo... —dejo la frase en el aire, sin terminarla, pero se lo prometí a Mia, y esto no va de dejarlo a medias, sino de enfrentarme a ello siendo valiente, siendo la adulta que quiero ser—... nos besáramos —termino diciendo, tan firme como puedo sonar—. Tú te abriste y me dijiste cómo te sentías, y yo solo... me fui.

Miles no contesta, sino que se limita a mirarme.

Veo la confusión en sus ojos y la entiendo. Lo he negado muchas veces, pero sí que me conoce bien, y, ahora mismo, debe de estar alucinando con todo lo que le he dicho.

—Te asusté —indica al final—. Debí ser más precavido.

—No, no debiste serlo. Tú no tienes el problema, Miles. Es lo que intento decirte. Lo tengo yo. Sí, fuiste un capullo hace unos años. Creo que a los dos nos ha quedado claro. No voy a odiarte toda la vida por ello, ni a sacarlo a relucir cada dos por tres, sobre todo porque no creo que sigas siendo igual. Tú solo... te expresaste. Es tan sencillo como eso. Soy yo la que no sabe hacerlo. La que se calla todo y huye cuando necesita esconderse.

—Conmigo puedes hablar. Puedes decirme lo que quieras, sea lo que sea. Incluso si piensas que puede herirme, o que no voy a entenderte, o que es una tontería. Estoy aquí para escuchar cualquier cosa que necesites expresar.

—No he vuelto a saber nada de mis progenitores desde que Mia y yo nos fuimos de casa, cuando tenía dieciséis años —suelto. No tiene nada que ver con lo que estamos hablando, pero es justo lo que necesito decir, y Miles es a quien necesito contárselo—. Han pasado diez años desde entonces. No sé si están vivos o muertos, si están sanos o enfermos. Esto va a sonar muy frío e insensible, pero la realidad es que ni siquiera me importa lo que haya sido de ellos. Sé que me dieron la vida, que existo gracias a ellos, pero no me siento agradecida por nada.

—No les debes nada. Nadie está obligado a querer a sus padres, pero es que tú y Mia tenéis motivos más que de sobra para no hacerlo.

—A veces siento que es un pensamiento egoísta, porque ellos me dieron la vida. Ese sentimiento desaparece pronto, porque nos dieron la vida, sí, pero una de mierda. El caso es que cuando todo esto empezó, cuando esa periodista comenzó a hablar de mí y de repente todo se llenó de notificaciones, de antiguos compañeros saliendo de la nada para dar más información o para inventar tonterías... Me asusté. No por ellos, sino por mí y por Mia. Pensé que, si seguían investigando, terminarían dando con ellos, y no quiero que hablen de esa etapa de mi vida. No quiero que los saquen a relucir. No quiero que tengan la oportunidad de encontrarnos, si es que han pensado alguna vez en buscar a sus hijas. No quiero que la gente que conozco ahora me mire y vea a la niña que fui, porque ya no lo soy, y no quiero volver a serlo. No voy a volver a serlo.

No me he dado cuenta, pero, en algún momento, los ojos se me han llenado de lágrimas. La voz se me rompe al final y yo también lo hago, y se convierte en una de esas raras veces en las que me permito llorar. Llorar de verdad, derramando el dolor para que no me asfixie. Un dolor tan fuerte, que se antepone a ese pensamiento irracional que suena como mi progenitor recordándome que no es un motivo suficientemente bueno para llorar.

Miles se levanta del taburete al momento y me abraza. Me abraza con fuerza, como si quisiera compartir mi sufrimiento. Más aún, como si quisiera cargarlo él.

Apoyo la cabeza en su pecho y me dejo envolver por su calor.

Me acaricia la cabeza con cariño y me deja llorar, sin decir nada, hasta que me vacío por dentro y solo queda paz.

Las lágrimas son liberadoras y yo vivo conteniéndolas tanto, que a menudo me ahogan y me impiden ver más allá.

Me siento relajada, incluso feliz. Si lo pienso, algo he hecho bien en mi vida para tener alrededor a gente que se preocupa por mí. No son muchas personas, pero sí todas las que necesito.

Cuando me separo de él y lo miro, tengo una sonrisa dibujada en la cara. Pequeña, muy pequeña, pero sonrisa, al fin y al cabo. Me fijo entonces en que tiene los ojos rojos y algunas lágrimas en las mejillas.

—¿Y tú por qué lloras? —pregunto.

Miles no responde con palabras, sino que canta un trozo de una de sus canciones:

—*I can feel how it hurts,*

And I swear I can take it,

But this pain in her eyes

Is just heartbreaking.

Reconozco el fragmento de *Her pain is mine*. La piel se me eriza y el corazón me da un

vuelco. ¿Cuántas de sus letras hablan sobre mí? ¿Cuánto he estado presente en su vida aun si físicamente estábamos lejos?

Me siento identificada con ese sentimiento. A mí me han hecho daño muchas veces a lo largo de mi vida, pero juro que no me ha importado ni la mitad que cuando se lo han hecho a Mia.

—No soporto verte así —dice al final—. No soporto pensar en el daño que te han hecho. Y sé que yo también te lo hice, pero no he dejado de martirizarme por ello ni un solo día. Saber cómo te robaron la niñez... Lo siento tanto, Chels.

—Ya está bien de hablar de cosas tristes —suelto de pronto. No es cobardía ahora. Me encuentro bien. Estoy feliz. Por eso, no quiero estancarme en el pasado de nuevo—. Estamos en Las Vegas. Quizá tú te conozcas la ciudad a la perfección, pero es mi primera vez y quiero verla.

—¿De verdad te encuentras bien para un *tour* por Las Vegas?

—¿Lo dices porque he llorado? Porque si vas a recordármelo cada vez que...

—Lo digo por tu resaca —me interrumpe—. Ayer te bebiste hasta el agua de los floreros.

—Bebí lo mismo que tú —me defiendo.

—No tenemos el mismo cuerpo. Además, ya te dije que esos cócteles solo llevan azúcares. Así suben más.

—¿Vas a ducharte antes de salir? —pregunto cambiando de tema, para que no siga metiéndose con mis capacidades alcohólicas.

—Sí, es la idea.

—Bien, porque apestas.

—¿Sí? No ha parecido importarte tanto cuando me abrazabas.

—Me has abrazado tú.

—Y tú me lo has devuelto.

—Me has visto llorar, ¿no? Ha sido tu olor —bromeo. Me sorprende el cambio en nuestra actitud, pero me gusta.

—Qué idiota eres.

Miles se ríe y se encamina hacia el baño. Comienza a desvestirse y tira la camiseta al suelo. Veo los músculos de su espalda y los hombros, bien definidos. Se le marcan algunos que ni siquiera sabía que existían. Justo antes de llegar a la puerta del baño, se gira y me mira con una sonrisa en la cara.

—Para que tengas una visión también de la parte delantera —suelta y se mete en el aseo, sin darme tiempo a replicar.

Sé que de nuevo me ha pillado, pero esta vez no me importa. De pronto, el corazón me da un vuelco cuando comprendo una cosa. ¿Estoy tonteando con Miles Stones y sonriendo por ello? ¿Qué diablos me pasa?

Capítulo 46

Lo primero que descubro de Las Vegas es que no hay demasiado que ver.

Miles conduce hasta The Strip, un tramo de Las Vegas Boulevard South, que fue la carretera que me impresionó ayer por la cantidad de edificios diferentes que tiene. Vamos hasta el famoso cartel *Welcome to Fabulous Las Vegas*, y me hago un par de fotos. Una yo sola, que comparto con Mia, Luca y Sky, y otra con Miles, que la reservo en privado.

Después nos dirigimos a Fremont Street, situada en la parte antigua de la ciudad. Según Miles, es la segunda calle más famosa, solo por detrás del *Strip*. Todas las noches se lleva a cabo el *Fremont Street Experience*, un espectáculo de luces, vídeo y sonido que se realiza en una de las pantallas más grandes del mundo, que cubre una gran parte de esta calle.

Más adelante está el conocido cartel de neón del vaquero de Vegas Vic, que he visto tantas veces por televisión, y se ha convertido en un símbolo de la ciudad. La única pena es que todavía es de día y todo esto tiene pinta de ser más espectacular de noche, cuando las luces sean más llamativas y destaquen más en la oscuridad.

—¿Te apetece una visión más global de la ciudad? —me pregunta Miles un rato después.

—¿Qué tienes en mente?

—La High Roller. Es una de las norias más altas del mundo. El trayecto dura treinta minutos y se ve toda la ciudad, además de unos vídeos explicativos. Sé que te dan miedo las alturas, pero no se nota tanto la sensación, te lo prometo.

—Está bien —cedo enseguida, y no sé muy bien por qué.

Apenas tenemos que hacer cola una vez llegamos.

Subimos dentro de una cabina de cristal que parece futurista, junto a otras treinta personas más. Miles lleva su gorra y sus gafas para que no lo reconozcan. Es un truco sencillo, pero funciona.

Cogemos sitio en uno de los extremos y nos limitamos a contemplar la ciudad. Las vistas resultan un poco decepcionantes, sobre todo por tres motivos: el primero es que la gente no deja de moverse de un lado a otro, estropeando un poco la experiencia; el segundo es que ya me he dado cuenta de que Las Vegas es una ciudad nocturna, de las que destaca con las luces encendidas, y pierde su encanto cuando sale el sol; el tercero es que simple y llanamente prefiero mirar a Miles.

Él me contempla de vuelta, tan cerca, que veo cómo su nuez sube y baja despacio al tragar saliva.

—Tengo algo que confesarte —dice de pronto—. Te mentí cuando te dije que fue casualidad que me mudara a tu lado. Bueno, un poco casualidad sí que fue. Después de tomarnos el descanso en la banda, quise invertir en propiedades. Comprar alguna vivienda bien situada, pero antigua, darle un lavado de cara, y volver a venderla o alquilarla. Iba a hacer lo mismo con esta, pero me dijeron que tú eras la vecina y... yo qué sé, quise ver cómo te iba.

—¿Por qué me mentiste?

—Porque en ese momento me odiabas. Ya parecía un poco acosador, y no quería parecerlo del todo —bromea—. No tenía planeado nada de esto, te lo prometo. La idea era solo saber un poco de ti, y después iba a venderlo.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Por qué te has quedado?

—Supongo que porque sigo queriendo saber de ti.
No sé qué decir al respecto.

Al principio, me pareció un poco raro que fuera mi nuevo vecino, pero he terminado por acostumbrarme a ello. No sé si parece o no un acosador, pero no me siento acosada para nada.

Estoy a punto de decir algo, pero justo entonces la noria llega abajo y salimos de la cabina. Seguimos paseando, sumidos en un silencio cómodo.

En cierto momento, a Miles le suena el teléfono y lo mira, extrañado.

—Es Matthew —me dice, aunque no llega a contestar.

—¿Tu representante?

—Sí, me ha llamado varias veces en estas semanas. Quiere que nos juntemos de nuevo para hacer un último concierto. Por lo visto, ver de nuevo mi nombre en televisión le hizo recordar lo famosos que somos.

No comento nada sobre eso, porque sé perfectamente por qué apareció su nombre en todos los programas e iba relacionado con el mío. Sin embargo, sí me intereso por lo importante.

—¿Y qué queréis vosotros?

—¿Siendo sincero? No lo sé. Todos tenemos un poco clavada la espina de no habernos despedido del público como era debido, pero no quiero que un nuevo espectáculo dé pie a que la gente piense que hemos regresado. Por ahora, tenemos otros planes a la vista. ¿Tú qué opinas?

—¿Yo?

—Sí. Sé que es cosa de Wandering Souls, pero me interesa tu opinión. Sabes dar buenos consejos.

Me sorprende que tenga esa opinión sobre mí. Ni siquiera a mí misma sé darme buenos consejos.

—Si os apetece hacerlo, deberíais. Por vosotros y por vuestros *fans*, para tener esa despedida que todos queréis. Dejad claro que es un último concierto, y ya está. La gente va a hablar igual, pero nadie puede obligaros a regresar si no queréis.

—Eso es justo lo que dice Nate, que no deberíamos quedarnos con esa espinita clavada.

—¿Beau y Jeremiah también quieren?

—Bueno, Jeremiah lo está deseando. Y Beau también quiere, incluso Claire, su mujer, lo está animando a ello.

—Por lo que yo veo, lo tenéis bastante decidido...

Miles sonríe. Es una sonrisa auténtica, feliz.

—Sí, creo que sí. Gracias, Chels.

—No he hecho nada.

—Haces más de lo que crees, aunque nunca lo veas.

El móvil suena de nuevo y esta vez sí responde.

—Buenas, Matthew, me pillas liado ahora mismo. Aceptamos. Haremos el concierto. Otro día te llamo y concretamos los detalles. Hablamos.

La conversación es tan rápida, que ni me deja alejarme para darle intimidad.

—¿Vendrías a vernos? —me pregunta entonces.

—Supongo que podría hacer un esfuerzo —bromeo y le arranco otra sonrisa.

—¿Podemos no hablar de esto por ahora? No quiero darle vueltas ahora mismo.

—Claro.

—¿Te apetece hacer algo más atrevido que la noria? —me pregunta Miles, dejando atrás la conversación anterior.

—¿Cómo de atrevido?

—¿Conoces la Fly LINQ? —Mi cara de ignorancia lo invita a continuar—: Es una tirolina. Casi trescientos cincuenta metros. No voy a engañarte, aquí se nota más el vértigo.

—¿Por qué me lo propones si sabes que me da miedo?

—Porque también sé que a ti el miedo te motiva, no te paraliza.

Tiene razón, y supongo que por eso acepto.

Esta vez pago yo las entradas, porque él se hizo cargo antes.

Los nervios se apoderan de mí mientras me colocan el arnés que me sujeta a la tirolina y, cuando miro abajo, el estómago me da un vuelco y se queda ahí, del revés. Esto está alto. Muy alto.

—Si has cambiado de idea, podemos volver —me dice Miles.

Somos los siguientes, y solo puedo observar a las personas que acaban de lanzarse, precipitándose tan rápido, que no sé cómo no vomitan.

—Quiero hacerlo —aseguro, aunque no sé si sueno muy convencida. Sí que quiero, pero no por ello me da menos miedo.

Miles se coloca detrás de mí y lleva las manos a mi cintura. Los nervios que me invaden son muy distintos ahora, y nada tienen que ver con lo que sucede en el mundo externo. Solo me centro en el mundo interno, en el que se ha creado ahora mismo entre Miles y yo.

—No va a pasar nada —me asegura para tranquilizarme. Habla de la tirolina, pero yo solo puedo pensar en sus dedos aferrándose a mí, en la cercanía de su boca a mi oreja—. ¿Estás bien? ¿Qué es lo que sientes?

Si me lo hubiera preguntado hace dos minutos, la respuesta hubiera sido obvia: nervios. Ahora, sin embargo, eso se queda corto.

—Vértigo.

Noto cómo sonrío contra mi mandíbula.

—Eso es bueno, Chels. El vértigo siempre anuncia algo increíble.

Las ganas de besarlo surgen de la nada. O quizá surgen de todo, porque entre Miles y yo hay algo que nunca ha llegado a desaparecer.

Sin embargo, él se separa antes de que me mueva.

El monitor nos está dando la señal para que avancemos, pero yo estaba tan perdida en Miles, que no me he dado cuenta.

Le colocan el arnés en la cuerda junto a la mía. Boca abajo, para sentir más la sensación.

Yo me quedo sentada, la posición que el monitor me ha asegurado que menos se nota. Se supone, porque lo estoy notando mucho. Me siento como Tris en su escapada con Osadía, cuando se lanzó por una tirolina similar y sobrevoló la ciudad. Solo que la sensación que me provocaba Miles se ha desvanecido, y ahora estoy acojonada, con las tripas en la boca y la adrenalina rebotando en cada músculo de mi ser.

—¿No es increíble?! —exclama Miles a mi izquierda.

Giro la cabeza y lo veo reírse, con los brazos extendidos hacia los lados y el viento contra su cara. Suelta un grito, no de miedo ni de sorpresa, sino de esos que te salen solos porque no puedes contener tanta euforia dentro. Un grito que resulta contagioso, así que hago lo mismo.

El miedo no desaparece, pero se transforma en felicidad, en adrenalina, en ganas. Por eso, lucho siempre contra esa sensación que provoca el temor, esa que te deja asustada y paralizada. Si no la vences, nunca descubres lo que hay detrás, y detrás del miedo a veces se esconden cosas sorprendentes.

No sé cuánto dura el trayecto. No creo que más de diez minutos, pero pierdo la noción del tiempo. La tirolina frena al llegar abajo y nos ayudan a descender. Las manos me tiemblan todavía y siento un cosquilleo por todo el cuerpo. Sigo acelerada después de la actividad. Apenas puedo dejar de sonreír. Miles sonríe conmigo, sin parar de mirarme ni un solo segundo.

—¡Ha sido una pasada! —grito volviéndome hacia él.

—Sí que lo ha sido, sí. ¿Quieres repetir?

—No. Prefiero quedarme con este recuerdo.

—¿Qué tal tu estómago?

—Mejor.

—Bien, porque podemos ir a comer algo.

—Me parece una idea maravillosa.

Después de comer en Top of the World, en el Stratosphere, un restaurante con vistas a toda la ciudad, visitamos un casino.

No soy muy dada a los juegos de azar. De hecho, ni siquiera sé jugar a la ruleta. Mi situación económica actual tampoco es demasiado estable y prefiero ser precavida.

Nuestra experiencia es más experimental que otra cosa. Cambiamos unos cuantos dólares en fichas, y me guardo una como recuerdo del viaje. El resto las pierdo entre las máquinas tragaperras y la ruleta.

Miles tiene un poco más de suerte y gana una partida al *blackjack*, ese juego de cartas que consiste en conseguir veintiún puntos o quedarse más cerca que la banca.

Tomo un cóctel mientras estamos en el casino, pero nada excesivo. Ya me pasé ayer con el alcohol y no quiero que suceda lo mismo.

Para cuando llegamos al hotel, después de haber cenado pizza en Grimaldi's, estoy cansada, saciada y feliz. Seguimos sin saber nada de los novios, pero eso es una buena noticia. O eso esperamos.

Ya es de noche, aunque no tengo el concepto de que sea tarde. Dejo la chaqueta sobre el taburete mientras me aclimato a la calefacción del hotel.

De repente, soy consciente de la situación. Es una tontería, porque Miles y yo llevamos juntos todo el día y hemos estado bien, pero lo noto diferente ahora.

Solos, compartiendo una habitación... Tiene un aura como más íntima. Sobre todo, después de las ganas de besarlo que he sentido antes.

—Voy a darme una ducha —comento.

Creo que necesito despejarme un poco y aclarar la mente.

Me tomo mi tiempo. También porque este baño invita a ello, con esa cascada que nace desde el techo y que parece que llueva sobre mí.

Me envuelvo con una toalla y entonces caigo en la cuenta de que, al entrar tan rápido, no he cogido nada de ropa para vestirme ahora. Ni siquiera unas tristes bragas.

La *suite* es grande y está dividida en varias estancias. Miles no tiene por qué estar en el dormitorio, así que quizá llegue a mi ropa antes de toparme con él.

Eso sería factible si yo fuera otra persona y no una completa desgraciada que está condenada a que todo salga mal.

Por supuesto, Miles está justo ahí cuando salgo del baño y se queda mirándome, sorprendido de verme tan solo envuelta en una toalla.

—He olvidado la ropa fuera —aclaro y me dirijo hacia ella para coger algo, cualquier cosa, que ponerme—. Voy a vestirme.

Él carraspea y aparta la mirada, incómodo.

—Claro. ¿Te importa si me ducho yo también?

—Para nada.

No sé por qué me pide permiso, pero parece nervioso. Al igual que hizo ayer, se quita la camiseta antes de entrar en el baño. Vuelvo a observar su espalda, solo que esta vez presto más atención. No en sus músculos, sino que me fijo en sus tatuajes, en los trazados de los dibujos, en las letras que lo marcan.

Una guitarra le recorre la columna vertebral, de la que salen partituras con distintos símbolos musicales. Las líneas a veces desaparecen y se transforman en letras de sus canciones, en frases o palabras sueltas.

Un impulso me lleva a acercarme a él y acariciar esas líneas.

Noto cómo Miles se tensa en el acto, pero no se mueve lo más mínimo.

Sigo los contornos con la yema de los dedos mientras leo todo eso que esconde su piel.

No fear

Just keep dreaming

Pain

No regrets

Sigo por el brazo, donde tiene dibujado ese lobo que se observa en su reflejo, acompañado de las palabras:

No wish

Miles se gira despacio, como si quisiera darme tiempo a retirarme, pero no lo hago.

Quedamos frente a frente, separados tan solo por una minúscula capa de aire. Aire que imagino que está ahí, porque soy incapaz de respirar mientras me mira de ese modo. Veo cómo su nuez sube y baja mientras traga saliva.

—Chels... —murmura, con esa voz ronca que utiliza para cantar y para doblegar voluntades.

—¿Te molesta? —pregunto mirándolo, todavía acariciándole los brazos.

Niega despacio. No se mueve lo más mínimo. Cierra los ojos y deja que recorra con mis dedos todos sus tatuajes.

—¿Por qué añadiste *No wish* a este tatuaje?

—Porque yo siempre había deseado ser una estrella del rock, pero, cuando lo conseguí, fue como tú me dijiste una vez. Eché la vista atrás y me faltaba algo. Me faltaba alguien. Me faltabas tú.

El corazón me da un vuelco, como siempre que Miles me habla con tanta intensidad.

Paso del brazo al hombro y de ahí al pecho. En el pectoral derecho tiene un reloj medio desdibujado, idéntico al que me hice yo. En el centro pone *She* con una caligrafía curva. Las agujas son dos baquetas que no apuntan ninguna hora, sino hacia otras dos palabras: *Is* y *Was*.

Subo la vista y descubro que ha abierto los ojos, y no deja de mirarme.

Nos quedamos así, observándonos el uno al otro, como si nos estuviéramos conociendo de nuevo.

—Yo también me hice un tatuaje —confieso, sin apartar la mirada. Me quito el anillo que siempre llevo en el anular y le enseño su nombre, recorriéndome el dedo, como si fuera una

alianza.

Miles coge mi mano y acaricia las letras, sorprendido.

Después, coloca el suyo, ese donde pone Chels, justo al lado, y los contempla juntos.

—Hoy apenas he bebido —digo, sin apartar los ojos de él.

—Lo sé.

Soy yo quien traga saliva ahora. Cojo sus manos y las llevo a mi estómago.

—¿Lo notas? —pregunto, sin apartar la mirada de él.

—¿El qué?

—El vértigo.

Nada más pronunciar esas palabras, Miles recorta la poca distancia que nos separa y me besa. Un beso de contrastes, porque sus labios se mueven de forma lenta, pero tan intensa y con tanta hambre que me cuesta procesarlo. Lleva las manos a mi mandíbula y me acaricia por fin. Hasta que no noto sus dedos rozándome, no me doy cuenta de lo mucho que necesitaba que lo hiciera.

Un cosquilleo me recorre entera mientras nos besamos, nerviosa, y a la vez expectante. Hace tiempo que no me siento así, pero eso es porque hace tiempo que no beso a alguien que de verdad me importe. Y, joder, las sensaciones son mil veces mejor. Besar a Miles es mil veces mejor.

Entreabro los labios para profundizar más ese beso. Nuestras lenguas se encuentran y se reconocen, como si nunca se hubieran olvidado del todo. Sus manos bajan por mi espalda hasta el trasero y, casi sin esfuerzo, me levanta.

Se me ha olvidado por completo que estoy desnuda, pero lo recuerdo cuando la toalla cae al suelo por el movimiento.

Lejos de ruborizarme o cohibirme, aferro las manos a su nuca, enrosco las piernas alrededor de sus caderas y lo beso con ímpetu.

Miles deja escapar un jadeo y se encamina conmigo hacia la cama.

Cuelo las manos entre nosotros para deshacerme de su pantalón. Me ayuda para que termine antes y noto un bulto duro dentro de sus calzoncillos.

Me deja caer contra el colchón, se coloca encima y para de besarme para mirarme.

Sus manos quedan libres y me recorren entera, recreándose en cada recoveco de mi piel. El cuerpo se me estremece ante su contacto al ser consciente de una realidad que no había pensado hasta ahora: nunca me han acariciado como me acaricia Miles Stones. Con esa delicadeza que parece devoción, pero a la vez con esa intensidad que deja clara la necesidad, las ganas, la lascivia...

Me incorporo un poco para volver a besarlo y se deja caer contra mí.

Noto cada músculo de su cuerpo y gimo cuando mete una pierna entre las mías, y algo duro encaja contra mi entrepierna.

—Joder... —suelta él, con esa voz rasgada—. Me estás matando, Chels.

Sonrío al escucharlo, pero Miles se bebe esa sonrisa con otro nuevo beso. Se separa un instante para mirarme, con los ojos incendiados.

—¿Estás segura de esto? —pregunta con un susurro.

—¿Te parece que tengo dudas?

Para acompañar mis palabras, levanto las caderas y me froto contra él.

Y ya está. Eso es todo lo que necesita para volver a mis labios.

Nos deshacemos de su bóxer como podemos, sin dejar de tocarnos, de besarnos, de

recordarnos. Su boca se hunde en mi cuello y su mano baja hasta el interior de mi muslo. Lo acaricia despacio, tanteándome, provocándome. Hasta que asciende un poco, mueve los dedos hacia el clítoris y lo acaricia. Gime cuando gimo, pero no me da tregua. Paso las manos por su espalda, arañándole la piel, hasta que llego a su trasero y lo empujo contra mí.

—Peligrosa... —murmura en mi oído, con una voz a medias entre el placer y la risa.

—Quiero sentirte dentro —le pido.

A su dedo pulgar, Miles suma un par más que pierde dentro de mí.

—Ansiosa.

Claro que estoy ansiosa, joder. Ni siquiera recuerdo la última vez que estuve tan excitada, pero no me da vergüenza reconocerlo.

Trato de rodar sobre el colchón para cambiar las posiciones. Miles entiende mis intenciones y me lo facilita. Quedo sentada a horcajadas sobre él, que está con la espalda apoyada en la cama. Lleva las manos a mis caderas y me mira.

—Tengo preservativos en algún lugar de la cartera —dice y se levanta para coger uno con rapidez.

Y eso es todo lo que necesita. Ambos estamos ya lubricados, así que resbala por mi interior sin apenas esfuerzo.

—Joder... —gruñe cuando se hunde en mí.

—No eres el único dios del sexo —bromeo, recordando aquella vez que me lo dijo él.

Miles se ríe, pero deja de hacerlo en cuanto empiezo a mecarme sobre él, de forma lenta y profunda, intensificando al máximo cada movimiento.

—Me parece que hoy no voy a ser ningún dios —medio jadea, con apenas un hilo de voz y los ojos cerrados—. Si sigues así, es posible que no llegue ni a novato.

Soy yo quien ríe esta vez, sin dejar de moverme sobre él.

Comienzo poco a poco a incrementar el ritmo, a notar no solo cómo me llena el interior, sino también cómo nuestros cuerpos se rozan, incrementando el placer.

Miles aprieta con fuerza las manos contra mis caderas y me frena de golpe.

—Chels, no puedo —suelta con los dientes apretados.

—¿Qué pasa? —pregunto inquieta.

—Voy a correrme ya si sigues así —dice, aliviando cualquier preocupación—. Es... Es difícil aguantar contigo. —Lo miro un instante, quieta todavía, pero solo para dejar que se explique—. He imaginado esto muchas veces. Muchas. Y ahora... Dios, ahora estoy demasiado excitado como para poder cumplir.

—Entonces, córrete. Hay otras muchas formas de cumplir. O podemos repetir.

Miles deshace un poco el agarre y vuelvo a moverme sobre él, deslizándome arriba y abajo. El sonido que provoca mi cuerpo chocando con el suyo me resulta obsceno, pero me enciende más.

Miles se incorpora para quedar sentado conmigo, me aprieta entre sus brazos y me agarra un pecho con una fuerza que resulta placentera. Lo lame y se lo mete en la boca para jugar con él. Sube con un camino de besos por mi cuello, la mandíbula, los labios... Nos movemos juntos y, cuando susurra en mi oído que no puede más, yo me corro con él.

—Has cumplido —bromeo un rato después, con las respiraciones ya relajadas y abrazados en la cama. Tengo una mano sobre su pecho para notar cómo poco a poco sus latidos vuelven a la normalidad.

—De todos modos, vamos a repetir.

Suelto una carcajada, pero Miles lo dice en serio.

Me gira sobre la cama para dejarme boca abajo contra el colchón y se coloca detrás de mí. Me besa la espalda y la nuca, lamiendo cada parte de mi piel. Cuela una mano por delante, bajándola desde mi vientre, y comprueba que ya estoy húmeda de nuevo, o que ni he dejado de estarlo. Entonces, se hunde en mi interior, tan profundamente, que me arranca un grito de placer. Agarro las sábanas cuando empieza a embestirme y tengo que morder la almohada para no despertar al resto de huéspedes de este hotel.

Y no pienso reconocerlo en voz alta, pero Miles Stones sigue siendo un dios del sexo.

Capítulo 47

Abro los ojos despacio, alargando al máximo este momento.

Lo primero que veo es ese azul que siempre me ha recordado al mar. Después, una sonrisa pequeña y sincera, tan bonita que me provoca un vuelco en el pecho.

—Buenos días —murmura, sin apartar los ojos de mí.

—Buenos días. No esperaba encontrarte aquí.

—¿Quieres que me vaya...?

—No, no es eso —aseguro con rapidez—. Las últimas dos veces no estabas, porque habías ido a coger el desayuno.

—Hoy quería verte despertar, pero tranquila, he pedido que nos lo traiga al servicio de habitaciones.

Nos quedamos así, solo mirándonos, en silencio. Se acerca un poco más y noto su nariz rozando la mía.

—Voy a besarte —dice en voz alta, como si necesitara anunciarlo. Cierro la boca y retrocedo un poco, huyendo de él—. ¿Qué pasa?

—Tú has tenido tiempo de cepillarte los dientes, pero yo no. Me huele fatal el aliento.

—Entonces, será un beso asqueroso, pero pienso besarte igualmente.

Su broma me arranca una risa y él se la bebe en cuanto la carcajada brota de mis labios.

No lo peleo, sino que me dejo hacer. No puedo luchar contra los besos de Miles; sigo siendo adicta a ellos, incluso años después.

Me separo antes de que vaya a más y salgo de la cama.

Miles intenta atraparme de nuevo, pero voy corriendo hacia el aseo y me encierro.

Me tomo mi tiempo, incluso me doy una ducha rápida para dejar de oler a sexo. Cuando salgo, el desayuno está preparado en un carrito. Café, zumos, tostadas, donuts, fruta... Tantas cosas que miro a Miles.

—¿Has invitado a una legión a desayunar?

—No quería que faltase de nada.

Deja el carrito junto a la cama y me invita a sentarme a su lado.

Empezamos a comer, conversando sobre cosas triviales.

Sé que tenemos que hablar sobre lo que ha pasado entre nosotros, pero él no saca el tema, y yo tampoco me siento preparada para hacerlo. De vez en cuando, me acaricia la pierna o me sonríe de esa forma tierna e íntima que solo se utiliza cuando se está a gusto. ¿Qué significa esto? ¿Qué estamos haciendo? Como si me leyera la mente, Miles se gira en la cama para encararme y su semblante cambia en el acto. Más serio, más expectante.

—Quiero hacerte dos preguntas —suelta entonces y, por la forma en la que habla, tengo la sensación de que ha pensado mucho lo que decir—, aunque la segunda va a depender de lo que respondas a la primera.

—Tú dirás. —Intento sonar convencida, pero sé que no sueno ni la mitad de firme de lo que me gustaría.

—¿Quieres estar conmigo? De verdad, quiero decir. No sé si lo que pasó anoche fue algo puntual o realmente te planteas algo más serio.

—¿Tú te lo planteas? —lo tanteo, porque no he barajado la opción de que fuera algo de una

sola noche, y ahora me siento un tanto idiota.

—¿Todavía me lo preguntas? Ya te lo he dicho, y te lo repetiré las veces que haga falta para que te lo creas. Yo quiero estar contigo, Chels. Quiero volver a conocerte, en todos los aspectos y de todas las maneras posibles.

—Me dijiste que no estabas enamorado de mí —apunto, y no sé por qué. Quizá porque hablar de sentimientos sigue poniéndome nerviosa, y no sé qué otra cosa decir.

—¿Eso sí lo recuerdas? —pregunta con una sonrisa—. Tengo que aprender cómo funciona tu alcoholizada memoria selectiva. ¿Recuerdas también que te dije que sería sencillo volver a enamorarme de ti? Porque lo es, Chels. No lo sabía cuando empezamos a ser vecinos. La gente cambia, ¿no? Cinco años son muchos años, después de todo. Lo cierto es que me he encontrado una Chelsea diferente a la que conocí, pero que en esencia sigue siendo la misma. Sigues siendo mi Chels, y sigue sin importarme si tú no puedes decirme qué sientes o si necesitas ir más despacio. Si quieres intentarlo, si quieres estar conmigo, lo haremos como tú decidas.

—Yo... —Me quedo callada, pensando qué responder. Miles es siempre más intenso, más directo, más sincero. No sé corresponder a ese ímpetu, pero sigo trabajando en la adulta que quiero ser—. Sí, quiero intentarlo —suelto al final.

Miles sonrío; una sonrisa de oreja a oreja que rara vez dibuja. Después, la borra poco a poco, y vuelve a ponerse más serio.

—Entonces, tengo que hacerte la segunda pregunta. No quiero que te asustes, pero prefiero hablar de ello y ponerte en sobre aviso.

—Supongo que sabes que estás teniendo justo el efecto contrario. Me estás asustando.

—Ya has visto lo que es estar conmigo —explica y parece triste al decirlo—. Cuando decidí hacerme estrella de rock sabía que renunciaba a algunas cosas. —Clava la mirada en mí, y entiendo lo que está diciendo: sabía que renunciaba a ti. Ignoro el pinchazo en el estómago. Eso ya está perdonado, y no pienso reprochárselo más—. Otras iban intrínsecas en el *pack*, incluso si no lo sabía. La intimidad fue una de esas cosas a las que renuncié sin ser consciente de ello.

El pinchazo que he sentido antes no tiene nada que ver con el que noto ahora. Este es más punzante, más profundo. No había caído en la cuenta, pero tiene razón. La prensa enloqueció cuando nos vio juntos, a pesar de que no había nada romántico entre nosotros, entonces. No estoy preparada para esa vida, ni creo que nunca lo esté.

Miles debe de ver el pánico en mis ojos, porque los suyos lo reflejan también.

Me coge las manos y se acerca un poco a mí.

—No quiero engañarte, pero no es fácil. Hay dos formas de hacerlo, si todavía quieres seguir.

—¿Qué formas?

—La primera es escondernos. Podemos no mostrarnos en público como pareja, la prensa no pondrá interés ahí, si no nos ven solos. Además, sé cómo despistarlos.

No me gusta esa idea. No poder salir con Miles a la calle ni lo de tener miedo de ser descubierta en cualquier momento.

—¿Cuál es la segunda?

—Anunciarlo por todo lo alto e irnos de vacaciones. Seríamos nosotros los que diésemos la exclusiva y, sí, durante una o dos semanas todo el mundo hablará de ti, y de nosotros, pero estaremos de vacaciones en algún lugar incomunicado, y, cuando volvamos, las aguas ya estarán calmadas. A la gente solo le interesan estos temas cuando son nuevos y de actualidad. Después, se acostumbran a ello y buscan una nueva pareja con la que *shippear*.

—¿Esas son nuestras dos únicas opciones?

—Son las dos mejores —responde de forma triste—. Lo siento. Siento no tener nada mejor que ofrecer. —No digo nada, aunque sé que no es su culpa. Miles ofrece lo que tiene, pero no puede ofrecer lo que le han arrebatado los demás—. Puedes pensártelo el tiempo que necesites.

—No necesito pensarlo —afirmo con rotundidad—. Quiero estar contigo. No sé de qué forma, pero encontraremos la manera.

Miles vuelve a sonreír, y esta vez es de felicidad mezclada con alivio. Se lanza sobre mí para abrazarme, para besarme, y de pronto sus ojos se oscurecen, y noto un bulto duro contra mi vientre.

—¿En serio? —pregunto y suelto una carcajada.

—No puedes culparme, te he echado de menos.

—Tampoco se puede decir que estuvieras esperándome, *Mister Lover*.

—Ninguna de ellas has sido tú. Tienes que empezar a creértelo, Chels. Tú eres lo real hacia lo que he estado intentando volver.

Vuelve a besarme sin darme casi tiempo a pensar en sus palabras y, cuando cuela la mano bajo mi pijama para buscarme, igual que hizo anoche, me doy cuenta de que no ha servido de nada la ducha que me he dado para quitarme el olor a sexo.

Pero no me importa en absoluto tener que ducharme otra vez.

Capítulo 48

Casi no he terminado de vestirme cuando alguien empieza a aporrear la puerta. Por la forma de llamar, sé que no es nadie del servicio de habitaciones.

Miles abre, y Nate y Sky entran, con una sonrisa radiante.

Sky me mira, me enseña su anillo de casada y me guiña un ojo. Todavía no puedo creerme que haya contraído matrimonio, pero lo cierto es que lo ha hecho.

—Ven conmigo —me ordena mi amiga, sin darme casi tiempo a saludar.

Pone las manos en mis hombros y me empuja hasta el dormitorio. Cierra la puerta detrás de nosotras y me mira muy seria.

—Desembucha —suelta.

—¿Que desembuche qué?

—Tú y Miles. Qué está pasando aquí. Tenéis una sola habitación, una sola cama. No me engañas, te lo has tirado.

Sky habla en voz baja y agradezco que, por una vez en su vida, esté siendo sutil. ¿El matrimonio le ha dado madurez? Quién sabe. Ha pasado solo un día y no es que un papel firmado cambie a una persona, pero es que no encuentro ninguna explicación a este cambio repentino en su actitud.

—Me lo he tirado —confirmo, en un susurro también.

Suelta un grito agudo y ya está, da igual que esté casada o soltera, su sutilidad ha sido un espejismo. Se lanza a mis brazos y me aprieta contra ella, tan fuerte que me corta la respiración.

—Bueno, por priorizar. Cuéntame primero qué tal a nivel sexo y después a nivel emocional.

—¿Te acuerdas de cuándo te liaste con Nate la primera vez? ¿Lo de que repetisteis varias veces?

—¡Eres una perra mala! —exclama y se ríe—. ¿Y qué tal? Quiero decir, es Miles. Sé todo lo que pasasteis y no es un lío cualquiera, ¿no? ¿Vais a ir en serio? ¿Hemos perdonado lo capullo que fue?

—Sí, eso está perdonado. Creo que Miles sigue siendo el mismo en muchos aspectos, pero en otros ha cambiado —afirmo y, al hacerlo, recuerdo que él dijo unas palabras parecidas sobre mí—. Ha crecido, y ahora tiene más claro las cosas que quiere, y las que no. Me gusta, me gusta bastante. No sé cómo vamos a hacerlo, pero vamos a intentarlo, al menos.

No me he parado a pensarlo con detenimiento. Si lo hago, puedo estar orgullosa de mí, del crecimiento que he experimentado de un tiempo a ahora. Mi psicóloga estaría orgullosa también.

Se requiere un gran ejercicio interior para perdonar a una persona que te hizo daño una vez, para entender que los errores que cometemos no nos definen para siempre, si con ellos aprendemos y evolucionamos.

Quedarse con el rencor dentro es más sencillo, pero también menos sano.

Yo lo he guardado durante años, lo he transformado en rabia, en distancia, en frío. Hasta que he vuelto a conocer a Miles, y sé que no sigue siendo la misma persona que me hizo daño. O sí, es el mismo Miles, solo que también ha hecho su propio ejercicio interior para aprender y evolucionar.

Hay situaciones que son imperdonables, eso también lo sé, pero no hablo de esos casos. Con mis progenitores, por ejemplo, nunca será lo mismo.

—¿Por qué dices que no sabes cómo vais a hacerlo?

De repente, caigo en la cuenta de algo muy simple: Skylar está en la misma situación que yo. Nate Cooper también es famoso, así que a ella debe de afectarle igual. ¿Quién mejor para aconsejarme al respecto?

—¿Cómo haces tú para salir con Nate sin que la prensa enloquezca?

—Siento decirte que, en ese sentido, Nate no despierta el mismo interés que Miles. Supongo que por todo eso de *Mister Lover*. Aunque bueno, ya nos han hecho alguna fotografía juntos, y han hablado de nosotros, pero a mí no me importa.

—¿Han hablado de ti? ¿Por qué no me has dicho nada?

—No le he dado importancia —asegura. Me lo creo, porque Sky es así. Ese tipo de persona que tiene tanta seguridad y confianza en sí misma, que no se fija en lo que dicen los demás. En mi caso no me afecta por eso, sino por la invasión a la intimidad. Para ella, la intimidad tampoco es tan importante—. Me da igual lo que digan. Es más, ha estado guay ser un poco famosa por unos días. Tampoco duró mucho, la verdad. Una semana y ya está, a otro tema.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunto, aunque en realidad quiero saber por qué no noté yo nada. Tampoco lo he visto por ahí, pero no me extraña. Vivo desconectada de la televisión y de los temas del corazón.

—Por eso, porque no le di importancia. No me afectó para nada —repite—, pero volvamos a lo tuyo. Lo que tienes que preguntarte es qué te tira más, si estar con Miles o que no hablen de ti, porque hablar, van a hablar. Eso es lo que tienes que valorar. Ay, ¡podremos hacer salidas en pareja! —exclama de pronto—. Creo que tengo por ahí mi ramo de boda, ¿lo quieres?

—Sky, para —suelto, aunque sé que está de broma.

Mi amiga se ríe y vuelve a abrazarme. Su felicidad convertida ya en euforia.

—Vamos para fuera, que te he secuestrado aquí, y Nate también tenía ganas de verte. Hay algo que quiere decirte.

Los chicos están sentados en el sofá, hablando entre ellos.

Ambos nos miran al salir y sonríen.

Mi amiga se sienta sobre las piernas de Nate, pero yo lo hago sobre el cojín.

—¿Qué tal los primeros días de casados? —pregunto a Nate.

—Espectaculares —responde sin dejar de sonreír—. Mañana nos vamos de luna de miel. Por eso, queríamos veros antes, para despedirnos.

—Sky me ha dicho que hay algo que quieres comentarme.

—Sí, pero más tarde. No por nada, pero acabo de enterarme de que Miles y tú habéis vuelto, y prefiero escuchar esos detalles por tu parte.

—¿No te los ha dado ya *Mister Lover*?

—Por supuesto, pero nunca se tiene una historia completa hasta que se conocen las dos versiones.

—¿Qué os parece si salimos a dar un paseo y ya habláis de lo que queráis? —sugiere Miles—. Son nuestras últimas horas en Las Vegas.

A todos nos parece buena idea.

Nos dedicamos solo a pasear entre los lujosos edificios, observando las fachadas. Algunos de los hoteles tienen incluso atracciones en su interior, así que es fácil ver una montaña rusa, como en otra ciudad verías un árbol.

Miles y Sky van adelantados, conversando entre ellos. Mi amiga ha pasado de odiar a Miles a adorarlo, y ese es precisamente el motivo de que sea mi mejor amiga. Ese apoyo incondicional

y la lealtad que nos tenemos la una a la otra.

—¿Qué tal con Miles? —indaga Nate.

—Bien, bastante bien.

—¿Tanto ha cambiado la cosa en dos días en Las Vegas?

—No creo que haya cambiado en dos días aquí. Empezó a cambiar hace tiempo. Supongo que cuando volví a reencontrarme con él pensé que sería diferente; más como el Miles capullo y egoísta que había vivido en mi mente estos años, y menos como el Miles que realmente es.

Nate sonríe al escucharme.

—¿Sabes? Al principio, cuando la relación se rompió, mantuve la esperanza de que volveríais.

—No era la intención —confieso.

—Lo sé, me quedó más claro con el paso de los años y lo terminé de confirmar cuando volviste a aparecer en mi vida.

—¿Por qué creías que volveríamos? Fue Miles quien me dejó, y sabes cómo lo hizo —aseguro.

No es mi intención reabrir esas viejas heridas, pero tengo curiosidad por entender la postura de Nate.

—Precisamente por eso. Siempre tuve la impresión de que estabais hechos el uno para el otro. Hay parejas que se quieren y funcionan, y están juntas toda la vida, y eso está bien. Pero luego hay otras en las que desde fuera se ve, no sé si llamarlo conexión, o *feeling*, o simplemente magia. Vosotros lo teníais. Lo que no te cuentan es que no siempre basta con quererse, que las circunstancias y el momento son igual de importantes. Vosotros os queríais, solo que no era vuestro momento. No voy a defender a Miles aquí, sé que lo hizo mal. Yo también me enfadé cuando te dejó, pero es mi amigo.

—¿Te enfadaste con él? —pregunto, y no porque no lo crea, sino porque me sorprende.

—Por supuesto. Tú también eres mi amiga, Chels. Entendí por qué lo hizo, pero no el cómo.

—¿Y cómo se lo tomó? —indago con curiosidad.

—Bueno, no fui demasiado duro, lo admito. Quise serlo, ¿eh? Pero estaba hecho polvo, así que no quise hacer más daño.

—¿Y después de todo eso todavía pensaste que volveríamos?

—Miles es mi mejor amigo. Lo conozco mejor que nadie. Durante los años de Wandering Souls, además, vivimos juntos. Pasé día tras día, noche tras noche con él. Miles estuvo jodido, muy jodido. Quizá desde fuera no se notara, porque él intentaba fingir que lo había superado. Salía con mujeres, montaba fiestas... Creo que en ocasiones incluso alimentaba adrede la reputación de *Mister Lover*, pero no podía esconder su esencia, y casi todas sus letras hablan de ti. Su música no miente. Por eso, pensaba que volveríais, porque, por mucho que pasaran los años, él seguía pensando en ti. En mi mente, tú estabas escuchando esas letras, y lo sabías. Ya sabes que siempre he sido un poco ingenuo para temas románticos.

—Nate, yo ni siquiera sabía que estabas interesado en temas románticos —bromeo, por quitarle un poco de hierro al asunto. Últimamente siento que todo es demasiado intenso—. Lo tuyo eran más picoteos.

—Eso no quita que sea ingenuo con la parte romántica.

—Más vale que te la aprendas de aquí en adelante —lo amenazo—. Sabes que te tengo aprecio, pero si le haces algo a Sky, te convertiré en un plato principal de mi menú.

—Con sinceridad, no se me ocurre una mejor forma de morir que esa.

Nos reímos y seguimos hablando, de temas más triviales y no de sentimientos.

Apenas unos minutos después, recuerdo que Nate tenía algo que contarme, así que me lanzo a preguntar:

—¿Qué querías decirme, por cierto?

—Bueno, supongo que ya podemos hablar de ello. Antes de que te niegues, quiero que escuches todo, por favor.

—Ya me estás dando miedo y todavía no has empezado.

—He estado pensándolo mucho. ¿Recuerdas las conversaciones que tuvimos hace tiempo, cuando te dije que quería invertir? Pues el otro día se me ocurrió que, si todavía no tienes nada pensado y te apetece, en lugar de buscar trabajo en un nuevo restaurante, podemos montar uno juntos.

Me detengo en seco al escucharlo y lo miro con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Yo sería el socio capitalista, claro. No tengo ni idea de cocinar, ya lo sabes. Ahora mismo tengo dinero, y no quiero dilapidarlo. Me gustaría invertirlo, montar negocios seguros que me procuren más dinero. ¿Por qué buscar un socio cualquiera cuando puedo trabajar contigo?

—Nate, yo no...

—Sí, lo sé, no quieres aceptar mi dinero —me interrumpe—, pero déjame acabar. Para mí sí es importante. Por supuesto que es una ventaja que seas mi amiga, aunque tú no lo veas así. No lo hago por eso, Chels. No lo tomes como caridad, porque sé que lo odias. Lo hago porque es una apuesta segura. Sé cómo cocinas y cómo gestionas el negocio. Cuando digo que eres la mejor cocinera de la costa oeste, no lo digo de broma. Soy tu mayor *fan* desde hace años, y eso no puedes negármelo. No lo consideres un favor, y, si vas a hacerlo, creo que tenemos que aclarar desde ya que el favor me lo harías tú a mí.

Pienso en sus palabras mientras habla.

Es verdad que Nate siempre me ha apoyado con la cocina, siendo mi conejillo de indias, rogándome que hiciera cursos de cocina, aun si eso implicaba dejar empleos.

No me había planteado la idea de montar un negocio propio, pero no suena nada mal.

Trabajar con Nate no sería malo, al contrario. Sé que me daría la libertad para gestionar lo que quisiera.

Conforme más profundizo en la idea, más me atrae.

Creo que mi amigo lo nota, porque veo la sonrisa que se va dibujando en su cara. Supongo que él también ve una aparecer en la mía, mucho más comedida.

—No voy a montar una pizzería...

La carcajada que suelta hace que Sky y Miles se giren para observarnos con curiosidad.

—Eso me duele en el alma —dice y se lleva una mano al pecho, en una postura de lo más dramática—. Confío en ti, Chels. Solo dime qué quieres montar, qué necesitas y nos pondremos a ello.

—Deja que me lo piense —cedo al final—. Tengo demasiado que asimilar.

—Tómate el tiempo que necesites.

La sonrisa no se me borra de la cara durante todo el paseo. Apenas puedo creerme todo lo que está cambiando mi vida en tan poco tiempo.

Supongo que no está mal aceptar ayuda de los demás, ni admitir los sentimientos propios. Tampoco son malas las segundas oportunidades ni otorgar el perdón a alguien que lo merece. Al final, todas estas cosas sirven para poner una vida en orden y, cuando lo haces, cuando aceptas,

cuando te aceptas, todo mejora.

Capítulo 49

Han pasado dos días desde el regreso de Las Vegas y, por ahora, estoy organizando mi vida.

Sky y Nate siguen de viaje, aunque regresarán la semana que viene, y entonces haremos esa fiesta sorpresa que estamos organizando Miles y yo. Más bien la está organizando Miles, porque yo llevo demasiadas cosas entre manos y apenas tengo tiempo.

Mia y Audrey llegan hoy en avión, y se van a quedar en mi casa hasta que encuentren apartamento.

Le he repetido mil veces a mi hermana que no tiene que darse prisa, pero ella quiere su intimidad y su independencia, y la entiendo, porque a mí también me pasaría.

Por ahora, ella va a volver a Chicago, y Audrey se va a quedar aquí. Ha alquilado un camión para la mudanza. Necesita ir a su piso para traer todas sus pertenencias y su coche. Va a tardar tres días, porque tiene que terminar de empaquetar y atravesar varios estados. Es un camino demasiado largo para hacerlo con una niña de cinco años, y, por eso, se queda aquí antes.

He aceptado la oferta de Nate, pero es un proceso lento. Tenemos que pensar la idea y, sobre todo, encontrar un local que se adecúe a lo que necesitamos.

Él está con la parte logística, mientras yo me encargo de lo demás. Estoy tan inspirada, que siento que todo fluye sin complicaciones.

Hoy he decidido aprovechar el tiempo, antes de que llegue mi sobrina. Hay tareas que se hacen con placer, y esta es una de ellas.

Me presento en El Laboratorio, pese a que no he venido desde que me despidieron. Ni siquiera sé quién trabaja ahora en cocina, pero, conociendo a Max, se habrá dejado un pastizal en contratar a alguien digno del puesto.

Luca me recibe nada más entrar. Todavía cojea un poco, si hace grandes esfuerzos, pero ya está bien. O todo lo bien que te deja el sector de la hostelería antes de mandarte de vuelta.

—¡Ce! —exclama y viene a darme un abrazo. Después, como si cayera en la cuenta, se separa y me mira con el ceño fruncido—. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido, porque quiero hablar contigo y con la plantilla.

—Conmigo puedes hablar cuando quieras, lo sabes, ¿no?

—Esto tengo que hacerlo aquí. Ven, vamos a la cocina.

Luca camina detrás de mí, con esa emoción propia de un cotilla que sabe que se avecina salseo.

Todas las cabezas se vuelven hacia mí, cuando entro en lo que antes era mi cocina. Solo hay una nueva, así que imagino que este hombre debe de ser mi sucesor. Al menos Max ha escogido a un varón, y no a una chica joven a la que convertir en su obsesión.

—Buenos días, chicos —saludo.

Varias personas se acercan para devolverme el saludo, dejando a un lado sus tareas. No me abrazan, pero sí me tocan el brazo o me sonríen, y eso me hace sentir mejor. Este lugar ha sido una especie de hogar para mí y aprecio a mi antiguo equipo. De hecho, esa es la razón por la cual estoy aquí.

—Buenos días, Adams —comenta el nuevo *chef* y se acerca para estrecharme la mano—. Soy Rivera. Encantado de conocerte.

—Un placer —respondo con sinceridad. Rivera es solo un efecto colateral; él no es culpable

de nada de lo que ha pasado, aun si ahora tiene mi antiguo puesto.

El ambiente se tensa cuando alguien más accede a la cocina y me giro para descubrir a Max. No sé qué hace aquí, pues él no suele visitar a menudo sus restaurantes.

Pienso en mí, en esa adulta que quiero llegar a ser y no me amedranó ante él.

—Buenos días, Max —saludo también.

—Chelsea —dice con voz seria, autoritaria. Una voz muy diferente a la que utilizaba antes, cuando creía que tenía alguna posibilidad de llevarme a la cama—. ¿Qué haces aquí? ¿Tienes que recoger algo?

—En realidad, sí.

—En ese caso, cógelo y vete. No quiero que entretengas a la plantilla. Tienen trabajo que hacer.

—Tranquilo, seré rápida —afirmo. Después, me vuelvo hacia ellos y los miro uno a uno. Megan, Brad, Nathan... Hasta terminar en Luca. No he dicho nada aún, ni siquiera a él, pero ha sido una idea loca que ha surgido esta mañana de imprevisto. No contaba con que Max fuera a estar presente. Supongo que eso es un nuevo aliciente—. Como todos sabéis, hace un par de semanas fui despedida de El Laboratorio. No sé qué os habrá contado Max, pero lo cierto es que me echó porque por fin se dio cuenta de que no estoy interesada en tener sexo con él, y no le pareció bien que continuara trabajando aquí, si lo único que iba a obtener de mí estaba relacionado con la cocina.

—Eso no es cierto —espeta Max de forma ruda. Avanza hacia mí y me dedica una mirada que pretende ser intimidante, pero que no me intimida en absoluto—. Siento que estés resentida, pero no voy a consentir que hables de mí ni me insultes. Yo jamás...

—Ahórratelo —le corto, sin paciencia ni modales ningunos—. Excepto el *chef* Rivera, todos los demás trabajan aquí y lo han visto, así que no vas a engañar a nadie.

—Lo que han visto todos es un tonto consentido por parte de los dos, que...

Esta vez es mi carcajada la que lo interrumpe. La mandíbula de Max se tensa, pero no dice nada.

—Max, no te molestes —interviene Luca—. Eres un capullo que se ha aprovechado de su posición como jefe. Yo lo sé, Chelsea lo sabe y tú lo sabes. Y, si no lo sabes, quizá deberías mirártelo, porque una cosa es ser un hijo de puta a propósito y otra estar tan trastornado que ni siquiera te das cuenta.

Max se acerca a Luca tan rápido, que parece que vaya a golpearlo. Sin embargo, se detiene antes, con la mandíbula tensa y los puños apretados.

—Estás loca —me acusa—. No sé qué le has contado a tu amigo, pero esto no va a quedar así. No puedes venir a mi restaurante a insultarme y pretender que no tome medidas. Lárgate de aquí, no eres bienvenida.

—No te preocupes, me iré en cuanto diga lo que tengo que decir —replico, haciendo caso omiso a sus palabras. Max es un prototipo de hombre bastante estándar, de esos que te acosan, te manipulan y se aprovechan de su posición de poder, y, cuando son descubiertos o no se percatan de que no van a conseguirlo, dan la vuelta a la situación para reclamar el papel de víctima. La sociedad está llena de ellos, pero yo ya he soportado bastante, y no estoy dispuesta a hacerlo más—. Voy a montar un restaurante nuevo —anuncio, mirando a mi antigua plantilla—. Todavía tardará un poco en abrir, porque estamos trabajando en ello. El concepto será diferente a El Laboratorio. Ya sabéis lo que es trabajar conmigo, y yo sé lo que es trabajar con vosotros. Quiero que sepáis que, todo el que lo desee, será bienvenido en mi cocina. Los sueldos serán buenos y

prometo no obligaros a asistir a ninguna fiesta tediosa después de haberos hecho trabajar doce horas para preparar el menú. Tampoco voy a acosaros.

—¿Qué haces? ¡No puedes venir aquí e intentar llevarte a mi gente! —exclama Max, fuera de sí, gritando tan alto que seguro que se escucha incluso en el salón—. ¿Qué te has creído? ¡Son míos, no tuyos! ¡Trabajan para mí!

—Max, no son tuyos, ni míos —lo corrijo, mucho más sosegada con él—. Pueden escoger. Él suelta una risa nerviosa y niega con la cabeza.

—¿Y crees que van a irse contigo a un restaurante que ni existe? Por favor, Chelsea. No te humilles más. El Laboratorio tiene una estrella Michelin, ¿qué tienes tú?

—¿Quién te crees que consiguió esa estrella? —pregunto de vuelta—. Yo tengo talento para cocinar, Max. Tengo paciencia gestionando un equipo y respeto hacia ellos. ¿Quieres que te diga lo único que tienes tú? Dinero. Ya está. Eso es lo único de lo que puedes presumir.

—Ortega te ha destruido. Tu reputación ya no es nada.

—¿Sabes lo que pasa? Que sé que soy buena cocinera y que merezco más, mucho más. Ya me he cansado de lo que hombres como tú o como Ortega tengáis que decir de mí. No tenéis talento. Lo único que poseéis es vuestro odio hacia nosotras. No sois nadie, y por eso no os temo. Voy a hacer un restaurante nuevo y en la inauguración vendrán todos los críticos de rigor de San Francisco. Verás entonces qué dicen de mí, y después compararemos, Max. A ver en qué restaurante se queda la gente, si en el tuyo o en el mío. Sin ofender —añado y dedico una mirada a Rivera.

El *chef* no ha podido cerrar la boca desde que empezó la discusión e imagino que toda esta situación lo ha pillado tan de sorpresa como a Max.

—Como decía, quien quiera puede venirse conmigo. No tenéis que decir nada ahora. Podéis quedaros aquí hasta que abramos, si así lo decidís, pero si queréis veniros ya, sois bienvenidos.

—Yo me largo ya —declara Luca, mientras se quita el delantal y lo tira al suelo con rabia.

Sonríó a mi amigo, porque ya contaba con su apoyo. Sin embargo, cuando Megan, Brad, Nathan, Nicholas y el resto hacen lo mismo, sí que noto un pequeño vuelco en el corazón. No esperaba tanta lealtad, pero me siento tan arropada que no puedo dejar de sonreír.

—Que te jodan, Max —le digo antes de encaminarme hacia la puerta de la cocina—. Por cierto, si me entero de que haces pasar a alguna de tus empleadas por lo que me hiciste pasar a mí, te juro por lo que más quieras que no pararé hasta destruir tu reputación.

Salgo de la cocina con los latidos a mil por hora y las manos temblando por los nervios. Luca corre a mi lado y me abraza desde atrás.

—Te acabas de convertir en mi nuevo ídolo —me dice en voz alta—. ¿Te has quedado a gusto, verdad?

—No sabes cuánto.

—Bueno, jefa. ¿Ahora qué? —pregunta Megan emocionada.

—Ahora toca montar un negocio y hundir a Max Levine.

Capítulo 50

—¿Cómo fue eso que dijiste en mi casa de Chicago? —me pregunta Audrey.

Estamos las dos en mi piso, metidas en la cocina y probando un plato tras otro. No tenemos receta, sino que nos dedicamos a inventar. Si un ingrediente huele bien o nos encaja, lo añadimos. Nos movemos por instinto y, sorprendentemente, el de esta niña de cinco años funciona bastante bien.

—¿A qué te refieres?

—Sí, cuando dijiste que la cocina no consistía solo en seguir recetas, sino en ir probando.

—Ah, sí, que funciona por sensaciones.

—¡Eso! Me gusta —afirma con una sonrisa, mientras mete el dedo en la sartén para probar la salsa de castañas que hemos creado—. Creo que sale más rico así. Mira, prueba esto —dice y extiende el mismo dedo hacia mí. Está deliciosa, lo admito. Ahora solo falta ver qué pega con estos sabores—. ¿La mezclamos con una pasta?

—Creo que mejor una carne.

—¿Esos filetes finitos que están tan buenos?

—¿Presa ibérica? Creo que sería una excelente combinación.

—¡Bien! ¡Lo anoto en nuestro libro de recetas!

Audrey sale corriendo hacia el cuaderno de apuntes y escribe este último plato. Siempre he adorado cocinar, pero desde que lo hago con ella, he recuperado esas ganas e ilusión que hacía tiempo que no sentía. O quizá es que ha desaparecido tanta presión, no lo sé. Ahora mismo tengo que crear un menú de la nada, pero al menos no me martirizo día a día pensando que no he introducido ningún plato nuevo en una carta que creía perfecta. Tampoco pienso en las estrellas Michelin, solo en cocinar y reconectar con esa pasión que un día sentí.

—¿Cuándo llega mamá? —me pregunta al volver al fuego.

—Mañana por la tarde.

—¡Bien! Así le enseñaremos nuestro libro de recetas.

—Seguro que le encantará.

—¿Tengo que ir al cole o puedo saltármelo?

—Tienes que ir —aseguro y me gano un puchero por su parte.

El primer día aquí no fue, pero porque todavía no teníamos gestionado todo el papeleo con el cambio escolar. Ha sido una odisea el traslado de expediente. Odisea que ha gestionado Mia, porque yo no tengo ni idea de todo eso.

—De hecho, toca ducha, cena y a la cama. Otra vez se nos va a hacer tarde —protesto.

Nos encerramos en la cocina y se nos pasa el tiempo volando. No siento como si la tuviese explotada, al contrario. A Audrey le gusta cocinar casi más que a mí.

—Me gusta acostarme tarde.

—Mañana cuando te toque madrugar no dirás lo mismo. Además, ya vuelve mamá. Tenemos que recuperar esos horarios.

—Tía Yey-yey, antes molabas más —me dice. Después se ríe, coge una cuchara y me tira un poco de salsa a la cara.

Y se ríe más.

Empezamos una guerra de comida que termina con toda la cocina empantanada, pero que

merece la pena por la forma de las dos de reír.

Soy consciente de lo mucho que necesitaba tener a mi familia aquí, conmigo. No quiero pensar en todo lo que me he perdido por haber estado más pendiente de otros temas que de ellas, solo en lo que nos queda por venir ahora que mis prioridades por fin están claras.



Un par de horas después, estoy tan agotada que me cuesta incluso moverme. He recogido el estropicio, nos hemos duchado, hemos cenado y, por fin, Audrey está dormida.

No sé cómo lo hace Mia todos los días, porque yo llevo solo un par y ya me cuesta tirar de mi pellejo.

La he dejado en su dormitorio con la cámara puesta y me he subido a la terraza, porque de verdad necesito desconectar.

Estoy dentro del *jacuzzi*, con los ojos cerrados y el móvil cerca, por si salta alguna notificación de que Audrey se haya despertado, cuando escucho a Miles meterse en el agua.

—Pensaba que habíamos acordado que el *jacuzzi* no era un imprescindible —bromeo, recordando nuestro acuerdo sobre la terraza.

—Hoy es mi turno. Si tú te lo saltas, yo también —me sigue el juego. Se acerca hasta mí y se cuela detrás. Sube las manos a mis hombros y comienza a masajearme—. Estás cansada, ¿no?

—Están siendo unos días agotadores entre el nuevo restaurante con Nate y cuidar de Audrey.

—Lo estás haciendo bien. Hoy se escuchaban las carcajadas desde mi casa.

—Ha sido una gran tarde.

—He estado pensando. Yo también quiero invertir en el restaurante.

—No —me niego en rotundo.

—¿Por qué? ¿Por qué Nate sí, y yo no?

Me giro para quedar cara a cara. Los brazos de Miles caen al agua, pero los mantiene cerca mientras me observa esperando una respuesta.

—Es distinto. Nate es un amigo.

—¿Y yo qué soy, Chels? ¿Sigues sin confiar en mí?

—No, no es eso. Yo... No quiero que te impliques en el restaurante, Miles. Lo siento. Nate es un amigo y tú... tú eres más. No quiero mezclar los negocios con lo personal. No sé cómo saldrá esto, pero si sale mal, no quiero que mi vida profesional esté ligada también a la personal.

—No va a salir mal —asegura tan firme que me arranca una sonrisa.

—Miles, yo...

—No te preocupes. Lo entiendo —me corta—. Lo entiendo, de verdad que lo entiendo. Solo quería dejar eso claro. No va a acabar mal.

Lleva los dedos a mis brazos y me acaricia con suavidad. Se detiene en ese reloj que compartimos, con la esfera dentro de una flor. En su caso, las agujas señalan las palabras *Is* y *Was*. En el mío, *Smile* y *Breath*. Dos tatuajes que nos hicimos juntos, y que ambos hemos retocado, pero que siguen perteneciendo al otro.

Desciende con lentitud por mi piel, hasta entrelazar sus manos con las mías, y, al hacerlo,

las saca del agua y me besa uno a uno todos los nudillos, hasta llegar al nombre de Miles que llevo escrito en el anular.

—¿Tanto te gustas? —bromeo.

—¿Mi nombre grabado en tu piel? Por supuesto.

—Eso suena tan narcisista y posesivo...

Me río, porque no hablo en serio, pero él se pone serio antes de mirarme.

—No es posesivo. No quiero marcarte como si fueras mía, porque no lo eres. Eres tuya, solo tuya, pero que yo fuera tan importante para ti, como para merecer un hueco así en tu piel... Eso es lo que me hace feliz.

Trago saliva, conmovida más por todo lo que veo en sus ojos que por sus palabras, aunque también me remueven.

Joder..., claro que Miles es compositor y una maldita estrella del rock; claro que todo el mundo lo adora, si tiene ese don de convertirse en hipnótico cada vez que abre la boca.

Llevo las manos a sus brazos, a su nuca, a su espalda, a todos esos sitios que están sellados con tinta.

—Tú también te tatuaste por mí —comento, siguiendo los trazados de sus dibujos.

Miles me sujeta las manos y las coloca en su pecho antes de rematarme diciendo:

—Esto también es tuyo.

Me lanzo hacia él y atrapo sus labios para besarlo con vehemencia.

Me levanta sin esfuerzo dentro del agua y me coloca encima de él, sentada a horcajadas. Solo llevamos puestos los bañadores y noto su dureza chocando con mi entrepierna, frotándose contra ella.

—¿Esto también es mío? —pregunto, y cuelo una mano entre nuestros cuerpos para acariciarlo por fuera de la tela.

Miles sonríe contra mi boca y asiente.

—Peligrosa...

—Audrey está durmiendo y a veces tiene pesadillas —le informo—. No sé si va a despertarse. Te lo digo porque, como eres un dios del sexo, vas a tener que ser un dios del sexo rápido.

Miles se ríe y se separa un poco de mí para mirarme.

—Joder, Chels. ¡Cómo te he echado de menos!

—¿Por pedirte sexo rápido?

—Porque solo tú puedes ponérmela dura en un instante y al siguiente hacerme reír.

—Soy la definición de romanticismo.

Todavía con la mano entre nuestros cuerpos, aprovecho para colarla por dentro del bañador y volver a acariciarlo, esta vez notando su piel.

Miles deja escapar un jadeo y atrapa mis labios para besarme. Su lengua juega contra la mía y se le escapa un gruñido cuando mi mano encuentra el ritmo adecuado, y lo mantiene, disfrutando del placer que le provoco.

Hasta que sujeta mi muñeca y me detiene. Me mira con los ojos en llamas, totalmente excitado. Coloca las manos en mis caderas y me alza casi sin esfuerzo, para dejarme sentada en el borde del *jacuzzi*.

Fuera del agua el ambiente es frío, pero no lo noto. Al contrario, siento todo el cuerpo caliente.

Miles sale también para volver a besarme, sin dejar de acariciarme con una mano. Recorre

cada rincón de mi piel en un camino descendente. Se separa un instante, solo para mirarme. Me muerdo el labio, porque sus besos y sus caricias me excitan, pero que me contemple del modo en el que lo hace, con tantas ganas e intenciones... Eso me quema más.

—Vuelve a hacerlo —pide con la voz ronca, susurrante.

Me muerdo el labio de nuevo, de forma provocativa.

Miles me sujeta la mandíbula e introduce dos dedos en mi boca, despacio. Los succiono y los lamo, sin apartar la mirada el uno del otro. Los saca con rapidez, solo para sustituirlos por sus labios y su lengua. Los dedos encuentran su propio hueco cuando aparta la parte inferior del bikini y los hunde en mi sexo. Entran con facilidad, lubricados con mi propia saliva.

Miles me masturba a conciencia. Me frota el clítoris con un dedo mientras me penetra con los otros, entrando y saliendo despacio, profundo. Jadeo contra su boca y me quejo cuando, de repente, se aleja de mí.

Las protestas duran poco. Miles se deshace de la prenda de baño, se arrodilla frente a mí y sustituye los dedos por su boca. Se me escapa un gemido, que contengo a duras penas. Le agarro por el pelo, mientras él lame, muerde y frota con tanta maestría, que apenas aguanto unos minutos antes de tener un orgasmo. Las piernas me tiemblan y el único motivo por el cual no caigo del *jacuzzi* al suelo es porque Miles me sigue sujetando con fuerza por la cadera.

Levanta la vista, todavía con la boca húmeda y eso me excita aún más.

—Joder —se me escapa cuando por fin recupero el aliento. Él sonríe en respuesta.

Me inclino hacia delante, dispuesta a invertir los papeles. Sin embargo, Miles me detiene antes. Me da la vuelta y me deja mirando hacia abajo, con el trasero expuesto hacia él. Lleva mis manos al borde del hidromasaje para que me agarre.

—Voy a entrar —me avisa, como si no hubiese entendido sus intenciones todavía.

A la vuelta de Las Vegas nos hicimos las pruebas para ver si teníamos alguna enfermedad de transmisión sexual y estamos limpios. También he empezado a utilizar un anillo.

—Eso espero.

Miles se ríe. Después, vuelve a sostenerme por las caderas y me penetra desde atrás. Entra con facilidad, de forma tan profunda que nos arranca un nuevo gemido a ambos. Deja una mano en mi cintura, pero la otra asciende en una caricia por mi espalda hasta que la enreda con mi pelo. No tira con suavidad, pero tampoco con fuerza.

Y, a pesar de que termina siendo el sexo rápido que le he pedido, follamos tan duro que consigue regalarme un nuevo orgasmo.

Capítulo 51

Los días avanzan rápido con el ajetreo en el que me muevo ahora. ¿Quién iba a decirme hace un mes que estaría en este punto? ¿Cómo es posible que haya cambiado todo tanto desde que murió la señora Evans?

Nate ya ha conseguido el local perfecto para nuestro negocio y ahora estamos gestionando las obras para que todo quede como lo imaginamos. Mientras él se encarga de los contratistas, yo sigo con el menú y la decoración.

Elaborar la carta de El Laboratorio me costó sudor y lágrimas, porque necesitaba que fuera perfecta. Ahora también me exige esa perfección, pero he aprendido que hay distintas formas de conseguirla. Para empezar, no lo estoy haciendo sola. Todo mi equipo está implicado al máximo, tanto en el montaje del restaurante como en la creación de los platos. No me obsesiona si conseguiré o no más estrellas Michelin, solo quiero que los clientes que nos visiten reciban una experiencia diferente y original, y que quieran repetir.

Mia también está ayudando. Ya se ha instalado conmigo, aunque sea de forma provisional. Va a trabajar como camarera, y ambas estamos emocionadas de compartir esta etapa. Además, esto le va a servir para conocer a gente y hacer amigos, pues por ahora no tiene a nadie en la ciudad.

Incluso Audrey está aportando su granito de arena ayudándome a crear las recetas.

Como casi todos los días, estoy en la cocina terminando de confeccionar los nuevos menús. Audrey ha salido con Mia, y me siento rara estando entre los fogones sin ella, pero quedan detalles que ultimar, y no puedo esperarla. Queda poco para la inauguración.

Miles también está centrado en Wandering Souls. Desde que le dije que sí a Matthew, han estado trabajando duro en el concierto. Sus componentes ahora viven en distintos estados, lo que implica viajar para poder ensayar juntos. No nos vemos demasiado estos días, pero, cuando lo hacemos, fluye bien.

Ahora, cuando me encierro en la cocina, lo hago escuchando su música. Me he aprendido todas las malditas canciones, aunque sigo sin reconocerlo en voz alta. Lo último que necesita Miles es que le engorde más el ego. A veces, como hoy, ni siquiera tengo que poner sus canciones: *Mister Lover* está en su casa ensayando, y se escucha desde aquí.

Noto que algo va mal en cuanto escucho el móvil vibrar. Una vez, y otra, y otra. Son notificaciones entrando, justo como ya pasó.

Leo un mensaje de Luca que me pide que encienda la televisión y obedezco en el acto.

Rita Wheels aparece en pantalla entrevistando a una mujer que recuerdo bien. Se trata de Christine, la recepcionista del Bellagio que nos atendió en Las Vegas. El corazón se me acelera al momento mientras subo el volumen.

—... los dos en una *suite* —está diciendo Christine—. Miles Stones es muy celoso de su intimidad, y yo lo respeto, por supuesto. Me pidió que no dijera nada hasta que se fueran. Fue muy amable, pues se hizo una foto conmigo. Incluso grabó un vídeo de saludo para mi Laura. ¡Hola, Laura y Mike! ¡Mamá está en la tele! —exclama con una sonrisa radiante. Una sonrisa que contrasta mucho con el nudo que tengo en la garganta y que me impide respirar con normalidad.

—Por supuesto —responde Rita con otra sonrisa, mucho más artificial—. Sin faltar a esa

intimidad, ¿puedes decirnos cuánto tiempo pasaron juntos? O más interesante aún, ¿cuántas camas tiene esa *suite*?

Rita suelta una risilla calculada y Christine una nerviosa. Yo tengo la cara congelada, creo.

—Solo tiene una, claro —confirma—. Se registraron diciendo que eran solo amigos, pero no terminé de creérmelo. Se miraban como se miran los enamorados, ¿sabes? Eso no se puede ocultar. No quiero hablar mucho, lo siento. Se lo prometí a Miles. Me encanta tu trabajo, Rita. Soy una gran admiradora de todo lo que haces. Sobre todo, cuando hablas de Wandering Souls, pero adoro aún más a Miles Stones y me debo a esa promesa. Soy su mayor *fan* y voy a seguirlos siempre. Les deseo lo mejor a todos.

—Muchas gracias, Christine. Eso es todo —se despide de ella. Después, se gira hacia la cámara y dibuja de nuevo esa extraña mueca que se supone que es una sonrisa—. Como veis, no me equivocaba. Chelsea Adams y Miles Stones son la pareja del año. Qué digo del año, de la década. Todavía no los he descubierto en actitud cariñosa, pero, os prometo, mis fieles *lovers*, que Rita Wheels os dará la exclusiva de este amor que lleva años cociéndose a fuego lento, entre fogones y canciones de amor. Si queréis ver sus primeras imágenes, sus primeros besos... No perdáis de vista este canal. Cuando se trata de Wandering Souls, soy incansable. Soy insaciable. Soy letal.

No hay rastro de sonrisa ahora, sino una cara de depredadora que da incluso miedo. El estómago se me revuelve y apago la televisión, sin ganas de escuchar nada más. Sabía que este momento terminaría por llegar, pero no estaba preparada para ello. Ni esperaba que fuera tan pronto.

Apenas unos minutos después, escucho a alguien aporrear la puerta de mi casa.

—¡Chels! ¡Soy yo! —grita Miles.

Abro y lo dejo entrar. Sigo un poco conmocionada, casi paralizada. Lleva las manos a mis mejillas y me da un beso rápido, y después otro.

—Vamos a poder con ella —me asegura—. No te había dicho nada porque aún no hay resolución, pero mis abogados han solicitado una orden de alojamiento; tanto para ti como para mí. También están estudiando la forma de que le prohíban hablar sobre nosotros. Han alegado acoso, y tienen pruebas de cómo nos ha seguido a ambos.

—¿Me ha seguido? —pregunto en un susurro.

—Conozco a algunos jueces. Tengo muchos contactos. Vamos a ir a por ella. Te prometo que no tienes por qué preocuparte, pero si quieres echarte atrás, si es demasiado para ti...

—No —lo interrumpo, porque sé a dónde quiere llegar, y no estoy dispuesta. No voy a dejar que personas condicionen mi vida. No más—. No te preocupes, ha sido el *shock* inicial. No voy a renunciar a ti —aseguro, y Miles me da un nuevo beso—. Pero consigue la orden de alejamiento. No me gusta la idea de que...

—Lo sé, lo sé. Te prometo que la conseguiremos.

Baja las manos de mis mejillas a mis caderas y me atrae hacia él para abrazarme.

Entre la calidez de su pecho me convengo de que sí merece la pena, aunque no sea sencillo estar con él. No es su culpa, lo sé. Solo es parte de su equipaje. Un equipaje que, en ocasiones, se hace un poco más pesado.

—Voy a necesitar tiempo para hacerme a la idea —afirmo, porque una cosa es que no quiera renunciar a él, y otra que esté preparada para lidiar con este tipo de prensa.

—Todo el que necesites.

—¿Qué tal van los ensayos? —pregunto en voz baja, pues todavía sigo aturdida.

—Genial, estamos disfrutando. Estás invitada a todos, lo sabes.

—En cuanto termine con el restaurante.

—Rita Wheels no va a poder con nosotros —me asegura, sin dejar que cambie de tema—.

No le vamos a dar nuestro primer beso, ni nuestra primera cita. Ya lo hice mal una vez, y te prometo que eso no va a volver a pasar. Ahora tengo más experiencia. Ahora, también, sé lo que estaría perdiendo.

Miles vuelve a abrazarme y me abandono a ese gesto. Confío en él, lo sé. Se lo ha ganado después de todo lo que ha hecho por mí, por nosotros. Y ahora que nuestra vida empieza de nuevo a mejorar, prefiero aferrarme a él, y no a todos los baches que nos quedan en el camino.

Capítulo 52

La rutina no ha cambiado, aunque mi teléfono sigue llenándose de notificaciones que prefiero ni mirar. También evito la televisión y la prensa. Lo he dejado todo en un segundo plano y ya apenas pienso en ello.

Hoy, sin embargo, nada de eso importa. Por fin ha llegado el día de la celebración de la boda, y apenas puedo contener la emoción. Hemos pasado horas cocinando y decorando la terraza para que salga perfecto. Lo que me pone nerviosa no es eso, sino que por fin voy a ver a Beau y Jeremiah.

—Chels, tranquila, ya está todo preparado —me dice Miles—. Solo queda que venga la gente y los novios, y, por lo que tengo entendido, tu amiga es de las que llega siempre tarde.

—Solo los desesperados son puntuales —repito su lema—. Sin que suene del todo feo, si estoy un poco atacada no es por ella, sino por las ganas que tengo de que lleguen...

No tengo tiempo para acabar la frase, porque justo en ese momento aparecen las dos personas que espero. Jeremiah se lanza corriendo hacia mí, me levanta por las piernas y me abraza con tanta fuerza, que casi caemos los dos hacia atrás.

—¡Perdón! —suelta entonces, aunque no parece nada arrepentido—. No puedo creerme que seas tú.

Dejo que me abrace. No sé por qué, pero con Jeremiah siempre fue distinto en este aspecto. Quizá porque él nunca supo contener sus impulsos cariñosos, y los abrazos forman parte de su personalidad. Sonrío con la cabeza apoyada en su pecho, sintiéndome de nuevo como en el *antes*.

—Estás preciosa —me dice en el oído—. Has cambiado.

—Tú estás igual —afirmo y me separo un poco de él para poder contemplarlo mejor. No se le nota el paso de los años. Sigue con su pelo castaño coronado por un tupé, su bronceado natural y esos ojos marrones que miran todo con avidez—. ¿Qué tal va todo? ¿A qué te dedicas ahora? Nate me contó que trabajas en televisión.

—¡Sí! No quería dejar el teclado y, cuando me ofrecieron esta oportunidad, me pareció fascinante. Es otra forma de vivir la música. Menos intensa, pero muy divertida. Toco en distintos programas, incluyendo *Saturday Night Live*.

—Me encanta ese programa.

—¿Sí? Puedo llevarte un día de público, si quieres.

—¡Claro! ¿Cuánto tiempo os quedáis por aquí?

—Pues un par de semanas, mínimo. Vamos en serio con el concierto para celebrar el Año Nuevo, y tenemos que ensayar muchísimo si queremos llegar bien.

Jeremiah me cuenta más sobre los temas que quieren interpretar y lo emocionado que está de volver a tocar con Wandering Souls. También me habla sobre su trabajo y, sobre todo, de los artistas que ha conocido. Como miembro de Wandering Souls ya se ha codeado con multitud de estrellas. No solo cantantes, sino también actores, modelos, deportistas... El mundo de los famosos nunca deja de sorprenderme, porque hablan de Dua Lipa o Taylor Swift como yo puedo hablar de Luca, solo que a él no lo conoce nadie.

Dejo de prestar atención cuando algo llama mi atención. Primero entra Beau a la terraza, con un bebé en brazos tan pequeño, que la escena me despierta ternura. Detrás, una chica pelirroja cogida de su mano.

Beau me sonríe nada más verme y se encamina directamente hacia mí.

—Chels —me saluda—, te presento a Claire, mi mujer, y a Hailey, mi hija.

—Encantada —digo primero a Claire, tras darnos un beso en la mejilla. Después miro a la bebé—. Madre mía, Beau. Mírala qué pequeñita es. Tú has hecho eso.

—¿Quién iba a decirlo, eh? Aunque la verdad es que todo lo hizo ella —añade y señala a su mujer. Hay tanta devoción en esos ojos, que se nota el amor que comparten—. Es una campeona.

—No dejes que se quite mérito, Beau es un padre increíble —comenta Claire.

—¿Quieres cogerla? —me pregunta él.

Miro un instante a Hailey, pero termino por negarme con educación.

—Quizá más adelante. Es que es tan pequeña que me da un poco de respeto.

—Sin problemas —afirma. Agradezco que no insista—. ¿Y tú qué? ¿Vas a animarte ahora que has vuelto con Miles? —añade divertido. Suelto una carcajada, porque sé que no lo dice en serio. Él se ríe conmigo y mira a Miles un instante, antes de volver a centrarse en mí—. No, pero, en serio, me alegro de que estéis juntos de nuevo. Tú siempre has sido una parte fundamental de la banda, aunque no fuera de forma activa. Wandering Souls no fue lo mismo sin ti.

—Lo dice de verdad—interviene Claire y me mira con una expresión que intenta ser seria, pero que esconde diversión—. No nos conocemos, pero siento como si ya lo hiciera por la cantidad de cosas que me ha contado sobre ti.

—Déjame adivinar. Te ha hablado de mis pizzas.

Todos se ríen, y Claire asiente.

—No solo de eso, pero sí. De hecho, admito que tengo muchas ganas de probarlas.

Continuamos hablando y pronto se unen al grupo Jeremiah y Miles.

No me reconozco, pero casi no puedo dejar de sonreír mientras revivimos viejas anécdotas o me cuentan otras en las que no estuve presente, y que puedo imaginar con facilidad.

Entre todos terminamos de preparar la zona. La decoración es sencilla, Mia se ha encargado de todo. Algunas flores, más de aspecto campestre que elegante, y, como guiño a la boda original, hemos colocado en las mesas motivos inspirados en Las Vegas.

—¿A qué hora llegan los novios? —pregunta Luca al cabo de un rato.

—Sky nunca es puntual, así que le dijimos que a las cinco, aunque la idea es las seis.

—Ya llega diez minutos más tarde de las seis —apunta mi hermana.

—Entonces, ¿no podemos empezar a comer todavía? —protesta mi sobrina.

—Tú sí puedes.

Por acelerar el proceso, decido mandarle un mensaje al WhatsApp para que se presente en mi casa cuanto antes. Tiene el efecto deseado, pues poco después me avisa de que está abajo.

—¡Escondeos, que ya viene! —aviso al resto.

Toda la terraza está decorada, y es obvio que vamos a celebrar algo. Sin embargo, confío en que tarde un par de segundos en procesarlo y dé tiempo a soltar el típico grito de «¡sorpresa!».

Sube a la terraza medio corriendo, tan seria y preocupada que se me contagia.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con rabia—. ¿Ha sido Miles? ¡Te juro que si te ha hecho algo voy a...!

—¡Sorpresa! —grita la gente antes de que pueda terminar la frase.

Se produce un momento de desconcierto generalizado. La cara de Sky se transforma de la ira a la emoción, mientras descubre lo que hemos preparado. Nate entra detrás, y, hasta que no suelta una sonora carcajada, el resto no reaccionamos.

—¡Enhorabuena! —exclama Beau, para terminar de normalizar la situación.

Sky se lanza a darme un abrazo, con los ojos llenos de lágrimas de emoción.

—¡Tía! ¿Esto qué es? —pregunta cuando se separa un instante.

—No celebrasteis vuestra boda con los amigos, así que quisimos ponerle remedio a eso.

—Podías haberme avisado —murmura, no tan bajo como ella cree—. Me has asustado.

—Ya lo he visto, ya. ¿Qué creías que había pasado?

—Ce, me has escrito un mensaje que dice: Sky, ven a mi casa corriendo —lee directamente de la pantalla de su teléfono—. Pensaba que volvíamos a odiar a Miles.

—Veo que todavía no me he ganado tu confianza —comenta este en tono bromista.

—No, no... Si yo confío en ti. En quien no confío es en mi amiga, que tiene el código de los mensajes urgentes mal configurado.

—¿Cómo querías que hiciera para que vinieras ya, entonces? La puntualidad es para los desesperados.

—Lo que tenías que haber hecho es decirme que era a las cuatro y media. O que había vino.

—¡Felicidades! —grita Luca, apareciendo a nuestro lado.

Pronto se convierte en la fiesta que todos esperábamos, llena de buena comida, buena bebida y mejor compañía.

Aunque sé que estamos celebrando la boda de Sky y Nate, también noto la unión de todos mis mundos. De Sky y Luca, que forman parte del *después*. De Beau, Jeremiah, Nate y Miles, que pertenecían al *antes*. De Mia y Audrey, que pertenecen al *siempre*. Y siento tanta paz y felicidad que apenas puedo disimular, porque ya no existe esa división de mundos, de épocas.

Ahora esta es mi vida y todos forman parte de ella.

Capítulo 53

Hoy es la gran inauguración.

Estoy nerviosa, aunque no tanto como Nate. Ha invertido una gran suma en este negocio, pero no es por eso. Está convencido de los ingresos que va a general. Simplemente, no puede evitar sentirse así.

He invitado personalmente a veinte prestigiosos críticos de cocina de la ciudad. Por supuesto, Ortega no forma parte de los seleccionados. El movimiento contra él ha seguido creciendo y su prestigio en la ciudad está por los suelos. De hecho, es posible que se enfrente a varias denuncias por parte del sector. Yo lo sigo de cerca, solo por el placer de ver cómo su odio desaparece de una vez por todas, y pierde su poder y su público.

Hace una semana que anunciamos este momento en nuestras redes sociales. Con el alcance de Nate Cooper, el restaurante no está lleno solo hoy, sino que no tenemos huecos libres hasta primavera. Miles Stones también lo ha promocionado, igual que Beau y Jeremiah.

El efecto Wandering Souls es increíble.

En cocina hay un gran número de personas trabajando. No solo el antiguo equipo al completo de El Laboratorio, sino otros *chefs* de categoría reconocida. Uno de ellos es Rivera, la persona que ocupó mi puesto. Es un gran cocinero, pero mentiría si dijera que el motivo principal de su contrato no ha sido para fastidiar a Max. Por eso, además de Rivera hay tres cocineros que antes formaban parte de su plantilla. Por ahora, Max Levine ha tenido que cerrar cuatro de sus once restaurantes, y su prestigio en San Francisco está cayendo en picado.

Le dije que lamentaría el día en el que me despidió y, pese a mis muchos defectos, soy una mujer de palabra.

Me he dado cuenta de que soy más de odio que de indiferencia.

He conseguido escaparme la primera hora de la cocina. Es un día especial y quiero recibir a los primeros clientes. Confío en mi equipo y les he dado las directrices, pero vienen veinte críticos, y no quiero que hagan su juicio sobre mis platos sin haber elaborado ninguno.

—Todo va a salir perfecto —me asegura Luca con una sonrisa—. Este sitio es flipante.

—Lo sé —afirmo y, por un momento, tengo la impresión de que Miles me haya contagiado parte de su ego.

Sin embargo, que sea tan alucinante es más cosa de Nate y de los decoradores. Por mucho que la idea saliera de mí, son ellos los que lo han conseguido.

Espero en la puerta para recibir a los clientes que estoy esperando, que no tardan en llegar. Los cuatro miembros de Wandering Souls, con Claire incluida, aunque han dejado al bebé para la ocasión. Vienen también Mia y Audrey. Mi hermana va a trabajar aquí, pero hoy tiene el día libre para que disfrute con mi sobrina. Y, por supuesto, Sky.

Todos están nerviosos, pues ni Nate ni yo les hemos contado nada sobre el restaurante.

—Bienvenidos a Sensaciones —saludo y abro la puerta.

El nombre lo inspiró mi sobrina, que sonrío al escucharlo.

Pasamos a una sala pequeña y rectangular. Está a oscuras, salvo por unos leds en forma de guirnalda que cuelgan del techo.

—Vacíen su mente y sus preocupaciones, y déjenlas en esta sala—les dice Luca—. Hoy vienen a disfrutar de una experiencia diferente. No solo gastronómica, sino a todos los niveles.

Un tipo de cocina que no se mueve por recetas tradicionales, sino por sensaciones. Han escogido la reserva de Ariel y el mundo marino, ¿correcto?

—No hemos elegido nada. Nos habéis puesto donde habéis querido —responde Sky.

—Acompáñenme por aquí —continúa, profesional como él solo.

Luca les entrega un cuento de *La Sirenita* a cada uno, que en realidad contiene la carta de Sensaciones, y abre una puerta que parece conducir al fondo del mar, porque todo está decorado con esa temática. Las paredes tienen dibujados corales, peces y un barco hundido. Algunas mesas son tesoros, otras conchas marinas. Una incluso simula ser una ballena. Me negué en rotundo a que hubiera animales vivos en acuarios, pero hemos imitado lo mejor posible. Sí que tenemos cataratas para que se escuche el murmullo del agua, y sonidos ambientales de animales. Relajantes, nada como gaviotas o ballenas.

—Puedes cerrar la boca cuando quieras, Sky —se burla Luca.

—Te avisaré cuando esté preparada, gracias.

—Esto es increíble —comenta Miles, que no deja de mirar a un lado y a otro, queriendo descubrir cada detalle.

—¿Cuántas salas hay? ¿Podemos verlas todas? —indaga Jeremiah.

—Hay tres más. *La Bella y la Bestia*, que es un castillo medieval; *Peter Pan*, que es un bosque repleto de hadas y lucecitas super monas, y *Aladdín*, con un rollo más oriental —explica Nate—. La carta es más o menos la misma en todas las salas, pero hay platos exclusivos. Además, hay cuatro menús degustación, uno por cada ambientación.

—¿Has hecho tú todo esto? —me pregunta Beau.

—No, lo hemos hecho entre todos. Me han ayudado mucho a configurar los platos.

—Es modesta, pero sí que lo ha hecho casi todo —asegura Nate—. Y eso que todavía no los habéis probado. Yo tuve que hacer varias catas, y no os lo vais a creer, pero Chels tenía razón al no querer montar una pizzería. Hay cosas mejores.

—Para nada —insisto—. Hemos formado un gran equipo, y todos participamos.

—Yo también he ayudado —afirma Audrey con una gran sonrisa—. Las recetas las hemos inventado juntas.

—Mi pequeña gran cocinera —dice Mia y le da un beso en la cabeza.

—Vayan tomando asiento, que enseguida vendremos para tomarles nota —comenta Luca, volviendo al modo profesional.

Nos despedimos del grupo y regresamos a nuestras tareas, pues hasta aquí llega el tiempo que teníamos para escaquearnos de las responsabilidades.

La noche es una locura entre los clientes, los críticos y todos los detalles de la inauguración. No se hace larga, solo intensa.

Cuando por fin cerramos el local, horas después, ninguno puede disimular la sonrisa.

Mia se ha retirado ya, para acostar a Audrey, y Claire ha hecho lo mismo, pues tenía que recoger a Hailey. Beau sí se ha quedado un rato más.

Todavía no he salido de la cocina. Estamos celebrando lo bien que ha ido.

—Millones de veces mejor que en El Laboratorio —suelta Megan y consigue que todos rían.

—He escuchado a varios de los críticos hablar. Se han quedado impresionados con los distintos menús. Uno de ellos no podía dejar de halagar la presa ibérica.

—¿Se puede? —pregunta Miles desde la puerta, con una sonrisa que se me contagia.

—Toda tuya —responde Brad.

Me acerco a él y me besa en cuanto llega a mi lado, provocando que mis compañeros nos vitoreen como si fuéramos adolescentes.

—¿Te ha gustado?

—Todo perfecto, excepto por un detalle.

—¿Qué?

—Que no me dejaras invertir en este sitio. Va a ser un éxito rotundo.

Me río y, por fin, siento que me relajo. Han sido unas semanas muy estresantes, pero poco a poco vamos notando sus frutos.

—Te espero fuera, dejo que lo celebres.

Me tomo mi tiempo para brindar con mi equipo y hablar un poco más de la noche, hasta que me despido de ellos.

Miles está en el salón, esperándome mientras mira el móvil.

—Los demás han decidido esperar en Temple —informa.

Vamos a ir de fiesta, para seguir festejando lo de Sensaciones, y porque Jeremiah y Beau tienen que volver a sus casas mañana. Han sido ellos quienes han elegido el club nocturno.

Miles me pasa la mano por la cintura cuando llego hasta él, me besa y salimos a la calle. Antes, me despido de Nicholas, el encargado de seguridad, y de las personas que están terminando de limpiar el restaurante.

—Tengo otra buena noticia que darte —comenta y se detiene para mirarme—. Ha llegado la resolución del juez. Hemos ganado. Rita Wheels no puede volver a hablar de mí, ni de ti, ni de ningún miembro de Wandering Souls. Tampoco puede acercarse a nosotros.

Ni siquiera sé si eso es legal, pero no me importa. Me lanzo hacia él y lo abrazo. Me siento mucho más tranquila sabiendo que no va a seguir hablando de mí.

Habrán otras personas que lo hagan, pero solo espero que de una forma menos invasiva.

—Gracias —digo cuando me separo.

—Te dije que me ocuparía de ello. No voy a fallarte esta vez. —Tira de mí para pegarme a él y me besa despacio—. Vamos, hoy es tu noche.

—Es la de todos —corrijo—. En unos días es vuestro concierto. Tenemos que celebrar eso también.

—Todavía no me puedo creer que por fin vayas a estar en uno.

—Vas a hacer un concierto con un público de casi veinte mil personas. Las entradas se vendieron en apenas unos minutos. La televisión y la radio solo hablan de vuestro espectáculo. ¿De verdad que lo que te parece increíble es que vaya a estar?

—Sí —responde con simplicidad.

Después me sonrío, me coge de la mano y pone rumbo a Temple. A una noche sencilla, llena de bailes, de risas, de anécdotas, y de amigos. De esas que lo pasas tan bien, que se convierten en recuerdos para toda la vida.

De las que se convierten en casa.

Capítulo 54

Las piernas me tiemblan de nervios y emoción.

Todavía no he asimilado lo que está pasando, pero voy a tener que hacerlo porque solo me quedan unos segundos antes de que Miles me llame.

Vamos a despedir el año por todo lo alto, con el último concierto de Wandering Souls. La banda está en el escenario, cantando *Her pain is mine*, mientras el público corea la letra con ellos, grita, salta y lo vive tan intensamente que se contagia.

Escogieron el Chase Center para el espectáculo. No es el estadio más grande; solo tiene capacidad para dieciocho mil personas, pero es el favorito de todos. Supongo que el hecho de que los Golden State Warriors estén presentes también ha ayudado.

El corazón se me acelera cuando la canción termina y el público aplaude. Miles espera un poco y carraspea para llamar la atención de todos. El silencio se hace de pronto.

—¿Lo estáis pasando bien, San Francisco?! —vocifera, haciendo que rujan de nuevo—. Os prometimos una sorpresa para esta noche y vamos a cumplir. ¿Estáis preparados?

El público grita tanto, que el estadio parece temblar. He visto a Wandering Souls actuar muchas veces antes de que fueran famosos, y también cuando lo fueron, solo que en vídeos. No tiene nada que ver con esto.

Beau continúa tocando la batería, más bajo, para que se siga escuchando a Miles.

Jeremiah se acerca al borde del escenario para excitar aún más a la gente y pedirles que griten más alto.

Nate tampoco ha soltado el bajo y sus dedos se mueven veloces por las cuerdas, marcando unos acordes que conozco muy bien, aunque los haga sonar acelerados.

Y Miles... Miles se nota que ha nacido para esto. Su mera presencia escénica ya despierta pasiones. La forma que tiene de moverse, de agitar al público, de hacer que vibren... El escenario es suyo y hace con él lo que quiere. Tiene esa aura de confianza de alguien que sabe que puede comerse el mundo sin esfuerzo, tanto carisma que se mete a todos en el bolsillo con un solo grito. Miles Stones tiene una voz única, pero Wandering Souls no se convirtió en un icono solo por eso. Da sentido a la expresión «estrella del rock». Miles brilla, brilla de verdad.

Devuelvo la atención al escenario cuando escucho un carraspeo en el micrófono. Se hace un silencio en el acto, todos pendientes de lo que tenga Miles que decir. Espera unos segundos antes de empezar, para generar más expectación.

—Hace años, cuando empezamos en este mundo de la música, nos dedicábamos a hacer bolos en tugurios a cambio de cerveza. Interpretábamos canciones de otros grupos, pero también fuimos componiendo nuestros primeros temas.

Percibo la emoción del público, los murmullos que empiezan, los *fans* acérrimos anticipándose a lo que va a decir Miles. Él continúa, como si nada.

—Esa maqueta, que contaba con quince temas, fue descartada y nunca llegamos a grabar la versión de estudio. Os dijimos que no nos gustaba, que queríamos encontrar un sonido nuevo. No fue así. La maqueta fue descartada porque la persona para la que fue compuesta ya no formaba parte de nuestra vida, y cantarla no solo dolía, sino que resultaba desgarrador. Por si no lo sabéis, esa maqueta fue compuesta para Chelsea Adams. Chelsea. Chels..., ¿puedes salir?

Me mira y siento como si el mundo se hubiera detenido y solo siguiéramos nosotros dos.

¿De verdad acaba de soltar eso delante de dieciocho mil personas? Qué digo. Delante de todo el maldito planeta, pues el concierto es televisado.

Con el corazón disparado, obedezco dando pequeños pasos. Los pies no me responden para ir más rápido.

El público aplaude y vitorea al verme. Lo percibo a medias. Hay tanta gente, y estoy tan nerviosa, que me siento aturdida.

Llego hasta Miles y me pide permiso para besarme. Lo hace y, entonces, el público termina de volverse loco. Se separa un poco, pero se queda cerca, con nuestras manos entrelazadas.

—Durante años mi vida ha sido pública —comienza—. Tanto la profesional como la personal. No siempre porque yo lo quisiera, sino porque esta carrera parece que va acompañada de esa falta de intimidad. Hoy, sin embargo, quiero pedirlos que respetéis nuestra privacidad. Chels y yo somos pareja —confirma y clava los ojos en mí. Tengo el corazón acelerado y me tiembla todo el cuerpo—. No una conquista más de *Mister Lover*, como os venderá mañana la prensa. Chels no es una conquista, es el puto amor de mi vida. Hace años la dejé escapar porque fui idiota, pero no volveré a cometer ese error, porque esta mujer increíble me ha dado una segunda oportunidad, y pienso aferrarme a ella con todo lo que tengo. ¿Por qué os estoy contacto esto, diréis? —pregunta y se vuelve hacia el público—. Porque no somos la exclusiva de nadie. Somos dos personas que merecemos poder querernos sin que se hable de nosotros constantemente, que tiene derecho a pasear por su ciudad sin que un periodista nos meta una cámara en la cara. Así que, la exclusiva la estamos dando nosotros, el primer beso será aquí mismo. Os quiero pedir, como cantante, como pareja, y también como persona, que si de verdad os gusta lo que hago y me queréis, por favor, respetad mi vida privada. La de todos nosotros. Si queréis saber de nosotros como pareja, tenéis mis redes sociales. Las mías, pues las de ella están dedicadas a la cocina. Si... —intenta seguir hablando, pero no puede.

El público empieza a gritar para que nos besemos y yo fulmino a Miles con la mirada. Sigo con el corazón desbocado y no sé en qué momento se le ha ocurrido que todo esto era buena idea. Habíamos hablado de hacer pública hoy la relación, de televisar un beso para que perdieran interés en los siguientes, y no de este discurso conmigo, aquí subida. Estoy nerviosa, aunque tengo que admitir que no son nervios malos. Tienen más que ver con la felicidad, con la euforia.

Me percató de que el público no es el único que lo pide. Desde el escenario, Nate, Beau y Jeremiah también lo están haciendo. Incluso el maldito Miles coge el micro y corea ¡beso, beso!, con su voz ronca y una sonrisa dibujada en la cara.

—Eres idiota —murmuro, pero yo tampoco puedo dejar de sonreír.

Y, entonces, me lanzo para darle lo que todos quieren.

Miles me levanta del suelo y me sujeto a su cadera con las piernas. Me besa de verdad, sin timidez ni recato, con esa intensidad con la que hace todo. Escucho cómo los gritos se vuelven más intensos, y cómo los miembros de Wandering Souls siguen tocando.

Ahora mismo debo de ser la envidia de mucha gente, y no me importa en absoluto, porque, cuando Miles Stones te besa, solo puedes pensar en él. En que besa jodidamente bien.

Me separo al cabo de unos segundos.

Miles apoya su frente contra la mía, aún con los ojos cerrados, y sonríe. Y juro que esa sonrisa, tan sencilla y real, se me queda grabada a fuego en el pecho. Después, da un par de pasos para atrás y se gira hacia el público.

—Vamos a tocar la última canción de la noche. ¿A quién le apetece escuchar *She is*? —pregunta de pronto—. La versión original, cantada con la artista original.

El público enloquece de nuevo y yo aprovecho para prepararme en el escenario. Cojo el micro que me tiende Jeremiah y me coloco junto a Miles. Hemos ensayado el tema varias veces, pues esto sí que no es una sorpresa para mí, no como su confesión.

Lo curioso es que no me pone nerviosa cantar delante de tantas personas, pese a que vaya a ser la primera vez.

Lo que me pone nerviosa es cantar junto a Miles.

—Respira —susurra para que solo yo lo oiga—. Sonríe. Lo haremos a tu ritmo. Cuando estés preparada, danos la señal.

Me limito a asentir, porque no creo que nunca lo esté.

Los primeros acordes comienzan a sonar, después la batería y el teclado. Cuando Miles empieza a cantar a escasos centímetros de mí, dibujo una sonrisa y dejo que esa voz rasgada me traspase, justo como la noche en la que nos conocimos.

—*I met her in a bar. She's bright, I'm dark.*

Miles continúa hasta el estribillo, momento en el que mi voz se une a la de él y casan a la perfección.

Escucho al público gritar, pero los percibo lejanos. Solo tengo ojos y oídos para Miles, y él para mí. Hemos creado una burbuja que se rompe únicamente cuando la canción termina, y suelto el micro, y entonces todos los sonidos vuelven de golpe. El aplauso y los vítores resultan ensordecedores, y puedo entender por qué se enamoró tanto Miles de este estilo de vida, de las cosas buenas que me ha dicho que tenía, a pesar de que fuese acompañado de otras peores.

Y, cuando el público empieza a corear que quieren otra canción, Miles sonríe y se pega de nuevo al micro.

—Confiaba en vosotros para esto —suelta, haciendo que el público ría—. Tenemos otra canción, una inédita que aún ni hemos grabado. La compuse hace tiempo y nunca llegó a salir, porque en ese momento todavía dolía demasiado. Hoy queremos presentarla con vosotros. —Frunzo el ceño, pues no estoy al tanto de nada de esto—. Es un tema muy personal. Habla del momento en el que me di cuenta de que necesitaba alejarme un poco de este mundo, el momento en el que comprendí que había orientado mal mis sueños y había dejado por el camino algo muy importante. Porque los sueños no solo son metas, también son caminos, y a veces los pasos no son los adecuados. Habla del momento en el que miré hacia atrás en mi vida y no me gustó lo que encontré. Y una pregunta de una rueda de prensa que se repetía en mi mente: ¿cuándo fue la última vez que te sentiste realmente feliz?; y una respuesta que brotó sola, nacida directamente del pecho, o quizá nacida de ese vértigo que anuncia las cosas más increíbles: *Cuando fuimos nosotros*. Chels —dice de pronto, girándose hacia mí—, esta canción es tuya.

Miles empieza a tocar la guitarra. Una melodía lenta, un poco triste. El resto de la banda se suma poco a poco. Su voz se une a la canción, susurrante y rasgada, y el corazón me da un vuelco y se queda del revés.

*A long time ago something changed
but for me it burns like it was yesterday
your laughter sometimes still hits my head
and everything seems to make sense again
I wonder if you also remember
those times when it was us
You walked towards me biting your lip*

*how dangerous you always were
It didn't take you long to get to me
I wish I had just let you stay there...*

*I wonder if you also remember
those times when it was us*

*Sometimes I get lost in my mind
and I can smell pizza in my room
see my bed unmade and wild
and next to me lying there you're still you
Sometimes I get lost in my mind
and we're looking for stars watching the moon
Sometimes I just wonder why
We stopped being us if I still love you*

*I wonder if you also remember
those times when it was us*

*It seemed like it would be like this forever
I just wonder if you still remember*

No aparta la mirada de mí en ningún momento, y yo soy incapaz de prestar atención a algo que no sea él.

La canción termina con la voz rota de Miles y los últimos acordes de su guitarra. No llego a llorar, pero sí que noto los ojos húmedos.

No sé qué decir.

Miles siempre ha sido mejor con las palabras que yo, así que simplemente me lanzo hacia él y lo beso de nuevo.

—¿Estáis viendo, San Francisco? —escucho que pregunta Nate—. Cuidad a esta pareja y respetadla, cabrones. Se lo merecen. ¡Sky, yo también te quiero!

Después de un aplauso atronador, salimos del escenario no sé cuántos minutos después. Mi cabeza sigue como ida por el subidón de la noche. El escenario, la canción, el público... Todo ha sido demasiado, y aún no lo he asimilado. Tampoco tengo mucho tiempo para hacerlo, pues antes de llegar al camerino, nos interrumpe el primer periodista.

—¿Sois conscientes de que este concierto pasará a la historia? —le pregunta a Nate, que es el más cercano a él—. No solo para Wandering Souls, sino para toda la ciudad de San Francisco. Ha sido un espectáculo brutal.

—Muchas gracias —responde con una sonrisa increíble, todavía con la euforia del momento.

El periodista se gira hacia mí.

—Ahora mismo probablemente seas la mujer más envidiada del mundo. ¿Qué se siente?

Miles se acerca a él, con el rostro más serio.

—¿Puede respetar su intimidad, por favor? No quiere...

—No pasa nada —le digo a Miles. Después, me vuelvo hacia el periodista—. ¿A qué se refiere, exactamente?

—Estás con uno de los dioses del rock más codiciado del planeta.

—Ah, no lo sabía —contradigo. Miro a Miles, le guiño un ojo y esbozo una sonrisa divertida—. Yo no estoy con un dios del rock, estoy con un dios del sexo.

Toda la banda suelta una carcajada general, Miles el que más, porque este momento, justo este, formó parte del sueño que me contó una noche de estrellas, hace ya muchos años.

Me agarra por la cintura y tira de mí hacia el camerino, dejando al periodista atrás.

Sky se une a nosotros para la celebración, que se prolonga durante más de cuatro horas. Miles y yo decidimos regresar, pero el resto se va a un último *pub*.

Entramos en mi casa y nos dejamos caer en el sofá, agotados.

—¿Y ahora qué? —pregunto, mientras me acerco a él para acurrucarme entre sus brazos.

—Ahora es cuando nos vamos dos semanas de vacaciones y dejamos que la prensa se canse.

Epílogo

La terraza está espectacular esta noche. El cielo despejado permite ver las estrellas, brillantes y lejanas. Luca ha montado una mesa preciosa, decorada con jarrones de flores campestres y velas aromáticas. Ya hemos cenado, pero sigue luciendo espectacular. Hay guirnaldas de luces iluminando de forma tenue la zona. Sin embargo, lo que realmente destaca es la gente que nos hemos reunido.

Han pasado cinco meses desde el concierto y nuestra vida se ha estabilizado por fin.

Las dos primeras semanas fueron más intensas, pues pasó justo lo que Miles dijo que pasaría: los *fans* de Wandering Souls enloquecieron con la noticia de nuestro *idílico* romance, pero ahora están buscando otras parejas a las que unir.

Miles sube contenido de vez en cuando a su Instagram, siempre tras consultármelo, y la gente está contenta con esas muestras de cariño que alivian sus ansias. Como es él mismo quien sube las fotografías, mucho más bonitas que los robados que podría conseguir la prensa, no hay periodistas que nos sigan ni nos acosen.

Hoy somos un grupo reducido. Beau y Jeremiah tuvieron que regresar a sus vidas, pero los demás estamos presentes.

Estoy apoyada en la barandilla, solo que miro hacia mis amigos, en lugar de hacia la ciudad. Estas vistas son infinitamente mejores que la bahía de San Francisco. Miles está jugando con Audrey, mientras Nate, Luca y Mia hablan y toman una copa. Sky se acerca a mí, con una sonrisa en los labios.

—¿Qué haces aquí tan solitaria?

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En la suerte que tengo —admito con sinceridad—. ¿Y tú? ¿Qué haces tan sonriente? Se queda seria de golpe.

—En realidad, tenía que decirte algo...

La miro con el ceño fruncido, expectante. Sky no vuelve a abrir la boca, pero se acaricia el vientre con lentitud.

—¿Qué? —pregunto sin poder ocultar mi impaciencia. Mi mente empieza a imaginar ella sola, y abro los ojos cuando una idea aparece de forma súbita—. ¡¿Estás embarazada?! Suelta una carcajada y se dobla por la mitad de la risa.

—¡Tenías que haberte visto la cara! ¿Cómo voy a estar embarazada? A ver, que no descarto la maternidad, solo que no me la planeo por ahora. Te contaría antes si empezase a buscar bebés. ¿Por qué clase de persona me tomas?

—¿Por la clase de persona que se casa en Las Vegas después de un mes de relación y avisa a su mejor amiga veinticuatro horas antes para que acuda al evento?

—Exacto —coincide, como si mi hipótesis le estuviese dando la razón, en lugar de intentar quitársela—. No estoy preparada aún para renunciar a mi gran pasión.

—¿El tiempo libre? —trato de adivinar. Yo no soy madre, pero Mia sí, y sé que eso es lo que más le falta.

—El lambrusco —suelta y consigue que las dos nos riamos.

—¿Qué es lo que tenías que decirme entonces? —indago un poco después.

—Nada. Solo que yo también tengo mucha suerte. —Tira de mis manos hacia ella para darme un abrazo y se lo devuelvo, porque en este tiempo he aprendido que me gustan este tipo de gestos cariñosos que siempre he rehuido. No constantemente ni con cualquiera, pero sí cuando la ocasión y la persona lo merecen—. ¿Puedes creerte que ahora seamos vecinas? Yo todavía alucino a veces. Qué vueltas tiene la vida.

Hace poco, Miles y yo hablamos y decidimos mudarnos juntos. Nos dimos cuenta de que era una tontería vivir a un rellano de distancia. Sobre todo, porque ya dormíamos en la misma cama todas las noches.

Elegimos mi casa. Yo la tengo acondicionada a mis necesidades y a él le daba igual.

Mia y Audrey ya tienen su propia vivienda, un apartamento pequeño y coqueto, situado en mi mismo barrio. Me gusta que no se hayan ido lejos, porque el tiempo que hemos vivido juntas ha sido corto, pero inolvidable.

Sky y Nate se mudaron a la casa de Miles poco después, y ahora los planes en pareja son una constante en nuestra vida. Con Luca, por supuesto. Él y Joshua siguen conociéndose, o eso dice Luca, porque yo cada vez los veo más enamorados.

—Sé que lo has hecho solo para apropiarte de la terraza —bromeo.

—Eso es así totalmente, y no me escondo. Los mejores cócteles siempre son los que tomamos aquí.

—Hablando de eso, hoy te toca a ti elegir.

—Sé que es un clásico y está repetido, pero quiero mojitos.

—Empieza con los vasos, que yo voy a por la hierbabuena.

Preparo los cócteles para todos y nos sentamos para tomarlos en los cojines.

Me siento cómoda entre conversaciones y risas, rodeada de la familia que he escogido. Tengo a Mia a un lado, con la cabeza apoyada en mi hombro. Nate está en el otro, con su mano entrelazada con la mía.

—¿Quién iba a decir que nos cambiaría tanto la vida que la espichara la señora Evans? —pregunta Sky—. Seguro que ya no eres de su *team*.

—No lo había pensado, pero tienes razón —admito. Mi amiga está bromeando, pero sus palabras me hacen reflexionar.

Un acto a priori insignificante ha terminado cambiando mi vida de forma radical. Así sucede siempre, ¿no? No nos damos cuenta de la importancia que tiene un momento, aunque dure solo un instante, hasta que las consecuencias nos golpean de lleno.

Pienso en esa caja fuerte que creé de niña, donde metí todos los recuerdos que quería esconder para que no pudieran dañarme de nuevo. Toda esa etapa de mi vida que me llevó a creer que era defectuosa, que, si mis progenitores no habían conseguido quererme, nadie más podría hacerlo.

No solo guardé mi infancia y todo lo relacionado con esa época, sino que durante un tiempo ahí también estuvo Miles, incluso la amistad con Nate.

Me ha llevado tiempo comprender algo muy simple: esconder las heridas no las cura, porque el dolor existe aunque no lo mires; se siente aunque trates de ignorarlo.

Y hay distintas heridas, igual que hay distintas formas de sanar.

Pensar en mis progenitores ya no duele. No los he perdonado, no creo que nunca lo haga. Simplemente, ha dejado de importar. He comprendido que, igual que no hay nada malo en Mia, tampoco hay nada malo en mí. No son parte de mi vida, y no pasa nada porque no estén, porque no los quiero conmigo. Y así ha sanado esa herida.

A Miles sí lo he perdonado, como he hecho conmigo misma. Y esas heridas también han sanado.

Nate me acaricia un poco la pierna y me devuelve a la realidad.

—Eh, ¿estás bien?

—Sí, solo me he abstraído un poco. ¿Qué tal van las grabaciones? ¿Habéis terminado algún tema?

Wandering Souls decidió que el último concierto se les había quedado corto, así que se han juntado para una última gira. Más pequeña, solo a nivel del país, pero todos están volcados con el proyecto. Van a incluir temas nuevos y, aunque el trabajo no es tan intenso como lo fue durante los primeros años, siguen rebotando esa emoción que mostraban el día que los conocí.

—Ya nos queda poco. Va a quedar un disco increíble.

—Lo sé —afirmo, totalmente convencida. He escuchado alguna canción y tienen la esencia de la banda en cada acorde.

—Se nota que Miles vuelve a tener inspiración —apunta y me arranca una sonrisa.

—Acordaos de que Joshua y yo queremos entradas para, al menos, tres conciertos —menciona Luca.

—¿Cómo vamos a olvidarnos si no las pides cada semana? —bromea Miles.

La noche transcurre de forma tranquila, amena, y entretenida. Poco a poco se van retirando, hasta que solo quedamos Miles y yo.

Está apoyado en la barandilla y parece concentrado. Camino hasta él y me coloco a su lado. Me fijo en que tiene la libreta morada entre las manos y está escribiendo algo en ella. La guarda cuando nota mi presencia y se mueve para colocarse a mi espalda, y abrazarme desde atrás.

—¿Estabas componiendo? —intento adivinar.

—Estaba inspirado.

—Puedes seguir. No quiero interrumpir.

—No puedes interrumpir, Chels. Mi inspiración eres tú.

Miles sigue siendo igual de intenso, sigue haciendo ese tipo de comentarios. Sin embargo, todavía no he conseguido que no me desarmen por completo cuando los escucho. Para acompañar sus palabras, deja un ligero beso en el hueco de mi cuello, antes de apoyar la barbilla en mi hombro.

—He pensado en nuestras siguientes vacaciones.

—Ya fuimos a Hawái. No sé cuándo tendré de nuevo vacaciones.

—Esto sería una escapada más pequeña, cuando tú puedas, claro.

—¿Y cuál es tu idea?

Miles me da la vuelta y quedamos cara a cara.

—Canadá.

—¿Canadá?

—Así, cuando te pregunten qué te han regalado por Navidad, no tendrás que mentir a nadie. Vamos a hacer todas las cosas que siempre has querido hacer. Todas.

Dibuja una sonrisa enorme y sincera, que se bebe con un beso.

—Me encanta cuando sonríes así —me dice.

—¿Así, cómo?

—Con esa felicidad tan plena que hace que te brillen los ojos.

Vuelvo a sonreír y me giro hacia él. Me fijo en su libreta morada.

—¿De qué trata la nueva canción?

—Habla de ese momento en el que alcanzas la felicidad absoluta y sientes como si ya nada pudiera salir mal, porque tienes todo lo que siempre has querido. Lo que siempre has necesitado.

—¿Y cómo sabes con exactitud qué momento es ese?

Miles vuelve a abrazarme desde atrás. Apoya la cabeza en mi hombro y lo escucho sonreír contra mi cabello.

—Cuando somos nosotros.

Agradecimientos

Escribir esta novela ha sido más duro de lo que esperaba. No por la historia en sí —Chels y Miles han facilitado mucho el proceso—, sino por cómo es mi vida desde que Andrea apareció en ella. Tener una niña que duerme mal es complicado, pero conseguir sacar pequeños ratitos para escribir es todo lo que necesito para seguir sintiéndome yo.

Aun así, **Cuando fuimos somos nosotros** no hubiese sido posible sin la ayuda de varias personas.

Quiero agradecer a Ediciones Kiwi esta nueva oportunidad, en especial a Teresa, por la atención y el cariño que pones en cada novela.

A mi compi, Lorena, por estar siempre ahí y ser la primera en leer cada cosa que escribo. Por tus consejos, tus correcciones y la pasión que pones en todos mis proyectos. Sabes que nada de esto sería lo mismo sin ti.

A Sam, por tu entusiasmo y tu cariño. Compartimos este camino complicado que mezcla la maternidad con las letras y hablarlo contigo es un gran desahogo.

A todas las chicas que estáis siempre ahí: Alhana, Gemma, María, Cris, Andrea, Elena, Isabel... —y todas las que me dejo, pero mi cabeza no da para más, perdón—. Millones de gracias por seguir, por leerme, por ayudarme y por ser como sois.

Por supuesto, a mi familia, por ser mi mejor apoyo. No imagino un entorno mejor del que rodearme. Nadie está obligado a querer a otras personas solo por los lazos de sangre, pero yo os quiero por lo que sois.

En especial, quiero agradecerse a mi hermana Bea, por leer esta novela cuando no era más que un primer borrador, y haberme ayudado tanto con las canciones. No solo a componerlas, sino también a traducirlas al inglés, luego al español y luego explicarme las referencias con la historia —por si acaso no las había entendido—.

Por último, gracias a ti por llegar hasta aquí. Mis historias no serían posibles sin vosotras dándoles alas, dándome alas, para que pueda seguir escribiéndolas.